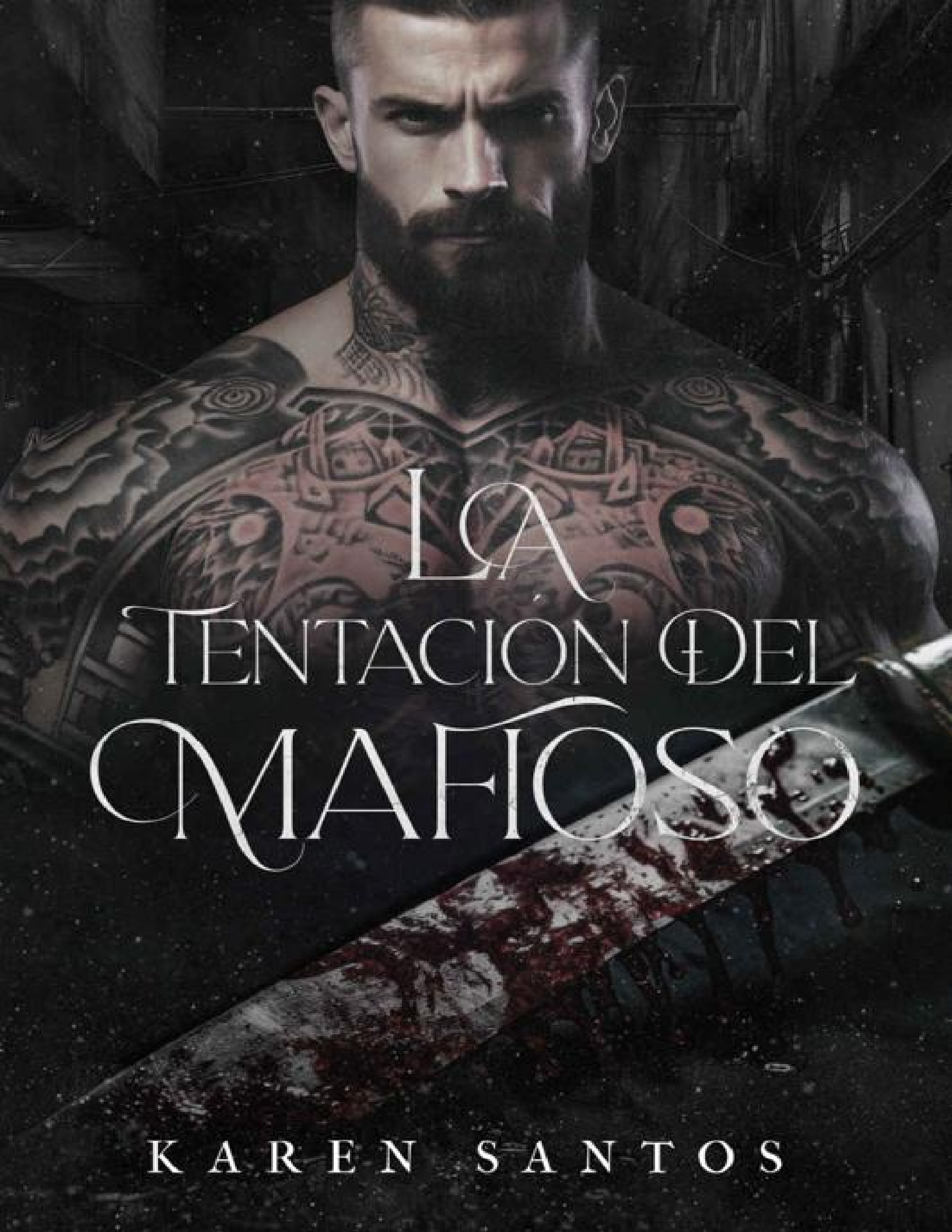

LA
TENTACIÓN DEL
MAFIOSO
KAREN SANTOS

La tentación del mafioso

KAREN SANTOS

El nuevo capo de la mafia necesita una esposa virgen. Domenico Mancino necesita una prometida, no cualquier mujer, sino una prometida rusa.

Tratando de demostrar su valor como el nuevo capo, Dom hace un acuerdo con la Bratva para poner fin a una guerra por la ciudad de Chicago: una alianza de familia con los Lugonov. Él simplemente no esperaba a la dulce, hermosa y enloquecedora Lara.

Criada por la Bratva e hija de un traidor de la mafia italiana, a Lara le enseñaron desde temprana edad cómo ser una pieza en las filas de los hombres en el poder. Era una buena esposa tímida y virginal con un secreto: el espionaje.

Sin embargo, ser el caballo de Troya de la Bratva dentro de la mafia italiana se convierte en un desafío cuando los secretos comienzan a revelarse y Lara descubre los placeres en el brazo de Dom, el Capo - y esposo - que debería ser su enemigo.

¡Atención! Este libro contiene violencia gráfica y personajes moralmente cuestionables. +18.

La tentación del mafioso @2024. Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción libre o comercial de esta obra sin la autorización del autor.
Queda prohibida la reproducción parcial de la obra, incluso gratuitamente, sin el debido crédito.
La tentación del mafioso es una obra de ficción, cualquier parecido con personas o acontecimientos reales es pura coincidencia.

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo
Epílogo

Prólogo

Lara

—¿Por qué estás triste, niña? — La gran sombra se cernía sobre mí y me miraba con sus ojos sin emociones. Levanté la vista y encontré a Vasily Lugonov, el Pakhan, jefe de la Bratva de Chicago, la mafia rusa que controlaba parte de la ciudad.

No estaba triste, sólo aburrida y con mi expresión serena que siempre tenía cuando había gente a mi alrededor. Entre esas paredes, cuanto menos mostrara, mejor. Vasily sabía que ya no era una niña. Pero era una forma de demostrar lo diferentes que éramos. Odio cuando usa esas palabras para menospreciarme.

Yo estaba en su jardín, esperando órdenes, en un lugar "reservado" para una conversación "privada". No tenía idea de lo que significaban estas cosas, aparte de que Svetlana las decía como si las hubiera memorizado.

En días normales pasaba el tiempo en la casa de la mujer o en uno de los galpones de la organización. Poco a poco fui ganando mi espacio en el control de carga del puerto y comandaba esa logística con las manos a la espalda. Durante los últimos cuatro años, me convertí en una especie de contadora e inspectora y sabía exactamente dónde debía entregarse todo.

Lugonov a menudo mostraba los ojos vacíos, casi como para impedirnos saber lo que pasaba por su cabeza. Era apasionado, emotivo, tenía opiniones sobre todo y sobre todos, pero era capaz de utilizar su mejor expresión neutral en situaciones como esa. Una mezcla de seriedad y aire desenfadado de quien se creía más grande, mejor y más poderoso. Los ojos eran parte de su mirada aterradora. Tatuajes, cadenas, una cicatriz pronunciada en la mejilla y muchos músculos –a pesar de sus casi sesenta años–, como la fuerza de un animal enjaulado –"La Bestia".

Vasily era bueno manipulando, dejando que la gente viera sólo lo que él quería cuando se sentía más poderoso que su interlocutor. Y pocas personas lo creían así. Tenía dos grandes piedras en su zapato: el Rizzi de Las Vegas y los Mancino, un problema local y antiguo que arruinaba el ánimo de Lugonov siempre que los mencionan.

El hombre quería todo Chicago para él, pero los italianos no lo permitían. Y yo le recordaba todos los días de la mafia italiana, que vivía en el sur de la ciudad, un recordatorio con mi nombre, mis rasgos, mi origen. Yo era la no deseada, la chica que acabó protegida por la mafia rusa por una deuda. Y las deudas eran importantes dentro de las filas de Bratva.

Vasily había sido responsable de mí desde la muerte de mis padres, proporcionándole alojamiento y la protección que necesitaba la hija de un traidor de Mancino. Fabrizio Costa, el italiano que se involucró con la Bratva. El informante que evitó la masacre durante el asalto al cuartel general donde se encontraban Vasily y otros miembros importantes de la organización y que fue asesinado en el proceso. Él y mi madre. Asesinado a manos de sus compañeros, la "familia" que se suponía debía protegerlo.

Asesinado por el hombre que más odiaba en el mundo: Enrico Mancino.

El Capo que le disparó y lo dejó sangrando. El que me hirió y le disparó a mi madre a sangre fría, que sólo intentaba salvarme. No supe qué pasó después y nadie tuvo la cortesía de decírmelo. Pero de alguna manera Fabrizio hizo que Vasily prometiera mantenerme alejado de los italianos, de lo contrario podría matarme por la traición de mi padre.

El mero recuerdo de eso siempre me hacía llevar la mano a la parte posterior de mi hombro derecho, donde la cicatriz descansaba arrugada, hundida entre la piel tensa como un recordatorio

de que los Mancino eran capaces de dispararle a un bebé para vengarse.

Estaba a salvo con los Lugonov. Incluso si ese lugar se hubiera convertido en mi infierno privado. Los odiaba a todos y la forma en que me trataban. Condenada a esta vida media, dividida entre sobrevivir y ser tratada como poco confiable. Pero hasta el día de mi venganza, ese sería mi hogar.

Y si sobrevivía, podría empezar de nuevo en otro lugar, lejos de la ciudad que sólo me traía dolor. Tenía planes y una manera de seguir con vida. Me alejaría de Chicago, me subiría a un barco y me iría lo más lejos posible. Pero hasta ese día, quedaría atrapada en esta tierra en busca de libertad, recibiendo órdenes de Vasily.

— No es nada, sólo cansancio — aseguré bajando la vista como me indicaron. Nunca lo enfrentes de frente, nunca lo contradigas, ni siquiera si estás solo.

— Te están molestando otra vez, ¿verdad? — preguntó con una mirada astuta, y no respondí. Podría negarlo, pero no fue prudente mentirle a Lugonov.

"Ellos" podrían ser cualquiera dentro de las conexiones. A pesar de haber nacido en Estados Unidos, Vasily se consideraba ruso. Como tus padres y tus antepasados. Un ruso, casado con una mujer de origen ruso y padre de cuatro hijos tan rubios y rusos como ellos. Tenía cabello oscuro y ojos verdes brillantes y, a pesar de mi piel clara, no pasaba desapercibida. La Bratva sabía que por mis venas no corría sangre eslava. Yo era la “extranjera”, la “italiana”, la “hija del traidor”, palabras dichas principalmente por los hijos de Pakhan, que aprovechaban cualquier momento para torturarme e indignar a los demás miembros contra mí.

— Pasé el día con Yuri analizando el nuevo envío. Nuestros contactos en el muelle son cada vez más ambiciosos. Tal vez necesitemos mostrar de lo que somos capaces, discretamente, obviamente — dije, tratando de que Vasily cambiara de tema.

— Eres una buena trabajadora, Lara. Si fuera un hombre, tal vez ya estaría en nuestras filas como soldado. Ni siquiera tu pasado...

Vasily comenzó y dejé que mi mente divagara. No pasó un día en el que alguien no me recordara a mi padre. Esperaba que esta vez la cuestión “privada” involucra a los italianos y no a ningún otro problema en el transporte del negocio de Bratva.

Tenía dieciocho años cuando Lugonov me llamó y me dijo que necesitaba formación. Realmente no lo entendí, ya que sabía disparar y ser una buena observadora desde los doce años. Lo que me faltaba en fuerza física y tamaño lo compensaba en la mente. Deseaba convertirme en uno de ellos e ignoraba cada palabra o mirada para aprender. Cuando fue necesario, tuve mi cuota de muertes en mis manos. Puede que sea virgen, pero no inocente.

Podría haber encontrado una manera de irme, pero decidí quedarme cuando me di cuenta de que él me ayudaría en mi venganza contra Enrico Mancino. Pakhan quería que me preparara para ser una mujer en la mafia, capaz de engañar a la gente con mi forma de actuar. Debe ser suave, tierno y delicado. Y una máquina de matar.

Fue el momento en que me di cuenta de que tal vez mi sexo también me ayudaría en mi nueva misión y le pedí a Svetlana y Nadia – las dos amantes de Vasily – que me enseñaran sobre seducción. Aprendí a actuar, hablar, caminar y volver locos a los hombres. Nadie esperaba una mujer entrenada en armas y lucha, vieron lo que querían ver.

Pero nunca llegó el día y comencé a trabajar en las entregas como una forma de distraerme. Era eso o mirar al techo, y no tenía el privilegio de otras de mi género. No me casaría ni tendría hijos. Cumplí los veintidós y ni siquiera me recordaban como posible novia.

No era tratada con tanta dulzura y condescendencia como Olga, Ivana o Natasha, las tres hijas de Vasily. Mucho menos recibía la confianza depositada en las palabras de Yakov, el único hijo

de Pakhan. La Bratva quería entrenarme como espía. Nunca sería esposa a menos que tuviera que ver con algunos de los planes de los rusos.

Luego Nadia se enfermó y falleció, y Svetlana se convirtió en mi sombra. Pero lo único que soñaba era con la cabeza de Enrico Mancino.

Vasily me miró con interés, como si hubiera notado mi distracción. Mierda. Busqué en el perímetro y vi la seguridad del ruso a poco más de diez metros de distancia. Los ruidos del exterior se filtraban a la mansión en el norte de Chicago y me preguntaba si estábamos allí para que el tráfico y los pájaros perturbaran cualquier tipo de posibles escuchas ocultos.

— Sabes que estoy dispuesta y obedeceré lo que quieras. — dije y Vasily asintió, sentándose a mi lado.

"Ha llegado el momento", anunció simplemente. Sacudí la cabeza con calma, aunque por dentro mi corazón latía fuera de control. Venganza.

— ¿Y qué hacemos a continuación?

— Como estaba previsto: entrará en la casa y buscará alguna vulnerabilidad — suspiró y se apretó la frente, como si le doliera la cabeza antes de anunciar: — Domenico Mancino se ha convertido en el Capo.

—¿Enrico está muerto? — Pregunté con voz temblorosa, dejando escapar toda mi expresión. Ese era mi trabajo. Yo era quien se suponía que debía asesinarlo.

— No. Se hizo a un lado para que su hijo adoptivo fuera el relevo — comentó con una mueca, como si le molestara hablar de esa familia. — Un idiota, pero un idiota con un plan. Si muriera y su hijastro se hiciera cargo del grupo, habría más peleas que él haciéndose a un lado y dejando claro que prefiere al hijo de su esposa como su sucesor.

Asentí, esperando que Vasily siguiera. Había más en esa historia, podía sentirlo.

—Aun así, a su consejo no parece gustarle el chico. Tiene un buen equipo, pero no la confianza de los del ex Capo. Mis informantes dicen que debería buscarme para intentar poner fin a nuestra pelea. Es la oportunidad ideal. Te convertirás en la señora Mancino, niña. Hará explotar la mafia italiana de Chicago desde dentro y ni siquiera lo van a sospechar.

¿Sra. Mancino? ¿Qué locura fue esa? Nunca imaginé que estaría vinculada a la familia. Siempre pensé que actuaría en las sombras y Vasily hablaba de matrimonio.

— ¿Casarme con Domenico Mancino? ¿Está seguro? — Yo pregunté.

— ¿Estás cuestionando mis métodos? — respondió con una mirada feroz.

— Simplemente me sorprendió — declaré corrigiéndome y el hombre permaneció en silencio por unos segundos antes de continuar:

— Estoy intentando con todas mis fuerzas que me busque. Un día se cansará de tratar con nosotros y buscará la paz. No sabe lo que le espera, dorogoy.

Levanté la cabeza, todavía notando los hombros encorvados de Vasily mientras entrecerró los ojos. Eso me dijo lo que él no podía expresar con palabras. Era importante para él. Para la Bratva. Derrocar a los italianos que gobernaban el sur de Chicago haría prosperar los negocios y aumentarían las propiedades de Vasily.

Por eso los elogios, por eso me llamó dorogoy. Estimado. El apodo me pareció insultante. Odiaba a Vasily Lugonov por retenerme allí. Odiaba a Enrico Mancino por la forma en que cambió mi vida. Odiaba a todos los que me rodeaban.

Finalmente, el momento más importante de mi vida estaba por comenzar.

Durante años robé joyas de esa casa. Fue una imprudencia conseguir pendientes y pulseras de la mafia rusa, pero Olga, Ivana, Natasha y María, su madre, eran descuidadas, acaparadoras y no se daban cuenta cuando algo faltaba entre sus cosas. Me volví perfecto robando sin que nadie me

notara y ahorré una pequeña fortuna que me permitiría escapar. Si pudiera lograr mi venganza.

Había llegado el momento de moverme por el tablero. Deja de ser más un peón y asumir la posición de reina. Seducir a Domenico hasta el punto de que el nuevo Capo ni siquiera vea el peligro que tiene ante sus narices. Ya era hora de acabar con los Mancinos con mis propias manos.

PARTE 1

Una vez hubo un regalo. Un caballo elaborado en rica madera tallada que los griegos regalaron a los troyanos como señal de rendición a una guerra que había durado muchos años. El rey se regocijó y llevó el regalo dentro de sus murallas.

Durante la noche, mientras todos dormían, los soldados griegos escondidos dentro del caballo atacaron y convirtieron la ciudad en ruinas. Un plan. Una artimaña. Un caballo de Troya.

Capítulo 1

Domenico

—¡Papáaaaa! — Grité apenas vi al hombre disparar.

Cesare Mancino cayó, con las rodillas plantadas en el suelo, y en sus últimos segundos levantó la vista hacia mí, con la pupila contraída mientras la sangre cubría su camisa clara. Nunca olvidaré la forma en que murió, como si su cuerpo se cerrará frente a mí.

Corrió tratando de alcanzarme, el esfuerzo contorsionó sus rasgos. De repente, estaba en el suelo. Yo grité. Cayó hacia adelante y su rostro golpeó la hierba. Apagado. Sin vida. Muerto.

—¡Vamos, Dom! — ordenó la voz urgente de Enrico, alejándome. Finalmente miré para otro lado. El cuerpo de mi padre permaneció. Lo perdí. ¿Quiénes eran esos hombres?

Llamé de nuevo, el dolor de mis dedos me devolvió a la realidad. Una vez, dos veces, tres veces. El sudor goteaba de mi cuerpo, mis pensamientos volaban hacia la primera vez que fui tocado por la muerte. Mi visión se volvió borrosa por el sudor que goteaba por mi cabello, el cansancio de mi cuerpo pidiéndome que parara. Pero no pude.

El dolor recorrió mi espalda y mis brazos, mi corazón se aceleró, mi respiración era pesada y el cansancio se apoderó de mí. Pero no me sentí satisfecho. Golpeaba hasta sentirme tranquilo, hasta poder exorcizar mis demonios y descansar. Nunca sucedió. Luego volvía a una secuencia de golpes, imaginando a mis enemigos allí. Imaginando a una persona en particular.

Casi muero intentando llegar hasta él y fracasé.

Pasé meses planeando mi venganza y una noche maté a tantos rusos como mi cuerpo pudo soportar. Y luego me dispararon, me descuartizaron mi cuerpo y me dejaron en la cuneta porque no sospechaban quién era yo. El maldito heredero Mancino que sobrevivió sólo gracias a la ignorancia de los rusos. Los tatuajes ahora ocultaban las cicatrices, pero no purgaban mis sentimientos.

Todavía estaban dentro de mí, pero aprendí a domarlos.

La ira permaneció en mí, como un motor. Pero mi exterior era frío. Controlado y controlador. Y cada noche elimino cada uno de mis demonios en esa habitación, destruyendo todo con mis puños. Esperando que llegue la paz cada vez que golpeo el saco de boxeo.

Domenico Mancino ya no era el chico imprudente de diecinueve años que casi muere a manos de la Bratva. Yo era el nuevo Capo. Tenía responsabilidades y no podía dejar que el odio me debilitara. Yo era el nuevo “jefe” de mi familia, y un error mío podría matar a quien amaba, a quien protegía.

Dormí poco, siempre estuve alerta, pensando en cómo sería mi final. La vida que llevábamos no se correspondía con la longevidad. Crecí rodeado de violencia, acostumbrado a la brutalidad. No tuve reparos en quién era yo ni en lo que hacía mi familia. Nací al otro lado de la ley y estaba muy cómoda en mi lugar. Simplemente no podía conciliar una paz que no sentía cuando apoyaba la cabeza en la almohada.

La paz que no tenía dentro de mí, porque Vasily Lugonov era intocable.

Matarlo desencadenaría una guerra aún mayor que la que estábamos viviendo. Pero verlo muerto era todo lo que quería hace veinte años. ¿Qué tal un matrimonio mafioso para poner fin a la guerra?, sugirió el Consigliere. Golpeé más fuerte, porque tal vez era la solución. Pero odiaba la idea de tener al ruso como suegro.

Los pasos llamaron mi atención. Eran más de las dos de la mañana y sólo yo estaba despierto

en la casa, la habitación olía a sudor y polvo en medio de la noche. Mi padrastro abrió la puerta, tan ordenado como siempre. No importaba la hora del día, Enrico Mancino –el hombre que me crió tras la muerte de mi padre biológico– siempre iba impecable con su traje a medida, sin una sola arruga. Esto lo aprendí de él. Lo salvaje se podía ocultar a través de ropa bonita.

— ¿Aún tienes problemas para dormir? — preguntó con expresión divertida.

"Haciendo algo de ejercicio", respondí. — ¿Qué sucedió?

— Un ataque a Mixer — comenzó. Era uno de los clubes que teníamos en el lado sur de Chicago.

— ¿Rusos? — cuestioné al mismo tiempo que tomaba una toalla para secarme y tomaba un sorbo de mi agua, prestando atención a las palabras de Enrico.

— Un ruso. Disparos en el estacionamiento. Nada demasiado sofisticado. Le disparó a un guardia de seguridad y atrajo atención no deseada.

—¿Está con nosotros?

— Con Pietro.

— Me voy a cambiar de ropa.

— No creo que sea necesario... — comenzó Enrico y le hice un gesto con la mano para que se detuviera.

Estos pequeños ataques se volvieron semanales, casi como si el objetivo fuera llamar la atención. Siempre atrapamos a los responsables y casi nunca tuvimos muertes o pérdidas. Nunca tuvieron nada que revelar. Ese fue un maldito mensaje.

En veinte años tuvimos pocos momentos de calma, pero las cosas se volvieron más intensas cuando Enrico dejó de ser el capo local. Sospechábamos que pensaban que era una oportunidad. Uno que no les daríamos. Vasily estaba haciendo lo que esperábamos. Aceptar cualquier acuerdo para salvarse.

— Yo quiero.

— Dom, no creo…

— Papá — lo detuve — este es nuestro negocio. No paran de intentar derribarnos con putos bombardeos. Necesitamos hacer algo al respecto.

Me di una ducha rápida y veinte minutos después bajé hacia el garaje mientras repartía órdenes a los guardias de seguridad de la casa, sentados en el Audi negro blindado. Mi padrastro se sentó a mi lado en silencio y esperó a que uno de mis hombres partiera, atravesando la ciudad cuando aún estaba oscuro.

Aprendí que era una batalla perdida. Quería conducir mi maldito auto. No es necesario un séquito. Pero debería aceptar mi nuevo lugar. Fue un juego de sillas musicales creado para que la estructura Mancino se perpetuara en el poder. Para que yo fuera el nuevo Capo.

Era mi objetivo. Mi futuro.

Siempre he sido Mancino, aunque no siempre fui hijo de Capo. Cesare Mancino era la mano derecha del jefe en el momento en que fue asesinado a manos de la Bratva. Me convertí en hijo de Enrico cuando se casó con mi madre.

El ex cabeza de familia era el hijo mayor de Giuseppe Mancino, el hombre que llegó a Chicago gracias a un acuerdo con la Cosa Nostra, una de las mafias más poderosas del sur de Italia. Tomando un territorio importante en un momento en el que el grupo se estaba erosionando con toda la fama de Al Capone. Ningún criminal quiso llamar la atención. Su caída comenzó cuando permitieron que un gángster se convirtiera en una celebridad.

No teníamos nombre, pero todos en el pueblo sabían que el poder estaba en manos de la familia Mancino. Y hasta ahora, así era como mi padrastro quería continuar. Cuando alguien

susurraba sobre la “mafia italiana”, hablaba de nosotros, aunque otras familias vinculadas a la Camorra o al Outfit intentaron en ocasiones dominar nuestros territorios.

Giuseppe llegó a Chicago acompañado de dos amigos, Rodolfo Mancino –mi abuelo biológico y primo de Giuseppe– y Fabrizio Costa. Los tres organizamos lo que sería la base de nuestro negocio: Protección. Drogas. Usura. Juegos de azar. Lavado de dinero. No les gustaban los burdeles ni la prostitución, por lo que construyeron un estricto código de honor, a pesar de que vivían al otro lado de la ley.

Era curioso pensar cómo matábamos sin remordimientos, pero era un problema engañar a nuestras mujeres. Un hombre con amantes debe ser discreto, de lo contrario intervendrán los altos mandos. Y nadie quería ser castigado dentro de nuestras filas por algo tan tonto.

Después de cinco años en Estados Unidos, sólo Giuseppe seguía vivo. La lucha por el territorio provocó la muerte de los demás hombres, dejando a Mancino responsable de lo que sucedió a continuación. Tuvo tres hijos: Enrico, Eloisa y Rosa, además de criar como propios a los hijos de sus socios. Éramos familia. Incluso cuando la organización comenzó a expandirse a través de acuerdos y matrimonios. Tíos y primos que completaron la estructura con distintos apellidos y un mismo objetivo: mantener nuestro poder.

Enrico se convirtió en el Capó, y los hermanos más cercanos, hombres de confianza que mantuvimos en la cima y que nos ayudaron con el tiempo. Eran personas demasiado mayores o heridas para continuar en sus puestos. Una especie de Consejo además del Consigliere, pero formado por hombres con influencia y que podían volverse contra la familia si decidían depositar su lealtad en otros.

Mi padrastro decía que la mejor manera de mantener a alguien dispuesto a derribarnos era tenerlo cerca. Me di cuenta de eso ahora que era el Capo.

Hubo problemas dentro y fuera de la organización. No era de extrañar que no pudiera dormir cuando sentí un cuchillo en mi cuello en el momento en que cerré los ojos.

Fue un maldito día largo que tardaría mucho en terminar.

Pietro estaba en uno de los cobertizos de la familia. Mi prima fue mi principal albacea. El hombre que vino conmigo cuando organizamos las filas de esta nueva generación de Mancinos y el hombre responsable de cobrar deudas de todo tipo. Y él se sentía tan enojado como yo, de una manera menos controlada que la mía, más salvaje. De una forma u otra siempre lo conseguimos y teníamos prisa. Conocíamos su preferencia por los alicates.

Toda la parte sur de Chicago estaba en nuestras manos, y la única razón por la que no teníamos fuerzas para avanzar era porque la Bratva parecía dispuesta a exprimir cada centímetro que pudiéramos. A lo largo de los años, diferentes grupos han intentado enfrentarnos: motociclistas, cárteles, la mafia irlandesa. Acabamos con todos menos con Lugonov.

Bajamos del carro y caminamos en silencio, uno al lado del otro, abriendo la pesada puerta de hierro del almacén. Luego, los hombres se posicionaron frente al lugar a nuestra llegada. Mi padrastro se detuvo a cierta distancia, estudiando al hombre ensangrentado atado a la silla en el centro del gran espacio vacío al lado de mi primo.

Pietro era alto, tatuado y de pelo oscuro. Y de una manera casi extraña, parecía mantener la clase incluso en ese espacio que apestaba a sangre, vómito y heces. Incluso cuando estuvo en prisión actuó de esa manera. Su camisa blanca envuelta alrededor de sus brazos estaba salpicada de manchas rojas y lucía una de sus sonrisas de reojo cuando nos vio. Una expresión tranquila, como si no hubiera pasado las últimas horas torturando al rubio.

— ¿Sigue vivo? Yo pregunté.

—Se desmayó una vez más. ¿Qué clase de soldados son estos hombres que no pueden soportar

que les arranquen unas cuantas uñas? — respondió mi prima.

— Y algunos dedos — Señalé la mano destrozada en el regazo del hombre mientras mi prima se encogía de hombros.

— No tenemos nada nuevo, ¿verdad? — preguntó mi padrastro.

— Y algunos dedos — Señalé la mano destrozada en el regazo del hombre mientras mi prima se encogía de hombros.

— No tenemos nada nuevo, ¿verdad? — preguntó mi padrastro.

— La orden era vigilar el movimiento de la casa. El idiota llevaba horas parado en la esquina y decidió abrir fuego cuando vio a un hombre con una pistola. Debería estar cagado de miedo.

— Los rusos están poniendo a prueba nuestra paciencia — declaró el ex capo. —Pero creo que hay una manera de neutralizarlos.

Lo miré atentamente. Desde su partida, Enrico se ha alejado cada vez más de nuestro trabajo de "campo". Tenía problemas cardíacos, pero nadie podía saber por qué sería visto como debilidad. Solía repetir, una y otra vez, que nadie verdaderamente se jubila en esta vida, pero al menos él tuvo el privilegio de no ver tanta sangre y huesos. No enfrentar los cuerpos de amigos y aliados masacrados en medio de nuestra guerra.

— Estaba hablando con el tío sobre una alternativa, tal vez sea lo mismo — comenté y Pietro me examinó detenidamente. Se enojaría, pero era una oportunidad: — Nos parece que Lugonov trama algo más grande y estos ataques son una forma de llamar nuestra atención.

— Todavía no me gusta la idea de llegar a un acuerdo con los rusos — señaló Enrico.

— Llevamos años lidiando con sabotajes y ataques aleatorios, pero no como ahora. ¡Es un soldado de mierda "observando", por el amor de Dios! — dije señalando al hombre desmayado y atado a la silla. — O Lugonov se está haciendo viejo o está planeando algo... Y lo sé todo, Pietro, nunca olvidaré a mi padre, a Graziela ni a las demás personas que perdieron la vida ese día. Pero estoy intentando resolver un problema.

Lo vi apretar la mandíbula, tratando de volver a su estado impasible. La reacción fue inaceptable, pero sabíamos que el tema era delicado para él. En otra ocasión, Pietro nunca le levantaría la voz al Capo y al ex Capo. Mi prima y yo teníamos un plan alejado de la familia que involucra a los Rizzi de Las Vegas. Se esperaba recibir una solicitud de acuerdo cuando Vasily comenzó a desesperarse, pero pude ver en los ojos de Pietro que ni siquiera consideró que aceptáramos.

Pero conocía los planes de Lugonov.

Ningún acuerdo de paz sería válido.

Sea lo que sea, lo que estaba planeando, no se trataba de dejarnos en paz. Y si un acuerdo que aceleraría las cosas, mucho mejor. Tenía veinte años de retraso y nuestro plan con los Rizzi sólo ayudaría a acelerar aún más el proceso.

— Me hierve la sangre al saber eso... — Pietro escupió las palabras con irritación, vacilando después de algunos segundos, mirándome profundamente antes de continuar, su voz se volvió fría y serena: — Pero si el Consigliere está de acuerdo.

— Propuso casarse con una de las hijas de Lugonov. El tío Vitto estuvo de acuerdo y creo que es lo mejor. Son familiares y no parecen ninguna amenaza", continué. — Tendré una novia rusa dentro de nuestros dominios.

— ¿Esto realmente va a pasar? — cuestionó Pietro. — ¿O es sólo una idea?

—Un matrimonio entre mafias siempre ayudaba a acabar con las desavenencias —comentó mi padrastro.

— No pararán — aseguró Pietro.

“Pero tenemos que intentarlo”, respondí. — Y estemos atentos.

— ¿Las princesas de Bratva disparando a capos italianos? — se burló Pietro.

— No podrá respirar sin uno de nosotros a su lado. Mantengámosla alejada de todo y esperemos que Lugonov cumpla lo que promete.

—¿Vas a despedirla? — preguntó Enrico con curiosidad.

— Pensé en mantenerla encerrada en casa. Se necesitarán niños, pero no en un futuro próximo. Será fácil doblegar a un ruso protegido. — Me encogí de hombros como si el asunto no me importara.

No me interesaba nada de las hijas de Lugonov. Eran negocios, no un matrimonio normal. Fue la mejor solución a veinte años de guerra.

—Los matrimonios mafiosos eran alianzas, y traer a un enemigo a compartir la cama era parte de cómo funcionaban los lazos de paz. No sabía si sería suficiente para contener a los rusos, pero sí para poner fin a esos juegos de poder en la ciudad que hacían dudar de mí a los hombres leales al ex-Capo. Querían que regresara Enrico o alguien que tuviera más experiencia. Necesitaba demostrar mi valía antes de que las cosas empezarán a desmoronarse. Los verdaderos juegos comenzarán cuando Lugonov se comprometa a no atacarnos.

La puerta del almacén se abrió y los tres sacamos nuestras armas hacia la puerta. La silueta de Paolo, uno de mis guardias de seguridad, se hizo clara.

— Jefe, tenemos que irnos. Los rusos enviaron dos hombres y están a dos cuadras.

—¿Una operación de rescate por allá? — cuestioné señalando al hombre sin dedos.

— Eso es lo que vamos a descubrir. Pero es mejor que Enrico y tú se vayan ya — respondió Pietro.

Dos hombres contra la seguridad del lugar no era nada, pero lo mejor era evitar una posible herida en algo tan trivial. Esa fue otra parte que perdí. En el último año desde que Enrico decidió que yo sería el nuevo Capo, he tenido que lidiar con más burocracia que acciones.

La gente tenía una visión glamorosa de la mafia gracias a Hollywood, pero éramos una administración burocrática, como empresas legales. Mesas, seguimiento, rutas y logística.

Salté de una reunión a otra, tomando decisiones y monitoreando los resultados. Nuestro código de honor fue lo que cambió nuestras condiciones: los hombres que sorprendimos tratando de traicionarnos o robarnos fueron sentenciados a muerte. Los errores fueron castigados y sólo los mejores ascendieron en nuestras filas. Y cuanto más alto estuvieras, menos peligro deberías correr.

Para cuidar nuestro negocio, yo tomaba las decisiones y tenía un asesor que manejaba todos los obstáculos legales y logísticos. Mi tío y Consigliere conocían a todos en la ciudad y sabían quién podía o no ser comprado. El tío Vitto era mi segundo como también lo fue del ex-Capo después de la muerte de mi padre, el hombre que se aseguraba de que las cosas que yo no podía tocar estuvieran en orden.

Debajo de nosotros todavía estaban los jefes de negocios locales: clubes, salones, seguridad y todo lo demás, los capitanes. Y todavía teníamos empresas fantasma en el sector inmobiliario y financiero para lavar todo el dinero. Después de todo, es el crimen organizado. Éramos como una máquina burocrática cuyos engranajes giraban con sangre.

El mismo Audi me esperaba en la salida trasera. Hice un gesto a los guardias de seguridad y les anuncié que necesitaba estar a solas con mi padrastro. Subí y esperé a que el hombre se sentará a mi lado antes de partir. Los hombres vendrían detrás de todos modos y necesitaba este momento a solas.

— Voy a Solicitar una reunión para hablar del matrimonio con la alta dirección.

—Es un acierto, hijo —comentó. -Simplemente actúa. No tienen poder para crear un golpe desde dentro. Sólo porque fueran nuestros antiguos capitanes y ejecutores no significa que puedan interferir en la familia. Su influencia no llega a tanto.

— Es un momento peligroso para convertirte en Capo, especialmente si aún estás vivo.

— ¿¡Quieres verme muerto, chico!? — Soltó una risa ahogada. — Sabes por qué lo hice. Es la forma más fácil, ya que no es mi hijo de sangre. Es un Mancino y yo te creé, pero una lucha interna con la amenaza Bratva no es prudente.

— El único Mancino capaz de tomar mi poder es Pietro, y él nunca haría eso.

— La gente se queda ciega por el poder, incluyendo la familia — Enrico suspiró seriamente y bajó la voz. — Creo que tenemos un informante, alguien que le transmite todos nuestros movimientos a Lugonov.

— ¿Qué? — Miré a mi padrastro, haciendo temblar el auto, y esperé a que continuara.

— Perdimos envíos el mes pasado y pasó el ataque a Vitto, además de todos estos ataques... Tu tío estaba bien, pero parece que todo es parte del mismo movimiento de demostrar que están cerca sin causar daño...

— Como si esperaran que nos pusiéramos en contacto — agregué — ¿Crees que el matrimonio podría ser una estafa? ¿Qué estamos cayendo en algo que planean?

— Necesitamos mantener los ojos abiertos, Dom. Como nuevo Capo, tienes mucho que demostrarles a todos. Controlar esta guerra e intentar derrocar a los rusos debería ser sólo el primero de tus desafíos.

Miré hacia adelante, hacia los rayos anaranjados del cielo helado del amanecer de Chicago. Un acuerdo con la Bratva para poner fin a la guerra. Una novia rusa que recibiría mi apellido. Una pieza más en mi tablero para avanzar hacia mis objetivos. Las cosas podrían funcionar... o empeorar aún más. Necesitaba controlarla. Convertirla en mi marioneta y acabar con cualquier plan que Lugonov le hubiera metido en la cabeza a una de sus “princesitas”.

Había llegado el momento de demostrar quién mandaba.

Capítulo 2

Domenico

— Envié hombres para iniciar negociaciones con Lugonov. Me casaré con una de las hijas del ruso y pondré fin al derramamiento de sangre en Chicago.

— ¡¿Un trato con la Bratva?! — cuestionó con tono irritado Emilio, uno de los ex capitanes y un hombre de unos ochenta años.

— Un acuerdo — respondí con firmeza. — Juré proteger a mis hombres, mi familia y mi negocio. Un matrimonio es bueno para todos los casos.

— ¡Aún así, con un ruso! — respondió el hombre y los ocho hombres sentados en la mesa me miraron.

Éramos Vitto, mi padrastro y mi Consigliere, además de cinco personas de confianza de nuestra jerarquía. Mis hombres activos y capitanes de negocios bajo mi mando eran leales. Mis problemas involucran a los cinco hombres sentados frente a mí, respetados e influyentes, a quienes les molestaba no tener ya tanto poder de toma de decisiones. Emilio, Aldo, Cosme, Darío y Giacomo. Eran un peligro, pero un peligro que se resolvería, ya que todos tenían más de 70 años y tenían herederos y bastardos más leales a mí que a Giuseppe y Enrico.

— ¿Estás desafiando las decisiones de tu Capo, Emilio? — pregunté y me levanté de la mesa, mirando profundamente al hombre. Era joven, pero sabía que mi tamaño y mis tatuajes daban miedo. — Hizo un juramento de sangre, prometió hacer lo mejor para su familia y este trato es lo mejor para los Mancino.

— Sabes que no es eso, Dom. Intentarán engañarnos... — se disculpó el hombre, con la voz más suave y tratando de explicarse.

— Y estaremos preparados para ellos. Ninguna princesita rusa nos engañará. Si no fuera por los secuestros la enviaría a Italia después de la boda, pero tendré que conformarme con vivir con la hija del ruso. Ya será castigo suficiente, ¿verdad? — Comenté en tono de broma y noté que algunas cabezas meneaban de acuerdo ante la burla. Bien.

— Tendrás que tenerla cerca si quieres dejarla embarazada — recordó Vitto.

— Abordemos un problema a la vez... Le envié un mensaje a Lugonov y espero una respuesta. Sé que no será suficiente para detener a la Bratva, pero ya hemos perdido demasiados hombres en esto. Vasily Lugonov no tiene ningún honor y ha sido una espina clavada durante demasiados años.

— Para hacer las paces con su suegro — se burló Giacomo y golpeé la mesa con la mano, mi respiración se aceleró y miré a los ojos del hombre.

—Para matarlo sin lastimar a nadie más entre los Mancinos — anuncié y la sala quedó en silencio.

El ex-Capo se levantó unos segundos después y salió, limpiando la mesa de mi biblioteca. Todavía no me creyeron.

Sangré por esos hombres.

Luché por ellos y con ellos y, sin embargo, continuaron buscando la mirada de aprobación de mi padrastro, dudando de mis decisiones y cuestionando. Y nadie cuestionó a Capo. Si las cosas no se resolvieran en el plazo de un año, eso se consideraría una debilidad.

Y no quería que mataran a cinco ancianos sólo porque no estaban de acuerdo conmigo.

Ese mismo día, después de la reunión, un soldado fue a una discoteca rusa y le entregó un

sobre. Después de algunos días de ida y vuelta, me llegó el número de teléfono de Lugonov y comenzamos a pensar en las contrapartes de esa propuesta. Chicago debería permanecer como estaba y los ataques cesarían. No se permiten tiroteos, ni intentos de robo de carga ni ningún otro intento de sabotaje.

Pero nadie dijo nada sobre Las Vegas.

Recibimos un sobre similar dos días después y así fue como las cosas empezaron a intrigarme.

Una hermosa mujer rubia, de expresión angelical y grandes ojos verdes, me miraba dulcemente en una foto. Un vestido recatado, una sonrisa tímida y un nombre "Lara Lugonov". Pero Vasily no hizo que una hija fuera bautizada de esa manera.

Conocíamos a Olga, Ivana y Natasha. Las tres herederas rubias que actuaban como si fueran las dueñas de la ciudad, yendo de discoteca en discoteca, tratadas como celebridades y siempre con fotos apareciendo en webs de noticias. Las "princesas de la Bratva rusa" no se metieron en problemas –tal vez por la intervención de su padre–, pero estuvieron lejos de ser tímidas y reservadas.

Lejos de parecerse a esa mujer de la foto.

— ¡Nos ofrece a la hija de su puto amante! — comentó mi padrastro unas horas después, sentado frente a mí en la oficina.

Activamos nuestros contactos para saber quién diablos era esa mujer y la respuesta sólo nos irritó más. Lugonov intentaba humillarnos ofreciéndonos a la novia como insulto. Lara Lugonov era hija de Svetlana, una mujer rubia y amante del jefe de Bratva durante un par de décadas.

Suspiré irritado y decidí resolver esto. Marqué el número del hombre y el ruso contestó al segundo timbrazo. Su fuerte acento llenó la habitación por el altavoz cuando me saludó:

— ¡Mancino, veo que recibiste mi regalo!

— Tiene tres descendientes legítimos, pero prefirió ofrecernos a la hija de tu amante, Lugonov. Nuestro acuerdo está cancelado", declaré con voz tranquila, dándome cuenta de que tal vez Vasily no estaba lo suficientemente desesperado y que el matrimonio era una gran broma para el hombre.

— Cálmate, Mancino… algo bueno te hice — respondió en tono burlón. — Mis hijas son cabezas huecas que sólo se preocupan por las joyas, mientras que mi pobre Lara...

—La hija de tu amante—lo interrumpí.

— Algunos hombres aman más a su amante que a su esposa — filósofo.

"Tu oferta es un insulto", concluí.

— Lara tuvo un accidente cuando era pequeña y vivía aislada. Ella es tan hija mía como las demás. Crié a la niña en la mansión... Ella simplemente no salía en público porque tenía miedo... La niña vio a Joseph Russell volar por el aire y nunca volvió a ser la misma.

La maldita bomba en el restaurante. La niña fue la niña que resultó herida. Diez años antes, una explosión mató a un irlandés y se culpó a los Mancino. Lugonov se defendió diciendo que su hija y su amante estaban en el restaurante y que él nunca les haría daño a propósito. Lo dudé.

Me sentí culpable por esa mierda. Fue justo después de mi ira contra los rusos que casi terminó con mi muerte, casi como si hubiera sido una venganza. Realmente nunca lo supimos. El Equipo asumió la culpa, pero no antes de que nos viéramos obligados a limpiar la ciudad y matar a toda persona que se atreviera a desafiarnos sobre el tema.

Vasily guardó silencio y durante unos segundos nos oímos respirar por teléfono. Colgué sin responder, todavía mirando la imagen de Lara.

Las palabras de Lugonov no calmaron al ex capo, que seguía furioso por el insulto de ofrecer a la hija de su amante por un trato entre mafias. Bajé los ojos a la imagen. Hermoso. Angelical.

Dulce expresión. Y ojos rubios, curvilíneos y grandes que resaltan hasta el punto de distraerme por largos segundos. No sería un problema acostarme con ella y tener un heredero Mancino.

— Quiero mostrarte algo — anunció Pietro desde la puerta y arrojó algunas imágenes sobre la mesa, fotos con una cámara nocturna. — Cuando llegó la foto, recordé haber visto esta cara antes y revisé algunos de nuestros archivos.

— ¿Entonces sabemos quién es Lara Lugonov?

— Lo que sabemos es que no parece ser la misma mujer — concluyó y señaló las imágenes, una al lado de la otra.

No era posible ver mucho en la imagen lejana, granulada en la oscuridad, pero Lara estaba vestida de negro, con una capucha en la cabeza, empuñando una pistola y hablando con unos hombres en algún lugar abandonado. Al lado de la angelical rubia que ni siquiera parecía saber usar un arma. ¿Quién diablos era ella?

— Joder... Es peor juego que humillarnos con la hija de tu amante — anuncié, mirando las dos imágenes en la mesa. — Quiere poner un espía en mi casa.

— Debemos detener esto inmediatamente. ¡Es una trampa! El acuerdo no se cumplirá, no vale la pena — dijo mi padrastro mientras seguía examinando las fotos. Necesitaba saberlo.

"No dije. — Vamos a seguir. Como Vasily Lugonov espera que hagamos. Necesitamos fingir que no sabemos nada.

— ¿Está seguro? — cuestionó Pietro con la ceja levantada, sus profundos ojos verdes curiosos por hacia dónde iban mis pensamientos.

— Hay algo más grande que un espía en esta historia. Creen que pueden sorprendernos. Usemos esto a nuestro favor.

— Te vas a acostar con tu enemigo — enfatizó mi primo. — ¿Puedes continuar con esto?

— Puedo manejarlo, Pietro. Ya basta de Vasily. Quizás él no lo sepa, pero este es el clavo en su ataúd – advertí y los miré a ambos con seriedad. — A ver quién lo rompe primero.

— Pero el matrimonio es sagrado — intentó argumentar mi padrastro.

— Y honraré a mi esposa hasta el final de su vida. Y si resulta ser la traidora que esperamos, me quedaré viudo muy pronto.

***

Esperé unos días antes de volver a buscar a Vasily Lugonov. Acepté casarme con esa bastarda después de que empezáramos una investigación paralela. Lara era un fantasma. De vez en cuando era captada por fotografías de vigilancia, pero nada más. La “dulce princesita” de Bratva mató a uno de los nuestros en un intento de robo de carga meses antes y estaba lejos de ser inocente. Y en el caso de Lugonov fingimos no saber nada de esto.

El ruso tenía planes, la mujer no era quien decía ser y vendría a casa de Mancino con algún objetivo. Sería una estupidez no sospechar y prepararme, pero creía que sabría cómo tratar con una chica mucho más baja y delgada que yo. Ella estaba en nuestro territorio, evitaríamos cualquier contacto con el enemigo. La mujer estaría a nuestra merced. Cualesquiera que fueran los planes, sabría cómo abordarlos.

Durante un mes hubo idas y vueltas sobre la ceremonia: dónde se celebraría la boda, a quién se podía invitar. Mis padres insistían en una ceremonia católica -ya que para los Mancinos los matrimonios eran sagrados y para toda la vida, independientemente de que fuera un acuerdo— y el ruso quería garantías de que, con la unión, la guerra terminaría y él podría gestionar a su familia. El lado tranquilo de la ciudad.

Lugonov pidió una reunión y una madrugada, en un lugar remoto de la ciudad, estreché la

mano de mi futuro suegro y le juré que todos respetarían sus límites en Chicago. Pietro sugirió una emboscada, pero tanto el ruso como yo teníamos un pequeño batallón a nuestro alrededor. Deberíamos jugar ese juego peligroso para acabar con Lugonov, la Bratva de Chicago y todos los problemas que nos han causado a lo largo de los años. Esperaba lo mismo de Lugonov, ya que era él quien solía iniciar el conflicto.

En lugar de otra batalla, tuvimos un acuerdo matrimonial.

Y me encontraría con mi novia sólo en el altar.

Encontrarlo alimentó mis fantasmas. Nunca he visto de cerca al ruso, el tamaño, los tatuajes, la cicatriz que le hizo mi tía Eloisa en la cara. La ira subió a la superficie más rápido de lo que podía controlar. Y en los treinta y siete días de esa negociación, traté de controlar mi cordura en la sala de pesas cuando mi casa estaba en silencio.

Los grandes ojos verdes y la expresión plácida empezaron a perseguirme una de esas noches. Me intrigaba quién era realmente Lara Lugonov. El matrimonio fue sólo un negocio, pero comencé a desear a mi futura esposa, mirando la foto de vez en cuando, casi como un ritual. Dos caras de una moneda que contaban historias diferentes: inocentes y pecaminosas.

Sentí odio y deseo por una imagen y me pregunté si mi reacción ante la mujer real sería la misma.

A diferencia de muchos de los jóvenes de la familia, yo no dedicaba mis horas a las prostitutas. Siempre supe mi papel con los Mancinos. Aprendí sobre armas, lucha y negocios. Yo tenía el dominio. Cuando mi cuerpo llegaba exhausto y fuera de control, necesitaba hundirme en alguien hasta sentir el odio salir de mis venas, pero nunca fue mi prioridad. Había mujeres, cuerpos calientes que nunca volví a ver, pero yo tenía un objetivo mayor: ser el mejor Capo posible para la familia.

Y un matrimonio –aunque fuera con una mujer rusa– era parte de eso. Los sindicatos eran importantes en nuestro mundo. Trajeron estabilidad, herederos, continuidad, valoraron la familia, respeto. Sería real en todas las formas posibles hacer crecer mi legado con los Mancino. Lara sería parte de eso, por mucho que no quisiera. Podría ser tan desechable como cualquiera de estas mujeres, pero tendría mi anillo en el dedo.

Cuando las pesas no funcionaron, corrí y golpeé la bolsa con fuerza. Y aún así, en las noches en las que eso no me hacía desconectar, me masturbaba mientras miraba a mi futura esposa porque me gustaba saber que ella sería mía. Y ese era un maldito juego peligroso.

No podía dejar que mi cuerpo se hiciera cargo cuando Lara Lugonov podía hacerme despertar ahogándome con mi propia sangre. Debería domesticarla hasta el punto de traicionar a su propio padre. Seducirla hasta que ignorara cualquier plan que tuviera en mente. Ella no me convencería por muy buena que fuera en la cama, y yo tenía objetivos más grandes que los de una mujer.

Y tal vez ese fuera el motivo de mi obsesión. El desafío de hacerla rendirse, el instinto de caza. Quería someter a Lara a mi voluntad y saber qué escondía. Nuestra relación tendría fecha de caducidad, y cuando necesitaba deshacerme de ella, habría satisfecho mi cuerpo del deseo que crecía sólo con la promesa de mi novia.

Durante treinta y siete días, eso fue todo lo que pasó por mi cabeza. Cómo mi futura esposa era un misterio, una artimaña de los rusos para engañarnos. Y eso todavía me ponía duro de deseo solo por su plácida expresión en la foto, de la hija del enemigo.

Estaba listo para entrar en otra batalla por los Mancinos. Mi boda.

Capítulo 3

Lara

Afuera hacía frío llevaba un abrigo enorme. Chicago era una ciudad de extremos: grados bajo cero en invierno y olas de calor en verano, como si gritaran que no se sentían cómodos. Mi sensación exacta dentro de los muros de la mansión de Vasily.

Siempre terminé en esa casa, por mucho que huyera del lugar. María y sus hijos me odiaban y yo era un blanco fácil. Nadie se pelearía sólo para protegerme.

Ese día me llamó Vasily. Sabía lo que significaba. Los italianos aceptaron las condiciones de matrimonio acordadas.

Le informé a Vladimir, el guardia de seguridad en la entrada de la mansión, que Pakhan me estaba esperando y me senté en el sofá cerca de la pared de la oficina. Estaba preparada para que la dejaran allí hasta que terminara algunas de las miles de citas de Lugonov, pero el soldado regresó menos de cinco minutos después y pidió seguirlo.

Tan pronto como se abrió la puerta, varios pares de ojos me miraron. La mitad de la alta jerarquía de la Bratva de Chicago, incluidos Yakov y algunos comandantes. Lo que sucedió en esa habitación no fue más importante ni confidencial que el motivo de mi presencia.

— ¡Buenas noticias, niña! — dijo Vasili. — Los italianos enviaron un emisario para discutir una alianza: un matrimonio.

— ¿Enviarás el italiano? — Yakov interrumpió a su padre con una risa en su voz y miré al suelo, aún de pie, sabiendo lo que vendría después.

Vasily golpeó la cabeza de su hijo con tanta fuerza que rebotó, salió volando y aterrizó contra el escritorio de la oficina. Eso es lo que pude ver al menos en mi visión periférica, ya que no me atrevía a mirar hacia arriba. Sabía que “La Bestia” tenía sus ojos fijos en Yakov, incluso sin verlo.

— ¿Te parece una broma lo que hacemos aquí? — continuó Pakhan con voz irritada a su hijo.

— Ella no es Bratva, papá. No es una buena alianza. ¿No sería mejor Olga? ¿O alguna otra chica rusa?

— Y por eso mismo será ella. Ninguno de los nuestros estará en peligro. Como un maldito caballo de Troya. — Exhaló con fuerza y su voz se congeló por unos segundos. Se me erizó la piel, creí que me estaban analizando, la atención de todos iba de Yakov a mí. Levanté la cabeza para encontrar la mirada de Vasily. — ¿Podrás hacerlo, Lara?

— Estoy a su disposición, señor.

— Svetlana se ocupará de ti. Sugirieron una boda en unas semanas y nos aseguraremos de que no te vean hasta entonces. Es más seguro así”, dijo y yo sólo asentí, estando de acuerdo. —Todo salió mejor de lo que esperábamos, dorogoy. Se casará con Domenico Mancino como mi hija.

Finalmente estaba sucediendo. La razón por la que me quedé en ese infierno. Aprendí todo lo que aprendí.

He pasado las últimas semanas, desde que Vasily anunció la posibilidad en aquella reunión en su jardín, buscando más información sobre los Mancino, mi futuro marido y todo lo demás que he ignorado a lo largo de los años. Era más responsabilidad de la que podía imaginar cuando comencé las “clases de seducción” con Svetlana.

Pensó que conseguiría acceder a los Mancino a través de algún capitán, un hombre discreto en las filas de la mafia italiana de Chicago. Alguien que lo supiera todo y no llamara la atención.

Que no era una elección obvia a la hora de culpar de un ataque. Pero el destino quiso que ella entrara en casa de sus enemigos como esposa del nuevo Capo. Y Domenico Mancino no tenía nada de discreto.

Con sólo 32 años y con ganas de demostrarse ante su familia. Un hombre sediento de poder y con muchas ganas de lucirse. Nadie sabía de él, sólo que estuvo involucrado en algunos de los recientes baños de sangre entre las dos organizaciones. Una sombra letal que no dejó rastro y cuyo rostro no reconocí. Un posible desastre a punto de estallar si pisaba los lugares equivocados.

Esperaba (y deseaba) que fuera como Yakov. Alguien tan atrapado en su propio ego que no era capaz de ver un paso por delante de sí mismo. Esperaba que Enrico pasara por la misma agonía de tener un hijo idiota, como vi en Vasily.

Svetlana sigue ayudándola, ¿verdad? — Continuó Pakhan, sin esperar la respuesta para comentar a los demás, como si yo fuera un mueble en medio de la habitación. — El cabello debe estar teñido de rubio, como las chicas y la peluca que usaste para la foto. Para todos los efectos, ella es una de mis hijas. Lo creerán si es tan rubia como nosotras.

— ¿Usaré el nombre de Olga, Ivana o Natasha? — cuestioné y el hombre se río a carcajadas, como si fuera una idea estúpida. Yakov lo siguió con su risa tonta.

—¡Por Dios que no! Esto dificultará cualquier tipo de matrimonio entre los tres. La gente sabe que tengo una hija confinada.

— ¿Saben? — Solté, confundida.

— Desde el ataque de Joseph Russell, todo el mundo sabe que una de mis amantes tiene una niña muy rubia como yo, que quedó muy traumatizada por lo que vio en ese restaurante.

Eso ha sido... Casi quince años. ¿Había estado Vasily planeando esto durante tanto tiempo?

—¿Nadie excepto la Bratva sabe quién soy?

— Y si es inteligente, nunca mencionará entre ellos el nombre de Fabrizio Costa. Si te vinculan con tu padre, todo terminará antes de empezar", suspiró aborrecido. —Tendrás tu oportunidad. Enrico quedará en tus manos, es una promesa.

Me dio una de sus miradas de complicidad, examinándome como si una vez más dudara de mi capacidad para seguir el plan. Me recordaba de vez en cuando lo que debía hacer: reunir información, organizar un buen evento que reuniera a la mayor cantidad de Mancinos posible. Verlos perecer y recibir como "premio" al asesino de mis padres. Esa mirada era sólo otro recuerdo. Como si pudiera olvidar.

Sacudí la cabeza y esperé a que Vasily me hiciera un leve gesto con la mano para que saliera de su oficina.

El ataque a Joseph Russell fue la primera vez que participé en algo dentro de la Bratva. Tenía ocho años cuando me sacaron de la casa de Nadia. Me gustaba. Durante la parte de mi infancia que recuerdo, la mujer me cuidaba con cariño dentro de los muros que nos permitían, la única que celebraba cumpleaños o mostraba alguna docilidad hacia mí. Si alguien fue mi madre en todos esos años esa fue Nadia. Pero ella no tenía fuerzas para desafiar a Pakhan por mí.

Sólo después de dejar mi rutina me di cuenta de que nunca había traspasado la puerta de la casa del amante de Vasily. La mujer de cabello oscuro y ojos muy claros estaba a cargo de mí junto con Svetlana, la amante favorita de Pakhan. La rubia estaba más seca y menos paciente, pero al igual que Nadia, estaba ahí cuando la necesitaba.

Esa mañana, Nadia me besó y me puso una peluca rubia en la cabeza, susurrándome: "Pase lo que pase, debo obedecer a los hombres de Vasily". Svetlana estaba allí, me tomó de la mano y entró al restaurante. Una bomba explotó seis mesas frente a nosotras minutos después de que nos

sentáramos, enviándonos volando hacia atrás.

Me rompí el brazo. Svetlana se rompió un par de costillas.

Fue el primer cuerpo que vi, desangrado en el suelo de la habitación, el color rojo tiñendo el blanco del suelo, las salpicaduras en las paredes. La gente gritaba a nuestro alrededor. Parte del hombre había desaparecido. Simplemente desaparecido.

Joseph Russell era irlandés. Vasily quería el puerto de Chicago para sí y no tenía buenas relaciones con la mafia irlandesa. Hizo volar a uno de los hombres de confianza del líder y nos usó como excusa. Nunca planearía un ataque a un restaurante con su hija y su amante adentro, les dijo a todos. Lugonov culpó a los italianos y durante semanas escuchó la tensión de todos sobre lo que podría pasar.

De alguna manera, los problemas se resolvieron y terminé siendo la "muñeca" de Vasily. Le pidieron trabajos pequeños y, ya desde la adolescencia, para ayudar en tareas más burocráticas. El ruso aprovechó mi presencia cuando le convenía.

— Debo llevarte a la peluquería — anunció Svetlana apenas salí de la oficina y la puerta se cerró detrás de mí, la encontré sentada en el mismo sofá donde esperé minutos antes.

A diferencia de Nadia, la mujer tenía el pelo muy claro, era alta y siempre parecía estar vestida para fiestas que nunca ocurrían. Obedecía las reglas de Vasily porque conocía el peso de los puños de los hombres. Todas las mujeres en la vida del ruso –incluidas su esposa e hijas– lo conocían. Incluso yo lo sentí.

—Por supuesto—asentí, aún atónita por la noticia. En unas semanas se casaría con un italiano. Tendré mi venganza. Finalmente. —Pero primero necesito detenerme en algún lugar.

— Lara… — me advirtió mientras atravesamos las puertas de la mansión, bajando las escaleras hacia el auto estacionado.

— Tal vez incluso puedas hacerlo por mí mientras estás en el salón… ¡Será útil, te lo prometo! — reforcé. — Necesito teléfonos desechables. Lugonov me envía a una misión y no sé si cuando llegue el momento podré ponerme en contacto. Necesito tener una forma segura de hablar con Pakhan.

— ¿Una misión? ¿Ha llegado el momento? — preguntó con curiosidad.

Esperé a que abriera el auto, se sentara y lo arrancara. No me gustaría que oídos curiosos escucharan. No sabía cuántas personas en Bratva conocían los planes.

—Me casaré con un Mancino. Vasily está negociando y yo debo estar preparada.

— Eso explica el tema del cabello. — Sacudió la cabeza como si hablara más para sí misma que para mí. Luego me miró con una mirada más suave de lo que estaba acostumbrada y con una sonrisa ligeramente torcida en los labios añadió: — No escuchaste esto... pero eres más inteligente que muchos hombres que trabajan para Vasily...

Sacudí la cabeza y respondí con otra sonrisa tímida. Miró el camino frente a nosotros, los primeros copos de nieve cayendo en el cielo. Era lo máximo que tendría de Svetlana.

***

— ¿Qué opinas? — el peluquero sonrió a través del espejo.

Había realizado un milagro. Mi cabello oscuro dio paso a un rubio claro, con raíces tan perfectas que cualquiera podría jurar que nací así. Unas semanas antes llevaba una peluca que parecía más artificial y estaba vestida como una de las hijas de Vasily para una fotografía, con ropa y accesorios caros y recatados. Eso se veía más natural y sólo unos ojos muy atentos notarían que no era realmente rubia.

Svetlana se levantó de su lugar en la parte de atrás, caminó hacia el lado del hombre y me

estudió con placer. Ella sonrió una vez más de sus sonrisas torcidas antes de anunciar:

— Es óptimo. Si no supiera que tengo el pelo tan oscuro, pensaría que nací así. ¡Hasta las cejas quedan perfectas! Con la cantidad justa de maquillaje, estarás lista.

Confirmé con un movimiento de cabeza y agradecí al peluquero y me levanté al mismo tiempo que le preguntaba a la mujer:

— ¿Recibiste lo que pedí?

— Sí. Están en el coche — prosiguió haciendo un gesto con las manos. — Todo está arreglado, podemos irnos.

La seguí, todavía viéndome a mí mismo a través de los reflejos del pasillo. No se parecía a mí, no me reconocía con esos mechones tan claros, pero servirían para algo. No tenía la piel oscura, pasaba demasiado tiempo entre las paredes de las propiedades y con mi cabello rubio parecía una muñeca de porcelana con grandes ojos verdes. Todo lo que me faltaba eran mejillas sonrosadas. Estaba preparada para ser la delicada novia de Domenico Mancino.

Pasé ocho horas sentada en el salón decolorándome el cabello. Ocho horas que repetí mentalmente durante los meses siguientes. Con las joyas de las hijas de Lugonov tendría suficiente dinero para escapar y no volver a depender de nadie en esa ciudad. Empezar de nuevo donde nadie me conocía ni sabía de mi pasado. Esperé veintidós años y finalmente encontraría mi venganza. Ojo por ojo.

— Está tranquila. ¿Nerviosa? — preguntó Svetlana muchos minutos después mientras estacionaba frente a la mansión de Vasily. Estaba distraído y no me di cuenta hacia dónde iba. Genial, me mostrarían para la aprobación de Pakhan.

— Siempre estoy tranquila — dije con un poco de humor.

— Espero que no uses ese tono atrevido con el italiano — me advirtió.

— Seré dulce — dije, modulando mi voz a un tono más suave, más inofensivo, más fino de lo que solía usar. — Sólo atrevida en el dormitorio.

"Buena chica", sonrió. — Vamos a buscarte ropa. Pedí en las tiendas donde suelen comprar las chicas y lo entregarán aquí en el lado de mi casa.

Sería un clon de Olga, Ivana y Natasha. La mujer desapareció de mi campo de visión, entrando a la mansión mientras yo esperaba frente al auto. Desde el incidente del restaurante, me había dividido entre la casa de Nadia y la de Svetlana. Cuando la mujer de cabello oscuro murió, me quedé permanentemente con la amante favorita de Vasily, escondiéndome en la habitación cuando Pakhan estaba de visita.

La puerta principal se abrió y, en lugar de Svetlana, vi a Olga y Yakov bajar las escaleras. Excelente. Ya era tarde, lo que significaba que ellos dos –y el comitiva de guardias de seguridad que los seguía– se dirigían a una de las actividades favoritas de los hermanos Lugonov: discotecas y drogas. O drogas y discotecas. Dios sabe cuántas veces encontré rastros blancos sospechosos en muebles de esa misma casa.

— Mira quién decidió ser uno de nosotros — dijo Olga venenosa al verme. — La italiana quiere ser rubia como una princesa de Bratva.

— Hola Olga — La saludé y la mujer hizo una mueca ante mi tono de voz sobrio.

Llevaba un vestido fluido y recatado, todo hecho de piedras y que brillaba incluso en el día oscuro. La impertinente personalidad parecía filtrarse por los poros, aún sin mostrar tantos centímetros de piel. Cuando estaba con su padre, Olga nunca actuaba como lo hacía conmigo.

— Escuché que tienes una boda programada. Papá te vendió a su gente.

—Está acordado —reiteré.

—¿Tienes miedo, pequeña italiana? — preguntó Yakov.

— Estabas allí, Yakov. Es una misión como cualquier otra. — Me encogí de hombros y me sentí aliviada cuando Svetlana pasó junto a ellos dos seguida de otro hombre y unos segundos después salieron de la casa con las maletas.

— ¿Entonces hoy estamos recibiendo más basura de la que deberíamos? — Comentó Olga mirando a la mujer alta y Svetlana se limitó a analizarla de arriba a abajo antes de caminar hacia la puerta del auto, como si no tuviera tiempo para los caprichos de la hija de Lugonov. La mirada de la amante de Vasily siempre me hacía estremecer. Y pareció tener un efecto similar en Olga.

— Pronto Lara se irá. Con un poco de suerte, no regresará de su “misión como cualquier otra” — Yakov se rio, repitiendo mis palabras.

Tocó a los guardias de seguridad, como si hubiera hecho una gran broma. Fue vergonzoso. Vasily era cruel, pero no merecía un hijo que claramente no supiera cómo llevar los negocios con la misma mano de hierro.

— Hasta luego — solo saludé y seguí a Svetlana dentro del auto, mirando a los hermanos parados en las escaleras de la mansión.

Tal vez el matrimonio no fuera tan malo después de todo. Era mejor que seguir viviendo con la familia Lugonov.

Capítulo 4

Domenico

Estaba de pie en el altar de la iglesia de Santa Zenaida esperando a Lara, la virgen Bratva. El falso cordero por la paz de los dos grupos. Pietro, mi padrastro y yo estábamos preparados para ella. La mujer sería prisionera de nuestros muros hasta que descubriéramos qué estaba haciendo. Sería divertido verla intentarlo.

Mi madre me miró con mirada pesada desde su lugar en uno de los bancos, de la mano del ex Capo y de la tía Eloisa, su amiga de todos estos años. Temía por ella porque sería la primera vez que se enfrentaría a "La Bestia" que casi la mata. El resto de la familia estaba esparcida por el lugar. Querían venir como apoyo a pesar de que era peligroso para nosotros estar todos juntos ese día.

En el lado ruso, Vasily desempeñó el papel de padre orgulloso e impaciente y en los últimos minutos fue a buscar a su novia al exterior. María y sus hijas estaban sentadas con expresión irritada, como si algo oliera mal. Eran ellos y dos o tres personas más del lado ruso de la iglesia. Yakov, el hijo mayor, caminaba de un lado a otro, controlando a los guardias de seguridad. El chico rubio parecía nervioso al ver tantos soldados italianos y, a medida que pasaban los minutos, se quedaba mirando la puerta y murmuraba cosas confusas que no podíamos entender.

—... A italiana para la familia — Escuché parte de lo que Yakov murmuró a un hombre a su lado y estiré la espalda, todavía retorciendo mis manos.

Pietro me lanzó una mirada de advertencia. Él también escuchó. ¿Qué diablos quería Yakov con las mujeres italianas? Revisé a mis parientes sentados con mi familia. ¿Estaban planeando un secuestro ante nuestras narices?

Sacudí la cabeza hacia Pietro quien, sin decir una palabra, se acercó al oído de mi padrastro y fue a buscar a todos nuestros hombres. Se produciría otro baño de sangre si alguien se atreviera a meterse con los Mancino dentro de esa iglesia. Era la casa de Dios, pero sabía bien que todos estábamos armados hasta los dientes. conmigo llevaba tres pistolas y un cuchillo.

El ruido de la puerta me robó la atención y la mujer que las atravesó hizo que mis pensamientos volaran. Una nube blanca con un delicado velo transparente bajo los ojos. Vasily acompañó a Lara, quien me miró e hizo desaparecer todo a mi alrededor. La mirada de una cierva que podía ver lo más profundo de mi alma.

Todo en ella era comedido y delicado, una timidez latente en su postura tragada por ese vestido blanco. Parecía que si se acercaba, podría hacerla correr. Me quedé hipnotizado por la imagen de la mujer, paso a paso hacia mí. Maldita sea, ella era una buena actriz. Mi futura esposa exudaba pureza. Y no estaba acostumbrado a tener eso en mi vida contaminada.

La mujer se detuvo a mi lado. El velo transparente no hizo mucho para ocultar ese par de ojos verde intenso. Tenía una nueva esposa que estaría protegida por el Capo.

La protección de su hombre. Incluso si fuera mentira.

***

— Los declaro marido y mujer — finalizó el sacerdote y levanté el velo del rostro de Lara, mirando su delicada expresión.

Ella escapó de mi mirada.

Todos reían y aplaudían a nuestro alrededor. Le di un casto beso en la frente antes de conducirla hacia la salida, como requería el protocolo. Los Mancino planearon una recepción en mi casa, pero no invitaron a nadie de la Bratva. La presencia en el templo sagrado ya era más de lo que podíamos garantizar.

Vasily nos interceptó al final del pasillo de la iglesia y tomó a Lara en sus brazos. Murmuró algo al oído de la mujer y se alejó, saliendo por la puerta con su séquito. Los otros hijos de Lugonov no la saludaron, lo cual era de esperarse, ya que mi esposa era hija de la amante. Mi esposa.

Lara giró su cuerpo hacia mí, apoyando su mano en mi brazo. Se presionó contra mi cuerpo mientras la gente caminaba a nuestro alrededor, como si quisiera estar en cualquier otro lugar menos allí. El matrimonio fue oficial, al igual que nuestro acuerdo.

— ¿Estás bien? — Pregunté sólo para que ella pudiera escuchar, inclinándome cerca de su oído. Lara era al menos diez centímetros más alta y podía apostar que llevaba tacones.

— Todo... todo cambiará a partir de ahora — me susurró tartamudeando.

— Lo sé — estuve de acuerdo y cubrí su mano con la mía, dándole un suave apretón a sus dedos. Lara se detuvo en mis ojos hasta que los bajó una vez más, como si recordara no mirarme demasiado.

Seguí sus cortos pasos, envuelta en su vestido, fuera de la iglesia, donde ya esperaba uno de los coches con las puertas abiertas. Se acomodó dentro, acomodándose las enaguas, cuando me senté a su lado y el conductor arrancó.

— ¿Y ahora? — preguntó con curiosidad.

— Mis padres están haciendo una pequeña fiesta en mi casa.

— ¿Su casa? — preguntó en voz baja. — Pensé que vivías con la familia.

—Mi hogar es mi templo —me aclaré la garganta, corrigiéndome—, nuestro hogar. La familia va y viene, pero estamos por toda la ciudad. Es más seguro así.

—¿Tiene miedo de un ataque? ¿Algo que necesites saber?

—El mismo miedo que tendrías con tu padre.

Lugonov fue la razón. El ataque nos marcó en más formas de las que podíamos contar. Fue la razón por la que los Mancino se dividieron en todo el sur de Chicago: menos posibilidades de que estuviéramos todos juntos para un segundo ataque. Aún nos veíamos, pero quedaba el sabor agridulce de estar pendiente de la seguridad todo el tiempo. Cancelar eventos sólo por la más mínima sospecha de que algo sucedería.

Lara negó con la cabeza y permaneció en silencio contemplando el paisaje de media tarde fuera de la ventana. A medida que avanzábamos por las calles, noté el perfil clásico de mi novia: facciones finas y delicadas, pequeñas y de aspecto sereno.

Empecemos los juegos.

Lara estaba silenciosa y asustada como esperaba, pero no juzgué cuánto de eso era personalidad o pretensión. Actuó como si el más mínimo aumento de voz la hiciera saltar en su asiento. Era un hombre tranquilo, pero no silencioso. Sabía que emanaba autoridad con sólo una mirada y mis hombres temían mis arrebatos. Necesitaba hacer que Lara confiara en mí y comenzar a confrontarla no sería prudente.

El coche entró en la casa, un edificio de dos plantas y sótano, amplias estancias y seis dormitorios, incluido uno principal que parecía un apartamento funcional, por lo que no era necesario recorrer toda la casa varias veces al día. Además, había dos despachos -uno cerca del dormitorio— y otro en el primer piso, donde había una sala de estar y una biblioteca con una gran mesa para reuniones con la dirección, además de otras estancias como el gimnasio.

En el exterior, donde se ubicaba el enorme garaje para garantizar la comodidad de todos los que me visitaban, el jardín y la piscina complementaban el terreno. Era más pequeña que muchas mansiones de Chicago, pero lo suficientemente grande como para albergar a la familia y los colaboradores que normalmente se alojaban allí y gestionaban la seguridad a nuestro alrededor.

Todavía había un ambiente secreto debajo de la casa, diseñado para pasar desapercibido. Cuando compré la mansión y la remodelé hace más de diez años, necesitaba un lugar seguro y a prueba de manipulaciones. Otro para guardar armas y equipos fuera de la vista. Y también un lugar donde hacer "hablar a alguien", si es necesario.

Una pequeña habitación con utensilios que pondrían celoso incluso a Pietro. Nunca fue utilizado y, hasta donde yo sabía, sólo mi padrastro y yo sabíamos de su existencia. Todo esto estaba escondido bajo tierra, al que sólo se podía acceder mediante un ascensor secreto en el dormitorio principal.

El auto se detuvo, pero Lara permaneció callada. Mi esposa miraba fijamente su nuevo hogar a través de las ventanas sin hacer comentarios, esperando mi reacción.

— ¿Te gusta? — Pregunté y ella me dio una sonrisa tímida antes de negar con la cabeza.

La ayudé a salir del auto y mi madre corrió hacia nosotros y nos recibió en la puerta. Tocó el cabello de Lara y le quitó el velo largo que portaba la mujer, dejando visibles los mechones claros. Asombroso. Luego, nos llevó a una cacofonía de sonidos en mi sala de estar, con música y comida servida. En realidad, se estaba celebrando mi boda.

Durante la siguiente hora, caminé con Lara en brazos, saludando a la gente y presentándoles a mi esposa. No necesitaba saber que mi primo era uno de los torturadores más eficientes de la región o que el tío Vitto era mi segundo al mando. Era suficiente saber que eran familia. Cuanto menos sepas sobre la estructura, mejor.

Comimos con los demás y no volvimos a hablar más allá de rápidos intercambios de palabras. Pietro llegó y pidió una breve charla, pero todo lo que quisiera sobre Yakov Lugonov podía posponerse. Era importante mostrar poder en esa fiesta, caminar con mi esposa y presumirla ante los invitados de alto rango. Aldo, Cosimo, Darío, Emilio y Giacomo estaban con sus esposas e hijos celebrando a pesar de la mala voluntad mostrada hacia mi esposa rusa.

Lara tembló en mis brazos cuando mi padrastro exigió un baile de parejas. La mujer mostraba una sonrisa tímida y una expresión aterrorizada mientras la gente iba y venía. Yo era el capo. Ella era la señora de la casa. Deberías empezar a acostumbrarte a ese tipo de atención.

La llevé al centro de la habitación, donde todos estaban a nuestro alrededor. Tomé su mano y la acerqué hacia mí, rodeando su cintura con mis dedos. Lara jadeó y miró hacia arriba. Los malditos, profundos y brillantes ojos que me mantenían allí, haciendo que los sonidos desaparecieran una vez más.

La foto no hacía justicia a lo que sentía al tenerla cerca de mí.

Excelente. Me sentí oficialmente atraído por mi esposa.

Algo me dijo que esa mirada podía empujarme a hacer cosas sin que la mujer dijera una palabra. El maldito juego peligroso.

Nos balanceamos al ritmo de la canción, todavía prestando atención el uno al otro. Los dedos de Lara recorrieron las solapas de mi traje, presionándolos hacia ella como si mi esposa no se diera cuenta de lo que estaba haciendo. El vestido largo se arremolinaba a nuestro alrededor y sólo la voluminosa tela ocultaba la erección que tenía entre sus piernas.

Apoyé mi pulgar en su boca y Lara cerró los ojos con fuerza de repente, poniéndose rígida en mis brazos. La mujer sacudió la cabeza como si saliera de un estado hipnótico y dio un paso atrás, lejos de mis manos.

— Voy al baño — me informó y desapareció por el pasillo con pasos apresurados al mismo tiempo que mi madre caminaba hacia mí.

Metí la mano en el bolsillo, intentando disimular el estado de mi pene después de ese baile inocente. Caminé hasta la barra y pedí un trago de whisky. No sabía cuánto podría aguantar hasta la noche de nupcias.

— Al menos no será un matrimonio sólo de acuerdo — dijo mi madre mientras se acercaba a mí, haciéndole un gesto al camarero y recibiendo a cambio una copa de champán.

— ¿Por qué dices eso? — Pregunté, con los ojos fijos en la expresión cómplice de la mujer, quien permaneció en silencio por unos segundos, analizándome. Tomé un sorbo de mi bebida fuerte y sentí que ardía.

— La forma en que mira a la chica. Pocas veces te había visto así y se dieron cuenta — hizo un gesto con la cabeza a Emilio y Giacomo, que estaban hablando con mi tío Vitto a unos metros de distancia. — Ten cuidado de no pensar que tienes debilidad por la chica rusa.

— Ahora es una Mancino, no tiene sentido llamarla así.

— Haces bien en defender a tu esposa — susurró ella como respuesta. —Pero digo lo que muchos piensan... He oído cosas malas sobre las hijas de Lugonov. Ellos también deben haberlo escuchado.

—Ya conoces la historia. Lara no es una de las hijas legítimas.

Intenté hacer que mi madre cambiara de tema. A propósito, mantuve en secreto la verdadera personalidad de Lara para ella y para casi todos los miembros de la organización. Sólo Enrico, Pietro y mi Consigliere sabían de las fotos en el puerto. Para mi madre, Lara era una niña protegida. La princesita de la Bratva.

— Hacen una linda pareja, si se me permite decirlo. La chica es bonita y parece tímida.

— ¿Nada de que no me case con mi gran amor? — Sonreí y acaricié la mejilla de mi madre. —¿Simplemente te impresiona que puedas tener algún deseo por mi esposa?

— Mi primer matrimonio no fue por amor, pero te tuve a ti. Fue suficiente para mí. Sé bueno con la chica, parece querer alejarse de todos nosotros. Muéstrale que no la apuñalarás mientras duerme.

— Eso puedes esperarlo de la Bratva, madre, no de mí. Debería preocuparme por mi seguridad.

— Esa chica probablemente ni siquiera sabe empuñar un arma — comentó con delicadeza. — Lo que sea que le pasó y toda la historia de su trauma por el asesinato del irlandés le dejó una enorme cicatriz. Parece que el viento podría asustarla.

— Las apariencias engañan… — dije y tomé un sorbo de mi bebida.

— No seas así, Dom — suspiró. — Me preocupa lo que Lugonov le hizo para que pareciera tener tanto miedo de hablar con cualquiera de nosotros.

—Ya se acostumbrará. Además de mudarte de casa, estás cambiando de familia — respondí conciliador y ella negó con la cabeza, como si mi explicación tuviera sentido.

— Te llevaré a tu habitación.

— Muy bien. Espero que no expongas a la chica más de lo necesario.

— Ya no damos señales de pureza, madre. Sepa esto.

— Eso espero, Dom. Sé bueno con ella — pidió antes de irse.

Pasaron los minutos y Lara no regresaba, por lo que creí que mi madre la había interceptado para prepararla para nuestra “noche de nupcias”.

Esperé a propósito, porque no sabía cómo afrontar ese momento. Las mujeres eran propiedad de la mafia y muchos grupos todavía querían que sus mujeres mostraran su pureza. Después de

las fotos de Lara empuñando un arma y vestida para una misión, tenía mis dudas sobre si la mujer sería la virgen inocente que garantizaba Lugonov.

Casarse con alguien caído en desgracia podía generar comentarios en la familia, y la rusa hizo un buen trabajo al parecer frágil y tímida. Incluso si ya no fuera virgen, creerían mis palabras. Las sábanas no fueron mostradas a los hombres de la alta dirección, no discutimos el estado de pureza de nuestras mujeres. Enrico puso fin a la tradición y sería de gran valor esa noche.

Pasé otra media hora en el salón hasta que mis hombres empezaron a despedirse uno por uno. Todos querían rendir homenaje a su Capo, aunque algunos todavía respetaban a mi padrastro más que yo. Esto resultaría de una forma u otra. Mi madre apareció en algún momento en brazos de Enrico, repitiendo a modo de despedida que debía cuidar de Lara ahora que era Mancino.

Cuando no había nadie más, me dirigí a las escaleras hacia el dormitorio principal. Por los salones sólo circulaban empleados, guardando bandejas y utensilios de la celebración. Eran más de las diez de la noche después de un largo día. El día de mi boda con la heredera de Bratva.

Abrí la puerta del dormitorio y encontré una visión esperándome.

Lara estaba en medio de la habitación, vestida con lencería blanca que podría "perseguir" todos mis sueños a partir de entonces: encaje delicado, un liguero que subía por sus piernas hasta engancharse en el borde de sus bragas. Los tacones altos estaban en sus pies. Todo eso estaba debajo del vestido. El mismo vestido que pensaba en la pureza, pero que llevaba el pecado bajo sus enaguas.

Mierda. Fue mejor de lo que imaginaba. De todo lo que pensé en los treinta y siete días posteriores a que recibí la foto de su rostro serio. Deseé al maldito traidor y sería un placer consumar este matrimonio.

Sentí el deseo pulsando por mis venas. Lara era mía para hacer lo que quisiera con ella. Éramos una pareja. Esa noche no había mafia italiana ni Bratva dentro de esta habitación, solo Domenico y Lara. Y no sabía cómo reaccionar ante la vista frente a mí. Sentí que si me acercaba a ella como quería, me ahogaría en sus curvas hasta olvidar quién era. De qué estaba hecho ese matrimonio. De lo que ella podría hacer.

— Lo siento — dije con voz espesa sin quitarle los ojos de encima. No sentí nada, pero no sabía qué decir, mi mirada devoraba su cuerpo.

— También es tu habitación… — respondió vacilante. — Voy a bañarme. Te estaba esperando, pero tomó un tiempo...

— Sabes lo que pasa aquí, ¿no? — La interrumpí.

Lara tenía una expresión seria en su rostro, mirándome como si quisiera absorber cada uno de mis rasgos. Luego anunció, con su voz dulce y suave, dejando escapar la mirada al suelo antes de terminar la frase:

— Crecí protegida, pero no estúpida... ¿Serás mi maestro?

Capítulo 5

Lara

Esperé.

Eso fue todo lo que hice en los más de treinta días transcurridos entre la advertencia de Vasily y la boda. El cabello empezó a crecer y visité nuevamente la peluquería con Svetlana. Si siguiera declarándome así, me convertiría en una señora Mancino calva. Me afeitaron todo el cuerpo para que no quedará ni un solo cabello castaño que pudiera negar que era rubia natural. Y lo hice una y otra vez...

Vasily se tomó en serio la idea de protegerme de los italianos. Durante todas las semanas estuve atrapada en la casa. Ya no ayudaba en absoluto. Me limité a esperar encerrada en mi habitación en casa de Svetlana. Era un espacio pequeño, un armario de dos puertas y una cama individual. Tenía una habitación un poco más grande en casa de Nadia, pero ya no era necesaria. No tenía ninguna de mis pertenencias y todo estaba ordenado por alguna razón. Ropa para abrigarse y cintas para el pelo para no estorbar. Sin joyas ni adornos, nada sólo decorativo. Me acostumbré a esa habitación vacía, el lugar para simplemente descansar y comenzar el día de nuevo.

Dos días antes de la boda, Wladimir trajo un mensaje de Pakhan y habló con Svetlana. Permanecí en mi aislamiento impuesto, esperando ser revelada. No me importó. La Lara que Domenico esperaba era tranquila y tímida, y yo también. Pero es el resultado de la falta de comunicación que tuve mientras crecía. Hable sólo cuando sea necesario y sólo cuando se le solicite. Me mezclo en las sombras, no llamó la atención y permanezco en silencio. Yo era así. Aprendí a caminar sin hacer ruido y pude resignarme a permanecer en silencio durante muchas horas. Crecer en Bratva fue como recibir migajas suficientes para no morir de hambre.

A veces me reprochaba mis elecciones. No irme cuando pude. Pero los asuntos pendientes me mantuvieron allí. Nunca dejaría atrás el pasado si tuviera que vivir a la sombra de un asesinato sin venganza.

— ¿Qué estás haciendo? — me preguntó Svetlana estando en la puerta el día de la ceremonia. — Tenemos que darnos prisa para prepararte.

— Necesito empacar algunas cosas.

— Todo está listo. Se empaquetan ropa, joyas y zapatos. Nada tuyo coincide con el papel que debes desempeñar — anunció.

Nada de lo que se envió a los Mancino me convenía, pero a ellos les convenía el papel de novia delicada. Si me quedaba mucho tiempo en casa de los italianos, encontraba una excusa para ir de compras y comprarme algo que fuera más de mi estilo que toda esa tela rosa y entallada.

— Quería llevármela — Señalé la muñeca que me regaló Nadia cuando era niña. Un trozo de lana, ya gastado. Svetlana se acercó al juguete y lo miró fijamente durante unos segundos antes de levantarlo y poner una expresión de curiosidad.

— No recordaba que esta muñeca fuera tan pesada.

— Nadia usó un peso para la puerta — le expliqué. — Creo que es lo único que quiero llevarme de aquí. El resto... puede ser donado.

— Ella volverá — susurró y sacudió la cabeza mientras me devolvía la muñeca. Caminé hacía la maleta y guardé el juguete antes de mirar a Svetlana con seriedad.

— Si consigo información de adentro, tal vez me maten allí... y si no... nadie me quiere aquí. Habré cumplido mi papel — anuncié. — Gracias por ayudarme todos estos años.

— No digas eso, Lara… — comenzó con la voz un poco entrecortada, y se aclaró la garganta.

Luego miró hacia un lado y se volvió hacia la puerta, haciendo un gesto con la cabeza para que la siguiera. Intentó no emocionarse y necesitaba prepararme para la boda. Svetlana eligió todo: el vestido de ceremonia, las joyas, los zapatos. Necesitaba ser la princesa perfecta y el amante favorito de Pakhan sabía cómo lograrlo.

La seguí por el pasillo y eché un último vistazo a dónde guardaba la muñeca. Funcionó. Las joyas estaban guardadas dentro del juguete, pero no tenía idea de cómo sacarlas de la casa sin levantar sospechas. Todas mis cosas serían revisadas por los hombres de Lugonov y, por supuesto, también por los italianos. Una pequeña victoria, suspiré.

Svetlana me sentó en su habitación y comenzó todo el proceso con el peinado y el maquillaje. Durante horas permaneció allí. Luego me ayudó a ponerme el largo y voluminoso vestido de novia blanco. Finalmente, se ajustó el inmenso velo y sonrió ante su creación. Esa fue quizás la sonrisa más sincera que vi en los labios de la mujer.

Después de informar a los hombres, ella me siguió hasta el auto con un gesto de asentimiento y se quedó frente a la casa viendo salir el vehículo. Fue una tontería por mi parte esperar que la amante de Pakhan estuviera en la ceremonia, pero ella era lo más parecido a una madre que tuve después de la muerte de Nadia. Verla quedarse mientras yo iba hacia el vehículo sólo me aseguró que todo cambiaría de ahora en adelante.

Vasily, su esposa e hijos ya estaban en la iglesia, y el jefe de Bratva me saludó afuera, sosteniendo sus brazos entre los míos mientras las puertas se abrían y comenzaba la música. Me sentí flotando, siendo llevado a mi destino sin tener ninguna opinión. En cierto modo, estaba feliz de abandonar finalmente el nido de Lugonov.

— No durará lo suficiente, niña. Volverás en unas semanas", murmuró Vasily en mi oído con un extraño movimiento en la boca, dando el primer paso hacia el pasillo de la iglesia. "La Bestia" intentaba sonreír y hacía un pésimo trabajo con el labio deformado por la cicatriz.

Me enfrenté a los bancos de la iglesia y encontré un mar de personas desconocidas, todos parecían invitados de los italianos.

Cuando mi mirada fue más allá, lo vi.

Mi futuro marido. Cerca del sacerdote, sus manos a los costados y el aire dominante emanando de sus poros, como si tuviera control de todo lo que lo rodeaba. No esperaba que fuera tan hermoso.

Nunca presté atención a la imagen de Domenico Mancino, pero ahí estaba. Grande, musculoso, con tatuajes que se escapaban de sus manos y cuello con el bien cortado traje azul marino y la piel bañada por el sol. Cabello oscuro peinado hacia atrás y mirada seria, analizándome de arriba a abajo. Sentí que algo dentro de mí se contraía. Por mucho que estuviera atrapada en los orbes azules y no quisiera dejar de mirarlo, era hora del espectáculo.

Relajé mi cuerpo, buscando el suelo. Dulce y frágil, pensé para mi misma.

Ésta era la persona que los Mancino buscaban en Lara Lugonov. Aunque me sentía como una pavlova gigante –el dulce tradicional ruso–, llena de volantes por todos lados y con un velo en la cara, necesitaba parecer tranquila con toda la situación que me rodeaba.

La curiosidad se apoderó de mí en medio del pasillo, cuando levanté los ojos una vez más, atraída por la mirada insistente. Podía sentirlo mirándome como si mi piel estuviera ardiendo. Ojos azules. Azules grisáceos profundos. Durante unos segundos me quedé entusiasmado con una boda real. Un hombre guapo que me esperaba en el altar. Una familia para mí. Alguien que

realmente me quisiera, no por conveniencia. Protegido. Amado.

No seas tonta, Lara. Regresé a la realidad cuando me detuve junto a Domenico.

El sacerdote inició la ceremonia y yo volví a mi papel de mujer temerosa y vacilante. Quería algo más que mirar al suelo, pero era una manera fácil de convencer a mi futuro marido y a su familia. Si no me vieran como una amenaza, no intentarían neutralizarme.

Los minutos pasaron rápidamente después de eso. La Biblia cita algo sobre respetar a mi marido. Un anillo en mi dedo. Repetí lo que dijo el hombre de la bata. No me importó mucho, como una gran mancha.

— Los declaro marido y mujer — anunció el sacerdote, sacándome de mi estupor.

Miré a Domenico. Me examinó, calculando cómo reaccionaría ante un beso en los labios y, después de levantarme el velo, se decidió por un casto beso en la frente. No estaba preparada para dar mi primer beso frente a la alta jerarquía de dos mafias, por mucho que me afectara la proximidad del hombre.

Durante años, Svetlana me enseñó a seducir y eventualmente me llevó a uno de los clubes de Bratva. Ella fue la encargada de explicarme cada detalle sórdido sobre la relación entre hombres y mujeres y aprender cada movimiento que debía conocer. Necesitaba atraer a alguien sólo con una mirada, algunos gestos, quizás simples toques. Nada más que eso.

Me prohibieron tocar la boca de otro hombre y mi virginidad permaneció intacta entre mis piernas. Entrené tantas mamadas con plátanos que debería ganar un premio, pero nunca deberían tocarme. Una vez, uno de los soldados intentó violar la prohibición y acabó recibiendo un disparo en la cabeza. “Las reglas de Vasily” fue lo único que escuché mientras Svetlana se encogía de hombros.

Caminamos por el pasillo central de la iglesia. Lugonov apareció a mi lado y me dio un abrazo que más bien pareció una advertencia. Me susurró al oído: “No hagas que me arrepienta” y se alejó, dejándome con Domenico. Cuando vi a la delegación rusa salir de la iglesia, fue como si por fin el aire pudiera llenar mis pulmones. Sabía que estaba cambiando de verdugos, un grupo que podría ser peor que el primero, si supieran quién era yo o qué planeaba, pero verme libre de Pakhan hizo que mi corazón diera un vuelco y sintiera el sabor de la libertad en mi vida para siempre. Por primera vez.

— ¿Estás bien? —me preguntó Domenico.

Lo miré con curiosidad, ya que era la primera vez que escuchaba la voz tan de cerca. Denso, rico y con un ligero acento. Tardé un rato en responder y él siguió mirándome como si fuera un enigma. Mi marido.

Fuimos a casa de los Mancini y Domenico me informó que habría una fiesta en nuestro honor. Quería abrazar a su madre mientras ella arrancaba el pesado velo de mi cabello, liberando mi cabeza de las apretadas horquillas.

Le di una ligera sonrisa, sólo para ser absorbido por un conjunto de voces y música felices.

Durante un par de horas jugué con la idea de la tímida heredera. Yo siempre estaba en silencio y la excusa era suficiente para que la gente no intentara interactuar. Ya sabía que desconfiaban mucho de mis orígenes, así que simplemente me dejé llevar por el mafioso de un lugar a otro, sostenido en sus musculosos brazos.

Durante minutos enteros me encontré observando el movimiento de su garganta, los tatuajes en sus manos y la sonrisa torcida que le mostraba a su familia.

Me hizo bailar. Sentí el toque en mi espalda y me estremecí ante el calor de sus dedos. El hombre era mi misión. No debería sentir nada. Empecé a hacer lo que mejor sabía. Miradas, gestos, atrayéndolo hacia mí sin que parezca una trampa. Domenico miró mi boca, tan cerca que

podía sentir su aliento sobre la mía. Miré profundamente a sus ojos azules, mis dedos atados a su solapa y sosteniéndolo cerca de mí.

Las pupilas se dilataron y la respiración se aceleró. Domenico tenía unas gotas de sudor en la frente y tenía la boca ligeramente abierta, como si buscara palabras o simplemente quisiera saborearme. Noté que la excitación del hombre crecía en sus piernas incluso a través de las capas de tela. El Capo era simplemente otro hombre gobernado por sus propias hormonas. Sería más fácil de lo que imaginaba.

Luego pasó la punta de su pulgar por mis labios, y fue como si dos pudieran jugar ese juego. Me estremecí una vez más, mi respiración se aceleró y apreté mis piernas, sintiendo la emoción invadirme. No debería sentir nada de eso, pero lo hice. Quería sumergirme en esos ojos azules... lamer cada uno de esos tatuajes. Abrazarlo tan cerca que nos fusionará en uno... Yo quería...

Di un paso, sorprendida por la dirección de mis pensamientos.

Debería haber estado asustada y frágil, pero ese era un sentimiento real. ¿Fue deseo? Una sensación desconocida se apoderó de mí, aceleró mi corazón, hizo que mis dedos temblaban y mi piel ardiese. No debería ser así con mi marido. Eso podría arruinarlo todo. Estaba demasiado cerca y me sentí vulnerable como cuando era niña. Domenico no debería tener poder sobre mí.

— Voy al baño. — Giré mi cuerpo, agarrando la falda de mi vestido de novia, y corrí como una cobarde. Entré al primer baño que encontré y me miré en el espejo.

Mi respiración seguía acelerándose y mis mejillas todavía estaban rosadas. Yo era una rubia rara y maquillada que no estaba acostumbrada a verme en el espejo. Todo era teatro, me aseguré mientras me echaba agua helada en las muñecas, tratando de calmarme. Llegué a mi ignífugo y sentí como si yo mismo fuera a consumirme en fuego con solo tocarlo. Concéntrate, Lara. Enfocar.

Un juego de seducción para Domenico Mancino. Yo era la reina y él era sólo un peón.

Capítulo 6

Lara

Después de salir del baño, la madre de Domenico me recibió en el pasillo y me llevó al dormitorio, subiendo las escaleras de la mansión que llegaría a llamar hogar. Era curioso que éramos solo nosotros dos en lugar de toda la familia. Quizás los Mancino no estaban tan unidos como los Lugonov, ni tan centralizadores como Vasily.

— Sé que puede dar un poco de miedo, pero no te sientas presionado. Domenico te tratará como a una reina — anunció la mujer. Era baja, de pelo oscuro y sonrisa afable. Eleonora Mancino. La esposa del hombre que odio.

—Es todo muy nuevo—dije con mi mejor imitación de voz baja y contenida.

La entrené hasta el cansancio, porque tenía una voz más grave. Svetlana me golpeaba las piernas con el palo de la escoba cada vez que la dejaba escapar. “A los hombres les atraen las voces suaves y dulces. Fácil de domesticar”.

— No tener miedo. Abolimos las tradiciones antiguas. Nada de lo que suceda en tu habitación saldrá de estas paredes.

— ¿De la habitación?

—La sangre, querida. No necesitarás demostrar que eres virgen ante nadie más que tu marido.

Negué con la cabeza cuando escuché esas palabras al mismo tiempo que ella abría la puerta del dormitorio principal. Era una habitación amplia y cómoda, con una decoración refinada, pero sin elementos personales. Retratos, pinturas, libros. Cualquier cosa.

— Tus cosas fueron entregadas temprano. Ya están guardados en los armarios y cajones. En esa puerta hay una suite con bañera —señaló. — ¡Ponte cómoda y bienvenida!

Eleonora salió de la habitación, cerró la puerta detrás de ella y yo exhalé, dejando que la sonrisa congelada desapareciera de mi rostro. Era agotador estar siempre alerta. Me di unos segundos antes de buscar lencería en los cajones y comenzar la segunda parte del plan: la seducción.

La pieza elegida era blanca, con encaje, pero tan transparente que se podían ver mis pezones y mi coño. Una media larga que llegaba hasta la mitad del muslo con un liguero y unos tacones altos hicieron el resto. Me miré en el espejo del baño y me sentí sexy y poderosa, con mi largo cabello cayendo sobre mis hombros. Siempre he sido una mujer comedida y en esos minutos pude dejar salir un lado femenino que me impedía salir en la Bratva. No quería ningún problema. Quería pasar desapercibida. Sabía que había hombres que simplemente no se fijaban en mí debido a las reglas de Vasily.

Me senté en la cama esperando algún movimiento, pero Domenico no se levantó enseguida. No tenía teléfono celular ni nada más, así que me quedé mirando al techo hasta que escuché pasos por el pasillo un par de horas después. El hombre no parecía muy emocionado por consumar el matrimonio a pesar de la mirada abrasadora.

Me levanté y caminé hacia el centro de la habitación con la esperanza de parecer como si me hubieran tomado por sorpresa. La dulce y tímida Lara nunca usaría lencería para su hombre.

Domenico abrió la puerta y sus ojos se pegaron a mi cuerpo, incapaz de alejar esos orbes azules de mí. Como si pudiera registrar cada curva de mi cuerpo. Apretó las manos hasta que sus nudillos se pusieron blancos, como si intentara controlarse. Excelente.

"Lo siento", murmuró, dando pasos hacia mí. Los botones de su cuello estaban abiertos,

dejando al descubierto más tatuajes. Fijé mis ojos allí, atrapados en los dibujos. Quizás la emoción no fuera un teatro completo.

— Es tu habitación también… — Dije en tono suave. — Voy a bañarme. Te estaba esperando, pero tomó un tiempo...

— Sabes lo que pasa aquí, ¿no? — me interrumpió y se detuvo frente a mí. Luego, se quitó la chaqueta y se quedó con la camisa blanca. Sentí que se me apretaba la garganta y tragué pesadamente mientras seguía el movimiento de esas manos.

— Crecí protegida, pero no estúpida — anuncié con tono tímido. — ¿Serás mi maestro?

Levanté la vista para ver sus pupilas iluminarse y acercarse aún más. Su respiración era rápida y podía ver la erección de Dom entre sus piernas. Necesitaba encender el fuego sin darse cuenta de que yo había tirado la gasolina.

— ¿Y tú qué sabes?

— Nada más allá de lo básico. Necesito que me enseñen.

— ¿Alguien te tocó aquí? — Preguntó Domenico al mismo tiempo que sus dedos se posaban en la punta de uno de mis senos y daba un suave apretón a través de la tela antes de bajar aún más, deslizando su mano dentro de las bragas transparentes y cubriendo mi sexo. — ¿O aquí?

— No — respondí, sintiendo que mi corazón se aceleraba.

— ¿Incluso te tocaste? — bromeó aún más cerca, sus dedos insinuándose en los labios de mi vagina y haciendo una ligera caricia en mi clítoris. Podía sentir el material frío de sus anillos contra el calor de mi piel.

— No — mentí y él sonrió con una sonrisa depravada, como un depredador listo para atacar a su víctima. Los músculos de mi cuello se tensaron y las líneas negras del dibujo llamaron mi atención.

— Mentirosa — susurró y se acercó a mi cuello, haciendo que mi piel vibrara con el toque de su nariz en la zona sensible. — Sé que crees que sabes lo que quiero escuchar, pero no tienes idea, princesa.

— Algunas noches… — Me corregí mientras él continuaba con la caricia perezosa y tocando con sus labios mi cuello como el ala de una mariposa. Me mojé solo por eso, cuando sentí una necesidad tan grande dentro de mí que no pude contenerme.

Levantó su rostro hacia mí, muy cerca, y me miró con deseo.

— Me gusta cómo tiene ese tono bajo y sexy, como si fuera solo para mí. Como si la emoción abandonara su voz como un profundo susurro en mi oído.

Mierda. Suspiré, tratando de mantener el control y volviendo para la Lara tímida.

no estar completamente a merced del mafioso, su lengua sondeó la mía y me tomó en un movimiento hambriento. Fue bueno, muy bueno.

Dejé el suelo en un impulso, me levanté y acomodé mis piernas alrededor de su cintura. La erección se interpuso entre nosotros dos, un recordatorio de dónde terminaríamos esa noche. Y lo quería. Cuando esto empezó, sabía que debía acostarme con el Capo, pero no pensé que disfrutaría el proceso. Pensé que tendría a un Yakov italiano en mis brazos, pero ahí estaba. Y Domenico me estaba demostrando que tal vez podría divertirme con un Mancino.

Su boca cayó en mi cuello una vez más mientras nos arrastraba a la cama. Un gemido salió de mis labios y sentí una presión en mi trasero, presionando aún más contra la gruesa polla que se insinuaba entre mis piernas. Intenté frotarme contra su regazo, frotando contra su erección mientras él lamía un punto sensible detrás de mi oreja.

— Te quiero desnuda — declaró con voz ahogada mientras me colocaba en la cama y me quitaba las bragas del cuerpo.

Me balanceé sobre mis codos, vergonzosamente abierta a él y esperando los deseos de Domenico. Su mirada profunda parecía recorrer mi cuerpo, su cabello castaño oscuro estaba desordenado, la sombra de una barba crecía en su rostro. Parecía loco. Loco por mí.

El hombre se arrancó la camisa, dejando al descubierto su pecho y brazos tatuados. Luego, su mano cayó hasta su cinturón, desabrochándose los pantalones y quitándoselos del cuerpo junto con sus zapatos. Domenico solo vestía boxers negros mientras caminaba sobre mí, flotando sobre mi cuerpo.

Mis dedos picaban por tocarlo, la necesidad de colocar mis labios en su pecho para sentir el sabor salado de su piel.

— Tócame, princesa.

Pasé mi mano por el pecho de Domenico, explorando sus contornos con las yemas de mis dedos. La piel áspera y desigual cubierta de diseños. Fueron caricias suaves, pero él permaneció quieto, dándome esos segundos sólo para mí. Cuando mis ojos se encontraron con los suyos una vez más, las cosas volvieron a crecer, tragándome entera en sus labios mientras pasaba mis uñas por su espalda. Podía sentirlo en todas partes, sus dedos largos y callosos extendiéndose por mi cuerpo, tocando mis muslos, abriéndose para él.

En un intenso juego de espera, empujándonos unos hacia otros como consumiéndonos, primitivos. Sólo necesidad.

— ¿Estás listo para mí? — susurró contra mis labios. — ¿Sientes lo duro que soy por ti?

Domenico me quitó el sostén, moviendo su boca hacia mis pechos al mismo tiempo que sus dedos encontraron mi coño y se hundieron, deslizándose en mi excitación. Era diferente. Dentro y fuera y haciéndome inclinar mis caderas, buscando el alivio que sólo él podía darme. Me froté contra los dedos del mafioso, apretandolos mientras él me empujaba fuera de la cama. Tenía una sonrisa traviesa en sus labios, sabiendo que tenía el control de la situación, llevándome cada vez más lejos.

Entonces llegó de repente, de forma inesperada.

Mi cuerpo tembló y un gemido salió de mis labios mientras el orgasmo se tensaba dentro de mí, las sensaciones me dominaban. Continuó jugando con mi entrada, acariciando mi clítoris suavemente, hasta que mi respiración volvió nuevamente. Puede que solo hubieran pasado unos segundos, pero sabía que el hombre estaba observando cada uno de mis movimientos.

Levanté la vista y encontré unos ojos azules analizándome. Luego, bajó su mano hasta su ropa interior y la empujó, sosteniendo su erección y alineándola con mi entrada. Era el momento. Sentí miedo y emoción, todo mezclado. Sabía cómo sucederían las cosas, pero aun así me sentí cautivada por esos ojos, ese cuerpo, esos tatuajes. Mi maestro.

Domenico nunca dejó de mirarme mientras se hundía, centímetro a centímetro, con el sudor corriendo por su frente y apretando la mandíbula como si tratara de controlarse. Llegó a la resistencia y le dio un empujón más, rompiendo la barrera y avanzando hasta el final. Sentí que el dolor aumentaba y sentí como si la polla del hombre me partiera en dos.

Cerré los ojos tratando de relajarme, sabiendo que vendría.

Los segundos volvieron a pasar, pero Domenico no se movió entre mis piernas, esperando alguna reacción por mi parte. Al menos tuvo cuidado, pensé. La presión pareció desaparecer y la sensación de estar estirado creció dentro de mí.

Abrí los ojos y lo miré profundamente. Domenico estaba allí, cautivado por cada rasgo de mi rostro. Intenté empujar mis caderas contra él y fue su turno de cerrar los ojos, como si intentara controlarse. Lo intenté una vez más y el hombre respondió a la ligera, como si me dejara probar nuestros cuerpos en un lento va y viene.

Sin darnos cuenta, poco a poco, caemos en un vórtice, acelerando nuestro cuerpo hasta ser piel contra piel, sudor y excitación. Necesitaba más y Domenico parecía sentir lo mismo. El movimiento perezoso dio paso a la necesidad. Aceleró. Envolví mis piernas alrededor de sus caderas, apretando mis muslos mientras el hombre se hundía en mí, golpeándome salvajemente mientras intentaba agarrarme a la cabecera.

Vi crecer el éxtasis, paso a paso, salvaje, como si estuviera corriendo un maratón en busca de satisfacción. Ya casi había llegado cuando Domenico me dio la vuelta, dejándome en cuatro y hundiéndose de nuevo en mí. Más rápido, más violento, más profundo. Me gusta eso. Él alimentó mi fuerza interior y no me trató como a una muñeca frágil. Me agarré a la cama aún más fuerte mientras sus dedos descendían sobre mi clítoris, apretando el capullo hinchado y moviéndose dentro y fuera de mí como loco.

— No sabes cuánto me imaginé esto, princesa — me susurró al oído.

— Y...? — Eso es lo que logré decir, mientras las rápidas embestidas de Domenico me robaban el aliento.

— Desde la primera maldita vez que vi tu foto quise estar dentro de ti.

Su mano agarró mi cuello y me levantó. Golpeando fuerte contra mí. Sudor. Sus labios cayeron sobre la curva de mi hombro. Sentí el impacto, apretándome de adentro hacia afuera, retorciéndome por completo. Grité, siendo transportada a otra dimensión mientras puntos negros se arremolinaban en mis ojos y me quedaba sin aliento. Él también gritó, empujando con fuerza una última vez mientras chorreaba y caía contra mi cuerpo exhausto.

Nos quedamos allí, con el cuerpo acurrucado, la respiración cansada y el corazón latiendo con fuerza en el pecho. Maldita sea. No esperaba que Domenico Mancino tuviera este efecto en mí. Necesitaba seducirlo, no dejarme seducir.

Capítulo 7

Lara

Me voltee en la cama y abrí los ojos para encontrar a Domenico completamente vestido, su traje impecable y su camisa blanca puesta.

— Qué bueno que estás despierto — comentó.

— Buenos días… — murmuré sentándome en la cama y envolviéndome en las mantas.

Dormí solo. Domenico me tomó una vez más, en la ducha, antes de darme otro casto beso en la frente y salir de la habitación. Había logrado su satisfacción y necesitaba descansar para continuar con su vida al día siguiente. Estaba cansada y me envolví en las sábanas para quedarme dormida rápidamente. Ahora, bajo la fría luz de la mañana, me sentí expuesto por no prepararme para esta visita.

Ella estaba desnuda bajo la gruesa tela mientras él emanaba poder. Y no era la forma de vestir. Fue él. Domenico parecía tener control de todo lo que le rodeaba, sus ojos siempre atentos, su tamaño amenazador. Los tatuajes que tuve el placer de observar durante nuestra velada. En la pequeña recepción de boda, parecía interesado en mostrarme a los invitados (la nueva adquisición de la familia Mancino) ante los invitados, pero había más. Como cuidado, respeto.

Viendo sus manos callosas, nunca lo llamaría delicado, pero actuaba así cuando me tocaba, la mirada loca, los gemidos, los músculos tensos... Frases, símbolos, dibujos. Tenía los brazos, el pecho, la espalda y parte de las piernas cubiertos. Eso lo hizo irresistible para mí. Nunca he tenido debilidad por los tatuajes y de repente me sentí tentado a pasar la lengua por cada uno de ellos. Estaba divagando sobre el hombre frente a mí mientras intentaba prestar atención a lo que no decía a través de su postura.

Mancino fue más desafiante de lo que parecía.

Quizás sería una apuesta más interesante que la de un hombre que se cayó la primera vez por dictado de su propia polla.

Desde su posición, en la silla al costado de la habitación, el hombre me miró profundamente, como si viera mi alma. Aprovechó cada oportunidad para demostrar su poder: yo estaba acurrucada bajo las sábanas, él estaba sentado, mirándome como un halcón.

Al menos no terminaría embarazada de su bebé. Sabía que todo el esfuerzo y la falta de uso del condón sería para engendrar un heredero para los Mancino, así que Svetlana programó a un ginecólogo para que me colocara un DIU. Evitaría peleas si encontrara anticonceptivos.

"Necesitamos dejar algunas cosas claras", anunció. — Por muy agradable que haya sido nuestra noche, seguimos siendo fruto de un acuerdo.

— Entiendo… entiendo — comencé con voz tímida.

— Cuando analices tus cosas, verás que todos los dispositivos electrónicos han desaparecido. Por ahora no tendrás acceso a celulares, iPads y todo lo demás. Ella es mi esposa, pero también rusa.

— Yo pensé…

—Durante años fuimos saboteados, Lara —me interrumpió con voz fría. No parecía el mismo loco confesando que se había imaginado dentro de mí desde que vio mi foto. De alguna manera, a la luz de la mañana, parecía más sereno y sin esa mirada loca. — Nada que pueda escuchar nuestras conversaciones, grabar, lo que sea, se queda en mi techo. Te conseguiré un teléfono celular cuando lo crea razonable. Tendrás que demostrar que eres digna de confianza. Y seguirá

siendo monitoreada.

— ¿Y qué haré durante el día?

— Mi madre vendrá. Debes acompañarla a los eventos. Necesitas ganarte la confianza de la familia además de la mía... No confiamos en ti, Lara — anunció con seriedad, sus fríos ojos azules analizándome.

— Muy bien. — Fruncí los labios, deseando que Domenico se fuera. Me preocupaban los teléfonos desechables. Si los hubiera encontrado, la vida allí habría sido mucho más difícil.

— Cuanto antes te des cuenta de que nuestra relación es un acuerdo, mejor será para los dos... Es obvio que en la cama estamos de acuerdo. Pero no deberías esperar nada de mí, princesa. En esta vida, estamos aquí para servir a los negocios.

—Y me necesitan para garantizar la paz y tener herederos —murmuré, forzando un dolor que no sentía. Si el mafioso quisiera que su esposa estuviera malcriada y enamorada, eso es lo que tendría. — ¿Seré prisionero?

— Ella será mi esposa.

— ¿Soy una esposa que no puede salir de casa? — Respondí de manera asustadiza.

"Por ahora", confirmó. — Necesito salir.

— ¿No te parece extraño que no tengamos luna de miel? ¿Volverás a trabajar? — Disparé de repente, tratando de saber a dónde se dirigía.

— eres la hija del enemigo, Lara. Nadie espera que viaje contigo", escupió como si fuera una idea tonta. Nadie esperaba que se deshiciera entre mis piernas, pero ambos estuvimos allí anoche, pensé con irritación. — Regresaré para almorzar.

— Domenico... — llamé cuando se levantó, haciéndolo congelarse en su posición. — ¿Hay alguna restricción en la casa, ya que estoy confinada entre estas paredes?

— ¿Como así?

— Recorrer la mansión… Debe haber una biblioteca o una habitación, ¿tal vez ir al patio trasero a tomar un poco de sol? — Sugerí.

— La casa también es tuya. Si no puedes entrar en algún lugar, alguien te informará", comentó y yo sacudí la cabeza. Debía tener una oficina en alguna parte y podía fingir que me había perdido entre las habitaciones. Era un buen plan hasta la hora del almuerzo. — Y… llámame Dom. Todos me llaman así.

— ¿Como el jefe?

— Como mi nombre — esbozó una sonrisa torcida, casi imperceptible. — Así me trata la familia.

—Muy bien, Dom.

— Compórtate, Lara. Arrestar y ejecutar a una esposa el primer día de matrimonio no es agradable, afirmó.

Domenico se levantó y se arregló el traje antes de caminar hacia la puerta y darme una última mirada. Lo seguí con la mirada, sin saber qué pensar de él. Maldito seas.

Cuando la puerta se cerró, solté mi cuerpo y me hundí en el colchón. Todos tenían los ojos puestos en mí y necesitaba hacer las cosas con calma. Mi cuerpo estaba cansado por el día anterior, por la noche con Dom, por pretender ser esta flor frágil todo el tiempo.

Tiré la manta a un lado y caminé desnuda hacia el armario, pasando los dedos por las filas de armarios. Nada de eso era mío. Elegí mi ropa con calma por miedo a que las cámaras observarán mis movimientos. Para que me vieran desnuda, me encogí de hombros. Los teléfonos necesitaban llegar allí, pero yo no haría ningún movimiento desesperado. Estaban invadiendo mi privacidad y necesitaba ser lo suficientemente inocente para que la "novia virgen de Mancino"

no sospechara cosas tan triviales.

Después de doblar un par de pantalones y una camisa de tela suave, busqué mi neceser de maquillaje. Revisé los artículos de la caja, buscando subrepticiamente un estuche con algunas piezas sueltas. Mientras analizaba una etiqueta, palpé el fondo del bolso, dejando escapar un suspiro al sentir el volumen en mis dedos. Allí estaban los dos teléfonos desechables. Necesitaba trasladarlos a un lugar más seguro, pero en ese momento me contentaba con saber que el "peine de dientes finos" de los Mancino se dejaba engañar por una bolsa de maquillaje.

Los hombres siempre menosprecian a las mujeres.

Me preparé tranquilamente, con los ojos fijos en la muñeca que ahora adornaba el armario, mi billete para salir de ese lugar. Elegí un outfit que me habían asignado, dándome cuenta de que todavía eran las diez de la mañana. Tenía al menos dos horas hasta que mi esposo regresara a casa de lo que fuera que estuviera haciendo. Pensé que, como Vasily, Domenico pasaba la mayor parte del día en casa. Algo me dijo que tal vez el capo italiano no estaba porque podía escuchar las conversaciones.

Salí de la habitación y no encontré a nadie en los pasillos. Quizás al hombre no le gustaban los soldados caminando por su tierra. Sabía que afuera debía haber un pequeño ejército protegiendo la "fortaleza", pero adentro era bueno no ver hombres armados y trajeados acompañándome como sombras, tal como sucedió en la mansión de Vasily.

A medida que avanzaba por la casa, miró dentro de las habitaciones, buscando algo que pudiera ser significativo. Cuando llegué al piso inferior, vi una puerta entreabierta al pie de las escaleras y caminé hacia ella. Una biblioteca con una gran mesa de reuniones. Finalmente tuve un lugar por donde empezar.

Meticulosamente, evalué los estantes y comencé a sacar y colocar libros y carpetas de la estructura, hasta que escuché un ruido en el pasillo. Miré el reloj en la pared dándome cuenta de que tal vez Dom había llegado antes de lo acordado. ¿Quizás para espiarme? Corrí a buscar un libro que había elegido previamente, "Cien años de soledad" y esperé a que se abriera la puerta. Para todos los efectos, era una esposa aburrida leyendo un libro en su propia casa.

Segundos después, un hombre de cabello oscuro de la edad de Dom abrió la puerta y me dio una mirada evaluadora. Fue presentado al final de la fiesta. Llegó detrás de todos buscando a Domenico y me lanzó una mirada burlona. Pedro. El primo del Capo.

— ¿Pérdida?

— Buscando un libro para leer — dije en un tono ligeramente afectado, como si fuera la niña mimada que él esperaba que fuera. — No tengo mucho que hacer hasta que Dom regrese.

— Esos no son libros — señaló el montón de carpetas revueltas. Mierda.

— Estaban frente a la estantería. Iba a empezar a ordenar de nuevo antes de regresar a la sala.

— Puedo hacer eso por ti — ofreció con una mirada seca y ligeramente amenazante. — Este lugar no está prohibido, pero no toques nada que no sea tuyo.

— Domenico me dijo que no había lugares prohibidos — respondí y él sostuvo mi mirada. Sabía que era peligroso, pero no me asustó.

Que me acusaría de algo y esperaría represalias. Cada paso que di allí fue peligroso y no daría marcha atrás sólo porque el primo del mafioso desconfiara de mí. Todos sospechaban. Era más uno del club.

—Escucha, no la conozco, pero sé de dónde viene... Tal vez escuchaste sobre mí, pero estoy segura de que no sobre Dom. Él logra ocultar mejor su ferocidad, pero no lo olvides por un momento. minuto que es el Capo de Los Mancinos.

— No sé qué tiene que ver mi marido con esto...

— Claro que lo sabes — me interrumpió. — Es agradable, le gustan las palabras amables. Viste trajes caros con cortes impecables. Pero lo he visto hacer sangrar a hombres durante horas... destriparlos como a cerdos y observarlos aburridos. Él gobierna y conoce nuestro mundo. No creas que puedes engañarlo, porque nada en él está hecho a medias. No quiero conocer el otro lado de su marido.

— Es bueno saber que hay personas que te respaldan.

— No creo que lo entiendas, Lara. Esta es una advertencia. Para ti — dijo Pietro con frialdad. — No te metas en cosas que no entiendes y que ni siquiera te conciernen. Sé la princesita rusa que todos esperan. Dom no dudará en deshacerse de ti. Un viudo puede volver a casarse y conseguir los herederos que necesita. Deja de ser necesario cuando ya no sirve a nuestros planes.

"¿Estás sugiriendo que me va a matar?"

— Te sugiero que tengas cuidado. Poco a poco entenderás tu lugar dentro de estos muros, Lara — dijo y luego preguntó: — Necesito la biblioteca. ¿Ya terminaste?

Asentí sin responderle, sin palabras.

Empecé a darme cuenta de que mi misión con los Mancino no sería tan fácil como imaginaba. Parecían dispuestos a dejarme en la oscuridad, aislarme y hacerme casi como un prisionero. Sería exactamente lo que esperaban, el traidor que recogería las migajas y las entregaría a la Bratva. Pero esperaba cierta docilidad además de desconfianza.

Durante la fiesta noté que sólo las mujeres que habían nacido en la familia Mancino parecían dispuestas a darme espacio, mientras que otras me miraban como si fuera un monstruo que les robara su Capó. Los hombres, en cambio, estaban dispuestos a ignorarme y complicarme la vida. Ni siquiera me encontré con ningún empleado durante esas horas de la mañana. Serían semanas largas.

Salí de la habitación y me dirigí a la sala, donde estuve unos minutos con el libro en las manos, sin leer, esperando que apareciera el primo de Domenico para más recriminaciones. No tuve tiempo de mirar nada en las carpetas y ahora Pietro convencería a mi marido para que las moviera. Un mal comienzo.

Media hora más tarde le llegó el turno a Domenico de cruzar la puerta y analizar mi postura en el sofá del salón. Lo acompañaban Enrico y Eleonora Mancino, con quienes tuve un rápido contacto en la fiesta. Todo en la ceremonia del día anterior y la celebración era como una nube: personas y nombres repitiéndose muy rápidamente, El Capo llevándome de un lado a otro. La gente me ignoraba o susurraban cosas malas sobre mí.

— ¿Encontraste algo para distraerte?

— Empaqué mis cosas y comencé a leer un libro — dije y miré a los padres de Domenico para saludarlos. —Señor Mancino, señora.

Con la luz del día entrando por las ventanas, luché por no posar mis ojos en Enrico más tiempo del debido. Fue él. Cabello oscuro, a pesar de tener más de sesenta años, peinado hacia atrás. Un traje como el de su hijo. Tenía una sonrisa en sus labios, diciendo algo que mi irritación no pudo captar. No tenía recuerdos. Sólo el odio acumulado durante años. Debería haber prestado atención, pero era la primera vez que lo miraba tan de cerca, durante tanto tiempo.

Asesino.

Mi corazón empezó a temblar en mi pecho, mi cara empezó a calentarse y traté de controlar mi respiración. Maldito seas. Asesino. La tensión dentro de mí creció cuando los tres hicieron gestos, ajenos a mi reacción. La mujer se alejó y yo traté de negar con la cabeza y controlarme un poco.

—… ¿no estás de acuerdo, Lara? — preguntó Eleonora mirándome con una sonrisa.

— ¿Qué? disculpa. Estaba pensando en otra cosa.

— Mi padre sugirió aprovechar las próximas semanas para hacer una fiesta para celebrar nuestra boda. Sólo tuvimos una pequeña recepción y la familia quiere algo más grande.

— Ah… claro — Respondí en tono monótono, y Dom arrugó las cejas ante mi respuesta.

— Dale algo de tiempo a Lara, Dom. Todavía se está acostumbrando a todos nosotros — intervino Eleonora, extendiendo la mano y se quedó helada cuando me tocó, mirándome preocupada: — ¡Dios mío, tiene frío y tiembla! ¿Está bien?

— Quizás sea hora de almorzar — bromeé, tratando de distraer a la mujer. Sería difícil explicar que se trata de una reacción hacia Enrico Mancino. Por no poder lastimarlo abiertamente. — Ayer no comí bien por los nervios de la boda.

— ¿No hicieron desayuno? — respondió el mafioso con expresión irritada.

— No me conocen, Dom. Arreglemos esto.

— Comamos y hablemos de la fiesta más tarde — anunció Eleonora, envolviendo sus brazos alrededor de mis hombros protectoramente y caminando conmigo hacia el comedor. Era diferente.

Enrico y Dom permanecieron en sus asientos e intercambiaron una mirada antes de caminar detrás de nosotras dos.

Nos sentamos en un extremo de la mesa mientras los camareros servían los platos. Sólo mirar al ex Capo me quitó el apetito. Permanecí en silencio, analizando la interacción entre ellos. Una familia normal. Una familia que destruyó la mía. Y aun así... El aire de camaradería de los Mancino no se acercaba a la atmósfera de terror de los Lugonov.

— Nadie podía hablar en la mesa cuando Vasily estaba a la cabeza escupiendo órdenes y sugerencias. Jacob necesitaba una esposa. Las chicas necesitaban vestirse más como herederas y menos como putas. Estuve en algunas de estas comidas y vi a María recibir un puñetazo en el ojo solo por comentar que no quería compartir la mesa conmigo.

Enrico agarró la mano de Eleonora por encima de la mesa, como si no pudiera mantener la distancia. Nadie hablaría de negocios conmigo presente. No sabía qué había en mi plato, pero lo comí tratando de parecer normal. La velocidad adecuada, de la manera adecuada, con una expresión relajada que no despertara sospechas.

Miré la mano de Domenico sobre el mantel blanco, sosteniendo el tenedor mientras se llevaba un trozo de comida a la boca. Tatuajes. Dedos hábiles. Más veces de las que me gustaría, pensé en cómo se sentía su cuerpo contra el mío.

Podría quitarle el arma a uno de los hombres en la mesa y simplemente volarle la cabeza a Enrico. Pondría fin a todas las cosas que me molestaban, pero terminaría ahí sin mi ruta de escape. Realmente no sabía por qué debería seguir el plan de Vasily. De una manera retorcida, me sentí en deuda con él por darme la oportunidad de enfrentar al asesino de mis padres.

Cerré los ojos, sintiendo dolor.

El estrés, el matrimonio, Enrico. Fue demasiado para mí.

Necesitaba ahogar a la verdadera Lara. Pendía de un hilo y no habían pasado ni veinticuatro horas. La dulce y tímida heredera de Bratva debería pensar en otra cosa, y no contar cuántos segundos tuvo entre dispararle al ex Capo y recibir el disparo.

— Te voy a buscar para hablar de la fiesta — Eleonora me habló directamente sacándome de mis pensamientos. — Es importante que te vean. Que empiecen a respetarla.

— Ambos sabemos que esto es más complicado de lo que parece.

—Dejó de ser Lugonov y se convirtió en Mancino —me corrigió con voz autoritaria— y necesita mostrarse como tal. Sé que es tímida, pero ahora es la señora de la familia. No debes

deshonrar a Dom.

El almuerzo terminó unos segundos después y los hombres se levantaron haciéndonos levantar la mesa. Eleonora siguió a Enrico y desapareció de mi visión.

— Voy a salir con mi padre — anunció Domenico, acercándose a mí. —¿Estás realmente bien?

— Ya hablé. Lo extraño de la situación, nuestro matrimonio... Estaré mejor ahora que tengo comida en el estómago.

— Sígueme — preguntó como si mi respuesta hubiera sido suficiente.

En la habitación había un hombre con el pelo oscuro y afeitado, casi como un soldado del ejército. Llevaba los mismos trajes que los demás miembros de la organización, pero tenía hombros enormes, como si fuera un luchador o algo así.

— Este es Paolo, tu guardia de seguridad privada — anunció y se volvió hacia el hombre. — Paolo, avísales a todos que la señora Mancino está en la casa.

El hombre hace un gesto de asentimiento y desaparece delante de nosotros. Me quedé mirando a Dom, tratando de entender su decisión de tener un guardia de seguridad privado. Sabía que las mujeres mafiosas estaban custodiadas por soldados y no salían solas por miedo a ser secuestradas. Pero tener a alguien como sombra dentro de tu propia casa era algo de lo que nunca había oído hablar.

—¿Es mi carcelero? — Solté y Dom frunció el ceño, buscando un significado detrás de mis palabras. Intenté relajar mi cuerpo, argumentando con voz más tranquila: —Es una exageración. No es necesario que alguien me siga por las habitaciones.

— No has visto a nadie desde que saliste de la habitación, ¿verdad?

—Vi a Pietro. Estaba en la biblioteca", dijo.

— Vino a hacer algo por mí... y es diferente. No ha aparecido ningún empleado desde que te despertaste. Necesito que sepan que eres mi esposa.

— Aún así, es un guardia de seguridad en los pasillos de una mansión que ya es segura — respondí, tratando de sonar como la niña mimada que esperaba. Un guardia de seguridad pondría en peligro mi aventura en esa casa.

— Siempre estará en la casa, pero no se quedará detrás de ti.

—¿Para acompañarme cuando me vaya? — Pregunté esperanzada.

— Para evitar que se vaya — dijo. — Puedes salir con familiares y con Paolo. Mi mamá debe llevarte a algunos eventos de esposas. Necesitas participar en estas cosas.

Sacudí la cabeza, sabiendo que no tenía ninguna decisión en ese momento. Todavía no. Pero lo convencería. Parecía satisfecho con mi renuncia y se acercó y besó mi frente.

— Volveré por la tarde. Recuerda, pídele a un empleado que llame a Paolo cuando lo necesites. Estará en el perímetro.

Esperé a que regresara el guardia de seguridad, pero unos minutos después de que Dom se fuera, apareció una criada en la habitación como si le hubieran ordenado estar allí. Así sería durante los próximos días.

Miré hacia la biblioteca, sin saber si debía aventurarme o no. Quizás Pietro se había ido. Quizás todavía usaba el lugar y pensé que mi regreso era extraño. Tomé el libro en mis manos y decidí leerlo. Nunca tuve un momento sólo para mí y disfrutaba esas horas antes de que las cosas empezaran a explotar a mi alrededor.

No se me permitía hacer mucho, pero podía convencer a Dom a medida que pasaban los días. Necesitaba obligarlo a tomar decisiones con su otra cabeza, no con su cerebro.

Capítulo 8

Lara

Tuve una tarde entera para mí por primera vez en... tal vez en mi vida. No sabía dónde estaban Pietro o Paolo, pero podía apostar que ambos aparecerían por cualquier ruido que hiciera. Era el primer día del hombre y quería ser un buen soldado para el Capo. Y el primo de Dom dejó claro su descontento conmigo.

Entonces decidí tomarme unas vacaciones. Nadie diferenciaría a Lara Lugonov de la mujer real que dormía en una habitación estrecha en la casa de la amante del líder de Bratva. En lugar de estudiar mapas, ataques, armas, hojas de cálculo... no hice nada.

El dulce sin hacer nada en las paredes de esa casa.

Cuando subí al segundo piso, evalué algunas habitaciones, las revisé y cuando una criada -a quien no había visto hasta entonces— me miró, le pregunté qué era. Es sólo. Me estaban observando y era un extraño. Entonces, en lugar de esconderme y hacer todo lo posible para que no me descubrieran, tomé una siesta. Hice un bocadillo. Miré la televisión y traté de leer otro capítulo de Cien años de soledad. Observé el crepúsculo desde el balcón del dormitorio, donde pude ver al menos quince hombres patrullando el perímetro.

El dolor de cabeza todavía me afligía y de vez en cuando aparecía en mi mente la cara sonriente de Enrico. La causa de todo. El asesino de mi padre.

Eran más de las ocho de la noche y no tenía idea de dónde pasó Domenico el día. Abrí el agua caliente y esperé a que se llenara la bañera. Luego me acosté hasta que sentí que la temperatura se enfriaba, mi piel se arrugaba y mis músculos se relajaban por el dolor de la noche anterior.

A pesar de la declaración de Dom de que yo era el enemigo, la noche de bodas fue un éxito. Pensé que tomaría más esfuerzo atraer a Capo a mi cama, pero lencería blanca y una expresión tímida fueron suficientes. ¿Quieres ser mi maestro? Me atraganté de risa durante toda la escena.

Entonces... bueno, entonces las cosas se salieron de control. Pero fue un buen lío, ya que nunca me sentí así. Fue como hacer explotar todo a mi alrededor, el placer me hizo menos cauteloso. Pasé toda mi vida tratando de hacerme más pequeño, empujándome tan hacia adentro, como si eso pudiera hacerse tan pequeño que nadie me viera ni se diera cuenta. Y con Dom dentro de mí, sentí libertad... paz. En esos microsegundos fui incapaz de pensar más allá de las sensaciones que invaden mi cuerpo.

Iba a disfrutar cada segundo antes de tener que irse, antes de que Domenico terminara sin vida en manos de Vasily.

Escuché sus pasos como la noche anterior. Reconocí sus movimientos porque era bueno en eso. Pasaron años huyendo de Lugonov sólo por el ruido que hacía al caminar por la casa de Svetlana. Me observé en esa bañera, mi reflejo en el agua y en los espejos, y me di cuenta de que podía utilizar eso a mi favor.

Segundo acto. Es hora de ponerlo a mis pies.

Necesitaba que Domenico estuviera obsesionado conmigo y mi cuerpo era su arma principal. Los hombres que estaban regulados por sus hormonas y no por su cerebro tendían a cometer errores. Quería que Capo hablara demasiado, dejara cosas en la casa. Confía en que su dulce y tímida esposa nunca usaría esos fragmentos de información. Y para hacer eso, necesitaba usar todos los medios que pudiera.

Coloqué una de mis piernas en el borde de la bañera, bajé los dedos hasta mi zona íntima y

comencé a masajearme jugando con mi clítoris hasta hincharlo. Cerré los ojos apenas notando las sensaciones.

Escuché los pasos de Dom, el leve chirrido de la puerta del baño y la parada repentina, como si le hubiera sorprendido mi posición. Mantuve los ojos cerrados, sabiendo que me estaban observando mientras una fuerte respiración invadía la habitación. Gemí suavemente, como si no supiera nada de mi audiencia. Hundí mis dedos, encontrando un ritmo en mi tacto mientras jugaba con mis pechos.

Mi respiración se volvió superficial mientras movía mis caderas hacia mi mano. Mi cuerpo se tensó y estaba tan cerca del orgasmo que podía sentirlo acercarse, crecer… llevándoselo todo. Aceleré, cada vez más rápido, más profundo, más lejos de mis pensamientos. Sólo las sensaciones de mis dedos trabajando en mi cuerpo. Exploté, cayendo cansadamente en la bañera, mi pecho agitado por la respiración y el suave letargo después del orgasmo.

— Lara... — llamó Domenico suavemente y me di la vuelta, sintiendo mi piel caliente.

Miré por encima del hombro y no tuve que actuar sorprendida. El hombre estaba desnudo, con la mano en la polla, jugando de arriba a abajo con el pequeño espectáculo privado. La erección sobresalía con fuerza hasta el ombligo, plena y con la punta húmeda, como si Dom ya estuviera cerca.

Me arrodillé en la bañera sin prestar atención a mis pechos desnudos que sobresalían del agua. No necesitó más estímulo que ese para acercarse y detenerse frente a mí. Mis ojos estaban fijos en su erección, mi boca salivaba por hacer eso por primera vez después de tanto entrenamiento.

— Princesa… — habló suavemente mientras tocaba mi rostro suavemente.

Le di una sonrisa tímida y puse mi mano sobre él, rodeando su polla hinchada. Dom parecía estar esperando a ver qué haría a continuación. Besé su vientre, moviendo mis labios hacia su erección. El hombre temblaba contra mis labios, con cada recorrido de mi sendero mojado. Sostuve la base y escuché a Domenico murmurar mi nombre una vez más.

Empecé por la punta, colocando un ligero beso en la cabeza. Luego, lamí y chupé el semen mientras acariciaba sus bolas, buscando un ritmo que enloqueciera al hombre. Empujó contra mí, sus manos sosteniendo mi cabeza y forzando un ritmo más rápido a medida que profundizaba más y más.

Lo que comenzó como mi dominio se convirtió rápidamente en algo suyo, cuando el mafioso agarró mi cabello con fuerza entre sus dedos, empujando mi cara contra su erección hasta el punto de casi causar dolor. Embelesado por su presencia. La polla creció en mis labios, abriéndose paso por mi garganta.

Dom era grande, pero podía soportarlo. Quería aguantar.

Se esforzó cada vez más, de un lado a otro. Las lágrimas salían de mis ojos, pero aprendí a relajarme. Sería bueno para él. Lámelo como si fuera un helado, juega con mi lengua hasta que Domenico se corra en mi boca.

Colocó uno de sus pies en el borde de la bañera y, con una mano, se sujetó a la pared, empujando con más fuerza. Presioné mis dedos en el duro trasero de Dom mientras tomaba más de él, más rápido, más profundo.

Eso me estaba poniendo cachonda. Sentí el vacío y deseé que se clavara en mí más allá de mis labios. Quería jugar con mi clítoris y alcanzar placer con él.

— Joder... — Domenico tembló antes de empujar una última vez y derramar su semen en mi boca. Tragué cada gota hasta que él se tambaleó hacia atrás, como si la intensidad del orgasmo casi lo hubiera derribado. Bien.

Se arrodilló frente a mí y cuando abrí los ojos, en lugar de relajación, vi tormenta. Me agarró

del cuello, me acercó a su boca y murmuró, casi escupiendo las palabras:

— ¿De quién aprendiste eso?

— Mi madre me enseñó a complacer a un hombre.

—¿Nadie más te tocó? — preguntó con rudeza una vez más.

Sus dedos se deslizaron por mi brazo aún húmedo. Al contrario de sus palabras, se sintió como una caricia ligera, casi imperceptible. Pero lo vi. Fueron celos.

Algo apretó dentro de mí aún más fuerte, pero no sabía lo que significaba. Me gustaba el poder de atormentar a ese hombre, de hacerle tener esa mirada asesina. Y sabía que él era capaz. Domenico Mancino parecía dispuesto a matar a cualquier hombre que se atreviera a cruzarse en mi camino.

"Sólo tú", le susurré.

— Sólo yo, entiéndeme, sólo yo — declaró, sus manos presionando mi cuello.

Debería haberme asustado, pero me gustó. La forma en que me atrajo hacia él como si no pudiera parar. Anoche me demostró que tal vez me gustaba la mezcla de dolor y placer. Sentirlo apretar, sus dedos en mi garganta, su agarre en mi cabello.

Domenico me soltó de repente, puso sus manos en mi torso y me levantó. Luego, me colocó boca arriba y dio unos pasos hacia la cama.

— ¿Qué estás haciendo? ¡Estoy mojada! — Gemí en respuesta.

— No puedo esperar — respondió, tirándome sobre el colchón y volando sobre mi cuerpo, dividido entre la irritación y el deseo. — Estás mojada de la manera equivocada... Y necesito hacerlo de la manera correcta, princesa.

Dom me besó furiosamente, dejándome mareada con el movimiento de su cuerpo desnudo sobre el mío, saboreando su propio sabor en mi boca. Sus labios me devoraron, solo pude gemir y apretar mis piernas alrededor de sus caderas. Y cada vez que intentaba alejarse, lo atraía hacia mí, aferrándome a la cadena de oro alrededor de su cuello.

Estábamos consumidos juntos, en una necesidad que no entendía. El hombre levantó mis brazos, sosteniéndome sobre mi cabeza mientras los pasaba por mi cuello, para evitar que lo arrastrara hacia mí una vez más. Dom lamió hasta mis pechos, dejando pequeños bocados.

Se hundió en mí de inmediato, su polla se deslizó dentro de mi coño dolorido por la noche anterior. Caderas apuntándome antes de alejarse, un rápido ida y vuelta, como si necesitáramos terminar esto. Como si Domenico estuviera luchando por no querer, pero no resistir. Un maratón, corriendo por nuestro placer. Mi columna empezó a arder, vi puntos negros. La cama se sacudió, haciendo ruido. Dom lamió mis pechos y apretó mis manos de una manera que sabía que dejaría marcas.

Cerré los ojos, sentí una de las manos de Dom caer sobre mi boca. Lamí sus dedos mientras golpeaba cada vez más rápido. Estaba a merced del hombre, entregada sólo a las sensaciones cuando de repente todo desapareció, explotando en mis ojos y cortando mi respiración por unos segundos. Me siguió, un gruñido bajo amortiguado por mis pechos, mientras el mafioso enterró su rostro en mi piel y cedió al éxtasis.

Domenico soltó mi mano y, aún jadeando, cayeron sobre el cabello oscuro. Lo tracé con las yemas de mis dedos, sintiéndolo temblar bajo mi tacto. El hombre me abrazó y permaneció en silencio. Las palabras podrían romper ese momento. Algo me decía que las cosas se complicarían con el Capo si me sentía así cada vez que estaba en su cama. Dos días y ya sabía que me lo perdería cuando terminara.

— Habrá marcas — comentó mirando mi mano. Tenía las muñecas rojas y pensó que parte de ellas se convertiría en un hematoma.

“Me gusta”, respondí sin pensar.

— ¿Te gusta?

— De estar marcada — completé y desvié la mirada. Dom levantó la cabeza y me examinó con curiosidad.

— No te marcaría como algunos hombres marcan a sus mujeres.

— No hablo de agresión — comencé y fijé mis ojos en los suyos — sino de pertenencia. Las mujeres no pueden jurar lealtad, tienen la marca familiar en el pecho. Soy sólo un accesorio. Para la Bratva. Para los Mancino.

— ¿Quieres una marca de tu nueva familia, entonces? — cuestionó como si no entendiera mi punto.

— Todos tenemos marcas. Algunas son tan evidentes como las tuyas… otras no”, dije, trazando con las yemas de mis dedos el tatuaje en el brazo de Domenico. — Pero una vez en mi vida… quise una buena marca.

— Sostener tus brazos hasta correrte es una buena nota. — Concluyó y se acomodó a mi lado.

Me levanté incapaz de enfrentarlo. Estaba demasiado filosofando, demasiado confundida. Debería hacer que me abrazara, hacerme vulnerable. Pero fue demasiado para mí en ese momento. Expuesta, desnuda y como si Domenico pudiera leer algunos de mis pensamientos.

Me senté en la cama de espaldas a él, cuando escuché el rápido movimiento detrás de mi espalda, el hombre levantándose y flotando sobre mi hombro. Me reprendí mentalmente por ser tan estúpido, porque sabía qué pregunta vendría a continuación:

—¿De qué es esa cicatriz? — La voz sonaba más exigente que relajada.

Dom sabía lo que era a pesar de que estaba estirado y deformado. Era común en nuestra vida. Necesitaba una buena excusa para la herida de bala en mi hombro.

Capítulo 9

Domenico

— ¿Sabes… sobre el ataque…?

Conocía bien esa historia, me cabreaba que intentarán culparnos. Y sin embargo... nunca pensé en las víctimas. Sabía de su amante y de su hija, que ahora tenía rostro. Lara resultó herida ese día. Ella podría haber muerto.

— ¿Te dispararon? Pregunté con ira apenas controlada.

— Todo voló a mi alrededor. No recuerdo mucho", murmuró. — ¿Podemos no hablar de esto?

— Lara... — protesté, queriendo un informe completo sobre esa mierda.

No sabía de dónde sacaba el mal presentimiento, pero era como si todo estuviera pasando de nuevo. La noticia, el enfado, la caza. Era la primera vez que acompañaba a Enrico.

Quería darme una lección después de la masacre de los rusos. Y todavía cosido, con el brazo roto y cicatrices ardientes, vi a un hombre morir lentamente, tras horas de tortura. Mi padrastro pensó que me daría una idea de lo que me habría pasado si me hubieran reconocido. Pero ese fue el comienzo de mi descenso a los infiernos. La ética se me escapó de las manos cuando me di cuenta de lo que se necesitaba para ser un jefe de la mafia.

No sentí ningún remordimiento. Fue vengativo. He tenido mi parte de muertes por ira, por la necesidad de ser controlado por otros... por Pietro. Él estaba viviendo el mismo infierno que yo desde el asesinato de su hermana. Y allí, al enterarme de que a Lara le dispararon siendo tan joven, quise salir a cazar a los responsables. Ve tras los bastardos que nos culparon y lastimaron a esa pequeña niña rubia.

Nuestras vidas han estado impregnadas de sangre y muerte desde que éramos muy pequeños. Por muy protegidos que estuviéramos, siempre veíamos más que niños normales, teníamos más cicatrices. Pero la piel tirante y deforme, como heridas muy antiguas que vi en la piel de los hombres de la familia... Eso me hizo pensar.

— Por favor — pidió con voz vulnerable, sus manos temblaban y huyó de mi mirada. ¿Cómo pasó del deseo a ese clima gélido, casi bochornoso?

Y todo podría ser teatro, me recordé.

Me maldije una vez más. Después de quitarle la virginidad a Lara, me dirigí a la habitación de invitados. La noche anterior estaba tan exhausto y satisfecho que casi me quedé dormido junto a ella. La hija del jefe ruso. Que podría intentar matarme. Y bajé la guardia. No otra vez. Necesitaba aprender a tratar con ella, de lo contrario comenzaría a creer en el acto de una niña inocente y olvidaría que teníamos pruebas de que ella era un soldado de Bratva.

No tenía intención de compartir cama con ella. La tenían que vigilar, acompañada por Paolo y las cámaras. Pero volví ahí sólo porque la encontré en esa bañera.

La mujer tenía el poder de seducirme para que creyera cada una de sus palabras. Era una cicatriz vieja y sin forma, pero aún podría ser de una operación en la que participó, no del ataque al restaurante. Salté sobre la cama sin saber cómo reaccionar.

— Dom... — dijo mi nombre suavemente cuando me levanté de la cama y me puse los pantalones tirados en el suelo, pero no respondí, cerrando la puerta detrás de mí.

Fui a la oficina y me serví un vaso de whisky para relajarme pensando en toda la situación. Todo acerca de Lara me deja confundido.

Esa noche, seguí mi ritual, sabiendo que fue Lara quien me dejó lo suficientemente exhaustivo

como para registrar la habitación de invitados alrededor de la medianoche. Hice ejercicio, corrí, comí y me desmayé para despertarme antes del amanecer.

Cuando regresó a la habitación, Lara estaba en una de las esquinas de la cama en posición fetal, acurrucada como si quisiera protegerse. ¿Qué le hicieron en la Bratva?, pensé unos segundos. Marcas de heridas de bala, cicatrices y mentiras. La mujer era un enigma.

Durante el día, veía a Lara deambular por la casa a través de las cámaras. Fue una decisión acertada que solo yo viera eso, mientras mi esposa caminaba desnuda por la habitación como si nada importara. Fue a la sala, regresó al dormitorio y caminó por el jardín.

Tan aburrida que decidió ser tentadora en esa bañera cuando se dio cuenta de que yo me corría, mostrándose ante mí. Y ella sabía qué hacer. La forma en que se dejó dominar. El deseo de marcas, de pasión, de dejarse absorber por el placer.

Ella estaba usando mi deseo en mi contra.

Ese parecía ser el plan desde el principio. Me sentí celoso y posesivo, algo que nunca imaginé con mi esposa mafiosa de conveniencia. La impresión de que era tan buena porque lo había hecho antes me mató. Yo era dueño de su virginidad, pero no sabía de las otras primeras veces. Quería aplastar a todos los hombres que miraran en su dirección. Mataría por ella. Y no sólo porque fuera mi esposa. Fue porque ella... era ella.

Y darme cuenta de esto me hizo evitar el contacto con mi esposa durante todo el mes siguiente.

Pasé mis días resolviendo la burocracia familiar, visita a visita, contacto a contacto, observando a mi esposa a través de las cámaras. Caminó por la casa como un fantasma, Paolo la observaba desde lejos. Le servían y comía sola, de vez en cuando parecía que analizaba el tamaño de los espacios, los posibles escondites, pero no iba mucho más allá de hurgar en estantes y cajones e irritarse con puertas cerradas. Definitivamente Lara estaba buscando algo, pero ¿qué?

Cuando llegaba a casa, ella actuaba como una amante amorosa y me atraía para su cama. Había algo extraño en la mujer que no se podía explicar, como si cambiara a cada momento, pero no pasé suficiente tiempo hablando con ella para darme cuenta. No quería que me importara. No sabía quién era la verdadera Lara entre esa mujer sensual que me robaba los pensamientos cuando estábamos solos o la persona tranquila y reservada cuando acompañamos al resto de la familia.

—¿Sigues cuidando a tu esposa? — Pietro llamó a la puerta con un ruido burlón mientras yo miraba el iPad que compartía las cámaras de la casa.

Pasó la última hora paseando por el jardín, como haciendo ejercicio y también analizando discretamente los perímetros. Cada día aparecía en un punto diferente, como si mapeara mentalmente el espacio exterior. Jodidamente inocente. Ahora estaba sentado con mi madre hablando, decidiendo la fiesta de bodas, imaginé. Pasaron horas preparando la celebración en los últimos días.

— ¿Tienes algo para mí? —cuestioné.

Estaba en la oficina de uno de los clubes nocturnos del centro de Chicago, nuestro principal punto de venta de drogas para jóvenes ricos y despreocupados. Aproveché las últimas semanas para pasar más horas allí, cuando el lugar estaba vacío después del trabajo nocturno, y para tener reuniones con capitanes y otras personas importantes lejos de los oídos de Lara.

—Nada, es un fantasma. Ni siquiera tiene certificado de nacimiento. Quizás tu matrimonio ni siquiera sea válido —rio sarcásticamente. — Tenemos las fotos y vídeos de vigilancia y la filtración de información parece haber cesado, no ha pasado nada desde el acuerdo.

— ¿Crees que Vasily está cumpliendo su acuerdo? — Pregunté burlonamente.

— Creo que su esposa está monitoreada y no puede mantener contacto con el exterior — explicó. —Pero debe haber alguien más. Tuvimos demasiados problemas antes de la boda. Investigué la conexión que decía saber quién estaba filtrando nuestra información. Estaba muerto cuando llegué allí.

— Alguien lo descubrió primero. — Me levanté. — Se ve peor de lo que es.

— Al menos los malditos rusos dejaron de atacarnos.

— Según lo acordado — estuve de acuerdo. —Tal vez deberíamos hablar con los Rizzi. El comentario de Yakov en la boda todavía me molesta.

— O mostrarle tu verdadero lado a tu esposa — sugirió, señalando las cicatrices en mis brazos y piernas, cubiertas por mi ropa.

He regresado del infierno más veces de las que debería. Sabía extraer más verdades que muchos de los Mancino, pero no quería hacerle eso a Lara. Sólo la sugerencia de lastimarla me hizo enojar. Incluso con sus enigmáticas sonrisas y sus modales seductores, no fue suficiente hacerla revelar sus secretos con la ayuda de una espada.

Para nosotros estaba claro que mi esposa no era un ratoncito asustado, pero tal vez podría hacerla hablar a través del placer en lugar del dolor. Porque a ella le gustó todo lo que hice con ella. Cómo me sentí con ella.

Lara era suficiente y en ningún momento de esas semanas pensé en buscar a nadie más que a ella. Llegaba, a veces cenaba con mi mujer y subía a la habitación. Después del sexo, dormía en otra habitación, cuando podía conciliar el sueño.

Y en los pocos momentos que hablamos, noté lo buena que era para no decir cosas.

Sólo sabía el nombre de su madre porque la investigamos. Intenté tener una conversación sólo para terminar enterrado hasta las pelotas en su calor. Entrando y saliendo como un poseso. Derramarme encima y saber que ella quedaría embarazada en cualquier momento. Parecía un adolescente encantado por su primera esposa, pensando en formas de tener sexo con ella cuando nadie estaba mirando.

— Dom, ¿puedes oírme? — se quejó Pietro.

Divagué de nuevo. Tenía responsabilidades y visitas que hacer, pero mis pensamientos seguían estancados en la mujer que ahora estaba sentada plácidamente en la sala con mi madre. Durante el último mes, he huido de cualquier contacto o conversación seria, pero me he hartado de su cuerpo hasta que ya no necesito nada que me haga dormir por las noches. Y era peligroso que Lara fuera suficiente para apaciguar mi enojo cuando ella debería haberlo causado.

—Muy bien, no lo es —rió el ejecutor. — ¿Algún problema en el cielo conyugal?

— Ninguno. Mañana haremos la fiesta — respondí y miré a mi primo. —¿Alguna otra razón para estar aquí?

— La semana que viene llega al puerto un cargamento grande y en unas semanas tendremos otro. Es probable que cause problemas. Deberíamos filtrar información falsa para intentar reducir nuestras opciones.

— Tenemos una reunión con toda la dirección dentro de un mes. No se me ocurre ningún nombre que pueda delatarnos ante los rusos.

— Cuéntale una versión a cada capitán — ordené. — Al menos sabremos si alguno de ellos está involucrado en algo. Entre los dos podemos soportar una buena mentira. Deja a tu padre y a tu tío Vitto fuera de esto. No queremos que se extienda.

— ¿Y tu pequeña esposa?

— Más respeto, Pietro — la defendí.

"Ella es una maldita rusa y nadie habla de eso", escupió. — Recibida en Los brazos de los

Mancino. Paseando con mi madre y la tuya.

—Ya estamos haciendo algo. — Le di una mirada firme y Pietro exhaló irritado.

— Estoy diciendo que si quisieras una puta, no necesitarías ponerle un anillo en el dedo — continuó y yo avancé, sosteniendo su cuello con fuerza contra la puerta.

No sabía por qué atacarlo si yo mismo compartía esa opinión antes de la boda. Maldita mujer. Mi ejecutor es bueno, pero ambos éramos iguales. Sería una pelea increíble hasta que uno de nosotros se rindiera.

— Está bien, está bien… — Hizo una señal de rendición con sus manos y lo solté, sintiendo todavía mis ojos arder de ira hacia mi primo. — Ya me di cuenta de que ella es importante para ti.

— Quizás no sepamos cuán leal es, pero lleva el nombre de Mancino. Serás respetada y protegida como tal. ¿Fui claro? Tomo mis votos en serio. Los matrimonios son para siempre, aunque sea solo como un contrato.

— ¿Es por eso que eres como un animal enjaulado? ¿Quiere tomar sus votos “en serio”? — provocó una vez más. — ¿Dónde está el hombre que pensó que pronto quedaría viudo?

— Pietro, ¡lo juro por Dios! Déjame en paz. Ella está en casa, siendo atendida y necesito arreglar cosas además de intrigarme contigo. Si sólo vas a burlarte de mí...

— ¿Atendida por quién? — me interrumpió.

— Paolo es su guardia de seguridad privada.

— Ya sabes cómo funciona esto. Si dejas a tu mujer desfilando con un guardia de seguridad, podrías acabar con dos cuernos en mitad de la frente y tener que matar a un buen soldado.

“Un buen soldado no intentaría seducir a la esposa del capo”, respondí.

— Cuando no hay nadie que cuide de tu propia esposa...

— ¿Es eso lo que piensas? ¿Que Lara es una puta rusa infiltrada por la Bratva que se la va a dar al guardia de seguridad?

— Lo dijiste tú, no yo. — Se encogió de hombros antes de bajar la voz a un tono más afable. — Pasa más tiempo con tu esposa. Has pasado demasiado tiempo en la oficina, entre reuniones... Visitando negocios. Ve a tener sexo con tu esposa... o alguna amante... te ves detestable.

—¿Le estás diciendo eso a tu Capo?

— No, para mi primo.

— Pietro, ¡ve a hacer algo! — ordené molesto.

Sembró una idea que no me gustó. Que Paolo pudiera verse tentado por la proximidad de mi mujer. La maldita sensación de posesión chispeó en mi pecho como fuegos artificiales. Necesitaba volver a casa, verla en persona en lugar de las cámaras de vigilancia.

— Lo haré — murmuró y me miró seriamente una vez más. — Vigílala, Dom. Algo no cuadra. No te dejes deslumbrar por la chica. Es más inteligente que eso. Y todo lo que ha hecho...

— Llegó aquí como un personaje, Pietro. La tenemos vigilada y seguida. Se está volviendo loca encerrada en casa y cualquier día se le va a escapar algo.

— O puede ganarnos en nuestro propio juego — respondió con voz tranquila. — ten cuidado.

Asentí entendiendo las palabras de mi primo. Sabía que Lara era una mentirosa, pero aun así anhelaba su cuerpo todas las noches. Las cosas eran físicas, viscerales, pero aún vulnerables. Había algo embriagador en Lara, casi hipnótico. Pero me di cuenta de que ella también se entregaba a mí todas las noches, mi tacto se convirtió en un hábito, ella buscaba el calor de mi cuerpo cuando estaba dentro de ella.

Capítulo 10

Domenico

Después de la visita de Pietro, no pude concentrarme. No tenía mucho que hacer ese día más que mirar las interminables tablas enviadas por los contadores y decidí que podía llevarme ese trabajo a casa. Cuando me llevaron a casa a media tarde, no busqué una explicación lógica a mi deseo de regresar a la mansión.

Salí del auto y fui recibido por guardias de seguridad. Ángela, la criada, estaba recogiendo algunos platos en la mesa frente al sofá cuando me vio y se acercó muy rápidamente, con un suave saludo.

— ¿Mi madre ya se fue?

— Hace pocos minutos. Paolo fue a llevarla al coche.

— ¿Y Lara?

— No lo sé, señor. — Ella se encogió de hombros y continuó con su tarea.

La boda tuvo lugar hace un mes y, a pesar de las órdenes, los empleados siguieron evitando a mi esposa. Paolo intervino, siempre atento a las necesidades de Lara, pero la mujer simplemente era ignorada la mayor parte del tiempo cuando estaba sola. Vi todo eso y supe que sería una batalla larga. Era un problema doméstico que debía intervenir en algún momento, pero por ahora me ayudó a que mi esposa estuviera aún más aislada de todo y de todos. Cuantos menos aliados tuviera, más fácil sería descubrir qué diablos estaba escondiendo.

Y en este mes, se escondió dentro de los muros de la mansión. Lo que sea que estaba buscando, no lo había conseguido. Y ni siquiera intentó ningún contacto con los rusos. Quizás deberíamos darle un “pequeño empujón” para ayudarla a revelarse.

Con eso en mente, subí las escaleras y la busqué arriba. Cuando abrí la puerta del dormitorio, escuché a una mujer gritar afuera y salir corriendo. Carajo. Mi adrenalina se disparó cuando vi una masa rubia tambaleándose en la piscina a través de la ventana, sin ningún guardia de seguridad a la vista. Mierda. Como hacía frío, el abrigo flotaba a su alrededor, manteniéndola bajo el agua.

Avancé por la habitación y corrí hacia el patio trasero, lanzándome a la piscina para sacar la cabeza de Lara. Cada minuto cuenta en momentos como estos. Agarré sus pesadas extremidades y la observé luchar desesperadamente por respirar. El aire frío me hizo temblar y mi ropa mojada intentó tirarme hacia abajo. Mi esposa temblaba de frío y los dientes le temblaban. La agarré por la cintura y la saqué.

Paolo corrió hacia nosotros tan pronto como apareció en la puerta, con los ojos llenos de miedo. Y debería haberlo hecho. Él me ayudó a sacarla de la piscina, mis guardias de seguridad salieron de sus posiciones para ayudar. Maldición. Paolo intentó levantarla, pero yo mismo la agarré, acercándome a una de las sillas y haciendo una rápida revisión. Lara tenía los ojos muy abiertos y estaba despierta a pesar de estar callada.

— ¿Está bien? – susurré y ella intentó mover la cabeza, pero temblaba demasiado por el frío y el shock, sus labios estaban morados por la temperatura.

Estaba enojado. Miraría la grabación de eso y si viera a alguien empujándola a propósito, sería castigado como dicen nuestras leyes.

— ¡Llame a un médico! — Ordené, mi voz llena de ira mientras todos me miraban. Uno de los guardias de seguridad cogió un teléfono, mientras los otros dos hombres nos rodeaban

analizando a Lara, que respiraba entrecortadamente, y a mí, con la ropa empapada: — La señora Mancino casi se ahoga. Si algo así vuelve a pasar, todos los hombres de la casa perderán las manos por no ayudar a mi esposa, ¿me escuchaste bien?

— Señor...

— Deben vigilar el perímetro — dije secamente, haciéndolo callar — y eso incluye el área de la piscina. Una palabra más y también pierden la lengua. ¿Entendiste correctamente?

— Soy responsable — ofreció Paolo.

— ¿Y quieres ofrecerte a perder tus manos, tu lengua y tus ojos que no sirvieron de nada? — Rugí y levanté a Lara una vez más, renunciando a decir nada más. Mi esposa necesitaba que la cuidaran y estaba perdiendo el tiempo con los guardias de seguridad. — ¡Lleven al médico en cuanto llegue el hombre!

Enfadado, subí las escaleras y abrí la puerta del dormitorio de una patada. Luego, senté a Lara en la cama y comencé a arrancarle la ropa, dejando la tela mojada en el suelo. Ella continuó temblando contra mis dedos. La mujer se limitó a mirarme en silencio, una mezcla de shock y miedo por el accidente y mi reacción. Luego me quité mi traje arruinado y la volví a levantar, metiéndonos bajo la ducha caliente y dejando que la temperatura volviera a nuestros cuerpos.

— Dom... — murmuró en mi oído después de unos segundos, su voz débil. — Yo estoy bien. Bájame.

— No — murmuré, manteniendo la mandíbula apretada por la ira. El agua cayó sobre mis hombros y miré la piel casi traslúcida de Lara. Todavía sentía frío en mis dedos. Podría haberse ahogado.

— Salí al jardín y tropecé, lo juro.

—Y nadie te ayudó.

— No había nadie... — respondió ella. — ¡Vamos, bájame, Dom!

Golpeó mi hombro, la fuerza era tan pequeña que parecía un cosquilleo, pero la solté, observándola con atención y observando cómo plantaba los pies en el suelo. Ella simplemente me abrazó, escondiendo su rostro en mi pecho mientras el agua seguía cayendo sobre nosotros.

Lara podía sentir la ira a punto de explotar en mi cuerpo. Busqué control nuevamente en lugar del sentimiento de odio, presionándola contra mí y sintiendo el agua caliente correr sobre nuestra piel.

— No les hagas nada — pidió en un susurro. —Yo soy el enemigo, ¿recuerdas?

— Eres la señora de la casa, pase lo que pase. Es mi orden. Están desobedeciendo al Capo.

— Fui torpe — respondió ella y levantó la cara hacia mí. — Gracias por salvarme… esto… casi he muerto tantas veces y solo el destino me salvó. Esta vez fuiste tú.

—¿Qué te hicieron, Lara? — murmuré en voz baja y ella solo se quedó mirándome fijamente, su mirada fija en la mía.

La mujer parecía más vulnerable, abierta. Esos orbes verdes me hicieron eso. Quería poseer todos sus secretos. Estaba empezando a aprender que ella tenía el poder de sacar a la superficie mis sentimientos. Intentó controlarme como una bomba de tiempo. Y de alguna manera inexplicable, el toque de sus dedos pareció calmar el hervor en mi pecho. Era la primera vez en mucho tiempo que esa ira amenazaba con salir a la luz.

Pasé años perfeccionando cómo enterrar cosas dentro de mí para que esta pequeña rubia, hija de mi enemigo y asesino de mi padre, pudiera hacerme sentirla de nuevo. Pasaron mil escenarios en mi cabeza en los que no llegué a tiempo y la encontré sin vida en mi piscina. Y el sentimiento ardía en mi pecho. No me gustó eso.

— Nadie me protegió. — Ella se encogió de hombros, su tono más emotivo de lo que jamás

había escuchado — Incluso tú...

— Señor, el doctor está aquí — anunció Ángela desde la puerta, el sonido de la voz de la mujer rompió el hechizo que nos ataba bajo la ducha.

Lara dio un paso atrás como si quisiera alejarse de mí. Cerré el agua, siguiendo cada movimiento de la mujer. Agarró la bata que colgaba y ocultó su cuerpo en la toalla esponjosa. Me sequé rápidamente y me envolví otro alrededor de la cintura.

Abrí la puerta del baño al mismo tiempo que un hombre entraba a la habitación. Era el doctor Cohen, que solía ayudarnos en momentos como este.

— Quédate donde estás — le pedí a Lara, todavía de pie junto a la ducha, y caminé hacia el armario, donde agarré un pijama para ella y regresé al baño.

Sólo cuando se vistió salió de la habitación y se acercó al médico. Los presenté y luego de una rápida conversación sobre lo sucedido, el hombre comenzó el examen. Me cambié de ropa a unos metros de distancia, dejando un espacio de privacidad mientras escuchaba a Cohen hacerle preguntas a Lara y declarar que solo era un susto por la caída y que si sentía algo más buscaría atendimiento en los siguientes días.

En menos de diez minutos, el hombre estaba listo para partir. Lo seguí a la sala de estar y regresé al dormitorio para encontrar a mi esposa tumbada sobre el colchón con una sonrisa curiosa al verme parado en la puerta. Tenía órdenes expresas de descansar.

— Dije que estaba bien... — dijo con voz avergonzada. — Tu madre se fue, salí a tomar sol y me distrajo un pájaro. Di un paso en falso y caí. Fue una tontería así.

— ¿Un ave? — Pregunté con curiosidad y un poco de desconfianza.

¿Y si... mi cerebro negara la versión que se estaba formando? No sería teatro. Pero ¿y si tuviera pareja? Sabíamos de otro traidor. Cualquier cosa puede pasar. Podría haber resultado herida. No podía dejar que la paranoia se apodere de mí.

— Me parece fascinante la forma en que pueden pasar de un lado a otro tan rápido... más allá de las paredes — se detuvo. Sabía que la soledad molestaba a Lara, pero no tanto como parecía. Envuelta en pijama, parecía más joven y vulnerable al confesar el accidente. — Juro que no fue una trampa. No salté a la piscina para llamar la atención.

—Yo no sugerí eso.

— Pero lo pensaste — respondió ella. — Mira... estoy sola, realmente no le agrado a nadie aquí. Pero hace frío, es invierno. No estoy tan loca como para hacer algo así.

Simplemente negué con la cabeza y me senté en la cama. Tenía razón, sospeché. Sospechaba de todo sobre nosotros dos. Sobre ella. No pude distinguir mis sentimientos por Lara en ese momento. Me enojé cuando la vi allí luchando sin nadie a su alrededor. Protegería a mi esposa de todo, de todos, de ella misma.

Y sabía que ese accidente nos sacaría de nuestra rutina perfecta. Pasé un mes ignorándola. Entrando y saliendo de su cuerpo como loco. Aprovechando los momentos de placer para conseguir cualquier tipo de información sobre ella. Fue fácil mantenerla alejada. Y verla casi ahogándose activó cosas dentro de mí que me causaron confusión. No quería preocuparme por ella, pero eso me hizo ver que ya me sentía así. Me gustaba mi pequeño tramposo.

— ¿Te quedarás aquí? — cuestionó ella.

— ¿No puedo?

— Normalmente llegas tarde... Pensé que volverías al trabajo. Es temprano.

— Podemos ver una película, ¿qué te parece?

— ¿De verdad quieres pasar unas horas conmigo? — preguntó en estado de shock.

"Estoy preocupado por ti", le dije. — ¿Crees que estarás bien para la fiesta de mañana?

— Como dijo el Dr. Cohen, fue sólo un susto. Tendré suerte si no me resfrío por el frío que hace afuera.

— Necesitas cuidarte más — anuncié al mismo tiempo que me acercaba a su lado, recostándome sobre las almohadas. Parecíamos tan casuales, ambos con ropa cómoda, acostados uno al lado del otro a punto de pasar tiempo juntos. — Quizás piensen que te estoy maltratando.

— Perder a tu esposa en un mes es mejor que en un día — bromeó devolviéndome lo que le dije el día de su boda.

— Intentaré mantenerte con vida, princesa. Y cuando te entregues a mí, no querrás alejarte de mi lado — anuncié con voz más dura de lo normal.

No me gustó una broma sobre eso. Los había hecho yo mismo antes, pero ahora se sentía... mal. Lara permaneció en silencio, mirándome preocupada antes de mirar la televisión. Ella todavía estaba pálida y estiré mis dedos hacia ella, sintiendo su piel fría. La atraje hacia mí, como una forma de transmitir mi calidez. Lara no dudó y simplemente se acomodó en mis brazos.

Durante unas horas, olvidé quién era ella.

Pasamos ese tiempo en silencio, viendo una película en la televisión del dormitorio y comiendo una comida ligera que trajo Ángela. Acompañaba el perfil de la mujer y analizaba cada pequeño suspiro que daba, atento al accidente. Afuera el día se convirtió en noche, pero tanto ella como yo decidimos ignorar cualquier convención de nuestra rutina.

Me quedé dormido y cuando abrí los ojos y la encontré acurrucada contra mi cuerpo, decidí quedarme. Cuando me desperté en mitad de la noche, tuve que confesarme a mí mismo que sabía que Lara no intentaría matarme durante la noche.

Ella no era un gran misterio.

Aunque no sabía quién era exactamente, mi intuición me decía que Lara no me traicionaría cuando fuera vulnerable. Ella lo haría de frente. Mi esposa pelearía conmigo si decidiera clavarme un cuchillo en el pecho. Y no sabía si darme cuenta era más peligroso que abrazarla voluntariamente, buscar su calor en mi cuerpo. De quererla con locura dentro de ese juego que estábamos jugando.

Capítulo 11

Domenico

Lara se distrajo con un maldito pájaro. Ella me dijo la verdad.

Cuando desperté, me levanté de la cama empujándola suavemente para no despertarla. A diferencia de las noches en que dormía sola, conmigo en la cama, mi esposa parecía buscar mi abrazo en lugar de acurrucarse sobre sí misma. Di orden expresa de no molestarla y bajé a mi despacho, donde busqué imágenes de la casa.

Vi a mi madre irse. Paolo está acompañándola. Guardias de seguridad en sus puestos. Lara salió al patio trasero, apuntando su rostro hacia el sol y sonrió con los ojos cerrados. Una gaviota voló más bajo de lo normal y su sombra pasó por el rostro de la mujer. Ella caminó hacia adelante. Y cayó.

Me preocupaba que, si no hubiera estado allí, habría sido demasiado tarde. Los guardias de seguridad no parecieron ignorar, pero tampoco hicieron el esfuerzo de buscar el origen del ruido, hablando por radio con los guardias de seguridad que acababan de llevarme a la casa. No revisaron a Paolo ni hicieron un recorrido por la casa.

Podría haber sido una maldita invasión y los hombres todavía estaban en sus lugares. Era inaceptable y todos perderían sus puestos de trabajo. Llamé a Paolo a la oficina de mi casa para reprenderlo y ordené que de ahora en adelante el hombre sería una sombra de Lara. Sabía que a ella no le gustaba que la siguieran, pero dejarlo entrar a la casa resultó peligroso.

Regresé a la oficina de Mixer, pero no podía sacar a Lara de mis pensamientos. Tenía cosas que hacer antes de regresar a la mansión y prepararme para la fiesta de bodas, y lo único que me preocupaba era mi esposa, que casi se ahoga la tarde anterior. Estuve a un paso de cancelar la celebración, aunque sabía que incluso jefes de otros estados estaban en Chicago para la fiesta.

— ¿Estás seguro de que estás bien? — Le pregunté a Lara, por teléfono, a la hora del almuerzo. Pedí que le entregaran un celular monitoreado, según lo acordado. Después de un mes y casi ahogándome, podría hacer esa excepción.

— Sí, Dom. Fue sólo un susto. Me siento bien y todo está listo. No te fallaré, lo prometo.

— Esa no es la cuestión. Ayer estaba agotada. Podemos cancelar...

— Pero no lo haremos — añadió con voz seria. — Me comprometo con tu madre y tu familia. Y cumplo mis promesas.

Al final de la tarde, cuando regresé a casa, ya estaban preparando a la mujer. Mi madre envió un equipo de maquillaje y peluquería a mi esposa en mi habitación. Le pedí a Paolo que vigilara a todos los extraños dentro de la mansión hasta que estuviera lista. Me preparé en otra habitación, me separaron la ropa y esperé.

Cuando Lara bajó las escaleras con un discreto vestido rojo cubriendo sus brazos con una tela ligera que marcaba cada curva de su cuerpo, pensé si la fiesta sería un tormento para mí.

Me gustó la sensación de exhibirla en mi brazo, declarando a todos que esa mujer era mía. Pero también estuve a un paso de perder la cabeza y dejar que ese cuerpo fuera solo mío. Los celos eran un sentimiento extraño para mí, pero había razones, después de todo, Lara Mancino era mi esposa. A quien le debía lealtad.

Ella dio otra de sus sonrisas temblorosas cuando se detuvo frente a mí, lo cual comencé a darme cuenta de que era demasiado natural para que ella fuera parte del personaje de la tímida heredera.

— ¿Demasiado atrevido? Tu madre me ayudó a elegir y me dijo que debería usar algún color debido a mi cabello muy claro.

— Te ves hermosa, princesa. Todos estarán celosos.

— ¿Pero te gustó? — preguntó, esta vez mirándome a los ojos.

— Me encantó — susurré, atrayéndola para darle un ligero beso. — Puedes verlo por ti mismo.

Miré hacia abajo, los orbes verdes siguieron mi mirada. Mi polla estaba hinchada en mis pantalones. Sus mejillas se pusieron rojas y pensé que la reacción era linda.

— ¿Llegamos demasiado tarde?

— Sólo lo suficiente. Después de todo, es una fiesta en nuestro honor", comenté y puse mis dedos en la espalda de la mujer, sacándola.

Paolo nos observó desde lo alto de las escaleras. Reconocí esa mirada. Pietro tenía razón: deseaba a mi esposa. Mierda. Estaba empezando a arrepentirme de confiar en el hombre para protegerla como seguridad privada, de pedirle que fuera la "sombra" de Lara.

Nos acompañó hasta el coche y analizó subrepticiamente a mi esposa. Le haría pagar si descubro que siempre hizo eso.

El guardia de seguridad abrió la puerta trasera del auto, pero le di un suave apretón a Lara, haciéndola detenerse.

"Yo conduciré", anuncié y abrí yo mismo la puerta del pasajero delantero. — Voy con mis guardias de seguridad, Paolo. Puedes tener la noche libre.

— Pero señor...

— ¡Vete! — Respondí, mi expresión perdió su suavidad y el hombre solo negó con la cabeza.

Miré a mi esposa, pero ella no parecía sospechar la avaricia del hombre. ¿Y si eso fuera un plan? Pensé antes de desechar el camino de mis pensamientos. Paolo debía lealtad a los Mancino, lo provocara Lara o no. Yo era el jefe y él debería respetarme. Necesitaba encontrar a alguien más que lo reemplazara lo más rápido posible.

— ¿Todo bien? — preguntó Lara cuando me senté en el asiento del conductor.

"Le di a Paolo la noche libre", le expliqué. — Será una fiesta larga. Después de la boda recibimos algunos invitados, pero nada parecido a lo que sucederá en la mansión de Enrico.

— Yo se. Eleonora tenía una lista de más de doscientos invitados. Viene gente de otros estados para celebrar con el Capo.

— Como debe ser. No deberías tener miedo...

— Por supuesto que debo hacerlo — dijo en voz baja y desahogada. — Soy la "puta Bratva". Así me llaman todas las mujeres cuando Eleonora no está.

"Dame los nombres", ordené, interrumpiéndola. Sabía que le estaba dando mi mejor mirada amenazante, pero Lara no parecía afectada por eso.

— Puedo resolverlo a mi manera si continúan — respondió enigmáticamente Lara. Suspiré y encendí el auto.

— Si eso es lo que quieres, pero puedo hacer que paren.

— Yo también puedo — respondió demasiado rápido. – ¿Me autorizas?

—Preferiría resolverlo yo mismo, pero sí.

— Necesito construir respeto, Dom.

— Sé que no eres esa flor delicada que crees que queremos y que esconde algo. No hagas que me arrepienta de haber confiado en ti.

— No confíes en mí, Dom — se rió suavemente, disfrutando de escucharme declarar que sabía que ella no era quien parecía ser. —Pero es suficiente. Por primera vez en mi vida no necesito

controlar cada uno de mis pasos, el miedo a decir algo incorrecto...

Lara se interrumpió como si estuviera hablando demasiado, estudiándome durante unos segundos desde su asiento en el asiento del pasajero.

— Puedes decir lo que quieras, Lara.

— No... no puedo — se corrigió y se sentó muy erguida en el banco antes de preguntar en un tono más suave: — ¿Puedo ir de compras?

— Pide lo que quieras y te lo entregaremos.

—Pero en la calle… mira algunas tiendas. Extraño ver gente.

— Ya hablamos de esto...

— Cuando tengamos hijos tendré algo en qué ocuparme, pero ahora solo veo las paredes blancas de la casa. Vigílame, usa cámaras, cuarenta guardias de seguridad, pero déjame salir unos minutos.

— Sé que no es esa flor delicada que crees que queremos y que esconde algo. No hagas que me arrepienta de haber confiado en ti.

— No confíes en mí, Dom — se rió suavemente, disfrutando de escucharme declarar que sabía que ella no era quien parecía ser. —Pero es suficiente. Por primera vez en mi vida no necesito controlar cada uno de mis pasos, el miedo a decir algo incorrecto...

Lara se interrumpió como si estuviera hablando demasiado, estudiándome durante unos segundos desde su asiento en el asiento del pasajero.

— Puedes decir lo que quieras, Lara.

— No... no puedo — se corrigió y se sentó muy erguida en el banco antes de preguntar en un tono más suave: — ¿Puedo ir de compras?

— Pide lo que quieras y te lo entregaremos.

—Pero en la calle… mira algunas tiendas. Extraño ver gente.

— Ya hablamos de esto...

— Cuando tengamos hijos tendré algo en qué ocuparme, pero ahora solo veo las paredes blancas de la casa. Vigílame, usa cámaras, cuarenta guardias de seguridad, pero déjame salir unos minutos.

— Te llevaré a una cita, solo nosotros dos. ¿Esto te satisface? — Sugerí sólo para arrepentirme poco después.

Parecía tan desesperada como predije, volviéndose loca por estar encerrada en casa. ¿Y en lugar de alegrarme, traté de aplacar su angustia? ¿Qué fue eso? ¿Cuáles fueron esos deseos?

— ¿Y después?

— ¿Como así?

— Estás ocupado. No saldrás conmigo todas las semanas. ¿Seguiré encerrado? ¿No fue suficiente un mes?

— ¿No basta con el móvil?

— ¿El celular monitoreado que no me deja hacer mucho? — ella respondió.

— Está bien… — Exhalé irritado al saber que el accidente en la piscina me había ablandado. Quería ser libre como un puto pájaro. — Unas horas y con guardias de seguridad. Veamos cómo será la primera vez. No quiero arrepentirme, princesa.

— Créeme, quiero ver a un ruso tanto como tú — añadió, recuperando la expresión completa en su rostro mientras yo continuaba conduciendo hacia la casa de mi padrastro.

Llegamos a la fiesta ubicada en los jardines de la mansión de Enrico. Mi madre optó por una estructura enorme que, según ella, dejaría claro que el capo de la familia Mancino era alguien a quien respetar. Conocía la lista de invitados importantes, incluidas figuras que estaban al otro

lado de la ley, pero que negociaban con nosotros, como policías y políticos, y me encargaba de la seguridad.

Nada podía salir mal, y más veces de las que podía contar, escuché a Pietro quejarse de que algo de ese tamaño no era necesario. Pero Chicago fue un juego de poder. Y necesitábamos mostrar el nuestro.

Yo era el Capó casado con la hija del jefe Bratva. Y no se invitó a ningún ruso. Ese fue el mensaje.

— Vasily Lugonov nos dejó solos durante un mes, pero podría regresar en cualquier momento. Intentamos cuidar de él con la ayuda de los Rizzi de Las Vegas, pero no había garantía de que Bratva intentara algo sólo para asustarnos.

Ambos pasamos la siguiente hora saludando y hablando con la gente. Tenía una copa de champán en mis manos cuando mi tía se acercó con una sonrisa. Toqué suavemente el codo de Lara antes de anunciar:

— Lara, ella es mi tía Eloisa Mancino. Madre de Pietro y esposa de mi Consigliere.

— Nos vimos en algunos eventos de Eleonora. Es un placer", saludó mi esposa.

— Creo que conociste a Fabrizio después de la boda. Me dijo que todo pasó muy rápido —le dijo a Lara. Mi tía Eloisa estaba frágil de salud y no asistió a la pequeña fiesta posterior a la ceremonia en la iglesia, pero insistí en su presencia en esta segunda celebración.

— ¿Tu marido... se llama Fabrizio? —preguntó Lara. La sonrisa se congeló de repente. Lo sentí duro en mis manos. Le presentaron a Fabrizio, pero todo sucedió tan rápido que tal vez no recordaba al Consigliere.

— Sí, lo conociste, ¿no?

—¿Fue él a quien conocí? — me preguntó, aún viéndose extraña. — Es un nombre común.

— Sí. Lo repetimos un par de veces. Los italianos no tienen mucha creatividad. Teníamos a muchos Fabrizio en la familia – se rió – como todos los demás. Domenico lleva el nombre de su abuelo materno. Pietro lleva el nombre de mi padre.

— ¿Y sólo tiene un hijo?

— Perdí un hijo cuando era joven. A tu edad. Una madre nunca olvida —respondió lúgubre y enfrentó a Lara en silencio, la tristeza contrastaba con la música festiva de fondo.

— ¿Te gustaría bailar, tía? — cuestioné cortando el tono pesado de la conversación. Su salud se deterioró tras las muertes en el ataque domiciliario. Fue una herida abierta para los Mancino.

Lara nos observó todo el tiempo, con ojos pensativos cuando mi padrastro la invitó a bailar. Desde la distancia, vi a Enrico hacerla girar por la pista de baile; la mujer parecía incómoda. Cuando terminó la canción, caminé hacia ellos, extendiendo mis dedos hacia mi esposa, quien vino de buena gana.

— ¿Cansado de tanta interacción? — Pregunté, acercándola hacia mí y balanceándome suavemente cuando una canción más lenta comenzó a sonar. —¿Sientes algo?

— No… no es el accidente. es que… no sé cómo comportarme en las fiestas— Ella dio una sonrisa ahogada. — Al menos no se apartó de mi lado en toda la noche.

— Nadie te dijo nada, ¿verdad?

— Está todo bien, deberíamos hablar con los demás. — Intentó cambiar de tema.

—En realidad… — comencé y di un paso atrás. Luego, apreté los dedos de Lara, caminando hacia la casa, notando los ojos que nos seguían desde la distancia.

— ¿A dónde vas? — me susurró mientras nos arrastraba por los pasillos hasta abrir una puerta y cerrarla a nuestras espaldas.

Me sentí como un niño travieso y, por primera vez en mucho tiempo, seguía mi instinto. Yo

era controlada y controladora, pero había algo en Lara que me hacía romper demasiadas reglas. Quería dominarla y nos convertí en dos adictos. Yo necesitaba tiempo y ella necesitaba descansar. Quería tocarla desde que bajó las escaleras de la casa. Así que lo hice.

"No puedo esperar hasta llegar a casa, princesa", anuncié.

Avancé hacia ella, uniendo mi boca a la de ella al mismo tiempo que mis manos bajaban por su pierna. Gracias a Dios por esa raja que me permitió explorarla, agarrando su trasero y atrayéndola hacia mí mientras la devoraba con mis labios. No hubo calma, sólo tormenta. Lara gimió en mi oído, presionándose contra mí, y supe que estaba tan entregada como yo.

Sus dedos encontraron mi cinturón, sacándolo de mi cuerpo después de algunos tirones. No pude hacer ningún movimiento mientras ella bajaba la cremallera y me sostenía con la mano. Mi pequeña esposa se estaba poniendo atrevida. Jugué con el borde de sus bragas, colocándolas a un lado y hundiendo mis dedos dentro. Mierda, necesitaba probarlo.

Me arrodillé a los pies de Lara. Debió ser una imagen inolvidable tener al Capo en esa posición, entregado a su esposa comprada. La promesa de un trato. La mujer que me volvía loco.

Lara se subió el vestido al mismo tiempo que yo ponía mi lengua en su entrada, jugando con su clítoris. Metí mi lengua dentro y fuera de su coño, lamiendo y chupando hasta que la oí gemir más fuerte. Quería que mi esposa gritara y que todos en la fiesta lo escucharan. Hazles saber que ella era mía. La mujer tembló, murmurando mi nombre en crescendo. Sabía que estaba cerca. Conocía su cuerpo.

Ella gritó una vez más y yo levanté la mano tapándole la boca con una sonrisa. Sus grandes ojos verdes me miraron en shock, como si no hubiera esperado esa reacción. Agarré mi polla, levantándome de los pies de mi esposa y me acomodé entre sus piernas, hundiéndome en Lara. Besé sus labios violentamente, entrando y saliendo de su cuerpo mientras sentía los dedos de mi esposa apretar mi espalda.

Fue jodidamente perfecto.

Quería tocarlo por todos lados, pero este interludio sería suficiente. Por dentro y por fuera, la confusión de nuestra ropa, los gemidos de Lara en mis oídos, los que dejaban de coaccionar el cariño. Mierda, no podía sentir nada por mi esposa. Me levanté, envolviendo mis piernas alrededor de mi cintura mientras aceleraba, profundizándome aún más y sintiendo la base de mi columna ardiendo con la proximidad del éxtasis.

Mi mano fue para su cuello, sosteniéndome mientras me hundía más fuerte. Lara disfrutaba de nuestros juegos, haciendo ruido, dejando marcas. Entré, hasta derramarme dentro de ella y sentí que todo explotaba a mi alrededor, mi corazón latía con fuerza en mi pecho. Tenía los ojos cerrados y su expresión de placer. Dom, simplemente dije antes de caer sobre mis hombros, como si no pudiera soportar el peso de mi propio cuerpo. En ese momento entendí por qué muchos hombres estaban obsesionados por las mujeres. Ellas eran hipnóticas.

Nos ajustamos y me dijo con cierto orgullo que mi semen goteaba entre sus piernas. Mi. Lara puso los pies en la tierra y me dio una mirada profunda y directa, diferente a lo que estaba acostumbrado. Estaba tan emocionada como yo.

Mi mano fue atraída por su rostro, con una suave caricia. El anillo de oro brilla en la penumbra. Ella cerró los ojos y exhaló, como si quisieras hacer algo más que este simple gesto.

— ¿Estás bien?

— Necesito encontrar un baño y limpiarme — dijo, como si se hubiera despertado de un sueño. — Eres bueno en esto, Dom.

— Lo somos, princesa. Lo Somos – le aseguré, todavía pegado a ella, mi rostro se suavizó al ver su piel roja – Me gustan mis marcas en ti.

— Me gusta cuando sonrío — comentó como respuesta y noté que mis labios formaban la risa que rara vez salía de ellos. — Porque sé que es sólo mío. Nunca le hagas esto a los demás.

— Es peligroso, Lara — murmuré a cambio, perdiéndome en esos ojos verdes.

— Tú también lo eres — respondió con una voz tan vulnerable que me hizo estrecharla entre mis brazos una vez más, la locura se apoderó de mí una vez más.

Capítulo 12

Lara

Las cosas cambiaron entre Dom y yo después de caer en la piscina, pero no lo suficiente como para garantizar que confiara en mí. Durmió a mi lado algunas noches, fue amable y me dio algunas libertades. Fue una estupidez por mi parte, un verdadero accidente, pero sirvió para que Domenico me prestara más atención. Y eso me hizo vulnerable.

Odiaba cómo esos malditos ojos azules podían ver mi alma. El hombre me hizo decir y sentir cosas que debería ocultar. El regalo era peligroso para mí, como un hechizo lanzado contra el hechicero. Necesitaba salir de esa casa antes de dejarme dominar. Antes me volvía loca pensando en la vida que Domenico me ocultaba, en todo lo que hacía cuando estaba fuera de casa.

Estaba ocupado, yendo de un extremo a otro de la ciudad con sus hombres o escondido en la biblioteca y la oficina cuando estaba en casa. Y, sin embargo, me encontré buscándolo en una habitación, siguiendo sus movimientos, escuchando con interés su voz profunda.

Intenté convencerme de que era una forma de saber más sobre los Mancino, pero en el interior de mi pecho sabía la verdad. Me robó la atención con solo respirar, con sus sonrisas torcidas, su tono serio. Por volverme loca en la cama y alejarme. Me estaba convirtiendo en víctima de mi propia estrategia. Porque me gustó mucho lo que me hizo.

Por las noches, cuando miraba los tatuajes, sentía la piel áspera debajo de los dibujos, el cuerpo atlético, la forma en que los ojos brillaban de deseo. Me gustaba estar envuelta alrededor de él, sentir su cuerpo a mi lado, ver el maldito anillo de bodas en nuestras manos. Conocía la fría dinámica de la seducción, pero nunca esperaría sentir deseo por alguien a quien debería odiar. Miré a Dom y lo deseaba. Pegado a mí, con sus labios enterrados en los míos, con su cuerpo apretado, piel contra piel.

Nada comparado con la mirada de loco que me dio el mafioso en esa fiesta, mientras me follaba apoyado contra una pared como si no pudiera resistirse. Se guardaba el salvajismo para sí y lo convertía en algo superficial, casi como un baile con pasos marcados: llegaba al final de la noche, me hacía compañía menos de una hora, me llevaba a la cama. Domenico mantuvo su mirada especulativa, parecía seguirme por la casa y sentir curiosidad por mis pasos, pero dejó de hablar de sus sospechas cada pocas palabras. Finalmente empezamos a hablar, aunque evitamos a propósito cualquier tema espinoso.

En el primer mes de matrimonio estuve aislada de todo y de todos. Sólo escuchaba otras voces cuando salía con Eleonora, pero ahora tenía un teléfono celular – que no hacía mucho más que acceder a sitios de noticias y recibir llamadas de Dom – y de vez en cuando lograba salir con Paolo.

El resto de mis días fue un período de espera.

Llevamos dos meses casados. Dos meses de inmensa nada. No tenía nada para Vasily y sabía tanto como el día que llegué a esta casa. Utilizaba todo mi tiempo libre para hurgar en la casa, siempre fingiendo tener algún interés peculiar en las habitaciones. Si un empleado más me sorprendiera mirando estanterías y recibiera respuestas invasivas como “¿Me preguntaba si valdría la pena pintar esta pared?”, tal vez esa sería la chispa que encendería el fuego. Todos ya dudaban de mí de todos modos.

Sabía que la cumbre se reunía mensualmente, pero no sabía cuándo ni dónde. Quizás era el momento perfecto: no había mujeres ni niños inocentes que murieran junto a los hombres. Sin

repetir mi historia. Por eso me resistí a informar sobre la fiesta de bodas... Era demasiado pronto, demasiado inocente. Cuando llegara el momento, ¿podría hacerlo ahora que conocía a la gente? Los nombres, las personalidades...

Cuando Dom confesó que sabía que mi pose de heredera mimada era mentira, no me puse nerviosa. Ya estaba haciendo un mal trabajo manteniendo mi personaje todo el tiempo, así que la fachada virginal se desmoronó. Me relajé, dejé salir mi estilo y mi voz, siempre fuera de la forma dulce y tímida que esperaba de Lara Lugonov. Ya no necesitaba fingir ser Olga, Ivana o Natasha.

Debería ser simplemente la esposa amable sin idea de lo que estaba pasando detrás de escena en la mafia. De alguna manera, no pude fingir la franqueza necesaria cuando sus labios recorrieron mi cuerpo y esa barba creciente me rascó la piel. Deseo. Puro y simple. Me enseñaron a resistir mis hormonas, a tomar el control de la situación. Pero con Dom las cosas se pusieron cada vez más difíciles.

Así que aproveché mis pocas libertades sin levantar sospechas. Pasear por las tiendas, ir al salón de belleza o comprar algo concreto. Incluso con Paolo a mi lado, disfruté ese tiempo sólo para mí. El guardia de seguridad fue demasiado indulgente, permisivo en mis deseos sólo para recibir una mirada más insistente.

El hombre tenía una mirada medio deslumbrada, como si esperara que escaparnos juntos al amanecer y comenzaba a preguntarme hasta dónde llegaría con esto.

Paolo no pudo ocultar la atracción que sentía por la esposa del Capo y un día alguien se daría cuenta de que se estaba creando una trampa. Por unos minutos pensé en enrollar al hombre hasta lograr que se ahorcara con su propia cuerda. Engañar al jefe por una mujer. Pero me sentí incapaz de tocarlo, de compartir mi cuerpo, de besar otros labios que no fueran los de Dom.

No le di ninguna esperanza al guardia de seguridad, no se acercó ni a menos de un metro. Pero la heredera rusa desesperada y arrancada de su familia para vivir con un marido frío y ocupado, pareció crear la fantasía que Paolo necesitaba. Usó palabras muy amables y yo fingí no escucharlo porque el hombre me dejaba sola la mayor parte del tiempo. Y cuando se fue, no se aferró a mí como si pudiera ser atacado a cada paso que daba.

Logré comprar ropa que me gustaba, rehacerme el cabello e incluso dar algunos paseos por el gélido muelle de Chicago, gracias al permiso de Domenico y al espacio que me brindó Paolo.

Los demás miembros de la familia Mancino fueron más complicados.

Pietro siempre me miraba como si esperara que le clavara un cuchillo en el pecho, con una mirada burlona y provocativa. Enrico se mostraba distante y dispuesto a no decir una palabra sobre el negocio a mi lado, al igual que otros hombres que frecuentaban la casa, como Vitto y Fabrizio. Eleonora fue la única que me dijo más de tres frases, arrastrándome a eventos benéficos y de otras mujeres Mancino para ocupar mi lugar como “señora” de la organización.

Por eso insistía en salir, en horarios sólo para mí. Era una forma de intentar recuperar todos los años en los que estuve alerta a las necesidades de Vasily en lugar de a las mías, una forma de dejar que la verdadera Lara saliera sin nadie cerca, para que no quedara a merced de las sensaciones que Dom me despertaba. Necesitaba tener control total de mí misma si esto iba a funcionar. El primer mes encerrada entre las paredes de la mansión casi me vuelve loca.

Un suave golpe en la puerta del dormitorio me sacó de mis pensamientos, y luego entró un Dom con la ropa manchada de sangre y me dio una mirada extraña.

Mi corazón se aceleró y busqué cada parte de él con mis ojos, buscando alguna herida. Él era el ejecutor, no la víctima. Pero no estaba feliz, así que me levanté, pasando mis dedos por su pecho mientras le preguntaba:

— ¿Está todo bien?

— Necesitaba resolver un asunto — resopló. — Ha tardado más de lo debido, pero aún es temprano.

— ¿Quieres que te prepare un baño? — Sugerí y señalé la habitación.

— Estoy bien... pensé... pensé en salir como tanto querías — sugirió con una de sus sonrisas torcidas. Sólo con Dom yo podría recibir una invitación para una cita en la que el hombre estuviera cubierto de sangre de pies a cabeza.

— ¿Salir? — Pregunté sin entender. —¿Después de llegar así?

— Nunca logré llevarte a salir y hoy tenemos unas horas. Soy un marido terrible —bromeó. — Vamos a la cena.

— ¿Es una celebración? — Lo miré con curiosidad.

— No para el irlandés que quedó atrapado en mis territorios — comentó y yo lo miré sorprendida, burlándose de él con la sonrisa torcida en sus labios.

— ¿Estás hablando de tu trabajo, Dom? — Bromeé devolviéndole la sonrisa.

— Nada que no puedas saber. — Se encogió de hombros y comenzó a desabrocharse los botones de su camisa. Yo Jadeé y, como siempre, pegué los ojos a su cuerpo. — Si sigues mirándome no vamos a salir de esta habitación, y sé lo mucho que quieres hacerlo.

Sacudí la cabeza y corrí hacia el armario, escapando de ver a Domenico sin ropa. Escuché la voz baja seguida de una risa baja y un susurro de "cobarde". Lo que había sucedido entre él y el irlandés lo había dejado de mejor humor que en muchos días. A veces recordaba las palabras de Pietro, asegurándome que Dom solo aparentaba una fachada educada, pero que era tan sediento de sangre como él, tal vez más letal. Era un hombre que canaliza su ira contra sus enemigos y se regocijaba cuando obtenía una victoria.

Elegí un vestido sencillo y me preparé, peinándome el cabello rubio con cuidado y maquillándome como aprendí de Svetlana. Cuando regresé a la habitación, Dom ya no estaba allí y seguí preparándome tranquilamente, esperando a mi esposo. Apareció unos minutos después, con otro más de sus trajes que marcaban sus fuertes brazos, y sonrió sin decir nada, colocando su mano en la base de mi columna y guiándome hacia el auto.

Paolo simplemente asintió y se mantuvo alejado, como si Domenico ya lo hubiera despedido, como la última vez. Nos subimos al Audi negro y él se fue seguido a unos metros por guardias de seguridad. Por lo que aprendí de Dom, le encantaba conducir, pero el sistema de seguridad del Capo funcionó mejor con el conductor y disfrutó de momentos más relajados al volante. Era imposible ser cabeza de familia sin estar siempre protegido.

— ¿Es seguro estar aquí? — Le cuestioné cuando estacionó frente a un restaurante.

— En la medida de lo posible — respondió y bajó del auto para abrirme la puerta. Aunque no me di cuenta, sabía que algunos de los guardias de seguridad se mezclaban con los demás clientes y otros estaban afuera.

Era un restaurante italiano, sonreí al ver la fachada. Quizás una de las empresas familiares. La anfitriona miró a Dom y entró, llevándonos a una mesa. Estábamos en un lugar discreto en uno de los rincones del restaurante, lejos de miradas indiscretas.

Luego nos sentamos a que una camarera nos diera el menú. La mujer ni siquiera me miró, sino que se tragó a Domenico con la mirada, comprobando vergonzosamente los tatuajes del hombre. Ella debía saber quién era él, quién era yo, y aun así coqueteaba con el hombre, como si su esposa no fuera nada. Resoplé y la mujer me dio una media sonrisa. Estaba cansado de esas reacciones. Estaba cansada de dudar de lo que Dom hacía en su época, de tener celos de pensar en él con otra persona. Odiaba que él tuviera ese poder sobre mí.

— ¿Todo bien princesa?

"La mujer", señalé y él me dio una sonrisa ahogada mientras ella se alejaba de nosotros dos.

— ¿Te molesta que ella me mire?

— ¿Te molesta que los demás me miren? — Respondí y Dom perdió su expresión relajada, sus ojos azules volviéndose tumultuosos. Me encanta cuando dejó que sus celos afloren.

— Lara... — comenzó, su voz llena de advertencia.

— Para esta gente no soy nada — espeté.

— Desafortunadamente, pasó de princesa de Bratva a reina protegida de los Mancinos. Dije que tendrías que demostrarles tu lealtad.

— No me importan ellos… me importas tú.

— Son familia.

— Dudo que una camarera en un restaurante sea de la familia — respondí molesta. — ¿Alguna vez olvidarás mi pasado?

—Nadie olvida el pasado, princesa. Es lo que nos hace más fuertes.

— Y usas mi pasado para lastimarme y ofenderme. Todo el mundo lo usa — comenté con pesar y me puse la mano en la cara y resoplé, cansada de intentarlo. — Vámonos a casa, es mejor…

— ¿Quién te ofendió? —me interrumpió. — Dame los nombres, Lara, te lo prometo...

— Los susurros, las palabras... Era mejor hablarme a la cara que actuar como si tuviera una enfermedad. Como si yo fuera la enfermedad.

—Nadie te toca, ni un mechón de tu cabello. O hablara de ti. Yo prometo.

— No puedes controlar el tuyo. Todos hablan, no importa lo que digas. En todo momento… incluso cuando estás allí", revelé y luego miré a los ojos inyectados en sangre de Dom. Parecía feliz antes de esta discusión. — Vamos a olvidar eso.

— Es una promesa. Nadie debería faltarle el respeto.

— Eres la primera persona que me dice eso — murmuré, perdida en mis pensamientos.

— Pasé demasiados años protegiéndome porque nadie me protegería. Aprendí demasiadas cosas por mi cuenta cuando no tenía a nadie que me ayudara.

"No más", juró.

Levanté la vista, quitando las manos de mi cara y sumergiéndome en sus ojos azul grisáceo. Levanté la barbilla, odiando sus palabras.

— ¿Y quién puede garantizarlo? Te gusto, te doy placer en la cama, pero ¿y luego...? Todos somos desechables, Dom. No me tratan peor porque en la jerarquía soy la esposa del Capo.

¿Y después? —replicó irritado. — Ella es mi esposa, lleva mi anillo. Serás la madre de mis hijos y te debo respeto según nuestras leyes. Me deben respeto.

Sacudí la cabeza y permanecí en silencio. Noté sus ojos insistentes sobre mí, pero no pude formar palabras. Compartimos una comida en un silencio incómodo, lleno del sonido ambiental del restaurante.

No era lo que imaginaba cuando Domenico me pidió salir con él. No era lo que quería cuando pensé en cómo hacer que confiara más en mí. Cuanto más pasaba el tiempo, más me sentía a su merced. Y en lugar de seducirlo, quería alejarlo, temerosa de las sensaciones. Tal vez necesitaba llamar a Pakhan pronto y dejar ese lugar antes de sentirme más apegado a él.

— Mi madre dijo que desayuna con unas mujeres Mancino.

— Un brunch — confirmé. Mis días consistían en un conjunto de actividades aburridas y rutinarias: visitas de Eleonora, algún evento al que ella insistía en que debía asistir. Compras. Nada especial aparte de mis escapadas.

— Lara, escucha... — comenzó después de unos minutos más de silencio — nunca

confiaremos el uno en el otro. Las cosas siempre serán así.

— Nadie me dice nada, no sé quiénes son las personas. Intento aprenderme nombres y jerarquías y todo lo que se me escapa, me avergüenzo en eventos con Eleonora fingiendo que sé cosas que no sé, solté. — Lo siento si toda la situación me inquieta, pero es como si hubiera estado caminando sobre cáscaras de huevo todos estos dos meses.

— Muy bien… — suspiró. —Asumí el cargo de Capo hace poco más de un año. Mi padre decidió alejarse después de asegurarse de que estábamos bien a pesar del atentado al tío Vitto.

— ¿Atentado?

— Lo rodearon, dispararon contra el auto y mataron al guardia de seguridad. Estaba bien y salió sin un rasguño. Pero fue otro mensaje de tu familia. ¿Entiendes por qué no confían en ti?

— ¿Y qué más?

— Si quieres saber algo, pregúntame. Te responderé lo que debes saber o no. Es más sincero que verla rebuscar entre mis cosas — advirtió con mirada cómplice. Él sabía lo que estaba haciendo, lo vio en cámara y aún así no me había hecho nada. Esa boda fue una locura.

—¿Vas a atacar a los rusos? — lo indague.

— No hablaré de eso contigo.

—¿Y los rusos nos van a atacar?

— Ni siquiera eso. — Me dio una mirada seria.

— ¿Me utilizarás cuando llegue el momento?

— ¿Como así?

— ¡Úsame! Ser un escudo, una moneda de cambio, cualquier cosa que garantice una ventaja, un sacrificio para luchar con la Bratva y… — Hablé rápidamente y Dom agarró mi mano, atrayéndome hacia él y haciéndome callar.

Me colocó en su regazo y miré a mi alrededor, temiendo que alguien nos viera. Domenico seguía mirándome seriamente, su mirada profunda observando mi rostro y agarró mi barbilla, obligándome a fijar mis ojos en los suyos.

—Escúchame bien. No te usaré. Esto es un matrimonio y tu lugar está a mi lado — dijo y sus ojos se posaron en mis labios. Tenía una expresión seductora, acercándose a mí antes de susurrar contra mis labios: — Odio desearte, el poder que tienes sobre mí y mi cuerpo. Me consuela saber que tú sientes lo mismo.

Domenico presionó mi rostro entre sus manos antes de besarme fuerte, sus labios se hundieron en los míos hasta que me quedé sin aliento y olvidé que estábamos en un restaurante, con gente a nuestro alrededor. Sólo quería saber sobre él, sobre el toque de sus dedos, sobre la presión contra mí. Bajó la boca, todavía con los ojos cerrados y continuó:

— Mataré a cualquiera que intente alejarte de mí.

Yo le creí.

Él nunca confiaría en mí, al igual que yo nunca lo haría. Pero había una fuerza invisible que actuaba más allá de mí, más allá de nosotros. Tenía hambre de Domenico, sentía que mi cuerpo le pertenecía y tendría que tener cuidado de no entregar tampoco mi alma, de renunciar a mis deseos y a mi venganza por más de eso. De la adicción, de la pasión. Solo mirarlo como ahora y saber que la locura corría por mis venas. Por nuestras venas. Sin explicación.

Necesitaba seguir los planes. Empacar mis cosas, esconder las joyas, revisar los teléfonos, encuentra un brecha con los Mancino. Pero en cambio, yo estaba allí. Deseando no irme. Como si el destino tuviera la razón todo el tiempo. Que debería estar siempre al lado de Dom.

Capítulo 13

Lara

Me desperté una vez más sola en la cama. Domenico ya se había ido. Podía olerlo en las sábanas, aunque no se quedó, el suave perfume de cuando eligió otro de sus trajes y se fue. Miré el reloj y noté el tiempo adelantado. No podía quedarme en la cama porque ese día había un brunch. La agenda social como esposa de un capo.

Era el segundo evento de la semana y un grupo de ocho mujeres se reunirían en un restaurante para tener conversaciones agradables. Algunas pautas tenían sentido. Supe que Eloisa insistía en que a todas las mujeres se les enseñara a disparar y reaccionar ante ataques y secuestros. Cada semana un profesor enseñaba a algunos grupos y yo tenía que hacer lo mejor que podía para fingir que no lo sabía todo, a pesar de que estaba ocupada. También ayudaron a algunas organizaciones benéficas... que se suponía que debían expiar los pecados de sus maridos, imagino, además de las reuniones sociales.

Elegí un vestido rosa claro y me recogí el pelo, teniendo cuidado de ocultar las marcas que Domenico dejó en mi cuello. De alguna manera, me complació ver los besos morados contra la piel pálida, pero eso fue un regalo sólo de mi parte. Tenía que ser la imagen perfecta de la mujer Mancino.

Paolo me llevó al lugar donde encontré a Eleonora. Nos sentamos con otras mujeres y durante unos minutos fingí prestar atención a lo que se decía. Horas perdidas que nunca volverían. Carmela, esposa de un Capitán que cuidaba algunas mercancías en el puerto, habló de su día. Era aburrido.

— ¿Qué tal si pedimos algunas cosas más? — sugirió Eleanora. — ¡Vengan señoras, dejemos hablar a las señoritas!

La esposa de Enrico se levantó y tomó a otras tres mujeres de la mesa. Eloísa no estuvo presente, debido a su delicada salud. Éramos otras tres mujeres jóvenes de cabello oscuro y yo, ellas estaban más interesadas en sus bebidas que en hablar. Odiaba la sensación de quedar excluida. Lo sentí toda mi vida.

— Es una estupidez que nos quedemos aquí — dijo una de las mujeres mirándome enojada. — Es una vergüenza sentarme con la puta del Capo.

Las otras dos jadearon y me miraron. Suspiré. Fue en el momento en que hablé con Dom que estaba cansada de escuchar ese tipo de insultos. Sabía que sería así al principio, pero este era el decimoquinto evento de la familia con maldiciones susurradas. Puede dar el brazo a torcer por el coraje de la chica: dije en voz alta lo que muchas de aquellas personas murmuraban o dejaban en sus pensamientos.

Dejé mi taza de té sobre la mesa y miré profundamente a la chica, corrigiéndola:

— Te equivocas. Soy la esposa. Lara Mancino. Para usted, señora Mancino.

— Nunca te llamaré por algo que no mereces — continuó y yo analicé nuestro entorno. Eleonora asintió desde lejos y yo le devolví una sonrisa discreta antes de volver a ponerme seria y mirar a la mujer que se burlaba de mí.

— Sígueme — exigí en tono autoritario y me puse de pie.

Ella me miró desafiante. Si no me equivoco, la mujer era hija de uno de los capitanes que se ocupaba de los juegos de azar.

Me incliné sobre la silla de la chica, teniendo cuidado de acercarme a su oreja antes de mover

mi mano hacia su muñeca. Y luego lo torcí hacia atrás, dejando su brazo en una postura tan antinatural que sería un milagro que al menos no lo hubiera torcido. La expresión de la mujer cambió en segundos, sorprendida por la forma agresiva en que la tocaba.

— Si gritas, puede que empeore — la amenacé en su oído. — Te voy a dejar ir y me vas a seguir, ¿me entiendes?

Sacudió la cabeza y se puso de pie, sujetándose la muñeca con cuidado para que nadie notará cómo la extremidad parecía colgar ahora. Las otras dos mujeres en la mesa permanecieron sorprendidas, olvidándose de mantener la postura mientras veían a la mujer seguirme.

Entré al baño seguida por ella y cerré la puerta, recorriendo los cubículos para ver si estábamos solas.

— Estoy cansada de estos juegos, de escuchar que soy una perra y maldecir al Capo. Le deben lealtad y actuarán con dignidad. No importa lo que piensen: cuando me vean, tendrán una sonrisa en la cara.

— Si crees que voy a seguir tus órdenes… — Se detuvo, sacando un cuchillo de detrás de su muñeca. ¿La pobre cogió un cuchillo de pan de la mesa y pensó que era un arma?

Exhalé, me parecía cómico.

Me perdí este tipo de acción. Cuando se acercó, la giré una vez más, sintiendo el cuerpo de la mujer luchar al darse cuenta de que no tenía fuerzas. La empujé contra el lavabo, intentando en vano levantarse bajo mis dedos.

“La podría ahogarte ahora, y qué muerte más miserable se habría ahogarse en el lavabo de un baño”, comenté. — Pero hagámoslo mejor: a partir de hoy te comportarás y convencerás a los demás, sino pensaré en algo más creativo, ¿vale?

— Tu… — comenzó, pero sabiamente dejó de hablar, sintiendo aún el frío del lavabo contra su rostro.

— Créeme, puedo lograr hacer que despiertes asfixiado por una polla de goma en la boca. ¡Imagínate la vergüenza de tus padres! — Le expliqué en un tono suave. — ¿Me entiendes?

— Entendí. Déjame ir... Ya no voy a decir en voz alta lo que todos piensan —repitió con desafío.

Agarré una porción de su cabello, tirando con fuerza. Tal vez sólo necesitaba dejarlo salir después de todo. Levanté la cabeza de la mujer y la golpeé contra el lavabo, dejándola caer al suelo. Ella se tambaleó y cayó de costado, mientras un hilo de sangre le corría por la frente. Pobre chica. Eso no era nada, pero sabía que lo sería todo para una mujer protegida como ella.

Ella me miró con una mezcla de miedo y provocación, pero bajó la mirada al cabo de unos segundos, como si no quisiera atreverse a desafiarme otra vez. Bien.

Simplemente caminé hacia la puerta y la abrí, encontrando a Eleonora con ojos sorprendidos.

— Escuché un ruido y vine a ver qué estaba pasando.

—Se resbaló y cayó. Iba a llamar a alguien — anuncié con dulce voz una vez más. Eleonora miró más allá de mí hacia la mujer en el suelo, todavía sin expresar ninguna opinión.

— ¿Cayó?

— Cayó — confirmé y ella sacudió la cabeza, como si entendiera ese intercambio.

— ¿Quieres ayuda, querida? — preguntó Eleonora con voz tranquila y la mujer negó con la cabeza.

La mamá de Dom tomó mi mano y caminó lentamente de regreso a nuestra mesa. Ella guardó silencio unos segundos antes de hablar:

— Francesca esperaba casarse con Dom. No sé qué estaba pensando, porque solo es la hija de un capitán, pero les dijo a todos que el futuro Capo le prestaba especial atención.

—La situación... ha sido resuelta — comenté en voz baja.

— Lo sé, pero si quieres un consejo, la próxima vez no te concentres en la cara. Los moretones llaman demasiado la atención — declaró Eleonora y acercó la silla para que me sentara, con una sonrisa de satisfacción en sus labios cuando el tema pasó a temas más suaves mientras yo intentaba ocultar mi asombro por la reacción de mi suegra...

***

Aguanté una hora más antes de despedirme de Eleonora, alegando dolor de cabeza. La dulce Lara nunca empujaría la cabeza de otra mujer contra un lavabo y la haría sangrar. No es que ya no desconfiaran de mí. Dejé expuesta mi verdadera personalidad con mi ropa, mis deseos, Dom... Y, de repente, quería sangre de una mujer porque era la forma más fácil de resolver las ofensas en mi contra. Podía escuchar la voz de Vasily en mi oído diciéndome que no estaba haciendo nada bien.

— ¿Se encuentra bien, señora? — preguntó Paolo amablemente cuando llegamos a casa.

— Un dolor de cabeza, no es gran cosa. — Sacudió la cabeza y me examinó por unos segundos como si quisiera decir algo, pero no lo hizo. Estaba empezando a odiar el análisis de ese guardia de seguridad. Necesitaba hablar con Domenico sobre él. — Voy a descansar un poco. Puedes retirarte.

Él permaneció allí por unos segundos y yo me senté en la habitación, sintiendo el aire salir de mis pulmones. Cada vez era más difícil permanecer entre esos muros guardando un secreto. Me sentí asfixiada.

— Pensé que estarías con otras mujeres. — Una voz masculina llamó mi atención.

Fabrizio estaba en la puerta de la biblioteca estudiándome atentamente. El hombre siempre parecía tener una sonrisa tranquila y resignada. Cuando Eloisa dijo el nombre de su marido, me quedé helada por unos momentos porque la palabra “Fabrizio” era algo que debía susurrar en mi vida.

Fue doloroso conocer a Fabrizio Mancino y saber que compartía el mismo nombre que mi padre. Escucharlo ser llamando dolía. A veces pensaba cómo serían las personalidades de los miembros de mi familia si no hubieran muerto. ¿Tendría hermanos? ¿Serían malos?

—Quería descansar un poco.

— Pietro comentó lo mucho que te gusta la biblioteca — dijo en un tono que no sabría decir si era de censura o no, pero que dejaba claro que sabía lo que yo hacía allí.

— Hay poco que hacer en esta casa.

— Y sin embargo regresó antes que todos — concluyó y se acercó, mirándome fijamente por unos segundos antes de continuar. — Sabes, te van a dejar en paz en algún momento. Eres una extraña para todos. Necesitas demostrar tu valor.

— No me gusta cómo me tratan y tengo derecho a que no me guste. Yo estaba prisionero en esta casa...

"Pero sé que ahora Dom te lleva a lugares y te deja hacer otras cosas", él suspiró. — Sabes… ¿eres feliz?

— ¿Cómo… cómo?

— No sé cómo fue tu vida con los rusos, pero aquí al menos tienes una vida tranquila. Es un comienzo.

— Es diferente a la vida que tuve con la Bratva — dije sin revelar más.

— Debes aprender a relajarte. Quizás estabas destinada a nosotros porque no eran tu verdadera familia. El destino es complicado. — Se encogió de hombros, con tristeza en sus ojos. — Pido

un voto de confianza a todos nosotros. No somos enemigos.

—Me crié viéndolos así—respondí.

— Encontrarás el camino... tú, Dom — dijo levantándose. — Dile a mi sobrino que no pude esperarlo, pero lo que pidió está en la oficina.

—¿Qué pidió? — pregunté con curiosidad y él solo negó con la cabeza, como si fuera una broma graciosa. No debería preguntar.

— Si te acercas a algún muro de ese lugar, lo sabremos — amenazó antes de irse.

Me debatí si debía levantarme o no para saber de qué hablaba y, irritada por aquella conversación, me acerqué a la puerta. Miré a mi alrededor, para evitar la presencia de empleados, y miré alrededor de la habitación, buscando algo diferente. Me llamó la atención una caja y... hizo ruido.

Caminé para encontrar un perro. ¿Como así? Un pequeño corgi de ojos grandes me miró fijamente desde la jaula, con las orejas gachas en su expresión juguetona.

— Sabía que tu curiosidad ganaría — escuché la voz detrás de mí y me volví para encontrar a Domenico.

Ya eran más de las tres de la tarde, demasiado tarde para almorzar y demasiado temprano para que Domenico regresara a casa. De todos modos, rara vez comía conmigo, pero allí estaba, con una sonrisa relajada.

—¿Fue una trampa?

— Un regalo — corrigió mientras se acercaba. — siempre está sola y pensé en alguien que pudiera hacerte compañía. Puede que no lo parezca... pero te escucho.

Se me hizo un nudo en la garganta ante la sugerencia y dudé si sería capaz de tragarme las lágrimas. Conocía bien esa fragilidad a pesar de no dejarla salir. Nunca he tenido el privilegio de tener algo propio. Olga, Ivana o Natasha tenían todos sus deseos cumplidos, mientras yo era la pobre muchacha que vivía con su amante esperando órdenes. La mayor parte del tiempo la ignoraban o la enviaban a pequeñas misiones cuando era necesario.

Puse mis manos sobre el animalito y lo subí a mi regazo. Era tan esponjoso y suave. Miré a Domenico y noté que me temblaba la voz cuando pregunté:

— ¿Puedo quedármelo?

— Eres la señora de la casa. Puedes hacer lo que quieras.

— Y con una palabra tuya, no puedo — respondí y miré a Domenico por unos segundos antes de posar mis ojos en el suave perro de pelo castaño una vez más en mi regazo.

— Es suyo. Haz lo que quieras con él", añadió, pasando sus largos dedos por el pelaje del animal. —Hace tiempo que no tengo uno de estos.

— Había que crecer rápido — concluí en un susurro.

— No tenía tiempo para los animales ni nada más. — Negué con la cabeza. — Necesitaba demostrar mi valor, o no estaría en este lugar.

—Nunca nadie me regaló nada —confesé. — Fui criada por amantes, no tenía juguetes, ni regalos, nada... estaba... sola. Tenía una muñeca... la que estaba en el armario... pero por lo demás...

— Ay, Lara...

— Ni siquiera el cariño de un padre y una madre, sólo rigidez. Siempre hacerlo bien y ser castigada si algo sucediera y… — Me detuve de repente. Mierda. — Y ahora se acabó.

— ¿Entiendes que nunca hablas de ti? — preguntó, de repente. — Conoces a mi familia, pero ni siquiera me dijiste el nombre de tu madre.

— Svetlana me crió, es la amante de Pakhan.

— ¿Sólo eso?

— ¡Pregunta, Dom! ¡Maldita sea, pregunta! —Me exalté. Estaba tan cansada.

— ¿Quién eres, Lara? ¿Qué estás escondiendo?

—Yo también he querido saberlo toda mi vida. Crecí en una habitación pequeña, sin nada. Sólo me usó cuando lo necesitaba. ¡Así es como acabé con un maldito brazo roto! — exclamé. — ¿Pero y tú? Lo que no sé de ti. Él tampoco dice nada... Trabajando todo el día y dejándome al margen de todos los asuntos.

— Vamos a jugar un juego. Una verdad, en cualquier momento y tienes derecho a otra — sugirió con su expresión seria.

— Dom... — murmuré y miré al perro en mis brazos, jugando con su fino pelaje.

— Vamos. Cualquier verdad.

— Tengo ojos verdes — respondí y él respondió con una sonrisa burlona.

— Muy bien... — Exhaló con fuerza, arremangandose y mostrándome el intrincado dibujo de un león: — Me hice este tatuaje después de matar al primer hombre. Tenía 15 años, seguía a los hombres de Enrico a todas partes y tenía esta ira... Quería utilizar a cualquiera para matar a los asesinos de mi padre.

Podía entender ese sentimiento.

— ¿Por qué el león?

—Era narcotraficante. Nos estaban robando. No importó mucho y el ejecutor, Giovanni, lo dejó para mí. — Dio un suspiro bajo, como transportado al pasado. — Salté sobre el hombre, dándole tan fuerte que me quitaron de encima... Giovanni solo me pasó un arma, queriendo terminar de una vez, y así lo hice.

—Una bestia, como un león.

— Me tomó un tiempo entender que no necesitaba andar pagando mi enojo. Pero al principio... Mi padre murió temprano y me sentí solo. Quería enorgullecer a mi padrastro. Cuando me hice adulto, ya era bueno matando, aprendí sobre la tortura, cómo hacer negocios con amigos y enemigos. ¿Satisfecha?

"No", respondí en voz baja. — Quiero saber si ya te has enamorado. Si sintieras que nadie te entendía, que podrías gritar y nadie te escucharía. Si alguna vez te hubieras preocupado tanto por alguien, le darías el mundo.

Dom me examinó con expresión seria y después de unos segundos preguntó:

— Te obligaron a dejar a alguien, Lara. ¿Es eso lo que quieres decirme?

— ¿Una verdad por una verdad?

— ¡No! — protestó — Necesito saberlo.

— No… — Jadeé, mitad teatro, mitad verdad, mirando profundamente a los ojos de Dom mientras anunciaba: — Eres la primera persona que parece preocuparse un poco por mí, y eso es peligroso. Algunos dirían que es bueno enamorarse de tu marido, pero creo que eso sería una condena. Siempre me verás cómo el enemigo y sufrí con los Bratva. No quiero sufrir con los Mancino.

Sentí que el aire cambiaba cuando unos ojos azules se posaron en los míos y la risa murió dentro de ellos, reemplazada por algo más serio. Miré sus labios, sin controlarme. Me atrajo hacia él y solté al perro, sintiendo el peso en mis pies justo cuando Dom me moldeaba a él. Tenía hambre de él, moviendo mi boca como si muriera por saborear los labios que besaba hasta el cansancio todas las noches.

La respiración de Dom aumentó en mi oído, pesada, mientras un escalofrío recorrió mi cuerpo y me abrazó con sus grandes brazos. Fue como encender un fuego y crear fuego, un cable

desnudo arrojando chispas por todas partes. Fue aterrador. Cedí todas las noches, pero todavía mantuve parte de Lara oculta para él. Pero ahí, en ese momento, me sentí frágil, entregada, perdida.

Me liberé con más fuerza de la que solía usar con Dom cuando me di cuenta. Empecé a preocuparme por mi marido.

— ¿Todo bien? — preguntó mi esposo, buscando mis dedos, como si necesitara esa conexión.

Entrelazó nuestras manos, estudiando mi rostro cuidadosamente, buscando las respuestas que sabía que no le daría. Simplemente negué con la cabeza y lo abracé, escondiendo mi rostro en su pecho. No quería sentirme así. No quería pensar en eso. Necesitaba poner fin pronto al plan de Vasily y abandonar esa casa.

Dom levantó mi rostro y me tocó la barbilla suavemente. En lo profundo de esos ojos, también vi confusión. Pero no podía sentirme feliz por jugar con los sentimientos de Capo, cuando él también parecía meterse con los míos.

El corgi hizo un ruido a mis pies y aproveché el momento para soltarlo, recogiendo nuevamente la bola de pelaje marrón. Dom me miró en silencio una vez más antes de continuar:

— Es en serio, princesa. Cuídalo. Nómbralo, comprale algunos juguetes.

— voy a hacer eso.

—Pregúntale a Paolo. Pasaré los próximos días fuera de la ciudad.

— ¿A dónde va?

— Negocios — comentó y frunció los labios, dándome un balde de agua fría. Cosas que no necesitaba saber.

— ¿Y cuándo volverás?

— ¿Me extrañaras?

— Extraño lo que me haces — murmuré, volviendo al personaje.

— De la virgen que me vuelve loca.

— Yo no soy virgen más.

— Pero me tienes en tus manos — completó la última frase en voz más baja, como si no quisiera que nadie escuchara nuestra conversación. Si alguien oyera al Capo declarar que su esposa lo tenía “en sus manos”, podrían comenzar rumores desagradables. Especialmente cuando la esposa era yo.

— ¿Te vas ahora? — cuestioné confundida, sin notar el tono frágil en mi voz.

— El perro te hará compañía... Regresaré en dos días, tres como máximo — aseguró. — Alguien te lo dirá. Necesito algunas cosas. Es algo... urgente.

— ¿Es por eso que estás aquí? ¿Entonces tienes un regalo?

— Podría irme sin verte, pero ya sabes cómo son estas cosas en esta vida... Tal vez no vuelva, y me arrepentiría de no haberle echado un último vistazo a mi esposa.

Nuestros ojos se encontraron. Lo alcancé y le di un suave beso en los labios mientras sus dedos callosos presionaban mi cara. Cerré los ojos cuando se levantó.

— Protégete, Dom, por favor — le pedí y él solo negó con la cabeza, dándome una última mirada antes de irse.

No debería sentirme atraída por mi marido. Los sentimientos no tenían cabida en un plan de venganza. Lo matarían con todos los demás. ¿Por qué la idea empezó a angustiarme?

Capítulo 14

Lara

Era el tercer día de viaje de Dom y aproveché las horas sola para buscar más cosas. Sin mi marido en casa, obtuve acceso a una de las computadoras. Parecía demasiado fácil encontrar uno en la oficina de arriba, pero ahora tenía un lugar para la reunión de la Cosa Nostra. No sabía si sería del interés de Vasily. Todavía serían necesarios dos meses. Y exterminar a los Mancino junto con otras familias podría no haber sido el objetivo de Lugonov.

Utilizando las notas de la biblioteca, descubrí un poco sobre la agenda de Domenico: reuniones mensuales con la alta dirección y reuniones estacionales con toda la estructura de South Chicago. Consigliere, subjefe, algunos capitanes, parte del consejo de alta dirección. Esto confirmó lo que escuchó detrás de los muros. Se produciría antes de la reunión de la Cosa Nostra, pero sin fecha aparente.

Estaba empezando a sentirme culpable por organizar el ataque. La idea de que estaba planeando la muerte de Domenico me atormentaba, pero también a todos los demás. Cuando entré a esta casa quise proteger a las mujeres y a los niños, pero con el paso de las semanas me di cuenta de que la muerte de los hombres también desencadenaría un dolor que yo no quería causar. Fue una guerra injusta. No quería tener sangre en mis manos. El plan de Vasily de organizar un ataque para debilitar el liderazgo de Mancino me preocupaba cuanto más pensaba en ello.

Si le contaba a Vasily sobre la fecha de la Cosa Nostra, tal vez no tendría la oportunidad de ponerle un tiro en la cabeza a Enrico. Con tantos días de sobra, tendría que regresar a Bratva y tal vez ellos mismos quisieran deshacerse de mí sin cumplir su promesa. Fue triste que el ex Capo pareciera amigable y le agradara la familia. Pero ojo por ojo, y no sentiría lástima por él cuando él no sintiera lástima por el mío.

— Todo está bien. — Escuché la voz afuera de la biblioteca proyectándose. Todavía era demasiado pronto y nadie más que los empleados y yo deberíamos haber estado allí. Pedro. — Mentí como acordamos. Necesito recopilar más información antes de enviar. Tendremos algo pronto.

Se quedó en silencio y me di cuenta de que estaba hablando por teléfono. Abrí la puerta y lo vi rebuscando en las carpetas del estante. ¿Podría ser posible que él fuera el...?

— Enrico confía demasiado en algo que salta a la vista en su nariz. Será un nuevo ataque al Capo, estoy seguro.

Maldita sea. Pietro era el informante. ¿Cómo puede? Era el mejor amigo de Domenico y actuaba como agente doble de Vasily. Y todavía pretendía ser superior a mí, tratándome como escoria cuando era el traidor de Mancino.

— Sé que eres tú — amenacé al hombre, abriendo la puerta de par en par. ¿Qué diablos estaba haciendo?

Bajó su teléfono, lo metió en su bolsillo y me lanzó una mirada burlona. Estaba molesta con el primo de Domenico, señalando con el dedo y esperando alguna reacción.

— ¿Escuchando detrás de la puerta, Lara?

"Tú eres el traidor", acusé. — Siempre está con Dom, siempre fuiste tú... ¿Cómo es posible que no lo se fijarán?

—¿Un traidor reconoce al otro? — bromeó y yo jadeé. Fue esa maldita cosa. Traicionar la

propia sangre.

— Quieres poder, ¿es eso? — Respondí y él hizo un movimiento, como si quisiera avanzar hacia mí.

Fui más rápido, giré mi cuerpo e inmovilice al hombre contra el escritorio de la oficina. Él intentaba obligarse a liberarse, pero yo tenía experiencia en eso, presionando donde causaba dolor, aplastando el cuello del hombre contra la dura superficie y mirándolo jadear en busca de aire. Aprendí lo que debía hacer ya que no tenía fuerza contra alguien que me doblaba en tamaño.

Extendí mi mano y saqué un objeto más afilado de la mesa, presionándolo contra la garganta de Pietro para escucharlo soltar una carcajada, todavía jadeando por el aire.

— ¿Me vas a matar con un abrecartas?

— Ya nadie recibe cartas, hay que darles otros usos. — Apreté el objeto y Pietro luchó contra mí, dándose cuenta de que era una amenaza seria, sus músculos se endurecieron en mis manos. Excelente.

—Tú eres la traidora, Lara. No me.

— ¿Qué haces aquí? — cuestioné con irritación.

— Te sigo, pero eso ya lo sabes... Pero esta vez no se trata de la princesita Bratva.

— ¿Y de qué se trata?

— Creo que nos van a atacar, pero no sé dónde ni por qué. Dime, Lara: ¿qué le has estado contando a tu padre?

— ¿Ataque? — Pregunté y di un paso atrás.

¿Vasily no esperaba mi información? Él estaba mintiendo. Al contrario de lo que imaginaba, el primo de Dom no intentó insinuarse otra vez cuando me alejé. El hombre me miró, como si intentara ver más allá de mí, más allá de todas las cosas sobre las que mentí. Ni siquiera tenía sentido para mí en ese momento.

— Lo que sea que estés escondiendo, lo descubriré — amenazó y caminó hacia la puerta, ajustándose el traje. — No olvides usar esa voz suave nuevamente cuando regreses a la habitación, no quieres que sepan que eres un luchador entrenado.

— ¿Qué harás contra Dom?

— No soy una traidora, Lara — respondió irritado, en un tono más suave, y antes de que pudiera continuar salió por la puerta.

Me tapé la cara con la mano con irritación y escuché el portazo de la puerta principal mientras me dejaba caer en el sofá de la biblioteca. Esto fue un desastre.

No tenía información sobre Lugonov. Ni siquiera sabía si realmente quería dar esta información. Y allí estaba Pietro, contándome sobre un ataque, actuando como informante. Sin seguir el plan, no podría vengar a mi padre. Y entregarle a Dom a Vasily significaba matarlo. Matar a otros que no tenían nada que ver con mi felicidad. Odiaba estar en medio de eso.

Pasaron unos minutos hasta que escuché pasos una vez más. Esperaba otra discusión con Pietro, pero cuando levanté la vista encontré a Paolo mirándome con ojos preocupados.

— ¿Está todo bien, señora?

— Sí... — dije, mirando hacia arriba y tratando de controlarme. — Yo... extraño a mi marido.

— La deja sola mucho, si me perdonan mi indiscreción.

— ¿Qué está diciendo? — Le pregunté al guardia de seguridad sin mucha paciencia.

De vez en cuando comentaba mi vida, como si pudiera. Lo mantuve cerca para no perder mi libertad, pero tal vez era hora de hablar con Dom sobre el soldado.

— Que es una recién casada con un hombre que nunca está en casa.

— El Capo está ocupado.

—Y también tu marido. ¡Debes estar con los demás, como lo hacen todos y no te lo mereces! —susurró y se arrodilló frente a mí. — Escucha, sé que te obligaron a hacer esto y creo que tengo una solución.

—Paolo, ¿qué estás haciendo? —cuestioné. Esperaba que las cámaras de la casa llamaran la atención, porque estaba empezando a sentirme incómoda con el guardia de seguridad frente a mí.

— Huye conmigo. Yo tengo dinero. Podemos disfrutar…

— ¡Estás loco, Paolo! — Lo empujé levantándome, pero él me sujetó la muñeca sin dejarme alejarme. Era la primera vez que el guardia de seguridad me tocaba y eso activó mis gatillos protectores. ¿Debería reaccionar?

— Sé que no puedes decir lo que realmente pasa. Pero la veo todos los días. Sola, triste, en silencio y con la mirada perdida. Puedo hacerlo mejor. Veo la forma en que me miras, la forma diferente en que me tratas. Puedo sacarte de esta vida.

Dios. Se equivocó en todo.

—Déjame en paz, Paolo. Nada pasará. Soy la esposa del Capo y estaré a su lado. No vuelvas a sugerir algo así, ¿me entiendes? — Respondí bruscamente y él dejó escapar un suspiro irritado, dando un paso atrás y soltando mi mano.

Se puso de pie, volviendo a su postura impasible, sin dejar de mirarme de forma extraña, como si fuera parte del juego.

— Sé que no puedes decir las palabras, Lara. Pero haré lo mejor que pueda por nosotros", anunció al mismo tiempo que una de las criadas entraba a la biblioteca y nos examinaba. Esto era un desastre y sabía que ella iba a iniciar un rumor. Necesitaba deshacerme de Paolo antes de que me arruinara las cosas.

— Señora, el señor Enrico la está buscando.

Asentí con la cabeza como agradecimiento a Ángela y me levanté, dejando a los dos atrás. Esa mañana pareció prolongarse después de tantos visitantes no deseados.

Entré a la habitación y encontré al ex-Capo paseando de un lado a otro. Eso no era parte de la personalidad amable del hombre y sólo por su gesto lo supe: algo le había pasado a Dom.

—Enrico, ¿qué pasó? ¿Qué pasó con Dom? — Pregunté notando la urgencia en mi voz mientras corría hacia él. Se pasó las manos por el cabello, pareciendo confundido por mis palabras.

—Doménico resultó herido. El médico está con él y luego regresará a casa.

— ¿Él está bien? ¿Consiente?

— No lo sé, pero el guardia de seguridad dijo que no hay nada de qué preocuparse. Necesito ver a mi chico.

— ¿Pero cómo resultó herido?

—Un ataque, Lara. Su auto giró en la carretera cuando regresaba después de haber sido alcanzado por algunos disparos. Creo que tu padre ha vuelto. No creo que ni siquiera el matrimonio detuviera a Lugonov", anunció irritado.

Un ataque, como dijo Pietro. O estaba intentando ayudar o planeó el asesinato de su primo. Y no tendría forma de saber si era un aliado o un traidor.

***

Enrico y yo nos hacíamos compañía en el salón, en silencio. El hombre ocasionalmente respondía llamadas telefónicas y hablaba con quienes llamaban, pero pasaba la mayor parte del tiempo sentado y mirando una de las paredes. Eleonora llamó en todo momento, pero el ex-Capo

dijo que era peligroso para ella presentarse en la casa antes de que supieran qué tipo de amenaza enfrentaban. Tenía razón, pero también dudaba que una madre se mantuviera alejada de su hijo, sin importar el peligro que hubiera.

Si el ex-Capo permanecía impasible en el sofá por más de dos horas, yo caminaba de un lado a otro sin poder quedarme quieto. Fue extraño, pero sentí como si mi agonía me estuviera tragando. En la Bratva siempre estaba callado, en silencio, haciendo todo lo posible para no moverme y llamar la atención. Aquí tuve que caminar hasta abrir un agujero en el suelo, girando el anillo en mis dedos hasta que me dolió, hasta que apareció Dom diciendo que estaba bien.

La puerta se abrió y apareció mi marido tal como lo recordaba. Los pantalones y zapatos habituales, parte de la camiseta por encima del brazo, dejando libre una parte del torso. El vendaje de su brazo estaba cubierto de sangre y parecía tener cortes en la cara y el cuello. Mi cuerpo se llenó de alivio al verlo con mis propios ojos. Sin pensar en lo que estaba haciendo, corrí hacia Domenico y me arrojé en sus brazos.

— Si supiera que recibiría esta recepción, me haría daño más a menudo.

— ¡No seas idiota! — murmuré y él me dio una sonrisa torcida. Intenté alejarme por miedo a lastimarlo, pero él me abrazó con más fuerza. La piel cálida que conocía tan bien me dio la bienvenida incluso después de las lesiones.

— Estoy bien. Fue de raspón y sangró más de lo debido, algo así debiste haber visto.

— ¡Estás herido, Dom. ¡Te atacaron! — dije recorriendo con la vista su cuerpo, revisándolo de arriba a abajo. Me preocupaba por él, mi corazón se hundió. No debería haber sido así, pero ya no había forma de negarlo. ¿Cómo iba a dejarlo morir en manos de Vasily si una herida me dolía tanto?

— Creo que fue tu padre — dijo Pietro con voz seria y me di cuenta de que estaba detrás de su primo. — Dispararon a quemarropa. Dom reaccionó y no perdimos a nadie. Pero el objetivo era claro: matar al Capo.

Lo miré fijamente, entrecerrando los ojos. Durante unos segundos, simplemente nos analizamos a nosotros mismos con la información sobre nuestras cabezas. El hombre podría ser un maldito traidor y llegó primero que mi marido después del ataque. No tenía pruebas más allá de lo que escuché y no podía simplemente acusarlo.

— Los tenemos, Lara. Son rusos — confirmó Dom. — Tu padre no sabe cumplir las promesas. Si…

— ¡Basta! — se quejó el ex-Capo interrumpiéndonos. Sabía que el hombre no quería decir nada delante de mí. — Vamos a averiguar qué está pasando. Los dejaremos solos. Luego hablamos sobre qué hacer.

Enrico nos dio una última mirada. Él y Pietro se fueron, dejándome con Dom y su expresión feroz. Dispararon a quemarropa. Podrían haberlo matado. No tenía sentido si Vasily quería matarlo en un ataque. ¿Fue ese un mensaje de advertencia para mí?

— ¿Satisfecha con su inspección? — preguntó el mafioso con una sonrisa.

— ¡Es un idiota, ya sabes la preocupación...! — Me quejé, mi voz se quebró de una manera enérgica que no estaba acostumbrada a usar. Dom me examinó con las cejas levantadas.

— ¡No fue nada, te lo dije!

— Tu padre me dijo que estaba herido y no supimos de nada durante horas.

— Ya sabes cómo son estas cosas, necesitas acostumbrarte a ellas.

Sacudí la cabeza con irritación. No tenía control sobre mis sentimientos en ese momento. Quería matar a quienquiera que lastimara a Domenico, quería infligir el mismo tipo de dolor. Estaba empezando a tener lealtad hacia mi marido y los Mancino.

Sin decir una palabra, entrelacé mis dedos con los de Dom y lo arrastré hacia las escaleras. Se dejó llevar, notando mi estado de ánimo. Cuando llegamos a la habitación, lo dejé sentado en la cama y abrí la puerta del baño, donde abrí la bañera, escuchando el sonido del agua cayendo.

— ¿Me vas a dar un baño? — preguntó en tono de broma.

— Está cubierto de sangre… Dom. — Me acerqué desabrochando los botones de su camisa — Yo solo… necesito… déjame hacer esto.

No podía expresar con palabras la forma en que me afectó verlo sangrar. Domenico era un plan y no debería haber sentido que se me oprimiera el pecho por la angustia. El miedo a lo que pudo haber sido. Le quité la camisa con cuidado, para no tocar el vendaje, y abrí el cinturón, deslizando los botones y arrancando la ropa interior en el proceso. Me arrodillé y le quité el zapato, acompañado de una mirada traviesa del hombre, a quien todo le pareció muy divertido.

— Ni se te ocurra… — Advertí cuando la erección empezó a crecer entre sus piernas. — Va a descansar. Casi te matan.

— ¿Y dónde están las celebraciones por la vida? — comentó de manera ahogada.

— Cualquier otro día que no tengas tu propia sangre en la piel.

Inspeccioné a Domenico. Ver los cortes, las heridas, las viejas cicatrices. La piel tensa debajo del tatuaje. Tenía equipaje. Estaba tan jodido como yo. No entendería lo que estaba sintiendo en ese momento, necesitando ver cada centímetro de piel que contaba la historia de ese hombre. Era una necesidad que no podía expresar con palabras.

Se puso serio, dejándome sola mientras continuaba mi proceso, mis dedos recorrieron su pecho, recorrieron su rostro con pequeños cortes esparcidos por su mejilla.

— Esto pasa todo el tiempo, princesa, pero casi siempre es sangre de otras personas. — Intentó tranquilizarme en un susurro, casi como si no quisiera alzar la voz para no asustarme. — Soy Capo y hay pandillas, otros grupos. Lugonov. Siempre estoy en riesgo, pero mi seguridad es buena. Esta es la primera vez en muchos años que logran hacerme daño...

Entrelacé nuestros dedos una vez más, colocando un suave beso en el dorso de su mano y apoyando mi rostro allí por unos segundos. Domenico comprendió mi necesidad de silencio y no dijo una palabra, ni siquiera cuando me levanté y nos llevé al baño.

En silencio, Él entró a la bañera y comenzó a trabajar en silencio con la esponja, pasando la pieza sobre la piel del hombre, frotando la sangre seca y teniendo cuidado de no tocar los rasguños. Me examinó cuidadosamente. La mirada atenta de los orbes azules me quemó.

Realmente no sabía por qué lo hacía, por qué me preocupaba tanto. No tenía tiempo para sentimentalismos y, sin embargo, hacía el papel de esposa servil porque quería, porque así lo sentía, y no por teatro.

— Estoy bien, princesa... — Aseguró Dom y sostuvo mi mano alrededor de la esponja. —Deja de pensar tanto, no pasó nada.

— No sé qué me está pasando — le susurré en un susurro, escapando de sus ojos.

Domenico Mancino era el enemigo. No debería apegarme. Y aún así, pensé en nosotros dos. Necesitaba saberlo por las palabras de Paolo. Debe estar con los demás, como todos lo hacen. No podía ser la única que se sentía así.

— ¿Una verdad por una verdad?

— Te gustó mi juego — respondió el mafioso con una sonrisa antes de soltar mi mano y dejarme libre para deslizar la esponja sobre su pecho.

— ¿Sí o no? — Dom negó con la cabeza en señal de acuerdo. — ¿Tienes un amante?

— ¿De donde vino eso? — cuestionó entrecerrando los ojos, su postura cada vez más rígida en la bañera. — Si quieres tener una, puedes tenerla. El negocio es claro: mientras no avergüence a

mi familia, puedes hacer lo que quieras.

— Una verdad por una verdad — respondí y él me dio una sonrisa ahogada.

— No tengo amante y no pienso tenerlo. Estoy bien contigo. A mí me basta... Esta locura que siento cada vez que te veo... ¿Por qué, Lara? ¿A quién quieres además de tu marido? —preguntó, su mano cayendo posesivamente sobre mi cuello y acercándome. — ¿Por qué quieres saber?

— Porque tengo celos de tu sombra — confesé de la misma forma intensa. Dom sonrió con picardía y me dio un suave beso en los labios.

— Escuché lo de Francesca.

— Me dijiste que podía resolverlo yo mismo.

—¿Entonces no tuvo nada que ver con que ella pensara que me casaría con ella?

—Me llamó “la puta del Capo”. Caerse en el baño fue bien merecido — dije.

—Fue una caída muy fuerte, según mi madre. El destino está tan celoso como tú al hacer que se golpee la cabeza contra el lavamanos. — Me lanzó una mirada burlona, sabiendo que el destino era yo. Me reí en respuesta, encontrándolo divertido. Estábamos demasiado distorsionados para divertirnos con mis celos y casi romperle la cabeza a la mujer por un insulto.

— No me gusta cómo te miran algunas mujeres. Cómo se enteró de que la hija de un capitán pensaba que debería ser su novia. Es mío, Capo. Te soy leal y quiero lo mismo.

— ¿Estás seguro de que quieres simplemente darme un baño hoy? — preguntó y yo le di una sonrisa tímida antes de ponerse más serio y cuestionar: — ¿Por qué eres tan buena en la cama si eres virgen?

— ¿Es esta tu verdad? — Pregunté y el hombre negó con la cabeza. — Me enseñaron a seducir. Necesitaba sacar a los soldados de sus mentes sin siquiera mirarlos. Nadie me tocó, ni me besó ni nada más. Pero necesitaba estar lista para servir a mi esposo.

— ¿Solo para servir? — dudó y me miró profundamente.

"Las mujeres tienen pocos roles en nuestro mundo", respondí. — Y una de las pocas cartas de triunfo que tenemos está entre las piernas. Puede salvarnos la vida.

— Una verdad a medias, pero no me importa — sonrió, sabiendo que yo elegí mis palabras. — Y, Lara, para tu información: sé que eres más que tu coño. Eso esconde mucho más de lo que ya sabemos.

Y con eso Dom se reclinó contra la bañera, con los ojos cerrados mientras yo continuaba frotando su cuerpo con una esponja.

Me di cuenta de que mi marido confiaba en mí.

Estaba vulnerable, herido. Podría lastimarlo en esa bañera y él decidió cerrar los ojos y dejarme cuidar de él. Era confuso comprender que Domenico sabía que estaba mintiendo, pero no parecía importarle. Si sospechara de mis verdaderos planes, estaría muerta, pero por ahora... me gustaba lo que teníamos. Que era sólo nuestro ahora que me informaron que no estaba buscando a otros. Y eso hizo algo en mi interior.

No debería enamorarme del Capo. Sería difícil verlo muerto cuando llegara el momento. Deja de mentirte a ti misma, pensé. Tal vez ni siquiera le dejaría matarlo. ¿Qué era una traidora de traidores?

Capítulo 15

Lara

Domenico dormía a mi lado. Se quedó dormido rápidamente, cansado de toda la situación. No pude. Vi dormir a mi marido, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo. Todavía solía irse después del sexo, pero se permitía algún tipo de abrazo después de estar dentro de mí. Dormía a mi lado algunas de las noches en las que el sueño llegaba antes de irse.

Era constante estar apretada contra su musculoso pecho, abrazada con todo su cuerpo como si no quisiera soltarme. Y lo esperaba con ansias. Me encontré esperando. Yo era una niña hambrienta de atención que, después de conseguir huesos, pensaba que eso era oro.

Mi marido me ocultaba cosas, pero yo también le ocultaba cosas a él. Éramos una pareja disfuncional formada por dos militares que quizás necesitaban elegir entre el cariño y los negocios. Mi objetivo era matar a Enrico, pero al hacerlo, Dom nunca me perdonaría. Maldita sea... debería entregar a mi marido y a mi familia al matadero. Ella no merecía ser perdonada. Era la delgada línea entre la justicia y la venganza. No teníamos futuro, porque un día la realidad tocaría nuestra puerta.

Estaba en una batalla entre la razón y la emoción. Quizás no estaba en mis manos perder a Domenico. Pronto tendría que renunciar a la vida de Lara Mancino.

Bajé a la cocina, donde vi el amanecer. Preparé un café y me senté en la mesa leyendo algunas noticias en el celular monitoreado de Dom. No podía buscar rusos ni ataques ni nada de eso, así que decidí saber solo lo que los Mancino querían que supiera.

— Señora — Ángela, la criada, entró a la cocina — La estaba buscando. El señor Enrico está en la habitación buscando al señor Domenico, pero todavía está durmiendo.

— Simplemente toque suavemente la puerta del dormitorio. Dom necesita descansar — ordené y ella negó con la cabeza. — Hablaré con Enrico.

Llevaba una bata, el cabello recogido en la parte superior de la cabeza y su expresión era cansada. Aún era muy temprano, pero entendí los motivos de aquella visita. Si estuviera en la Bratva, aparecer así frente a alguien en la cima sería un error juzgable y punible.

No quería pensar en todos mis problemas con el padrastro de Dom después del ataque. En las ganas tuvo que rascarse la sonrisa.

En ese momento estaba más preocupado por Domenico, y las últimas semanas me han demostrado que sabía ignorar mi odio cuando estaba al lado del señor Mancino. Tendría su momento.

— Llegas temprano, Enrico. ¿Viniste a hablar con Dom?

— Habla de lo que pasó. Por mucho que quiera que mi hijo descanse, debemos estar alerta. Pietro ya está con los hombres y… — el ex-Capo se detuvo como si se diera cuenta de que me estaba hablando demasiado.

Sabía lo que estaba haciendo el primo de mi marido: algún “estímulo” si los hombres no cooperaban. Había escuchado partes de conversaciones que revelaban que Pietro tenía mucho “talento” con objetos punzantes.

— Tratando de averiguar por qué — agregué. — Domenico está durmiendo.

— Tiene problemas para dormir y le dieron algunos puntos. Nada que pueda derribar a un hombre como él, pero es difícil conciliar el sueño — comenzó y se acercó a mí, con la mirada más suave mientras continuaba: — Sé que creciste entrenada para no mostrar tus sentimientos,

pero puedo ver que te preocupas con mi hijo.

— Esto no es importante.

— Es importante para mí — suspiró el hombre. — Vi cómo reaccionaste cuando te dije que estaba herido. Era algo de tu padre y ni siquiera lo dudaste. Quería saber sobre Dom y si te haríamos algo porque eres una heredera de Bratva.

— No he hablado con ninguno de ellos desde la boda, debes saberlo.

"Te monitoreamos, hombre. Nosotros sabemos. — Hizo una pausa de unos segundos, dejándome absorber las palabras, antes de continuar. — Mira, esto es un negocio. La boda ocurrió con un propósito que no tiene nada que ver con ninguno de ustedes. Pero si tan solo pudieran tener una buena relación, hijos...

—Eso es irrelevante y lo sabes. Las mujeres en esta vida saben que los sentimientos no son importantes. Conozco mi lugar.

— Me casé con la madre de Dom después de un matrimonio falso. Mi esposa murió y durante años viví solo, ocupándome únicamente del negocio familiar, con el apoyo de Eleonora. Criar a Dom como mi hijo. Me enamoré de ella mucho antes de todo esto, pero no podía confesarlo. Todo fue diferente y espero que lo sea para los dos.

— Enrico Mancino es un romántico — escupí, en un tono más burlón de lo que debería haber sido, encontrando curioso ese lado tierno de mi asesino.

— He hecho cosas horribles en mi vida, pero Eleonora es mi paz. El niño ha visto la guerra toda su vida, conoce el lado malo, pero nada del lado bueno. Hace veinte años, mataron a mucha de nuestra gente. Incluyendo a mi esposa y al padre de Dom. Pero el ataque la trajo a mí y me culpo por no querer cambiar nada en el pasado.

—¿Estás diciendo que hay algo bueno en que Domenico haya perdido a su padre y a ti a tu esposa? — Miré a Enrico horrorizado. Eran simplemente lo mejor, lo sabía. Así es como funcionó en nuestro mundo.

— Eso no es lo que dije — el hombre exhaló, irritado por mi respuesta — pero tenemos que actuar juntos después de que la Bratva se llevó la vida de nuestros seres queridos.

— Y que mataste a cambio — Respondí demasiado rápido, haciendo que el hombre levantara una ceja en respuesta, una expresión irritada se apoderó de su rostro.

— Ya no les perteneces, hombre. No hace falta que los defiendas — respondió Enrico.

— Aún así, es un pensamiento distorsionado.

— Todos estamos a favor de llevar esta vida.

— Pero ustedes eligieron sus puestos mientras las mujeres tienen que lidiar con las decisiones de los hombres que las protegen.

— Tienes razón. Me enamoré de la esposa de mi hermanastro, hombre. Pero nunca haría nada que pudiera manchar el honor de la familia.

— ¿Hasta que murió y pudo casarse con tu cuñada? — Sugerí con un tono seco y crítico y el padrastro de Dom me lanzó una mirada enojada. Exhalé, tratando de recuperar el control sobre mí.

— Las cosas no sucedieron como crees, Lara. La vi, la quería. Era el día de la boda de ella y Cesare. Hija de uno de los consejeros, pero hasta entonces estuvo protegida de todo y de todos. Ellos tenían una buena vida, mientras yo deseaba a Eleonora. Incluso cuando me casé con Elena.

— Creo que esta conversación no es apropiada.

— Es familia — dijo y cerró los ojos. — Y te preocupas por mi hijo. Es más que una boda de la mafia. Ella no lo mira como yo miraba a Elena. Cómo observaba mi esposa al padre de Dom: la obligación de tener un hijo, los eventos sociales, la distancia y la aceptación por parte de las

amantes de su marido.

— Tenemos un buen matrimonio, señor.

“Lo vi por tu preocupación”, suspiró. —Necesita paz, Lara. Nadie debería acostumbrarse a la sangre y la destrucción.

— ¿No los vio a ustedes dos?

— Dom fue entrenado desde pequeño, soldado. Quería demostrar su valía cuando llegara el momento de ser Capo, para vengar a su padre. Vio demasiado. Hizo más de lo que debería haber hecho.

"Yo también", murmuré más para mí mismo.

— Pensé que la Bratva protegía mejor a sus hijas — la reprendió.

— No en plena guerra en la que nos ha metido la mafia italiana — escupí a cambio con una voz menos dócil de lo normal, con ganas de clavar cualquier objeto punzante en la garganta del hombre, para luego hablar con más calma: — Sí. el motivo del matrimonio, después de todo. Un matrimonio feliz en nuestro mundo es aquel que sirve a la organización.

— ¿Interrumpo? — cuestionó Dom mirándonos a los dos.

Él simplemente estaba allí parado analizándonos. La irritación ardía en el aire y, en cuanto se marchaba, le preguntaba a su padrastro qué estaba pasando. ¿Cómo se atreve Enrico a hablar de honor?

Capítulo 16

Domenico

Fui a Las Vegas para cuidar nuestras conexiones con otra familia que apoyaba a la Cosa Nostra. Dejé Chicago y nuestro negocio al tío Vitto y a mis subordinados y volé a Nevada para pasar unos días con los Rizzi. Eran una parte fundamental de nuestro plan contra Vasily Lugonov. A cambio de una ruta de droga, ahogaron a los rusos en sus propios planes, socavando recursos que podrían aprovecharse mejor en nuestra ciudad. No pudimos atacar a Lugonov en Chicago, pero nada impidió unirnos en Las Vegas.

Todo salió bien según lo planeado y luché contra la tentación de llamar a Lara y preguntar por ella. Esta obsesión por mi esposa iba demasiado lejos. Compré un maldito perro al que llamó Toni, porque vi lo sola que estaba en la casa. Ni siquiera dije nada a pesar de que sabía de la pelea en el baño de mujeres. Mi mamá dijo que Lara era lo suficientemente violenta como para dejar un mensaje, pero lo suficientemente gentil como para parecer un accidente. Quizás los días de los comentarios de “puta Bratva” finalmente habían llegado a su fin con los puños en alto. Y de una manera retorcida, me sentí orgulloso de ella por eso.

Cuando el Jet aterrizó en Chicago, me recogió un coche acompañado de otro vehículo con guardias de seguridad. Odiaba saber que era un blanco fácil y ocasionalmente usaba un chaleco antibalas debajo de la ropa. Mi muerte me superaría, desestabilizaría a la familia. Necesitaba seguir con vida, y si eso significaba una red de seguridad disfrazados o conmigo, lo haría

Estaba distraído con mi teléfono celular cuando escuché el inconfundible sonido de armas afuera. Que carajo... Una sacudida me lanzó hacia un lado al mismo tiempo que escuché el sonido de las llantas del auto detrás de mí. Me volví para seguir la reacción, mirando por la ventana trasera cómo el auto giraba hacia la lluvia de balas. Olor a pólvora. Los idiotas querían mi cabeza.

Puse mi mano en mi cintura, sosteniendo mi arma mientras el vidrio explotaba sobre mí, perforando la armadura. Carajo, de gran calibre. Las cosas serían peores si mis vehículos no estuvieran preparados para ataques como ese. Protección, ataque... Lara. No podía dejar que mi cabeza se dirigiera a ella. Agucé el oído escuchando el intercambio de disparos, los gritos, las carreras, el humo, el olor a sangre que salía de mí.

Escuché un grito seguido de un frenado repentino. Mi conductor fue atropellado. Con el coche detenido en medio del ataque, era un objetivo aún más fácil.

Los pasos se hicieron más fuertes, los gritos más fuertes y no pude seguir escondiéndome dentro del auto. Mierda, maldije mentalmente mientras asomaba la cabeza por la ventana y veía la escena del caos. Goma quemada y pólvora, mi sangre goteando de algún corte. Mis hombres contraatacaron, tratando de protegerme mientras los enemigos aprovechaban el humo para esconderse.

Respondí, escuchando al hombre gritar mientras lo golpeaba entre los hierros retorcidos del auto. Bien. Seguimos. No me detuve ni siquiera cuando sentí el escozor en el brazo, la herida ardiendo mientras intentaba protegerme en el vehículo detenido. Aparecieron más hombres Mancinos, casi como si hubiéramos recibido refuerzos, atacando por los lados y acorralando a los enemigos...

Más disparos, humo y explosiones. Una sinfonía confusa mientras me arrojaba sobre el asiento torcido del vehículo blindado, mirando la herida en mi brazo. He tenido cosas peores.

Alguien golpeó el costado de mi auto y apareció la cabeza de Silvio, uno de los guardias de seguridad. Miré hacia afuera una vez más para verlos revisar el perímetro. Bajé del auto esperando la respuesta a lo que ya sospechaba. Tres rusos muertos y otros cinco pendientes de interrogatorio. Dos coches armados hasta los dientes con la misión de matar al Capo de la familia Mancino.

Los ataron y se los llevaron al mismo tiempo que nuestra red comenzaba la extracción. Deshazte de las pruebas lo más rápido posible y permanece en nuestro dominio sin necesidad de involucrar a nuestros contactos policiales. Este era un asunto de familia. Sería cuestión de horas antes de decidir qué tipo de venganza deberíamos infligir a la Bratva.

— Eres un idiota por dispararles – me murmuró Pietro cuando llegó al lugar, apenas unos minutos después con el equipo de limpieza.

Caminaron hacia los cadáveres mientras los guardias de seguridad se llevaban a los rusos inconscientes como si fueran sacos de papas. En unos minutos más el caos desaparecería y sería como si nada hubiera pasado en ese lugar.

— Un maldito ataque. No esperaba que Vasily fuera tan atrevido — respondí en el mismo tono bajo.

—Todos estábamos advertidos. No podemos dejarlo pasar, Dom, ni siquiera con tu pequeña esposa rusa...

"Déjala fuera de esto", lo interrumpí.

—Encontró la información. Como esperábamos, aprovechó el tiempo a solas para husmear. Aún no has hecho nada con esa información.

— ¿Crees que tiene otra forma de comunicarse con Vasily?

— La casa tiene cámaras, intervenimos los teléfonos. Lo que ella sabe no podría haber salido de casa.

— ¿Crees que estamos subestimando, Lara? — Pregunté entrecerrando los ojos.

— Ella me atacó antes pensando que yo era el informante de Vasily — soltó una risa ahogada. — Interceptamos una señal de radio sobre un ataque contra ti y yo estaba en la biblioteca hablando con mi padre. Enviamos refuerzos por miedo a que pase algo ahora... Tiene un gran brazo.

— ¿Lara logró derribarte? Pregunté, sorprendido.

— Casi me ahoga y trató de perforarme con un abrecartas — respondió en una mezcla de admiración y shock. — Quizás tu rusa se vuelva leal a los Mancino. Quién sabe, tal vez lograste doblegar a tu esposa.

—O tal vez necesito aún más atención con lo que ella va a hacer a continuación – comenté con inquietud. — Si cree que eres el informante, entonces no sabe quién es. Esto es malo... realmente malo.

— Lugonov está haciendo lo que esperábamos.

— Creo que tiene que ver con los Rizzi. Si Lugonov realmente tiene un informante, sabrá que fui a Las Vegas.

Mi primo asintió con la cabeza. Los Rizzi estaban haciendo pasar un mal rato a los hombres de Vasily. Lugonov utilizó Chicago como puerto para las drogas enviadas a Las Vegas en asociación con una mafia local. La familia italiana no sólo estaba robando espacio a los Bratva, sino que también estaba acabando con todos los soldados que intentaban actuar. Con nuestro apoyo. Dos familias eran mejores que una.

El plan era estrangular a Vasily Lugonov hasta que se enredara en su propia cuerda. Pietro y yo pasamos años diseñando este momento. Evita otro derramamiento de sangre y vengar a mi

padre y a su hermana. Y como un pato, el ruso hizo todo lo que esperábamos.

El hombre se metió en una pelea mucho mayor de la que podía sostener, controlando su área de Chicago e intentando acabar con las mafias rivales en la ciudad mientras financiaba una guerra a unos pocos estados de distancia. Cuando el dinero y las muertes se convirtieron en un problema, entró en juego el acuerdo matrimonial. Sabíamos que Lugonov tenía algún plan y haría todo o nada para derrotarnos. Y que Lara era parte de ello.

Me volvía loco no descubrir el papel de la mujer, pero me gustó el desafío. Para hacerla caer conmigo. De traicionar al ruso. Incluso si para ello necesitaba migajas, como la fecha de la reunión de la Cosa Nostra. La fecha equivocada para la reunión con la Cosa Nostra.

— Vayamos a una de las clínicas y miremos este hombro mientras los hombres terminan aquí — sugirió Pietro. — Está sangrando.

— Nada que no hubiera sucedido antes. — Me encogí de hombros, pero seguí a mi primo, quien condujo hasta uno de los médicos que trataban a la mafia y que sabía muy bien que todo lo que oyera no debía repetirse, o tendría que vivir con las consecuencias.

Fabrizio y Vitto me recibieron en el consultorio y me hicieron preguntas mientras el médico cosía la herida. Fue un rasguño comparado con otros que he tenido. Mi Consigliere volvió a comentar sobre la interceptación de la señal, sobre el ataque, y mi segundo jefe pareció a punto de echar humo de irritación.

Ninguno de ellos sabía de mi relación con los Rizzi. Para ellos, fue una visita de cortesía por el negocio que podíamos compartir. Tan pronto como asumí mi papel de Capo, pedí apoyo a la familia de Las Vegas hasta lograr que Vasily Lugonov reaccionara como esperaba. Quedaba poco.

Cuando el médico terminó de curarme el brazo, anuncié que me iba a casa. El día estaba a punto de terminar y teníamos que interrogar a Los rusos esa noche. Podría darme el lujo de pasar unas horas con mi esposa.

Mi padrastro fue el responsable de convocar una reunión de emergencia para aumentar la seguridad de nuestro negocio. No sabíamos los próximos pasos de la Bratva y necesitábamos un plan para proteger nuestros territorios. Lucharemos como siempre lo hicimos: cuidando de los nuestros y de nuestras cosas.

Cuando llegué a la mansión, Lara me trató como a un rey.

Y por mucho que no lo dijera con palabras, actuaba como si tuviera miedo de perderme. No sabía qué sentir por ella, especialmente cuando la mujer me pedía que no tuviera amantes. Como si ya no tuviera las manos ocupadas con todas las locuras que ella despertaba en mí. Las miradas que me dio Lara mientras parecía evaluar cada centímetro de mí. Esos orbes que escaparon de la verdadera vulnerabilidad. Los malditos ojos de cierva.

Una vez me confesó que nadie la había protegido jamás. Y de una manera retorcida, sentí como si estuviera tratando de protegerme. Lara quería saber si me había enamorado. Quizás ella era lo más cercano que tenía. La traidora me tenía en sus manos, como yo mismo confesé. Y tenía miedo por lo que ella estaba planeando, si la mujer tenía a alguien más... si todas las miradas de Paolo eran señal de algo más.

Poco a poco me estaba volviendo loco. Paranoico por lo que sentía, la forma en que ella parecía actuar a mi alrededor y todo lo que sucedía a nuestro alrededor. Tenía un traidor escondido en mis filas, una esposa con una hija secreta de mi enemigo. Y un sentimiento que no podía explicar.

Quería vomitar todo en esos segundos. Deseando que Lara fuera sólo una mujer. Ni la hija de Bratva, ni un peón que nos ayude a derrotar a Lugonov. Sólo una mujer. Y que yo era su hombre.

Me quedé dormido a su lado, sin preocupaciones, sin necesidad de golpear el saco de boxeo, sin desperdiciar toda la energía de mi cuerpo. Lara me dio suficiente paz para dormir. Abrí los ojos a la mañana siguiente buscando a mi esposa y me llamó la atención la hora. Aún era temprano, pero muchas horas después del ataque. Me cambié de ropa y bajé lista para empezar el día aún con la herida ardiente. Fue un recordatorio de que pronto vendrían más.

Las voces agitadas llamaron mi atención. Un matrimonio feliz en nuestro mundo es aquel que sirve a la organización, anunció Lara. Ella no estaba equivocada. Pero su frase se clavó profundamente en mi pecho. Ella y mi padrastro se miraron como una competencia, con los gestos enojados de una discusión.

— ¿Interrumpo? — Pregunté y ambos se desmontaron frente a mí, dejando de mirarse para observarme.

— Te dejaré en paz — dijo Lara al verme entrar a la habitación, sin siquiera darme los buenos días y subir corriendo las escaleras.

Giré mi cuerpo para verla desaparecer y volví mis ojos hacia el ex-Capo una vez más. Parecía cansado cuando me siguió a la biblioteca y cerró la puerta. Decidió alejarse después de descubrir una enfermedad cardíaca. Enrico estaba bien, pero en las semanas posteriores a su diagnóstico temió por su familia si le alcanzaba un infarto, dejaría a la organización desprevenida.

A pesar de no poder alejarse del todo, fue notable cómo vivió más para mi madre que para los Mancino. Por eso era la expresión preocupada de un ataque. Ha sufrido algo a lo largo de los años. Pero ahora se trataba de mí. Y en el año que duró como Capo, esta fue la primera gran amenaza mortal, a pesar de que los Lugonov estaban vinculados por matrimonio (y un acuerdo) con nosotros.

— ¿Alguna novedad? — Pregunté mientras me sentaba en el sofá.

— Lugonov formó un equipo para matar al Capo. Conocían la ubicación y esperaron. Los rusos son soldados. Sólo saben lo que les enviaron... fue alguien nuestro — concluyó.

—¿Nada del informante?

— Sin señal. Quien transmite la información es inteligente. Sé que no quieres pensar, pero ella...

— Ella no sabía que volvería hoy — lo interrumpí. — Ni siquiera sabía dónde estaba.

— Podrías haberles informado sobre el viaje y terminar el resto. Mucha gente sabe de dónde salen nuestros aviones", suspiró. — Y puede oírlo a través de las paredes. Míranos como la miramos a ella.

— Si estuviera detrás de las puertas, lo sabríamos. Llevamos meses viendo los vídeos de vigilancia. Ella no ha actuado de manera diferente en los últimos días —repliqué.

— No puedes evitar defenderla, ¿verdad? – Me dio una mirada experimentada. — Ella se preocupa por ti y tú te preocupas por ella... Eso está bien, pero sigue siendo hija de rusos. Y tenemos esas fotos... No lo sé, Dom. No dejes que la chica te engañe. Quizás ella sea la traidora.

— Me preocupa que se centren tanto en Lara que no puedan encontrar otro informante. Sucedió antes que ella y continúa sucediendo.

— ¿Qué estás intentando hacer?

— Reunión del consejo antes de lo acordado para hablar de los rusos. Lugonov parece desesperado. Lo que necesitábamos hacer con urgencia ya se hizo... Hay que cancelar las fiestas, nadie sale más allá de lo imprescindible. Hasta que sepamos qué quiere Vasily de nosotros, estaremos en guerra.

—¿Solo represalias? — preguntó mi padrastro, un poco preocupado.

— Atacaremos, pero de la manera correcta. No tiene sentido intentar luchar contra ellos

intercambiando disparos por toda la ciudad. Nos obstaculizará tanto como ellos.

— Llamaré a algunos hombres de confianza a mi casa y luego hablamos, ¿vale?

— ¿Por qué no aquí? — Le pregunté y él me dio una mirada significativa, sabiendo que quería que Lara no lo supiera. Negué con la cabeza y respondí: — Hasta luego.

— Cuídate — deseó mi padrastro antes de dejarme solo.

Me tapé los ojos con la mano buena, sintiéndome cansada, me tumbé en el sofá y pensé en sus palabras. Quizás Lara fuera una traidora.

No tenía miedo de la muerte, sino de la confusión que causaría en los que se quedaran. Era una vida con validez. Pietro, Vitto, la lucha por quién se haría cargo del negocio familiar... Y aún así, cuando oí el primer disparo dentro del coche, pensé en Lara. No volver a verla, no tener los hijos que tendríamos, no pasar más días con ella.

Maté al primer hombre a los quince años. A los diecinueve años, yo solo organicé un baño de sangre. Me convertí en albacea. Necesitaba matar rusos, incluso si no eran la cabeza rubia que quería aplastar. Y pagué por ello. Casi morí. Y renací para comprender que no debía dejar que el odio me dominará. Controlé mi ira. Lo usé a mi favor.

Durante años, Pietro y yo fuimos los coleccionistas. Y muchos dudaban de cómo dos niños podían ser crueles viendo tan poco sobre la vida. Pero desde muy temprano aprendí a no sentir nada. Corté a los hombres como si fueran filetes, recibí órdenes. Empecé a regalarlos. A sus veintiséis años ya controlaba a algunos capitanes. A los treinta años ya ejecutaba menos y mandaba más, convirtiéndose en una sombra de Enrico hasta el momento en que quiso hacerse a un lado.

Tenía control sobre el negocio, sobre lo que debía hacer para honrar a los Mancino. Y sin embargo... en esos segundos en los que el auto giraba y las balas volaban, temí más por Lara que por mi vida. ¿Qué pasaría con ella si yo estuviera muerto, ya que todos la veían como el enemigo? No debería importarme. Ella fue mi esposa durante meses, la mujer a la que seguimos en cada paso del camino, esperando ser traicionada. No pude evitarlo.

Se infiltró en mí, robando parte de mi poder. Sintió un pulso en su pecho que nunca había estado ahí sólo de pensar en ella. Inevitable. Contra todo y todos. Me importaba la mujer que me mentía, que me regalaba suaves sonrisas y me volvía loco.

— Paolo, déjame ir. ¡No estás pensando en lo que estás haciendo...!

Corrí hacia la habitación después de escuchar la voz de Lara. Abrí la puerta de la biblioteca con fuerza y encontré a Paolo, mi guardia de seguridad, apretando los brazos de mi esposa. Tenía los ojos muy abiertos y un miedo y una vulnerabilidad muy diferentes al día de su boda. Esto se sintió real. Iba a matar a ese bastardo.

— Está herido, es el momento ideal… — dijo el hombre y ninguno de los dos notó mi presencia.

Saqué el arma de mi cintura y la amartille, apuntando a la cabeza del guardia de seguridad mientras me acercaba. El sonido de mis movimientos llamó la atención de Lara y giró la cabeza en estado de shock. Paolo se cernía sobre ella, sus ojos inyectados en sangre nunca apartaban la mirada.

— Paolo simplemente está confundido, ¿no? — respondió Lara y dio un paso atrás.

Pudo ver más allá de ella, retrocediendo como aprovechando el momento para poner distancia, los dedos de Paolo ligeramente abiertos y soltándola. Cuando la sombra del guardia de seguridad se alejó de ella, lo vi. Marcas de dedos en el cuello. Él la tocó.

Conocía cada marca que dejé en el cuerpo de mi esposa y esa no era la mía. El puto guardia de seguridad tocó a Lara. Maldito infierno. La audacia de ese hijo de puta. Sentí la necesidad de

atravesar el cuerpo de Paolo con todas las balas del arma y verlo sangrar como un cerdo.

— Necesito una explicación — exigí y el guardia de seguridad me miró como saliendo de un trance. El hombre negó con la cabeza al mismo tiempo que sus dedos bajaban hasta su cintura. ¿El idiota realmente quería intentar dispararme?

— No… no es nada, señor.

— Es triste morir por nada — murmuré a cambio.

Le disparé a Paolo en la frente y lo vi caer hacia atrás.

Mi arma no causó ningún daño, el punto rojo entre los ojos del hombre rezumaba un hilo de sangre. Aún mostrando una mirada sorprendida, la emoción se desvaneció a medida que la vida se desvanecía.

Lara se llevó la mano a la boca y examinó el cuerpo, todavía en shock cuando empezó a ensuciar la alfombra y la mancha roja se extendió por el suelo. Llevaba un vestido ligero que ahora mostraba algunas salpicaduras de sangre.

Necesitaba más violencia para exorcizar mis sentimientos, pero no tenía tiempo que perder con un guardia de seguridad abusivo. Extendí la mano y ella caminó hacia mí, todavía sin dejar de mirar. Menos de diez segundos después, unos guardias de seguridad aparecieron en la habitación, armados y buscando el motivo del ruido que escucharon. El nuevo equipo fue más eficiente que el anterior.

— Llama a limpieza — Ordené y subí las escaleras con Lara entrelazada conmigo.

Caminé sintiendo el odio ardiendo en mi garganta, y cuando abrí la puerta del dormitorio, mi esposa parecía más asustada que buscando consuelo. Se soltó y se dirigió hacia la cama, mirándose las manos como si buscara palabras para decirme lo que estaba pasando. ¿Y si ella y Paolo fueran amantes? ¿Y si fueran aliados en el plan contra Mancino?

Mi cabeza pasó de cero a cien. Necesitaba putas respuestas. Cómo empezó y si la había tocado. Si ella dejaba que él la tocara. Analizándola profundamente con los brazos cruzados.

— ¿Qué sucedió? — Ordené molesto, mi voz salió como un rugido. Lara tragó saliva y confesó con voz fina, casi insegura:

— Paolo creaba fantasías sobre mí.

— ¿Qué significa eso? — Cuestioné y la mujer exhaló antes de volver a preguntar con voz más seria y molesta: — Lara, ¿qué diablos quería?

— Hace un tiempo empezó a hablar de que yo siempre estaba sola y tú estabas ocupada. Me sugirió que tenías amantes... Paolo dijo que no soportaba verme sufrir más y que haría algo. Juro que si supiera que él estaba loco…

— ¡Deberías habérmelo dicho inmediatamente! — La interrumpí rugiendo la frase.

— Tomé mi café mientras estabas con tu padre. Paolo me dijo buenos días, habló del ataque y luego, de repente, vino a mí diciendo que tenía que prepararme y que podíamos irnos. Juro que no alimenté nada de esto... yo...

— ¿Quería huir con toda la casa vigilada después de ayer?

— Pensé que me tomaría por la fuerza y luché — suspiró. — A Paolo le permitían salir conmigo, ¿recuerdas? Protesté y él me agarró del cuello. Dijo que no estaba pensando, ciega por el honor. Que me condenaría a una vida a su lado porque no quería disgustar a las familias. Créame... nunca tuve nada que ver con ese hombre. Creó una fantasía.

Mierda. No sabía qué pensar. Ella

Capítulo 17

Lara

Dejé caer el peso de mi cuerpo sobre la cama sin saber qué hacer. Todavía era media tarde y las últimas veinticuatro horas habían sido infernales: el ataque a Dom, Paolo...

El guardia de seguridad siguió hablando maravillas de mí. Y con el ataque, olvidé hacer algo al respecto. Me tomó con la guardia baja, empujándome contra la pared y apretando mi cuello. Paolo parecía normal preguntando por Dom, el ataque y la visita de Enrico.

No lo vi acercarse, pero tuve suficiente espacio para contraatacar. Le di un puñetazo en el estómago, haciendo que el hombre jadeaba, y durante unos segundos me estudió, incrédulo de que estuviera reaccionando.

— ¡Deja de pelear conmigo, tenemos que irnos rápido!

— ¡No te atrevas a acercarte! — Lo amenacé, tratando de girar hacia la puerta, pero él avanzó hacia mí nuevamente tomándome del brazo.

— Sé lo que es mejor para ti, Lara. Vamos a salir de aquí. Tengo permiso para sacarte de aquí. No se darán cuenta hasta que sea demasiado tarde.

— Paolo, déjame ir. No estás pensando en lo que estás haciendo...

Domenico parecía furioso, con los ojos inyectados en sangre de odio mientras miraba los dedos de Paolo sobre mí. Cuando vio al idiota guardia de seguridad intentar agarrar el arma, supo que había firmado su propia sentencia. Es triste morir por nada, declaró mi marido antes de disparar al guardia de seguridad en la frente.

No había visto esa mirada salvaje en Dom todavía. Enojo. Parecía un animal enjaulado dispuesto a destruir a Paolo. El mafioso sediento de sangre vestido con trajes bien hechos, como me advirtió Pietro.

Por primera vez en las semanas que viví con los Mancino, temí por mi vida si mi esposo se había equivocado. Cuando el cuerpo de Paolo cayó, me sentí culpable. Necesitaba un guardia de seguridad dócil, no un hombre obsesionado que estuviera a punto de secuestrarme. Pero suspiré aliviada cuando el arma no apuntó a mi frente.

Pero los ojos... me hablaron del silencio de Domenico.

Le conté todo lo que pasó con Paolo, pero mi marido parecía distante y desconfiado. Las cosas sucedían muy rápido a nuestro alrededor. Miré a la pared, sentada en el colchón durante muchos minutos, mi marido a mi lado, como esperando alguna reacción por mi parte.

No habría ninguna. Conocía bien ese mundo y cosas así ya no me sorprendían, a pesar del impacto. Todos teníamos un propósito y una fecha de caducidad. Cuando bajó el arma y me alcanzó, me di cuenta de que yo tampoco sería una víctima.

Simplemente no esperaba la distancia y la desconfianza en los ojos... Como aquellos primeros días dentro de estos muros.

— Necesito irme — anunció Domenico, con los ojos todavía fijos en mí. — Con toda esta situación… debemos protegernos. No debes salir de casa.

— ¿A donde va?

— Regresaré en unas horas — respondió con frialdad en su voz. Las barreras habían vuelto. Siempre parecían subir y bajar con el viento recordándonos quiénes éramos.

— ¿Quieres ayuda?

— No. — Sacudió la cabeza y se metió en el armario para regresar con su ropa cambiada, el

vendaje oculto por la manga de su camisa.

Él asintió levemente antes de salir de la habitación. Pasé unos minutos más en el dormitorio, sin atreverme a bajar y encontrar los restos de Paolo en la sala, hasta que fui a la oficina y descubrí que la habitación ya no tenía alfombra. La mancha oscura en el suelo indicaba que allí había reposado un cuerpo, pero nada más. Con un poco más de limpieza sería como si nada de eso hubiera pasado. Me pregunté cuántas muertes habían visto estos muros y cuántas más verían.

Un nuevo guardia de seguridad hacía guardia cerca de la puerta. Sabía que no era uno de mis fans. Giorgio algo, lo recuerdo. Uno de los pocos hombres que permanecieron en el equipo de seguridad después de que casi me ahogo en la piscina.

Caminé hacia la puerta lateral, dispuesta a salir al patio a tomar aire. Esa casa me asfixió. Tan pronto como puse mi mano en el pomo de la puerta, el hombre se me acercó amenazadoramente, informándome con voz dura:

— No puedes ir al jardín.

— ¿Órdenes de Dom?

— Ayer tuvimos un ataque y ahora que ya no hay guardia de seguridad personal... — añadió dejando las palabras en el aire.

— Excelente.

Giré mi cuerpo hacia la biblioteca, pensando en qué hacer. No quería quedarme en esa habitación. Tal vez había llegado el momento de llamar a Vasily, aunque necesitaba más información sobre la reunión de la Cosa Nostra. Incluso podría cazar a Enrico sola con el dinero de las joyas. Era lo mejor para todos... pero no podía dejar ir a Domenico fácilmente.

Me tiré en el sofá, contemplando mi destino. Nunca me atreví a soñar más allá de conseguir la cabeza de Enrico Mancino. Las joyas eran la salida, pero realmente no sabía a qué apuntar. A Nadia le encantaba mirar los barcos del puerto deportivo a través de las ventanas. Pensaba en ella cada vez que tenía que pasar demasiadas horas en el puerto, viendo ir y venir los barcos con mercancías de Bratva.

Un velero, lejos de Chicago, lejos de todo lo que me hace daño. Eran locuras que tal vez podría permitirme cuando todo terminara. Si sobreviví.

Pasé muchos años atrapada en mi venganza, junto a personas que odiaba sólo para lograr mis objetivos. Atrapada en esta tierra buscando venganza. Quizás era hora de cambiar mi elemento.

La puerta se abrió y me robaron mis pensamientos. Vitto entró y me miró molesto. Casi no tuve contacto con el hombre, el subjefe de Dom. Solo lo había visto unas pocas veces desde la boda, a diferencia de Pietro y Enrico. Parecía que mi marido no mantenía a su tío cerca como los demás. Miré al hombre de mediana edad y barriga prominente, quien se ajustó su blazer negro y me examinó detalladamente.

—¡Vitto! Dom acaba de irse...

— Sé que salió, hombre — me interrumpió el hombre. — Desearía no haber tenido esta conversación, pero me estás obligando.

— ¿Qué dice?

—No hay medias verdades, Lara. Sé quién eres", respondió irritado. — Vasily pensó que entendería el mensaje del ataque, pero prefiere seguir jugando a las casitas con mi sobrino. Esperaba una llamada inmediata, pero aquí estás... sentada en un sofá contemplando la vista.

— ¿Qué? Fuiste tu..! — Jadeé en shock al saber que Vitto Firenze fue el informante de Vasily todo el tiempo. Entonces Pietro era leal a pesar de ser un imbécil.

— Llámalo y cuéntale sobre la reunión cumbre aquí en la oficina dentro de dos días. A las diez de la noche, todos los protagonistas de Mancino estarán dentro de estos muros. Será un

acontecimiento que nadie olvidará", murmuró en tono malicioso.

— Pero hoy...

— ¿Entonces sabías del encuentro en casa de Enrico y no quisiste hablar? — me interrumpió una vez más, su ceja haciendo una pregunta.

"No estaba segura", le revelé. — No sabía el lugar ni lo que pasaría. Dom no quería decírmelo.

— Bueno, ahora sí. La familia se reúne para decidir el futuro de nuestra relación con Lugonov.

—¿Y por qué no estás con ellos ahora?

— Estuve y me fui porque tuve un problema en el centro… con los rusos — dio una sonrisa ahogada. — Es fácil mentir cuando Vasily tiene ganas de atacar.

— ¿Esto significa que tu ataque...?

— Ya sabes qué hacer — anunció sin responder, interrumpiéndome. — Haz tu trabajo, en lugar de abrir las piernas para el Capo.

— ¡Más respeto, Vitto! — Levanté el dedo acercándome a él y el hombre sacó el arma de la funda y me apuntó a la cabeza.

— Eres una traidora, Lara. No es nada. Si digo que intentaste atacarme, a nadie le importará siquiera tu muerte – escupió las palabras mientras la fría arma tocaba mi frente.

— ¿Y por qué no lo dices tú mismo?

—Soy familia. Desconfían de ti y descubrirán la conexión cuando investiguen. Estaré aquí para asumir mis funciones. Tiene que ser la portada perfecta.

—¿Y me matarán?

— Que no te descubran... Es la única forma de escapar y atrapar a Enrico. ¿No es ese tu trato? — susurró, empujando el arma hacia mi cabeza. — Cambiaste tu vida por la oportunidad de matar al ex Capo. Haz buen uso de eso.

— Eres una mierda, Vitto Firenze.

— No, Lara… soy el futuro Capo. El único superviviente de la masacre que organizarás. Haz lo acordado y tendrás tu venganza. Vasily incluso la dejará ir si puede.

— Que noble de ambos... Ambos idiotas que creen que van a engañar a los Mancino.

Levanté la barbilla desafiante incluso con el arma apuntando a mi cabeza. El traidor me lanzó una mirada enojada y me abofeteó con su mano libre, mi cabeza voló hacia atrás. Solo di una de mis molestas sonrisas y el hombre resopló:

— Todos hacemos trampa, Lara. No olvides que siempre lo supiste todo — escupió las palabras. —¡Ahora haz tu trabajo!

Mantuve mi cara de dolor tan pronto como cerró la puerta. Vito tenía razón. Debería terminar mi misión e irme sin mirar atrás. Dom me hizo olvidar lo que no debería haber hecho, comprometiendo los planes que había estado esperando desde que era adolescente. Me preocupaba por él y quería dejarme caer. Cambió su vida por la oportunidad de matar al ex Capo. Haz buen uso de ello.

Llegué a esta casa con la amenaza de que Domenico me rompiera. Y él me tuvo, durante el tiempo que estuve allí, olvidando mi pasado.

Si fuéramos otras personas. Si tuviéramos otra vida.

Podría amarlo, me di cuenta con sorpresa.

Ni siquiera conocía el amor, pero el sentimiento que despertaba en mí era fuerte. Y necesitaba ahogarlo, dejarlo morir mientras yo me alejaba. Recordaría sus manos sobre mi piel, la sensación de sus labios, sus dedos recorriendo mi cuerpo. Fue suficiente para mujeres como yo. Si saliera viva, tendría recuerdos. Y si muriera, al menos habría experimentado algo más allá del dolor. Ya era hora de dejar de jugar a las casitas con el Capo.

Salí corriendo de la biblioteca a tiempo para ver al guardia de seguridad en la puerta siguiendo mis movimientos, con el celular en sus manos escribiendo furiosamente. Pasó poco tiempo antes de que Dom regresara a casa.

Revisé mis cosas en el armario y encontré el teléfono celular que necesitaba. Lo puse en el cargador durante unos minutos, girándolo en su lugar hasta que la pantalla se iluminó y marqué los números que me sabía de memoria. La llamada fue el momento más largo de mi vida. Entonces ocurrió el clic.

— Por fin, niña — me tranquilizó la voz con fuerte acento al otro lado de la línea.

— En dos días… — Me detuve cuando sentí algo en la parte de atrás de mi cabeza. Mierda.

Colgué sin despedirme, porque Vasily no se lo esperaba. No quería más que eso, porque había algo más importante de qué preocuparse en ese momento. No tuve escapatoria.

Giré mi torso y supe lo que vería frente a mí.

Allí, parado y con ojos enojados, estaba Dom y su arma apuntando a mi frente. Reconocí el mismo odio que le lanzó a Paolo. Mi marido me volaría la cabeza con la misma frialdad que trató con el guardia de seguridad.

— ¿Con quién hablabas? — Él escupió.

"Sabes quién", respondí.

— Quizás Pietro te haga hablar — amenazó.

— Tal vez no — respondí y me encogí de hombros, aparentando una calma que no sentía. Mi corazón estallaba en mi pecho ante los ojos crueles e insensibles que me miraban.

—Muy bien, princesa. Seremos tú y yo. Resolvamos este problema como pareja", anunció Dom.

Su voz delató que éste ya no era mi Domenico. Estaba enojado conmigo. Yo era la fuente de su odio. Eso fue lo último que escuché, cuando sentí el objeto pesado. Por el rabillo del ojo vi que la mano se levantaba. Todo se oscureció cuando mi marido me golpeó la cabeza con el arma.

Capítulo 18

Domenico

Estaba enojado. Realmente enojado.

El guardia de seguridad me llamó diciendo que Lara corrió escaleras arriba como si hubiera pasado algo. Las cámaras mostraron a la mujer tomando el celular que escondió entre las cosas del armario. Ha llegado el momento. Subí corriendo las escaleras y encontré a mi esposa entregándonos a Vasily Lugonov en un plato. En dos días.

Amartillé el arma y ella se giró, mirando el cañón de la pistola con una mirada enojada. La voz, los gestos, la forma. Esa mujer frente a mí era un soldado. No sintió ningún miedo, levantó la barbilla sabiendo exactamente lo que estaba haciendo. Y aun así... no pude llevarla con Pietro. La idea de los alicates tocando sus dedos, sus dientes, su grito de dolor.

Me revolvió el estómago como nunca antes lo había hecho.

Nunca tuve ningún escrúpulo con aquellos a los que torturé y, de repente, no podía tolerar la idea de hacer daño a mi esposa infiel.

Lara hizo lo que predijimos cuando vimos las fotos de vigilancia meses antes. Desde el primer momento supimos que ella estaba dentro de la casa Mancino para espiarnos. La mujer dejó escapar varias veces que era un peón en la Bratva y que estaba muy lejos de la vida lujosa de la pequeña princesa de la mafia que Vasily intentó convencernos que tenía. Mi esposa desempeñó un papel más sencillo de lo que sospechábamos. Lugonov quería otro ataque y necesitaba una fecha y un lugar.

Fabrizio sugirió inventar algún tipo de reunión para intentar atrapar al informante. Le dejamos a Lara ver la fecha durante mi viaje a Las Vegas y esperamos a que ella se pusiera en contacto para atraparla en el acto. Y, sin embargo, la mujer no se equivocó de fecha. Ella sabía la verdad.

En dos días se realizaría la reunión de la alta jerarquía. Además de Emilio, Aldo, Cosimo, Darío y Giacomo, habría capitanes y otros hombres importantes para los Mancinos. Necesitaba descubrir cómo sabía eso. Lo decidimos minutos antes en casa de Enrico y no había manera de que la mujer se enterara a menos que tuviera micros dentro de nosotros, escuchas telefónicas... ¿Pero cómo tendría acceso Lara si estábamos vigilando cada uno de sus movimientos?

Esa situación me estaba enojando como no lo había estado en años.

Aprendí a controlarme, a lograr las cosas con frialdad, a no ensuciarme las manos cuando no debía. Y ahora quería apretar el cuello de Lara hasta hacerla confesar, arrancar la verdad de sus hermosos labios. Escuchar que la mujer jugaba conmigo todo este tiempo…

La noqueé para llevarla al sótano. La sala de tortura.

Nadie nos vio bajar por la puerta secreta de mi habitación. Los soldados custodiaban las entradas a la casa, protegiéndonos de los rusos y sin saber que el verdadero traidor estaba en mis brazos. Se suponía que esta sería una ruta de escape hacia la cámara de seguridad de la casa, pero también nos llevaría a la habitación aislada que mantenía fuera de la vista de la gente.

Noté su peso sobre mis hombros, sus brazos balanceándose mientras me movía hasta colocarla en una silla, la cicatriz del ataque ardía por el esfuerzo. Maldita sea, Lara. ¿Por qué?

Luego amarré sus extremidades y la observé.

Lara tardó unos minutos más en despertarse y cerró los ojos con fuerza, sacudiendo brazos y piernas antes de darse cuenta de dónde estaba. La mujer me miró de una manera que nunca antes había visto. Me sabía cada contorno de memoria, pero no esa expresión. Ella estaba enojada. Los

ojos de cierva, suaves y tímidos, no existían. Ese matrimonio no fue una oferta de paz. Era un caballo de Troya dentro de la casa Mancino.

— ¿Con quién hablabas? — Pregunté una vez más mientras alejaba una silla y la enfrentaba. Los ojos exhalaban fuego, más vívido de lo que jamás había visto. — ¿Por qué?

— sabe por qué.

—No, Lara. Yo no sé. Tuvimos un maldito acuerdo de paz violado por tu padre. Ese hombre no tiene honor. Eres sólo otro peón.

— Honor… — se atragantó con una media risa — que manera más curiosa de usar la palabra.

"Un maldito lobo con piel de oveja", murmuré.

— Un cordero con el que te encantaba jugar.

— Qué. Carajo. ¿Qué va a pasar? — Puntúe las palabras tratando de escapar de sus insinuaciones, mi voz dura en un rugido. Ella se estremeció un poco, aunque fingió no verse afectada.

— ¿Estoy logrando descontrolarte? — respondió ella divertida. Estaba atada y seguía actuando como si fuera la señora del lugar.

Me acerqué a ella, agarrando el cabello de Lara con fuerza y sabiendo que le causaría dolor. Saqué una navaja de mi bolsillo y la abrí, apuntando con la hoja afilada al cuello de mi esposa, preguntando una vez más:

— ¿Qué quieres aquí? ¿Cuál es el plan de la Bratva?

— Inténtalo un poco más, tal vez Pietro me haga hablar — susurró, con los ojos ardiendo. — No tendría miedo de hacerme daño.

— Quieres que te lastime, ¿es eso? — cuestioné enojado y moví mi mano hacia abajo, sosteniendo su rostro por sus mejillas, apretándola con tanta fuerza que supe que le causaría moretones. — ¿QUÉ SUCEDERÁ?

Ella me miró fijamente, sus ojos nunca dejaron los míos, incluso con la navaja a centímetros de su cara. Necesitaba medidas más drásticas, pero no pude. Cuando alguien no hablaba, era momento de darle un poco de “aliento”, pero yo no le haría eso a Lara, y ella lo sabía. Este mismo trabajo lo hice hace más de 20 años, forjado en la forma de hacer cantar a alguien como un canario. Pero no con ella. No con mi esposa.

— Sabes que soy capaz… — Escupí las palabras en voz baja, sabiendo que era una amenaza vacía. Ella también lo sabía.

— Se suponía que debía seducirte, Dom y fue tan fácil, tan bueno...

— ¿Prefieres el placer a la tortura? — Continué y me acerqué a sus labios, acercándome a su boca hasta casi tocarla. La respiración de la mujer se aceleró, la vena palpitaba entre mis dedos en su cuello.

"Funcionó para ti", respondió ella en voz baja. — Por eso terminamos aquí.

— Nada — comencé y reforcé la palabra — NADA de lo sucedido en las últimas semanas significó algo, ¿no es así? ¿Fue todo un plan?

Lara tragó saliva y se desplomó en su silla por primera vez. Sus ojos se oscurecieron y cerró sus orbes verdes durante demasiados segundos antes de examinarme seriamente.

Ambos estábamos analizandonos por primera vez, sin mentiras.

Y, sin embargo, sabía que la conocía mejor que la mayoría de la gente.

La forma en que su cuerpo gritaba de deseo, cómo cada manjar se sentía como un mundo para ella. Sus sonrisas tímidas y la posesión en sus cálidos ojos cuando me miraba cuando pensaba que nadie estaba mirando. Los pequeños destellos de felicidad... de vulnerabilidad. Y sin embargo... ella era una extraña. Un traidor.

—Nada importa, ¿no lo entiendes? — respondió ella en voz baja. — Ambos tenemos la vida marcada por ellos. Todo fue un cuento de hadas. Una historia para niños mientras los adultos se mataban afuera.

La solté y me levanté como si necesitara distancia. La cabeza de la mujer se echó hacia atrás y la silla se tambaleó durante unos segundos antes de detenerse en su lugar. Tendría marcas muy diferentes a las que solía dejar.

Las palabras cayeron profundamente dentro de mí. Ella tenía razón.

Si alguien más supiera lo que estaba pasando en mi sótano, estaría muerto en cuestión de segundos. No había mucho más que descubrir sobre el comportamiento de mi esposa además de hacer trampa. Estuvo bien. Lara nos puso en riesgo y no se preocupaba por su familia. Y, sin embargo, tal vez estaba dudando acerca de seguir las reglas con las que nací solo para protegerla.

—Quiero el plan, Lara. ¿Qué sucederá? — Lo intenté una vez más, mi voz contundentemente plácida, ignorando la confusión que creaba en mi interior. Mantuve el cuchillo en mi bolsillo, de pie, inmóvil con los ojos fijos en mi esposa. — Vamos Lara, una verdad por una verdad.

— Quieres jugar, ¿es eso?

— Siempre supimos que estaba haciendo algo. Siempre fue monitoreado, seguido. Intervenimos los malditos teléfonos descartables. ¡Molesté al perro! Y tú siempre lo supiste... Siempre te dijimos que no tendrías una vida fácil con los Mancino — exclamé. — ¡VAMOS... HABLA!

—Hay un traidor entre ustedes —anunció entonces. La postura encorvada y la mirada menos mortal que cuando entré a la habitación. Simplemente parecía resignada a su propio futuro.

—¿Fue Paolo? ¿Es por eso que sedujiste a mi guardia de seguridad?

— ¡Yo no lo seduje! Ya dije que el...

— ¡HABLA, MALDITA! — Levanté la voz, sintiendo la ira en mi garganta cuando la interrumpí.

— ¿Usaste las mismas tácticas que conmigo? ¿Dormiste con él? También pedí enseñarle, solté como un idiota. Parecía un marido cornudo y no un maldito capo de la mafia.

Lara me dejó fuera de control. Desde el momento en que encontré a Paolo empujándola contra la pared, quise desollarlo vivo hasta que gritó de dolor. Y la sensación de que ella era la misma Lara con él que conmigo me devoraba por dentro. Ella era sólo mía. El maldito traidor era sólo mío.

— Estás paranoico, Domenico. Nada de esto es importante.

— Ella irrumpió en mi casa y trató de derribarnos desde adentro... Es una manipuladora de mierda. Y él está tratando de hacerme eso ahora.

— Vitto Firenze manipuló a todos. — dijo con irritación.

—¿Vitto? —Eso no tenía sentido. —¡Deja de inventar, Lara!

—¿No querías que hablara? — bromeó en tono falso, con los hombros levantados como si tomara el control de la situación. — Vasily tenía un informante más cercano de lo que crees. Puede que yo esté aquí... pero él está ahí fuera. Y no confías en mí, pero confías en él. Y eso es suficiente. Él sabe el lugar y la fecha, ha estado jugando con todos ustedes... Sólo estoy aquí para esconderlo.

— ¿Por qué lo culpas, Lara?

— INVESTIGAR, MALDITA. — Dijo en voz alta, como si estuviera desesperada por que le creyeras.

Me acerqué una vez más, acercando su rostro con fuerza hacia mí. Debería haber parecido satisfecha, pero parecía un poco destrozada y reacia. Mis dedos rodearon su delicada garganta.

Lo presioné durante unos segundos, debatiéndome si continuar o no.

— ¿Cómo podría saber lo que decidieron hace un momento? — continuó Lara — Vamos, piensa. Desconfía de todo y de todos, pero acepta todo lo que dice tu familia. No es confiable. La gente no es digna de confianza.

— ¿Y tú lo eres? — escupí.

— No quiero ser parte de tu familia, no quiero ser parte de los rusos. Quiero ser yo... pero antes de eso... necesito terminar algo. Cumplí el propósito de ocultar al verdadero traidor. Y yo... necesito vengarme, y tenía que estar aquí para conseguirlo.

— ¿Y qué es?

— Lo descubrirás tú mismo — comentó desafiante.

Exhalé enojado al darme cuenta de que ella tenía razón. Vitto salió temprano de la reunión. Sólo él. Investigaría a cada persona presente en la casa de Enrico, pero mi intuición aún me decía que Lara no mentía. Mierda.

Lara me miró en silencio como si esperara que absorbiera sus palabras. Me dolía la cara de tanto apretar la mandíbula. Necesitaba mantener la calma para resolver ese problema, pero ella me estaba volviendo loco. Di un paso atrás, solté el cuello de la mujer y salí en silencio.

No miré atrás. Simplemente me fui dejando a Lara sola y atada.

Entré al ascensor y abrí la aplicación de la cámara de mi teléfono, mirándola sentada estoicamente, como si estuviera preparada para esto. ¿Quién diablos eres tú, Lara? Quizás el tiempo haría mi trabajo. La dejaría allí unas horas hasta que la falta de sueño, el hambre y la sed empezaran a minarla. Era eso o preguntarles a otros, y no quería que nadie se acercara a ella. Ella era mía en el placer y el dolor.

Le envié un mensaje a mi padrastro y a Pietro. Necesitábamos prepararnos y el enigma de la traición nunca abandonó mis pensamientos. ¿Cómo podía ser el tío Vitto un traidor? Durante meses, mucho antes de Lara, sufrimos sabotajes y no pudimos encontrar la fuente. Durante meses, mis hombres de confianza y yo intentamos localizar el motivo de tantos ataques. Y él estuvo allí, sentado a mi lado todo el tiempo.

Y Vitto... Vitto era familia. Ella estaba mintiendo. Cómo mentiste sobre Paolo. Cómo mentiste sobre nosotros dos. Pero mi puta intuición decía...

Entré al baño del dormitorio y me lavé un poco de agua en la cara, sintiendo arder los puntos en mi brazo. Días de mierda. Me dispararon, maté a un guardia de seguridad y descubrí que mi esposa era una traidora.

Escuché movimiento abajo después de unos minutos y entré a la biblioteca para encontrar a Enrico y mi primo esperándome, sentados en el sofá.

— Quizás se filtró la reunión — dije mientras cerraba la puerta detrás de mí. — Necesitamos cancelar todo y organizar un grupo de trabajo. Si mi información es correcta, tendremos una visita en dos días.

— ¿Informantes? — dijo Pietro. — ¿De donde vino eso?

— No es importante, hay que hacerlo. Te lo advierto porque necesitamos una excusa — Suspiré y recibí una mirada seria de los dos hombres que esperaban una explicación: — Quizás tengamos un infiltrado arriba.

— ¿Está seguro? — dijo el ex-Capo mientras se levantaba y caminaba de un extremo al otro de la habitación.

— No. Pero quiero aprovechar el momento para eso.

— ¿Y si es uno de los Capitanes? – sugirió Pietro.

— Intentamos filtrar información sobre envíos y no pasó nada. — Continué — Organiza todo,

cancela con todos cerca de la hora de la reunión, no podemos dejar que se sepa que nos enteramos de los planes de Lugonov. Esperemos a que lleguen los rusos.

— Dom... — comenzó mi padrastro y le hice una señal para que lo detuviera.

— Les pido su confianza. No puedo dar muchas explicaciones. Pero al igual que el Capo, quiero ese voto.

— ¿Y Lara?

— Encerrado en la sala de seguridad. La neutralice para evitar que intentara hablar con su padre.

— ¿Y si ella lograra hablar primero? —preguntó Pietro. Ella lo logró, pero no transmitió la información. Si algo pasó, fue la evidencia que nos presentó el informante, no mi esposa. El tapiz, como ella misma dijo.

"No pasó nada", comencé. — Paolo intentó atacarla y lo maté. Poco después la dejé en la sala de seguridad. Quienquiera que sea El informante... no es ella.

— ¿Mataste... a Paolo? — Enrico me dio una mirada de sorpresa.

— Intentó agarrarla. Tenía marcas en el cuello — declaré sintiendo el odio creciendo en mí como el momento en que encontré al guardia de seguridad acosando a Lara y todas las dudas sobre la situación. — Fue resuelto. Ahora arreglemos esta mierda antes de correr más riesgos.

Pietro asintió afirmativamente, mientras mi padrastro se limitaba a mirarme. Los dos tenían una mirada sospechosa.

Yo mentí. Mentí por una traidora. Pero no pudo condenarla.

La pena por traición era la muerte y tenía miedo de cuál sería mi reacción si otros se enteraran. Yo era Capo, un buen Mancino, y sin embargo... la idea de verla morir me hacía hervir la sangre. Tenía miedo de pelearme solo para no verla condenada.

Podría deshacerme de Lara tan pronto como contrarrestamos a Lugonov, a mi manera, bajo mis condiciones. En dolor y placer. Pero hasta entonces, Lara seguía siendo mía. Y como le dije, lo trataría como un problema de pareja.

***

Yo no conseguí dormir. Las horas pasaron lentamente y terminé mirándola, con la cabeza colgando hacia adelante mientras descansaba exhausto. Se movió poco en todo el día, resignada a su puesto. Cuando amaneció, resistí la tentación de visitarla para recibir a algunos hombres de confianza y organizar la operación que se llevaría a cabo la noche siguiente. Entradas, salidas, puntos de vigilancia. Solicita las armas necesarias. Tal vez todo terminaría en nada o tal vez tendríamos otra guerra. Tuve que pagar para verlo.

En lugar de la reunión de la alta jerarquía, recibiremos al enemigo.

Quizás Vasily Lugonov sería lo suficientemente valiente como para irrumpir en mi propia casa.

Después de cenar, bajé en el ascensor y la encontré con los ojos vidriosos, mirando la puerta. Parecía lista para abalanzarse sobre mí si no fuera por las cuerdas.

Casi dos días en ese lugar, debilitada por el tiempo sin agua, comida y poco sueño debido a la incómoda posición. La radiante belleza de Lara Mancino parecía socavada por su rostro graso, su cabello cayendo sobre su rostro y sus ojos hundidos y cansados.

— ¿Tuviste un buen día? Pregunté en broma y tomé su rostro, vertiendo un poco de agua en sus labios agrietados. Tragó con sed hasta que aparté la botella.

"Ya sabes la respuesta", refunfuñó.

— Entonces, ¿estás lista para contar lo que sabes?

— Necesito salir de aquí.

— Te quedarás donde estás — anuncié y Lara pareció mirar más allá de mí.

— Si él empieza, no podré hacer nada por mi padre.

— Tu padre no te necesita como soldado, Lara. Lugonov tiene su propio ejército.

— Vasily no es mi padre — escupió en un susurro. — Odio a ese hombre.

La información me sorprendió. Siempre supimos que Lara era la hija de la amante. Entrenado como soldado, pero bastarda de Lugonov. Si ni siquiera era parte de la familia del ruso, ¿quién diablos era esa mujer? El puto ruso metió a un extraño en mi casa. No tenía ningún honor en absoluto.

—Lara, ¿quién eres? ¿Ese es realmente tu nombre? — Suspiré con irritación. — Esta mierda va demasiado lejos. Me habría pegado un tiro en la cabeza si alguien supiera de esto, mi esposa es infiel. ¡VAMOS, LARA!

— Dispara... ve... termina con esto de una vez — exigió, tratando de mantener la voz firme, las palabras saliendo casi en un susurro. La fatiga goteaba, como si las frases fueran socavadas por el agotamiento.

— Si pudiera… — escupí a cambio, agachándome en su dirección, mirando directamente a sus vidriosos ojos verdes.

— Sólo quieres. Termina esto pronto.

— Ay, princesa. Tengo muchas ganas, simplemente no puedo — respondí en una mezcla de irritación y consternación. —Y necesito las malditas respuestas. ¿Cuál es tu nombre? ¿Quién diablos eres tú? ¿Cuál es el maldito plan?

— Yo… mi nombre es Lara Costa — murmuró más para sí misma que para mí. — Quizás él se olvidó de mi padre, pero yo no. Ningún soldado merece lo que le hizo a nuestra familia. Necesito salir de aquí... Necesito hacerlo pagar.

— No estás diciendo nada de eso, Lara.

“Ojo por ojo”, declaró. — Enrico Mancino es un asesino y necesito su cabeza. Si muero por ello, valdrá la pena.

— ¿Mi padre? — cuestioné con irritación al darme cuenta de que la historia iba mucho más allá de lo que podríamos haber predicho. ¿Qué carajo estaba pasando?

— Enrico Mancino de Fabrizio Costa — dijo suavemente, parpadeando como si no pudiera mantenerse despierta, con la cabeza colgando mientras su voz se apagaba.

—¿Tu padre es Fabrizio Costa? — Pregunté, sin creer esa información.

— El traidor — afirmó en voz baja y finalmente cedió, su cuerpo cayendo hacia adelante y sujeto por las cuerdas. Desmayando.

Me arrodillé frente a Lara, sacudiéndola, tratando de hacerla despertar. ¿Qué carajo fue eso? Estaba helada y busqué algún rasgo en el rostro de mi esposa infiel para sospechar si el desmayo era falso.

Solté sus extremidades, sacudiéndola para recuperar la circulación. Cuando despertara, tendría que explicar esta locura en detalle. Quizás todos habíamos sido engañados, incluso mi esposa.

La miré de cerca, como si la revelación abriera una puerta en mi mente. La forma de los ojos, la nariz, en todos los sentidos, los ojos verdes. Si el cabello no fuera tan rubio... No sería posible. Si ella fuera...

Un ruido interrumpió mis pensamientos, el golpe hizo temblar las paredes. Los rusos llegaron antes. Tuvimos visitas.

Capítulo 19

Lara

Lo que fuera que sintiera por Domenico debía dejarlo a un lado.

"No importa", respondí. — La mafia no ofreció clemencia a mis padres. La lealtad no existe a pesar de que les encanta hablar de “familia”. Fue todo una gran farsa que terminó esta noche.

— No puede caminar correctamente. ¿Crees que puedes matar a alguien en ese estado? — Dom abrió y cerró la boca, como si quisiera decir más, pero escuchamos un estrépito aún más cerca. La Bratva estaba dentro de la mansión. — Tenemos que salir de aquí.

Domenico me soltó las muñecas y abrió la puerta, pronunciando una serie de maldiciones en voz baja. Luego, sacó un arma de su cintura y me la entregó, haciéndome mirar con incredulidad.

— ¿Es en serio?

— Ya entiendo que sabes disparar y todo. — Se pasó una mano por su cabello negro como reacio a explicar su decisión. — Pero prefiero intentar sacarte de aquí y tal vez terminar con un tiro en la cabeza que dejar que ese hombre te encuentre.

— Él me cuidó durante años, Dom. Mientras que tú… — comencé sintiendo el peso de la pistola en mis dedos a pesar de temblar y la levanté hacia el mafioso.

— Puede que sea una traidora, pero no me disparará por la espalda. Te conozco. Me enfrentarás, cara a cara, cuando decidas apretar el gatillo — dijo Domenico y dudó unos segundos antes de continuar: — Cuando todo esto termine, necesito decirte algo.

El hombre se dio la vuelta como si no le importara el arma apuntada, esperando que lo siguiera. Sentí mis brazos más fuertes, la sensación de la pistola en mis dedos. ¿Quién le da la espalda al enemigo armado?

No importa lo que Dom quisiera decirme, no iba a controlarme con eso. Podría ser una estratagema.

Me acerqué a él en el estrecho pasillo y apreté la manija hasta que mis nudillos se pusieron blancos. Levanté el arma con fuerza y golpeé la parte dura contra la nuca del hombre. Cayó hacia adelante desorientado, sin esperar mi acción. Podría derribarlo en esos segundos, pero, como él, también era incapaz. Dom creía que le dispararía en el ojo, pero cuando se trataba de mi marido, era incapaz de apretar el gatillo.

Tenía un objetivo y necesitaba llegar a él antes de que me atraparan y Dom no me permitiera terminar mi venganza. Lastimarlo era el único camino a seguir.

Salté sobre el cuerpo del mafioso y corrí hasta el final del pasillo lo más rápido que pude. Todavía sentía un hormigueo en mis extremidades. Encontré un ascensor y presioné el botón con fuerza. Domenico pronunció mi nombre con un gruñido, sus ojos enfocados en los míos. Hubo poco tiempo para escapar.

La caja de metal se movió y la puerta se abrió unos segundos después. Empuja la superficie frente a mí y observa que está en el armario del dormitorio. Mi marido tenía una maldita puerta secreta detrás de su ropa. Aparte de los regalos, pensé en qué hacer a continuación: si encontraba a alguien de la Bratva o de la mafia italiana, me dispararían.

En el mejor de los mundos, Enrico estaría en casa de su hija, pero no tuvo tiempo de prepararse. No tenía idea de qué día era y cuántas horas habían pasado desde el momento en que me encontré con el teléfono en la mano. Dudaba que el viejo Capo estuviera dentro de estos muros.

Recogí algo de ropa, decidí limpiarme lo mejor que pude, llegué al garaje y conduje hasta la casa de Mancino pidiendo ayuda. Mi marido parecía resistirse a la idea de hacerme daño y era posible que no le hubiera contado a Nadie sobre mi contacto con Vasily. Tal vez el padrastro de Dom me dio la bienvenida porque estaba “pasando por la invasión” sólo para recibir una bala en la cabeza.

Cuando entró en la habitación, me doy cuenta de que tengo más problemas que afrontar.

Allí, de pie y con expresión enojada, estaba Vasily Lugonov, apuntándome con un arma como si fuera la materialización de todos sus problemas. El hombre corpulento vestía ropa negra que resaltaba su piel y cabello muy claros. Estaba fuera de lugar en la habitación que compartía con Dom.

—¿Vas a algún lado, niña?

— Termina lo que comencé — anuncié, tratando de pasarlo y al mismo tiempo “La Bestia” me agarró del brazo empujándome hacia atrás. Mierda. Toni eligió ese momento para ladrar a los pies del hombre, molestando aún más.

—¿Qué diablos hiciste? ¡Debería ser fácil y ahora estamos rodeados por todos lados! — argumentó con ojos fríos, señalando con la cabeza hacia el pasillo.

— ¿Qué haces aquí? Pakhan no viene para ese tipo de emboscada. Ni siquiera pude dar las coordenadas correctamente.

— Una bala en la cabeza de Capo es el tipo de respeto que necesito por Chicago. — Dio un suspiro rendido mientras miraba hacia la puerta, donde los ruidos eran cada vez más fuertes. — Debería haber sido fácil, pero estamos rodeados. Esta noche perdimos muchos hombres.

— ¿Su informante no le informó sobre la cancelación de la reunión?

— ¡Era tu tarea! —exclamó entre dientes. Quizás Vitto había preparado una trampa para ambos bandos. Que hijo de puta.

— Me encerraron en una maldita habitación esperando que el ejecutor me disparara en la cabeza — dije enojada. — ¡Vamos, tenemos que salir de aquí! Se prepararon para ti.

— Si salgo contigo, seré un blanco ambulante. — El hombre exhaló enojado y por primera vez escuché su voz quebrarse, dejando caer sus brazos a los costados y sacándome de su vista. — ¡MIERDA, MIERDA, MIERDA! ¡No soy hombre para salir como un ratón!

— O eso o te pillan — anuncié sin piedad y me encogí de hombros. Toni siguió ladrando a los pies de Vasily, quien intentó patear a mi perro, obligándome a atraerlo hacia mí.

— ¡Caya a ese puto perro!

— ¡Déjalo en paz!

— Ah, niña... ¿Tienes debilidad por los animales ahora? — dijo con veneno, como si estuviera decidiendo si convertir a Toni en un objetivo o no, para luego señalar el armario del que salí. — ¿Lo que hay ahí?

"Ropa", indiqué con el brazo, todavía sosteniendo el vestido. — Escuché el alboroto y me dirigí a la casa de Enrico.

—¿Y dónde la retuvieron? — preguntó con interés. —¿Qué no me estás diciendo, dorogoy?

“Te pido lo mismo”, respondí. — ¿Qué estás escondiendo? Si el informante era su tío, ¿por qué me necesitaba a mí, Lugonov? Querías una cita y un evento. Fue con lo que estuve de acuerdo. Podría tener eso con Vitto. ¿Por qué estoy aquí?

— Más posibilidades de que un plan funcione, niña.

— ¡No caigo en eso! No fui yo quien te dejó atrapado en esa emboscada. Me pillaron antes de dar más información —me quejé. — ¿CUÁL ES EL MALDITO PLAN?

— Sabía que no podía confiar en las mujeres... Siempre gritan y se desesperan...

— Ni siquiera debería volver, ¿verdad? — Expresé el sentimiento que sentía por él, interrumpiéndolo. — Regresar después del asesinato de Enrico nunca fue una opción. Nunca volverías a ser bienvenido, ¿verdad? Incluso si todo salió bien.

— No eres bienvenido y no me importa cómo te deshagas de tu familia. ¡Es tu problema! ¡Gracias a ti, estoy atrapado en esta maldita mansión! — acusó el hombre enojado.

— Era una garantía de que Vitto Firenze no sería descubierto, ¿no? Culpar a la hija del traidor y convertirla en un sacrificio —concluí. — Te aprovechaste de mi sed de venganza y me pusiste aquí para que me mataran para que tu plan con el traidor funcionara.

Vasily tenía una mirada desdeñosa en su rostro, como si sintiera pena por mí por haberme dado cuenta finalmente de eso. El ruso volvió a apuntarme con su arma. Fue el final. Él mismo se encargaría de matarme y no dejaría que mi venganza ocurriera.

— Te di la oportunidad que querías. Si podría matar a Enrico no era mi problema — añadió el hombre con una sonrisa provocativa. —Ningún Mancino saldría vivo esta noche, pero aquí estamos porque no pudo seguir EL PUTO PLAN.

— ¿Por qué, Vasili? — cuestioné en voz baja.

— Porque Nadia me rogó que te mantuviera con vida, y con el paso de los años se convirtió en un problema. La manera perfecta de deshacerme de la pequeña italiana que pensé que podría ser de la Bratva.

Mi respiración se aceleró, mi pecho palpitaba de ira. Odié a ese hombre por todo lo que le hizo a mi vida, la forma en que me manipuló hasta ese momento. Moriría esa noche, pero no ayudaría al ruso a conseguir sus objetivos. Que me dispararía. Sería un destino más honorable que servir como títere de la mafia rusa.

Me miró durante largos segundos y ajustó el gatillo del arma, entrecerrando sus ojos claros. Sentí el peso de mi pistola entre mis dedos, mi brazo descansando a mi costado. ¿Y si le disparó a Vasily...?

— Bueno, tenemos una reunión familiar. — La voz despreocupada de Dom vino desde el armario, robándonos la atención. Vasily rápidamente giró su cuerpo y apuntó con el arma al hombre tatuado. Domenico hizo lo mismo. Capo contra Pakhan.

— Dispárale a tu marido, Lara. Demuestra tu valor —ordenó el ruso sin siquiera mirarme. Incliné la cabeza con incredulidad ante las palabras de Vasily. ¿Esperaba que le disparara a Dom después de lo que acababa de decir?

— ¿Por qué? — me opuse por primera vez. El ruso frunció los labios con irritación. No estaba acostumbrado a que la gente dudara de sus órdenes.

—¿Me estás cuestionando? — amenazó el hombre, mirándome antes de volver su mirada hacia Dom.

— Sí, Vasili. Lo estoy", respondí con irritación, mis ojos se encontraron con los suyos como nunca lo había hecho en todos los años que estuve en la Bratva. Al ruso no le gustaba que lo miraran a la cara, pero ese no era mi problema. No merecía mi lealtad. — Voy a morir esta noche. Ambos lo saben. Entonces, no me importa.

—Niña ingrata...

— Tengo un plan, y como me recordaste, es la oportunidad que me diste. Voy a matar al hombre que nos disparó a mí y a mis padres. En eso me voy a centrar. Si alguien me derriba primero... paciencia. — Me encogí de hombros y me agaché para levantar a Toni, fingiendo que el arma que apuntaba a Domenico no me importaba.

Tenía un arma, un vestido, un perro y un objetivo.

Lugonov me miró con odio y maldijo. Mi marido tenía la expresión dura que estoy

acostumbrado a ver en su rostro, después de nuestra conversación con el arma todavía apuntando al ruso. No hay más sentimientos a la vista que la mirada feroz.

—Tus hombres están muriendo, Lugonov. La pelea familiar puede esperar — Dom nos interrumpió como si no sintiera la tensión del momento.

— DISPARALE. A ÉL. DOROGOY.

— ¡NO SOY TU QUERIDA! — Respondí.

— ¡ERES DE BRATVA! ¡TENGA HONOR! — respondió irritado, con los ojos todavía fijos en Domenico.

— ¿SOY DE BRATVA AHORA?

— TE CRIAMOS, TE CONOCEMOS.

Vasily estaba fuera de control y yo también. Nos escupimos palabras el uno al otro de una manera que el frío Pakhan nunca lo hizo. Suspiré dejando a Toni y el vestido en el suelo, convencida de que tendría que meterme en esa pelea para salir con vida. Me estiré, todavía sintiendo la debilidad en mis extremidades. Control. Sabes lo que estás haciendo, repitió mentalmente.

Sostuve el arma con ambas manos y la levanté hacia Domenico. Mi marido dejó escapar su expresión de sorpresa durante unos segundos antes de devolver su fría mirada al ruso. Vasily sonrió mientras ambas pistolas apuntaban al Capo.

— No quieres hacer esto, Lara — me advirtió Dom, sin dejar de mirar al ruso, como si yo no fuera realmente una amenaza.

Y no lo estaba.

Yo no le dispararía.

Ayudé a crear el caos del plan de Lugonov y afrontaría las consecuencias. Pero en esos segundos, para salir de esa habitación, necesitaba hacerle creer al ruso que sería capaz de lastimar a mi marido.

—Por supuesto que quiere. No importa de dónde venga, Lara es Bratva. No es tan blando como su padre —el ruso estalló, como si no hubiera confesado que me estaba manipulando apenas unos minutos antes.

— ¡No hables de mi padre! — Le advertí a Vasily y le di una mirada dura antes de volver a mirar a Domenico.

— ¿Le dijiste que Fabrizio está vivo? — anunció Dom sin emoción. ¡¿Qué?!

— ¿De qué estás hablando? – Me resistí y mis ojos saltaron de Vasily a Domenico sin poder entender lo que estaba pasando.

Mi marido se mantuvo serio en su posición, de cara a Pakhan. Eso no puede ser cierto. Toda mi vida lo he sabido. Fabricio Mancino. El traidor. El hombre que confió en la Bratva... el hombre... Sentí que se me helaba la columna cuando una voz dentro de mí se dio cuenta de lo que nunca había dudado. Todo fueron palabras de Vasily. Si creí lo que creía fue porque Pakhan se había puesto en contacto conmigo. No. No podría ser tan cruel.

— Cuéntale tu plan, Vasily. – Exigió el Capo.

— ¿Y es verdad? – escupí la pregunta en una mezcla de irritación y vulnerabilidad. Necesitaba control después de todo lo que había pasado en estos últimos días.

— ¿Crees en mí más que en ese italiano de mierda?

Sentí que mis dedos temblaban. Si mi padre estuviera vivo... Cada momento que pasé creciendo con la Bratva podría haberse evitado. Debería haber tenido a mi padre a mi lado.

— MI. PADRE. ESTÁ. ¿VIVO? — cuestioné una vez más, fuera de control. Él sabía lo importante que era este tema para mí.

Vasily no me respondió y solo me dio una de sus sonrisas demoníacas. Mi cabeza giró hacia él mientras mi arma seguía apuntando a Dom. Fue un error clásico y podía desarmarse, pero estaba más allá de protegerme. Todo lo que sabía era mentira. Recibí mi respuesta a través de esa mirada. Él me manipuló. Yo era un juguete en manos de Vasily Lugonov. Nunca fui la reina del juego. Sólo el peón.

Crecí con sed de venganza contra el asesino de mi padre. Pero no hubo ningún asesinato. EL PUTO LUGONOV ME MENTIO.

— Te contaré lo que pasó en cuanto termine todo, Lara, lo prometo — anunció Domenico, y por primera vez vi su mirada caer sobre mí, como si necesitara comprobar mi estado de ánimo antes de volver a mirarme. al ruso.

Alguien me apuntó con un arma a la espalda y giré mi cuerpo. Pietro parecía irritado desde la puerta principal, analizando las dos pistolas apuntadas a Domenico. La tensión podría cortar el ambiente. Sabía que era mi fin.

Cuando volví a mirar a Lugonov, el ruso corría hacia el armario como si aprovechara la distracción de la llegada del primo de Domenico. Escapando como una cucaracha. Quería dejarme atrás con dos hombres armados. Yo era el escudo de Vasily Lugonov. El tapiz de Vitto Firenze. Usado.

Toni ladró más fuerte, el jefe de la mafia rusa le apuntó con el arma al darse cuenta de que no podía llegar muy lejos, dividiendo el objetivo entre todos los que estaban en la sala. El ruso iba a lastimar a alguien y huir como el cobarde que era. Mis dedos temblaron, mi respiración se entrecortó. Mi visión se volvió borrosa por la debilidad cuando sentí que mis sentimientos confusos se agitaban en mi pecho.

EL ME MINTIO. ME MANIPULÓ.

IBA A MORIR, NO IMPORTABA EN MANOS DE QUIÉN.

Giré mi cuerpo hacia el armario y disparé por impulso. Necesitaba la satisfacción de verlo muerto. Años de entrenamiento me hicieron disparar al hombre en la frente, que salió volando hacia atrás y cayó al suelo. La sangre goteaba de su cabeza, o de lo que quedaba de ella. Una pistola podía causar mucho daño y partes de su cerebro estaban esparcidas por toda la pared y el suelo.

Caí de rodillas y Dom bajó su arma, dándose cuenta de que ya no había ningún peligro. Pietro todavía aguantó unos segundos antes de caminar hacia el cuerpo de Vasily y comprobar lo que quedaba del ruso.

La venganza que necesitaba. El que preparé todos estos años, aunque sea con otro objetivo.

El arma se me escapó de los dedos cuando sentí que la falta de control hacía que me temblaran las manos. Racionalmente sabía que el asesinato sería un problema. Muchas cosas murieron esa noche. Secretos que nunca sabrías. Razones que nunca se descubrirán. Pero nada, NADA, me quitó la satisfacción de verlo sangrando como un cerdo, muerto por subestimarme.

Lugonov merecía el fin que le tocó a mí, pero sabía que eso inició una guerra. Un Pakhan murió en la casa de la mafia rival. Fue como echar gasolina al fuego y verlo crecer aún más.

La Bratva vendría detrás de todos nosotros.

Vendría detrás de mí.

PARTE 2

No era sólo un pájaro. Había algo especial. Capaz de llevar la más inmensa de las cargas. Una fuerza como ninguna otra. Y el poder de renacer de sus cenizas aún más fuerte, más poderoso, prendiendo fuego a su entorno. Un fénix.

Capítulo 20

Domenico

Los putos rusos habían invadido mi hogar, mi santuario. Estábamos preparados para eso, pero no podía creer la audacia de estos malditos. Llegaron un día antes, como si hubieran recibido información sobre la cancelación de la reunión. Está tan listo como si se lo hubiéramos dicho a Vitto. Disparos y explosiones... Mi mansión fue destruida después de esa noche. Recibimos a los soldados de Bratva con la misma fuerza con la que nos atacaron. Sería una masacre si no estuviéramos preparados.

Cuando escuché la primera alerta, seguida de una explosión, estaba con Lara. Tenía que sacarla de la habitación y llevarla a un lugar protegido. Necesitaba saber que mi esposa, frágil por pasar horas sentada en la silla, estaría lista para concentrarse. Y en el intercambio recibí una cabeza y me dejó atrás. Nada que no hubiera hecho yo mismo.

Lara no confiaba en mí más de lo que yo no confiaba en ella. Pero algo nos unía, más carnal, como un hilo invisible que siempre me atraía hacia ella. Tengan por seguro que ella no dispararía porque no lo haría, simplemente no esperaría a darme el vuelo y ser dejada inconsciente por una mujer que pesaba la mitad de mi peso.

Me tomó unos segundos volver a estar alerta, el tiempo suficiente para que ella entrara al ascensor sin mí. Cuando salí por la puerta secreta, encontré a Vasily en la habitación discutiendo con Lara y la reconocí. La mujer tenía su mirada fría, pero estaba colgada de un hilo. El ruso intentó poner a prueba su paciencia de una manera que enfureció a mi esposa. “Dispara a tu marido”, insiste. Y ella no hizo nada. Se detuvo allí y le preguntó a Pakhan el motivo.

Observé desde un palco cómo Vasily cometió el error que le costó la vida. Subestimando a Lara. Los dedos ni siquiera dudaron cuando disparó, el hombre cayó a nuestros pies mientras Pietro todavía lo tenía en la mira. Podría haber disparado pensando que mi esposa intentaba hacerme daño, pero mi ejecutor estaba tan perplejo como yo ante la escena que teníamos ante nosotros. Y sabía que eso le hacía dudar.

Lara llevaba el mismo vestido claro desde el momento en que la pillé en esa misma habitación haciendo la llamada. Ahora estaba cubierta de sangre, suciedad y sudor. Tenía los ojos vidriosos y las manos temblorosas, de rodillas, con el perro a sus pies.

Le hice un gesto a Pietro para que bajara el arma y, de mala gana, mi primo sacó a mi esposa de su vista. Crucé el espacio entre nosotros, sacándola de su congelación mientras me agachaba frente a ella.

— ¡NO NO! Suéltame… — se quejó mientras la atraía hacia mí, estrechándola entre mis brazos, como si necesitara ese consuelo.

— No te tengo miedo, princesa — susurré contra el cabello de Lara, quien mantenía su mirada fija en el cuerpo de Vasily.

Shock.

Ella se dejó llevar y dejó de luchar mientras la abrazaba. El silencio sepulcral de la habitación cayó sobre nosotros y pareció que hasta Toni entendía que no debía ladrar. Ya no se oían sonidos de disparos ni explosiones. Todo estaba cerca del final, lo sabía.

Me levanté, trayendo a Lara conmigo. Cogí a mi esposa y, a pesar de estar temblando, ella no protestó. Pietro resopló mientras caminaba hacia la puerta y la abrió, revisando el pasillo:

— Por más hermoso que sea ver la escena de la pareja, todavía tenemos un problema

pendiente.

Negué con la cabeza y regresé al armario, caminando hacia el ascensor oculto. Mi ejecutor nos siguió en silencio, aunque él mismo no sabía hacia dónde nos conducía.

— ¿Está realmente vivo? — cuestionó ella.

— Él y su madre — respondí y miré a mi primo, que observaba la escena consternado, como si pensara que estaba hablando de Vasily.

Como buen soldado, no hizo ninguna pregunta y me siguió por el sótano hasta la habitación segura al otro extremo del pasillo desde el área de tortura. Era un entorno blindado y abastecido. Si todos muriéramos afuera, Lara tendría suficientes provisiones para permanecer aislada durante cuarenta días y marcharse cuando todo terminara. Esperaba que la consternación no hiciera que la mujer intentara abrir la puerta antes de la hora prevista.

Pietro abrió el portal cuando señalé nuestro destino con la cabeza. Luego coloqué a mi esposa en la pequeña cama en uno de los rincones de la habitación. Di un paso atrás, pero ella me agarró la mano y llamó mi atención.

— ¿Y ahora? — ella preguntó.

— Terminar de acabar con algunos rusos antes de solucionar esto — declaré y le di un suave apretón, casi como una caricia, para asegurar que todo se resolviera. Me detuve en el anillo de su dedo. Me fascinó esa conexión entre nosotros dos.

Lara estaba en shock, aunque no sabía si se debía a la muerte de Vasily o al descubrimiento de la mentira. Ella no intentó mirarme cuando las puertas se cerraron y permaneció sentada muy erguida en la cama, tal como cuando la abandoné en la otra habitación del sótano. Podría estar destruida por dentro, pero no me dejaría darme cuenta.

Nadie podría llegar a Lara hasta que esto terminara.

— ¿Qué acaba de suceder? — preguntó Pietro con voz lúgubre cuando llegamos al ascensor. — Tu esposa mató a su padre delante de nosotros. Toda la Bratva vendrá tras nosotros. Necesitamos resolver esta mierda lo antes posible.

"Ella mató a Vasily Lugonov, no a su padre", comencé. — No tenemos tiempo para eso. Necesitamos subir.

— Hemos terminado — aseguró. — Cuando llegué a la habitación, supe que habíamos neutralizado a todos los que estaban dentro de la casa y estábamos terminando el perímetro. Va a ser un maldito esfuerzo lograr que la policía oculte este desastre. ¿Qué estaba pensando este hombre?

— Para derribarnos desde dentro. Al matar a todos los que están en la cima, no habría una mafia italiana que desbaratara los planes —murmuré y Pietro me miró con complicidad.

— Era ella, ¿no? Ella fue quien te informó sobre la reunión.

— Creo que fue Vitto — le informé, presionando mi rostro contra mis manos. Ese fue solo el comienzo de una pesadilla. — Mi maldito subjefe quiere más poder del que ya tiene.

—¿Ella sugirió eso? — me interrumpió irritado, como si no viera ningún significado en mis palabras. — Esta mujer está inventando esto para salirse con la suya, ¿no lo ve?

— Es más complicado que eso. — Exhalé y miré a los ojos verdes de mi primo. Maldita sea, eran idénticos a los de Lara. ¿Cómo? ¿No me di cuenta? — Llegaron el día anterior, apenas le informamos a Vitto. Ha estado actuando extraño...

— ¡Casi lo matan en una emboscada! — replicó.

— ¿Será? — Repliqué y mi albacea resopló, como si no pudiera creer una traición en la familia. Habíamos estado hablando de un infiltrado de alto rango hace unos meses, pero creer que nuestro tío era capaz todavía me dejaba un sabor amargo en la boca.

— Quieres protegerla. Te dejaste engañar por la rusa — acusó.

—No escuchaste ni la mitad de lo que pasó en esa habitación. Nosotros... necesitamos traer a tus padres aquí, Pietro. Ahora.

—¿Qué tienen que ver él? Sigue siendo peligroso... Mi padre viene, pero...

— Creo que es Graziela — lo interrumpí. — Lara nunca fue hija de Lugonov. Dijo que vino aquí para buscar venganza por la muerte de su padre: Fabrizio Costa.

— No... no... — Se tambaleó hacia atrás, su cuerpo marchitándose contra la pared del ascensor. Nunca había visto a Pietro actuar así, pero el tema de Graziela siempre lo afectó. — Eso es imposible.

— Tal vez no.

— ¡JODER, DOM, NO! — gritó el hombre mientras avanzaba hacia mí, sujetando con fuerza el cuello de mi camiseta. Quité mis dedos, empujándolo hacia atrás y le di una mirada lastimera.

— Lo voy a dejar porque sé que no lo estás pensando bien.

— ¿Cómo puedes estar seguro? — preguntó con la voz entrecortada. — ¿Cómo sabes que podría ser mi hermana? ¿Y si Vasily se aprovecha de nuestra debilidad?

— Yo no sé. — Me encogí de hombros. — Por eso necesitamos a tus padres aquí.

Mi albacea se limitó a negar con la cabeza sin poder decir una palabra. De confirmarse esto, sería un bombazo para los Mancinos.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, Pietro me dio la espalda y me dejó solo. Fue la primera vez en mi vida. Mi primo siempre ha sido mi pareja. Ambos siempre nos protegimos. Y de repente, me dejó en medio de una invasión.

Pero tenía razón: todo terminó mientras estábamos en la habitación con Vasily. Había cuerpos por todos lados, el piso de mi sala parecía un mar rojo de sangre y mis paredes mostraban agujeros de bala. Perdimos a dos de los nuestros y el montón de hombres de Bratva siguió creciendo en mi jardín. Quince cadáveres y contando. El personal de limpieza tendría unos días muy ocupados para que todo desapareciera.

Mi tío Fabrizio me hizo un gesto desde la puerta de mi oficina de abajo y me acerqué. Se llevó el teléfono a la oreja. Al entrar a la habitación, encontré a Vitto haciendo llamadas y gesticulando mientras discutía con quien estaba al otro lado de la línea. Teníamos muchas cosas que esconder esa noche.

— Llegaron rápido — le comenté a Consigliere cuando colgó, bajando el celular en sus manos.

— Nos quedamos en las inmediaciones con la amenaza. No lo podía creer cuando comencé a escuchar los disparos. Se atrevió a invadir la casa.

— No es la primera vez — resoplé en respuesta a Fabrizio.

Fue un caso excepcional en nuestra historia. Sabía que otras personas en la cima también estaban ocupadas en el proceso de contar los muertos fuera de mis muros y descubrir cómo sería nuestra relación con la Bratva de ahora en adelante. Ni siquiera otro matrimonio podría salvar las cosas. Cometieron dos ataques. Intentaron matarnos. Matamos a su jefe. La guerra volvería a su punto máximo.

— Les pedí que me entregaran el cuerpo de Vasily — suspiró Vitto — o lo que quedaba de él. ¿Fuiste tú?

— Estaba en mi habitación en esa maldita misión suicida. Si no fuera por la cancelación de la reunión, tal vez… — comencé.

— ¿Y tu mujer?

— En la sala de seguridad hasta que termine — informé con una mentira: — Está

inconsciente.

— ¿Y dijiste algo al respecto? ¿Lo era cuando encontró a Vasily? — cuestionó Vitto.

— Lugonov gritó amenazas vacías, y cuando intentó apuntarme con el arma, lo neutralice — respondí manteniendo mi expresión seria.

— Necesitamos saber lo que ella sabe — continuó mi subjefe. Vitto debería haber estado muerto de miedo por lo que Lara podría revelar, pero parecía seguro de sí mismo. Con el ruso muerto y Lara inconsciente, nadie conocía su secreto.

— La interrogaremos cuando sea necesario — aseguré.

— Es curioso lo eficiente que estuvo la seguridad esa noche — añadió el subjefe. Mi tío no pudo ocultar su enojo. O ahora podría ver más allá del teatro.

— Siempre estoy preparado — respondí masticando las palabras. — Descubrimos la amenaza y cancelamos la reunión. Lo curioso es cómo atacaron el día anterior, como si quisieran tomarnos por sorpresa.

— Los rusos son astutos — concluyó Vitto. — ¿Algo más?

— Ya sabes lo que acaba de empezar — dijo Fabrizio. — El hijo mayor intentará vengar a su padre.

— Bueno, vamos. Padre invadió mi territorio y todos sabemos cómo funciona eso. Mientras no nos pisamos unos a otros, podríamos llevarnos bien. Pero decidió entrar a mi casa y tratar de matarme.

— Intentaré discutir...

— La dirección debe estar de acuerdo conmigo, Vitto — dije. —Sólo me defendí. Estaba claro que Vasily quería mi cabeza. Ya no tenemos margen para acuerdos, ahora es la guerra.

Vitto se levantó de su silla con expresión molesta y no respondió. Se fue, cerró la puerta tras él y me dejó con Fabrizio. Lo miré con ojos cómplices. Quizás mi Consigliere ya entendió lo que pasaba por mi cabeza.

— ¿Crees que es él? — preguntó mi tío.

— Sí. Pero no sé cómo solucionarlo después de hoy. Torturar a un miembro de la familia no es muy divertido.

— ¿Por qué mi hijo me pidió que te buscara? — preguntó. — También exigió la presencia de Eloisa, pero no pensé que fuera seguro.

— Tráela. Es importante", suspiré. — Y Pietro, ¿dónde está?

— Dijo que necesitaba resolver algo, pero que volvería pronto. Ese chico... Tenía algo. No sé decir...

— Tío — comencé y decidí no tener pelos en la lengua — Lara no es la hija de Lugonov. La pusieron aquí en la casa para cuidarnos.

— ¿Entonces era ella?

"Es más que eso", continué. — Dijo ser hija del traidor Fabrizio Costa. Quería venganza por su padre.

— Yo...? — argumentó. — ¿Traidor?

"Y muerto", dije.

— ¿Qué diablos está pasando, Dom?

— Creció para vengar la muerte de sus padres.

— No… no puedes encontrarlo… — vaciló cuando yo permanecí en silencio, esperando que el hombre llegará a las mismas conclusiones que yo.

— Que podría ser Graziela.

— Es una broma terrible — susurró en voz baja, cayendo en la silla como si no pudiera

soportar el peso de sus propias piernas.

— Quizás Vasily inventó esto como una forma de venganza. Quizás sea una pobre niña sin padres que acabó entre los rusos convencida de que es hija de un soldado traidor llamado Fabrizio Costa.

— Pero tal vez...

— Quizás no esté muerta y haya sido utilizada como arma de venganza.

Me miró con ojos llorosos y dejó caer la cabeza entre las manos. Me avergonzaba presenciar sentimientos tan crudos. Salí de la biblioteca y pedí que nadie molestara a mi Consigliere a menos que fuera muy importante.

Todos teníamos cosas que pensar –y sentir– esa noche.

Capítulo 21

Domenico

— Finalmente — dijo Lara en el momento en que abrí la puerta.

Ella estaba parada en la pequeña habitación. Llevaba otra ropa (un conjunto de sudadera que era mucho más grande que ella y que sabía que estaba guardado para mí en la sala de seguridad) y se había duchado. Un plato y un vaso estaban sucios y amontonados, y Lara tenía la cara arrugada.

Han pasado tres horas desde que dejé allí a una mujer sorprendida y regresé para encontrar a Lara tratando de recuperarse. Ella aprovechó esos minutos mejor que yo, ya que recibía llamada tras llamada mientras esperaba que el tío Fabrizio pasara a buscar a Eloisa a su casa.

—Las cosas necesitaban calmarse primero. Prometí que vendría a buscarla cuando fuera el momento adecuado.

— No creo en las promesas. ¿Es otra prisión? ¿Me vas a dejar aquí esta vez? — cuestionó, con sus ojos fijos en los míos. Era mucho mejor que la mujer de ojos vidriosos que le disparó a Vasily.

— Toda esta noche fue un desastre y había mucho que resolver.

— Al menos aquí hay un baño. — Ella se encogió de hombros.

— Lo siento, princesa. Pero sabes que hice lo que debía hacer. Estaba intentando entregarnos a los rusos.

— Las cosas están saliendo mejor de lo que esperaba. Pensé que en este momento ya habría una bala en mi frente — argumentó y le temblaba la voz, como si no supiera muy bien cómo continuar: — ¿Dónde está mi padre?

— En camino. Fue a buscar a su esposa… a su madre — Me detuve, atenta a las palabras que diría a continuación. —Pero no sabemos si es real, Lara. Quizás sea otra mentira de Lugonov. Quizás Fabrizio Costa no sea tu padre, quizás sea más un plan para que ayudaras a los Bratva.

La expresión de Lara decayó y jadeó, como si intentara controlarse. Quizás mi esposa no había pensado en esa posibilidad hasta entonces. Sus ojos verdes se enrojecieron por las lágrimas no derramadas y me susurró frágilmente:

— Necesito que sea verdad. Es todo lo que sé sobre mí.

— Lara, Vasily no es digno de confianza.

— ¿Y tú, lo eres? — escupió y avanzó hacia mí, empujando como si necesitara descargar su frustración en algo. Encendiéndose de repente como un fuego. — Necesito que sea verdad… ¡Lo necesito!

Lara necesitaba liberar el dolor y el odio que sentía por dentro. Como lo hice durante muchas noches con el saco de boxeo, con la inquietud que tardó años en hundirse en mi pecho. Entonces dejé que me empujara y me pateara, porque la mujer no tenía fuerzas suficientes para lastimarme. Porque ella no estaba concentrada en hacer daño, sino en desahogar su ira.

Eso duró minutos enteros hasta que Lara perdió sus fuerzas y sus movimientos se volvieron menos explosivos. Sostuve sus muñecas, haciéndola mirarme. Su respiración era rápida, su pecho temblaba de adrenalina, sus mejillas estaban rojas por el esfuerzo. Pero algo pareció desmoronarse.

Cuando empezó este matrimonio, quise romperlo. Hacerla enloquecer de soledad entre mis paredes, entregarse y sentirse impotente. El fuego en esos ojos verdes era difícil de apagar, nadie

jamás podría contener los demonios de esa mujer. Todo lo que viste y experimentaste. Todo lo que dejó de vivir gracias a los rusos. Pero ahí estaba ella... desapareciendo. Luchando, pero hundiéndose.

La quería dócil, leal, doblegada a mis deseos. Pero no impotente. No con esos ojos rojos por las lágrimas no derramadas.

— ¡Basta, maldita sea! — murmuré con ferocidad. — Vamos a descubrir la verdad, sea cual carajo sea.

—Me engañó, joder. Me engañó… — continuó repitiendo en voz baja, casi como si estuviera colgada entre mis manos. — No sé quién soy, no sé qué hacer… — suspiró. —Tu padre mató al mío. Mi objetivo siempre fue Enrico. Pero si no está muerto...

— No sabes a quién culpar — agregué.

Lara me miró tan vulnerable, como suplicando algo. Simplemente la abracé, tratando de transmitirle algo de tranquilidad. Cualquier. Conocía a esa mujer. Mi esposa siempre ha hecho un mal trabajo al ocultar su verdadera personalidad. Lara Costa se escapó todo el tiempo en esas últimas semanas, pero era la primera vez que la mujer parecía no intentar ocultarla tras un momento de fragilidad.

Tenía muchas dudas. Sobre dónde recaen sus lealtades. Sobre Pablo. Sobre nosotros. La puta seguridad de la familia. Pero en ese momento todo estaba en pausa. No podía decidir su destino sin descubrir la verdad que nos unía.

Ella me miró aún más profundamente, sus ojos cayeron en mis labios antes de fijarse en mí. Su boca se funde con la mía, mostrando la necesidad que sentía, el miedo y el deseo de algo hambriento. La acerqué aún más, soltando sus muñecas, sosteniéndola por la nuca mientras devoraba los labios de Lara, y sentí mi polla crecer entre mis piernas. No era el momento. La emoción de la necesidad que me volvía loco cada vez que me acercaba a ella todavía estaba ahí, pero teníamos cosas más importantes que nuestros cuerpos.

— Estamos listos — nos interrumpió mi albacea desde la puerta para aclararse la garganta, tratando de llamar nuestra atención.

Mantuve mis manos sobre la cabeza de la mujer por unos segundos más, mi boca alejada de la de ella, queriendo comprobar su mirada rota. La acaricié suavemente con las palmas de las manos, le di un beso en la frente y luego me alejé.

Asentí a Pietro. Lara tenía sus ojos pegados a mí, como si estuviera luchando por dejar ir este pequeño momento fuera de nuestra confusa realidad. No me pasó desapercibido la forma en que mi primo la miraba. Debe haber estado confundido por toda la situación. Eran hermanos.

Lara dejó escapar un fuerte suspiro y dio un paso atrás, pasándome por alto y caminando hacia la puerta abierta. No intercambió una palabra con Pietro y caminó delante de nosotros como si estuviera lista para entrar en un pelotón de fusilamiento.

La mujer volvió a su postura estoica, esperando las consecuencias de sus actos. Siempre afrontó todo sola durante toda su vida, con la frente en alto. Esto no sería diferente. Ella estaría allí, tan recta y serena, incluso si gritaba por dentro. Aunque segundos antes estuvo a punto de romperse frente a mí.

— Están en la oficina del área privada — informó Pietro.

Subimos en silencio al ascensor, los tres uno, al lado del otro. Cuando salimos del armario, Lara analizó confusa las paredes, observando los restos de la invasión por todas las habitaciones sin decir una palabra.

Giró hacia la izquierda de la habitación y abrió la puerta de la oficina. Fabricio y Eloisa levantaron la cara ante el movimiento. Estaban hablando muy cerca el uno del otro y se quedaron

paralizados cuando Lara entró en la habitación, con mi padrastro a su lado. Era hora de la verdad.

—¿Fabrizio? ¿Eloísa? — preguntó con un tono de voz peligrosamente controlado y me miró, como si necesitara confirmación. — Fabrizio... claro... yo... pensé... pensé que se apellidaban Mancino.

—Soy Mancino —comentó mi tía Eloisa y se le quebró la voz. — Eso es… lo siento. Yo... Me casé con Fabrizio y me convertí en Costa. Eloísa Costa.

— Creo que, para entenderlo todo, quizás necesites conocer la historia — los interrumpí, los tres mirándose torpemente, como si no supieran muy bien qué hacer a continuación. — Creemos que fuiste secuestrada, Lara. ¿Qué sabes?

La mujer exhaló lentamente, como si intentara ganar algo de tiempo, y se sentó en el sofá de uno de los rincones de la habitación. Mis tíos se sentaron uno al lado del otro en los muebles opuestos, mientras el ex-Capo y Pietro permanecían de pie en los extremos de la habitación, como si fueran simples espectadores de toda la situación. Descansé junto a Lara y esperé a que la mujer continuara.

— Bueno, mi padre traicionó a la mafia italiana al filtrar información a la Bratva y a cambio les pidió que se aseguraran de que mi madre y yo estuviéramos a salvo. La casa fue invadida y la mataron. — Mi esposa puso su mano en su hombro como si fuera un recuerdo. — Enrico mató a mi padre y vino tras nosotros. Vasily me salvó y me encerraron en la Bratva por miedo a saber que el Capo no había logrado deshacerse de mí.

— Dios... eso es... — comenzó Fabrizio, pero Eloisa puso su mano sobre la de él. De repente la habitación quedó en silencio. Todos allí conocían partes de la historia y conocían los tortuosos caminos que seguirían.

— Tenías menos de dos años cuando pasó... quiero decir... mi hija — dijo interrumpiendo con cada frase, como si no pudiera razonar sobre la posibilidad de que Graziela estuviera viva. — Un almuerzo familiar.

— Un domingo que nunca más tuvimos — prosiguió Fabrizio. — Reuníamos a todos los niños y hacíamos una comida familiar. La casa se llenaba con treinta, cincuenta, ochenta personas... Y luego se volvió peligroso volver a hacer eso.

— Estabas conmigo. — Eloisa continuó mirando a Lara. — Sus pequeños pies ágiles sobre la hierba, corriendo como un ternero torpe. Sonreí haciéndote perseguirme... Hasta que apareció una sombra. Lo juro, nunca olvidaré la expresión del hombre. Te agarré y corrí, gritando tan fuerte que sentí que me dolía la garganta. Él está caliente. Yo caí. El hombre se acercó a ti, apuntándote con el arma a la cabeza y yo lo arañe fuerte. Mi anillo cortó parte de su cara y la sangre goteó sobre mí.

— Vasily... — susurró Lara con dolor. Sabíamos que tenía una cicatriz de arriba a abajo. Ese día, tía Eloisa desgarró al hombre de tal manera que nunca pudo pasar por alto la línea que iba desde su ceja hasta su mejilla.

— Volvió a disparar. Me desperté en el hospital muchos días después. Fue un milagro que no muriera desangrada después de recibir un disparo en el pecho.

— Ante el aviso de Eloisa, corrimos tratando de protegernos, pero estaban armados y teníamos demasiados niños y mujeres — prosiguió Enrico. — Ese día perdí a mi esposa. Diez de los nuestros murieron. Muchos resultaron heridos y algunos siguen en escuelas hasta el día de hoy.

—Ellos también—comentó Lara. — Siempre oí hablar de la masacre organizada por los italianos.

“Sólo soldados”, dijo Fabrizio. — Eran muchos, entrando de todos lados, como sucedió aquella noche. Resultaron heridos después de pasar por nuestra seguridad, pero aún así los

superaban en número. Sucedió en nuestros dominios, Lara. No nos des Bratva. Y cuando terminó, entendimos que era solo el comienzo.

— ¿Qué significa eso? —preguntó Lara. —

Recibimos, envuelto en una caja de regalo, un bebé. Una niña quemada vistiendo tu ropa. Lo suficiente para reconocer a Graziela — dijo Fabrizio.

— Fue un regalo para mí — reveló Pietro y todos nos volvimos hacia él. — Enviaron el cuerpo de una niña a otro. Lo abrí y vi la ropa... yo...

Mi primo se quedó helado, como atrapado en los recuerdos. Oímos a Eloisa jadear sentada en el sofá y después el Consigliere la abrazó. No era un buen momento para ellos.

Mi tío dejó el consejo y tardó más de una década en volver a ser Consigliere. Casi pierde a su esposa, usaron a una hija como advertencia y durante meses se convirtió en un fantasma. Un hombre destrozado. La tía Eloisa siguió viviendo sólo para Pietro, quien decidió convertirse en ejecutor para vengarse de quien le hizo eso a su hermana. La mujer se encontraba en delicado estado de salud y necesitaba atención debido a las secuelas del tiroteo. A todos nos tocó la desgracia ese día: mi padre biológico, la esposa del Capo, Lara... Enterramos a los nuestros y declaramos la guerra a la Bratva de Chicago.

— Me entregaron a una de las amantes de Vasily con instrucciones de mantenerme protegida. No salí de esas paredes... Y luego, a los ocho años, empezó a llamarme. Necesitaba seguir sus órdenes. Cuando necesitaba a un niño, sería yo — reveló Lara sin mirar a nadie en particular.

Tía Eloisa lloró con más fuerza y pudo escuchar a Pietro respirar fuertemente, como si no pudiera controlar el odio que escuchaba.

— ¿Cómo… ¿Cuál era mi nombre? — preguntó Lara en voz baja.

— Graziela — respondió Fabricio. — Tuvo un parto muy difícil y los médicos dijeron que no sobreviviría. Pero se equivocaron. Ella siempre fue una pequeña luchadora... hasta...

El silencio duró unos segundos en la habitación. Lara sacudió la cabeza, como perdida en sus recuerdos, antes de decir:

— Svetlana dijo que mi padre, el traidor, eligió un nombre italiano que sonaba a ruso a modo de provocación. Todo ese tiempo...

— ¿Dijeron que era un traidor? — La interrumpió Fabrizio, curioso.

— El hombre que convenció a los italianos para que entraran en la sede de Bratva y acabó matando a parte de su familia. El informante que no fue fiel y solo pensaba en dinero. Y que, cuando lo descubrieron, fue asesinado por Enrico Mancino —ella recitó, como si fueran palabras grabadas. Debe haber sido difícil crecer escuchando que eras hija de un traidor. Luego, miró fijamente a mi padrastro por unos segundos antes de anunciar: —Siempre quise vengarme de ti.

— Si yo fuera todo eso, querida mía, Enrico tendría derecho a matarme — declaró mi tío, llamando la atención. Lara asintió en señal de confirmación antes de continuar:

—Pero ni yo ni mi madre. Un hombre sin honor que disparó a un niño inocente sin pensar.

— ¿Te… te… te dispararon? — preguntó Pietro con la voz entrecortada. Nunca había visto a mi primo dudar y ahí estaba, tartamudeando después de permanecer en silencio durante casi toda la conversación.

— En la espalda — susurró Lara antes de puntuar en voz más alta, colocando su mano en la parte posterior de su hombro derecho — UN. MALDITO. DISPARO. EN LA. ESPALDA.

—En una niña de dos años —concluí.

Todos intercambiamos miradas ante la crudeza de la situación. Cuando Lara le disparó a Vasily, se cerró un capítulo. El hombre que mató a mi padre finalmente fue asesinado. Sin otro baño de sangre causado por nosotros, sin amenazar mi posición como Capo. Pero ahora tenía

odio. Toda la ira que sentía estaba a punto de volver a la superficie.

Vasily era un hombre sin honor y habría dado cualquier cosa si hubiera sido yo quien le hubiera volado la cabeza al ruso. Tenerlo en una habitación con todo tipo de herramientas que me hacían disfrutar cada momento, cada pedazo de esa maldita cosa que destruyó a parte de mi familia.

Un disparo contra una niña pequeña e indefensa. Posiblemente secuestrada. Y engañada y manipulada durante toda su vida para enojarla con su propia familia. Mi esposa tenía motivos para odiar a Vasily Lugonov. De todos los que lo sabían en Bratva.

— Hasta que descubramos la verdad, debemos ocultar a Lara — sugerí.

— ¿Como? — preguntó Fabrizio confuso.

— Tenemos un infiltrado que sabe de ella. Quizás también conozcas a Graziela. Hasta que resolvamos este problema, debemos mantenerla alejada.

—¿Me vas a encerrar en una habitación? ¿De vuelta en la habitación segura? — preguntó ella, resignada a su propio futuro.

— El rumor de que está inconsciente podría ayudarnos, pero no podemos mantenerlo durante muchos días — respondió el Consigliere. — Pero por ahora esta información no debe salir de esta sala. Sólo unos pocos empleados de confianza deberían tener contacto con Lara.

— Necesitamos saber si es Graziela real. Es necesario hacer una prueba de ADN — comentó Enrico.

"Está bien", estuvo de acuerdo mi esposa. — Cualquier cosa para acabar con esta maldita farsa. Saber cuánto destruyó este hombre mi vida.

— Para saber si te tenemos de vuelta — susurró Eloisa con la voz quebrada.

— Y nadie te separará de nosotros — dije, encontrando sus dedos en los míos y apretándolos con fuerza, sintiendo el peso de nuestros anillos.

Lara me miró vulnerable y supe que haría cualquier cosa para mantenerla a salvo. Cuando nos casamos, prometí protegerte como Capo. Aunque fuera una mentirosa, era una Mancino.

Pero ahora las cosas eran reales, crudas e intensas.

No importaba lo que Lugonov hiciera para engañarnos. Para engañarla. La protegería como su hombre. Con la ira de quien no quiere ver a su mujer tocada por la oscuridad.

Ella acabaría con cualquiera que intentara amenazarla.

Capítulo 22

Lara

Cuando se cerró la puerta de la sala de seguridad, hice lo que mejor hago: ignorar mi realidad. Me concentré en resolver temas urgentes: comida, baño, sueño. Si pensara más de medio minuto en Vasily, sus mentiras y su asesinato, no podría controlar los estribos.

Y cuando ya no quedaba nada que hacer, me senté, repasando mentalmente todo lo que me distraía: cómo se montaba y desmontaba un arma, qué puntos de presión eran posibles para derribar a alguien más rápido. Dom... y todo lo que le hizo a mi cuerpo, la forma en que me hizo vulnerable, todos los sentimientos no deseados que me hizo sentir.

En el momento en que Domenico abrió la puerta, estuvo a punto de explotar. No quería que nadie se acercara a mí, quería lamerme las heridas sola, como estaba acostumbrada a hacer. Pero él estaba allí, abrazándome una vez más, consolándome con gestos, diciendo que no me tenía miedo. Agarrándome de la mano y diciendo que nadie me iba a quitar de ellos.

Familia.

Quizás yo era un Mancino.

Ya nada tenía sentido.

Toda la realidad que conocía no era cierta. Todo lo que me dijo Vasily Lugonov era mentira.

Todo lo que planeó el ruso perjudicaría a mi familia. Cada pequeña cosa que he espiado en los últimos meses les haría daño. Me convertí en el ejecutor de quienes sangraron por mí. El monstruo que la Bratva quería que fuera. Durante veinte años aprendí a matar, a ser bueno con las armas, con las manos y con la mente. Lo hice en más de una ocasión durante las misiones que me encargó el ruso. Estaba segura de que en aquella época manaba sangre italiana de mis dedos.

Vasily quería un verdadero caballo de Troya: mientras él y Vitto intentarán derrocar a la familia, ellos me culparían a mí. Y como un idiota, aproveché la oportunidad de vengarme y escapar a una nueva vida sin pensar que Lugonov alguna vez fuera digno de confianza. Odiaba a la Bratva, odiaba la forma en que me trataban y me hacían sentir. Despreciaba a todos y a todo, pero me quedé con los rusos porque necesitaba venganza. Intenté ganarme su respeto, ya que nunca lo había tenido en mi vida. Fui lo suficientemente estúpida como para no darme cuenta de que nunca lo tendría.

Y nunca sospeché su versión de cómo mi vida se cruzó con la mafia rusa.

Si soy Graziela, fui secuestrada y criada lejos de mis padres por pura maldad por parte de Vasily. Sabía lo que estaba haciendo al prepararme para este momento. Traicionar a los míos, hacer que los italianos sean asesinados por alguien de su propia familia. No sabía qué pensar.

— Necesito... Necesito irme... un tiempo a solas — dije sintiéndome sin aliento y saltando del sofá como si no pudiera respirar con esa gente a mi alrededor.

Nadie te separará de nosotros, afirmó Domenico. Pero yo era el enemigo, incluso con sangre Mancino en mis venas. Yo también fui culpable de esta invasión.

Los dedos de Domenico intentaron detenerme, pero me aparté. Parecía estar a un paso de sufrir un ataque de pánico. No sabía qué hacer. Me arrestarían, ¿no? ¿Te dejarían salir de esa habitación? Sentí que mis entrañas se rompían por la versión de la historia que acababa de escuchar. Un maldito bebé incinerado. Un disparo que me dejó una cicatriz. Una madre que casi muere por su hija.

Todo estaba mal. Me desmoronaría.

Abrí de par en par la puerta de la oficina, la urgencia de querer alejarme de todo.

—Lara, espera. — La voz de Dom fue amortiguada por la puerta que se cerraba.

Seguí corriendo, como si necesitara alejarme de todo. Bajé las escaleras y me detuve, observando el desastre frente a mí. La habitación todavía olía a sangre y pólvora. Gente limpiando el perímetro por todos lados. No encontraría paz dentro de esos muros.

Me llevé la mano a la cara y escuché un grito ahogado a unos metros de distancia. Cuando bajé los dedos encontré al primo de Domenico. El hombre me analizó con una mirada más profunda de lo que estaba acostumbrada, casi vulnerable. Levanté la barbilla, sabiendo que me odiaba, encontrando la fuerza para enfrentarlo.

— Ahora no te soporto, Pietro.

— No te pueden ver. Sube, por favor.

— Voy a la habitación… — Asentí y giré mi cuerpo, subiendo las escaleras.

— Deberías empacar tus cosas e ir a casa de Enrico. No es seguro aquí. Hay cadáveres, marcas de bala. Cuando llegue el amanecer, la confusión será aún mayor — dijo y sonó como si su voz se hubiera quedado atrapada en su garganta, mucho más aguda y vacilante.

— ¿Está todo bien contigo?

El hombre se detuvo y me tendió la mano, vacilando un momento antes de tragar con un ruido pesado. Sus dedos cayeron por su cuerpo, renunciando a tocarme, sus muñecas apretadas una al lado de la otra contra su camisa blanca con botones salpicada de polvo y sangre.

Entonces recordé cuando miré unos ojos tan verdes como los míos. Era hijo de Fabrizio Costa. Eso significaba que él era... Pietro era mi hermano. El hombre que más desconfiaba de mí era mi sangre.

— Todo en lo que me convertí... fue por venganza. Era demasiado pequeña, pero quería tomar cada pedazo de quien lastimó a mi hermana. Cuando vi ese cuerpecito…—dudó. — No importa lo que hiciera, nada la traería de vuelta... Y de repente... estás aquí.

— Él es mi hermano, ¿no? — Llegó mi turno de hacer un ruido estridente.

— Hermano mayor. — Sacudió la cabeza, todavía pareciendo examinar cada contorno de mi rostro. — Te tiñeron el cabello, ¿no? No eres rubia como ellas. Ella es tan oscura como nosotros.

— Sí... — Asentí en confirmación. — Pietro, no puedo... Es demasiado.

"Entiendo", suspiró. — Ve a guardar tus cosas. Cuando llegues a la casa de Enrico tendrás todo el tiempo del mundo, pero ahora tenemos que sacarte de aquí, antes de que Yakov se entere de su padre.

— ¿Saben de mí?

— Vitto entregó el cuerpo y quién sabe qué inventó sobre él. Él es el informante, ¿no? Él fue quien organizó el ataque.

— No podía hablar con Vasily, Dom me atrapó y… — Me detuve, exhalando lentamente, sabiendo que no debía hablar de eso con él, incluso después de todo. — Se gana la vida. Fui utilizado por él. Se merecía el final que tuvo.

— Se merecía algo mejor por lo que nos hizo a todos — declaró, lúgubre. — Ve a empacar tus cosas. Tenemos una hora para salir.

Giré sobre mis talones y subí el resto de las escaleras automáticamente, temiendo toparme con alguien que había estado en esa oficina. Me detuve en la puerta cuando vi la mancha roja en la alfombra. Toni corrió hacia mí y me agaché, abrazando con fuerza al corgi, sintiendo que mi pecho se contraía una vez más. Todo fue mentira.

Entré al armario y escogí sólo la ropa que me gustaba o que compré al llegar a casa, sin preocuparme por las prendas con aire de “princesa de la mafia” que Svetlana insistía en comprar.

Coloqué la muñeca de trapo entre las cosas, sabiendo que tal vez las joyas seguían siendo una posible vía de escape. No sabía qué sería de mí después de ese descubrimiento.

El perro siguió aferrándose a mi costado y protegiéndome, como si supiera lo tensa que estaba. Aguzó el oído y se acercó a la puerta cuando se abrió. Domenico tenía una expresión de preocupación en su rostro.

— No voy a preguntarte si estás bien — aseguró con una sonrisa de reojo, acercándose al armario.

— ¿Realmente nos vamos?

— Es necesario. — Sacudió la cabeza. — No es seguro.

— Todo bien...

— ¿Quieres hablar de eso?

— ¿Sobre Vasily o mis padres? Hay tantas cosas – suspiré. — No sé quién soy, no sé nada más.

— Ven aquí — preguntó Dom y me dejé acercar, sin energía. Me tomó entre sus brazos, simplemente acariciando mi cabello.

— Casi te mato — Señalé contra su pecho.

— Tonterías, si quisieras matarme lo habrías hecho en el sótano.

“Te apunté con el arma”, reiteré.

— Ambos tenemos algunos problemas que resolver.

— ¿Problemas? — Me reí. — Me encerraste en una sala de tortura durante casi dos días.

— Me diste un golpe con el arma para escapar — replicó como si fuera motivo suficiente.

— ¿Y estás bien?

—He estado peor. Una semana de mierda con todo eso y la emboscada. ¿Y tú?

— Débil, con dolor de cabeza y sin entender muy bien lo que está pasando. Es todo un caos — Suspiré y mis labios temblaron cuando hice la revelación que no quería: — No te dispararía, lo haría con él... Vasily no estaba esperando y ya habría tiempo. escapar. Simplemente no planeaba dispararle en la cabeza.

— ¿Qué está diciendo?

— Mi plan era dispararle en la rodilla y salir corriendo. Dejar que ustedes dos se revolcaban mientras yo perseguía a tu padre. El hombre que pensé que mató a Fabrizio – terminé con una risa autocrítica. — ¡Fui tan estúpida!

“Le disparaste, por tu perro princesa”, señaló.

"Tú me lo diste", lo corregí. —Era una vida. Una pequeña vida indefensa como la mía que sería arrebatada por la sed de poder de Vasily. Nunca gané nada... nunca fui nada. No sabes lo que Toni significó para mí. No sabes lo que quisiste decir —me interrumpí una vez más. — Estaba acorralado y dispuesto a todo. Incluso dispararle a un perro.

— Estaba actuando como si todo hubiera sido… — Lo hice callar colocando mis dedos en su rostro.

— No estoy segura de mi futuro, pero tú me has dado más que nadie en todos estos años. Fueron los mejores meses de mi vida. Feliz, cuidada, protegida. Sin preocupaciones. Si me pasa algo, esto lo tengo y nadie me lo puede quitar.

— todo se arreglara.

— No será así, tú y yo lo sabemos. No hasta que todo esto termine. No hasta que neutralicemos la Bratva. — Me rascó la garganta, el nudo se formó por la forma en que el mafioso me trató. — ¿Por qué estás actuando así? Aunque soy Mancino, te traicioné, ¿no lo entiendes?

— Nunca terminaste esa llamada — comentó y depositó otro beso en mi frente. —Pero tenemos cosas más urgentes.

— Créeme, nunca tuve nada que ver con Paolo... Dom, estaba loco...

— No puedo confiar en ti, pero vi tu mirada de miedo. Y te hemos observado todos estos meses. Si fuera tu cómplice, algo se escaparía. Sabíamos de ti antes de la boda. Tenemos fotos tuyas en el puerto.

— Y todavía dejaron que se celebrará la boda.

— El matrimonio fue algo mucho más grande que el acuerdo, en el momento adecuado lo sabrás.

— ¿Quiere decir...? — comenzó. Domenico tenía planes. ¿De qué diablos estaba hablando?

— En el momento oportuno hablaremos de ello — aseguró. — Pero las cosas ya no son como antes. Me relajé a tu lado. Podría haberme suicidado tantas veces. Conocemos cada documento que miró, cada nota, cada llamada que realizó. Te dejamos pistas falsas. Y nada les llegó. Era casi como si estuviera engañando a Vasily.

— Vitto me dio un ultimátum el día que me encontraste con el teléfono.

— No sabemos cómo vamos a resolver este tema... Y tú tampoco debes saberlo — añadió.

— Cuando lleguemos a casa de Enrico, quiero un tiempo a solas. Necesito pensar en todo y tú confundes. Nosotros dos… me confunde", le anuncié a Dom, quien asintió. — No sé si merezco esta cortesía, pero la necesito. Ya que necesito permanecer oculta...

— Me conseguiré otra habitación para mí. Tendremos problemas mayores en unas horas.

— ¿Rusos?

— En todas partes — dijo y se alejó un paso, rompiendo nuestro contacto. — Llamamos a alguien para una prueba de laboratorio. Debería suceder hoy.

— Dom... — Llamé y los ojos azules me miraron profundamente.

Esos trazos de pintura negra sobre cabello oscuro. Todo en él me gritaba familiaridad. Lo que necesitaba en un momento frágil. Pero no quería depender de nadie.

— ¿Qué pasa, princesa?

— ¿Fue todo mentira? — Volví a la pregunta que me hizo en la sala de torturas.

— Necesitamos aprender a confiar unos en otros antes de saber qué es verdad y qué no — añadió también con una mirada tumultuosa. — ¿Una verdad por una verdad?

— Sí — confirmé con una sonrisa triste.

— Nunca he sentido lo que siento por ti con nadie más. Es como si estuviera grabado dentro de mí. Un tatuaje. El más grande, el más importante... Y, sin embargo, no sé quién eres realmente — añadió con tristeza. — Toda la situación con Paolo me volvió loco... ¿Y si estuviera con él todo el tiempo? ¿Y si no fuera en absoluto lo que me parecía?

— ¿Es por eso que no quieres afrontar que soy una traidora?

— Te convencieron... Realmente no querías hacernos daño.

"Lo quería demasiado", escupí. — Esta venganza ciega por algo irreal...

— ¿Cuál es tu verdad, princesa? —me interrumpió.

— Dudé porque no quería que te lastimaran — suspiré las palabras. — Cuando llegaste herido después de que te dispararon... Si fuéramos otros, si todo esto no existiera entre nosotros...

— No seríamos Dom y Lara — añadió y me besó en la frente antes de regresar al armario y cambiar de tono: — Necesitamos salir, princesa. Todo estará bien, lo prometo.

***

En silencio, Domenico y yo empacamos nuestras cosas y nos llevaron a la mansión de Enrico.

La casa era dos veces más grande que la mansión de Dom, con paredes altas y decoración exquisita. Había estado allí muchas, muchas veces, pero parecía de otro mundo en la bruma del amanecer de Chicago. Esos son tus fantasmas, Lara, pensé.

Mi marido me acompañó durante todo el camino diciéndome qué hacer, dónde guardar las cosas o con quién hablar. Tenía que ser un secreto bien guardado, pero también estaba claro que se daba cuenta de lo perdida que estaba en mis pensamientos. Eleonora y Enrico permanecieron en silencio frente a mí, mirándome con cautela mientras me mostraban la habitación que se suponía que debía ocupar.

Toni y yo nos quedamos en una habitación lejos de los demás y sentí que los Mancino me estaban aislando. Podría apostar que habría guardias afuera de mi puerta. No he probado mi buena suerte.

Pedí tiempo a solas y Domenico lo respetó. Dormí y me desperté viendo pasar los días sin tener contacto con ningún otro ser vivo que no fueran empleados autorizados. Extrañaba su voz, la presencia intimidante del mafioso, la sonrisa en el costado de su boca, pero necesitaba estar en paz con mis pensamientos.

Una criada recogía a Toni una vez al día para dar un paseo, mientras yo seguía mirando a través de las paredes blancas. Un día, dos, tres. Era extraño buscar respuestas allí cuando solo escuchaba a las personas que me rodeaban, nadie se atrevía a visitarme. Las comidas iban y venían en silencio, era un gran vacío. Tenía más preguntas que respuestas.

Fui usada.

Nunca sería la niña que estaba destinada a ser. Ya no era inocente. Había sangre en mis manos. Ella era una traidora, aunque Dom pensó que no fui yo quien llevó a los rusos a la casa. Dios sabía lo que pensarían de mí y de todo en los últimos meses, desde Paolo hasta la mujer a la que ataqué en el baño en la fiesta benéfica.

Y seguí despertándome, durmiendo y pensando. Pienso mucho. Sin televisión ni móviles, sólo podía seguir los días a través de la luz de la ventana.

El quinto día, alguien llamó a la puerta a media tarde. Estaba peinándome sentada en la cama y esperé. En lugar de la criada, el ex capo abrió la puerta y se paró en el umbral, mirándome preocupado.

— ¿Podemos conversar? — asentí con la cabeza con resignación. Era el momento.

Domenico no pudo castigarme, pero era necesario. Quizás Enrico Mancino estaba desempeñando una vez más su papel de cabeza de familia para pronunciar mi sentencia.

— ¿Sabes cuál será mi castigo?

— ¿Por qué dices eso?

— Dom debió haber dicho todo lo que yo hice... o lo que ya sabes. — Me encogí de hombros. — Me dijo que me vigilaban y sabían que yo no era la chica ingenua que intenté convencer.

—Tu plan era matarme, ¿verdad? ¿Por qué no lo hiciste antes? — Soltó una risa aguda, como si esa opción fuera ridícula.

— Entrené mucho para este momento y ahora estoy con las manos vacías. Me convenció de esperar, y aquí estoy...

—¿Y por qué cumpliste tu promesa?

— Era la única manera de tener una vida después de que esto terminara — confesé. — Se suponía que debía buscarte después de la invasión, matarte y escapar. Tenía un plan, dinero y necesitaba la ocasión. En medio de la confusión del ataque, nadie me vio partir. A los rusos no les importaría y tú... estarías muerto.

Me quedé mirando al suelo, sin querer enfrentarlo. El peso de mirarme desde arriba mientras

me sentía como un niño acorralado sentado en esa gran cama. Tenía un plan, pero en medio pasó todo esto.

Y Domenico...

Cada día luchaba con la forma en que él me hacía sentir. Vitto me dijo que dejara de "jugar a las casitas con el Capo", y supe que estaba alimentando esa mentira. El traidor tenía razón. Entra, denuncia, mata y vete. Nada de eso sucedió tan rápido como esperaba, porque quería más de Dom. Podría haber encontrado algo, revelárselo a Vasily y dejar que el destino decidiera. Elegí un bando, aunque fuera inconscientemente.

— Oí que a Lugonov le explotó la cabeza. — Cambió de tema, como si no quisiera seguir discutiendo mis planes de asesinato. Para asesinarlo.

— Perdí el control.

— Dom está pagando por esto — dijo con voz profunda y se sentó a mi lado en la cama. — Seguimos ocultando que está despierta, pero es difícil.

— ¿Qué? ¿Qué quieres decir?

— Yakov se hizo cargo de la Bratva y está dispuesto a hacer cualquier cosa para vengar a su padre.

"Es un idiota", repliqué, insultando al heredero de la mafia rusa.

— Los idiotas son la peor clase de enemigos. — Asentí con la cabeza. — Dom te necesita.

— ¿Como?

— Te dio tiempo, pero está agotado de intentar lidiar con los ataques luego de la invasión a la mansión. Domenico no duerme y todos los días tenemos problemas. Quieren venganza y ya han atacado dos de nuestros negocios. Creo que debería intervenir. Después de todo, eras Bratva.

—No les importo, Enrico.

—Eso nos lo debes, Lara —comentó. — Estamos mirando para otro lado en nombre de Domenico. Ya sabes cuál es el castigo para los traidores.

— ¿Entonces debería ayudarlos para que no me maten?

— Nos engañaron y te secuestraron. Se llevaron a la hija de una madre. Mereces la oportunidad de ser un Mancino. Pero no sabemos cuán leal les es, incluso después del asesinato de Vasily. Entonces, Lara: ¿a quién le crees? ¿Qué puede ayudarnos?

Sentado allí, al lado del padrastro del mafioso, me di cuenta de todo.

Pasé días tratando de encontrarme entre esas paredes blancas, pero eso requeriría mucho más de mí. Ya no estaba impulsada por la ira. Y sin mi odio, pude reflexionar que Enrico, como el resto de la familia, me trataba decentemente. Nadie usó mi vínculo con la Bratva para maltratarme.

Nunca sería la mujer que esperaban, por más que por mis venas corriera sangre Mancino. Pero aun así fue como si me dieran un voto de confianza a pesar de todas las pruebas que tenían en mi contra. Y la forma en que Domenico me hizo sentir fue una gran parte de eso. Por primera vez en mi vida tuve respeto y cariño.

Tal vez mis lealtades finalmente cambiarían de bando. Odiaba a los rusos y confiaba en Domenico. Quizás finalmente estaba dispuesto a abrir mi corazón a los Mancino.

— Tengo un plan. — Suspiré — Pero Dom se enojará.

Capítulo 23

Domenico

— Eso es lo que pasa cuando no tienes control sobre tu propia mujer — se quejó Vitto. — ¡Una guerra entre mafias por la pequeña esposa de Dom!

— Lugonov apuntaba con un arma al Capo. ¿Estás diciendo que no deberías haber hecho nada? — Pietro golpeó la mesa con la mano. —¡Y ella resultó herida! ¡Estás inconsciente!

Me limité a observar el intercambio entre ambos, con la espalda relajada en una de las sillas, escuchando a todos. Estábamos sentados en una sala de reuniones de la mansión de mi padrastro. Esos días estaban siendo infernales.

Les dijimos a todos –incluido Vitto– que yo maté a Lugonov después de que él nos amenazara. Mi albacea fue testigo, lo que para mi tío era "demasiado conveniente". Podía oler la mentira, pero nunca sabría la verdad. Fabrizio estaba molesto por la insistencia del hombre en hablar de Lara, y notaba que su expresión se endurecía de vez en cuando a pesar de que intentaba no mostrar ninguna reacción.

Para los altos mandos de la familia, Lara estaba en coma después de haber sido herida por Vasily. La verdad se sabría en cualquier momento, porque la mansión tenía cámaras y mucha gente entraba y salía de la casa ese día, pero por ahora era bastante creíble que Vitto no desapareciera inmediatamente después del ataque. El hombre todavía estaba en nuestra mesa, fingiendo ser leal a los Mancino.

Pietro comenzó su venganza personal en busca de personas que pudieran señalar a Vitto Firenze como un traidor. Cada rol, cada contacto, cada palabra. Mi prima indagó en los secretos para comprender la relación de nuestro tío con el hombre que casi mata a Lara. Y para ello necesitaba contener mi personalidad explosiva y mentir sobre el estado de salud de mi esposa.

Necesitábamos un contraataque, pero desperdiciamos nuestra energía con los hombres de Yakov y discusiones infructuosas como esa. Mi padrastro intercambió una mirada conmigo mientras Pietro y el subjefe infiel seguían discutiendo.

La ciudad estaba sitiada, nuestros clubes nocturnos fueron cerrados y se aumentó la seguridad. Y, sin embargo, los rusos provocaron dos tiroteos a plena luz del día intentando matar a algunos de mis coleccionistas. Cinco días de caos en Chicago.

— ¡Paren con eso! — Me levanté. — Vasily irrumpió en mi casa y terminó en mi habitación, apuntándonos con el arma a mí y a mi esposa. Intentó matarme días antes, Vitto. Fue una provocación y ganamos.

— ¡Tu esposa nos metió en este lío! ¡Tu esposa no sabe comportarse! Ella trajo a los rusos a nuestra casa. ¿No ves que ella tiene la culpa?

— ¿Ella trajo? — Pregunté molesto. — ¡Hubo una puta invasión! Y no estamos discutiendo lo importante: cómo neutralizar a Yakov.

— Tienes que entenderlo, Dom... No es porque el traidor esté en coma que no debemos actuar — continuó Vitto con su tono magnánimo. Era un idiota que pensaba que su plan no había salido del todo mal: ningún Mancino moría, pero al menos Lara cargaría con sus pecados.

— ¡No, TÚ necesitas entender! — Lo interrumpí enfatizando mis palabras. — Contraataquemos. Es una amenaza. Hicimos lo que había que hacer. ¿Quieres que la gente piense que los Mancino son débiles? ¿Deberíamos dejar que Vasily saliera con vida? ¡Creo que te estás ablandando, tío!

El hombre hizo una mueca. Miré alrededor de la mesa y los consejeros negaron con la cabeza, estando de acuerdo conmigo. Excelente.

— Soy Capo. Yo decido.

—Tal vez deberíamos devolverla a la Bratva. Se evitaría una masacre, sugirió el traidor subjefe.

Sentí que mi piel se calentaba y la ira subía a la superficie. Lo tuve bajo control hace muchos años, pero ahora no. Quería saltar sobre el cuello del traidor de mierda que pensaba que tenía voz allí. Golpeé con fuerza la mesa con la mano, haciendo que todos me prestaran atención.

— NADIE TOCA A LARA, ¿ESCUCHARON? — Dije en voz alta, haciendo que cabezas asintieran conmigo sorprendentemente rápido.

—¿Y qué piensas hacer, Capo? — Vitto escupió la última palabra con desprecio. Abrí y cerré las manos con enojo, pero sabía que necesitaba diplomacia para tratar con él. Ya era bastante difícil que algunas personas todavía dudaran de mí.

— Poner fin a la Bratva de Chicago. Ojo por ojo. Ellos empezaron esto. — me molestó. — Y mientras tanto, descubre quién fue el maldito informante que hizo que Lugonov entrara con tanta facilidad en mi casa.

— Tu esposa… — intentó una vez más.

— Señores — comencé y me ajusté el traje, volviendo a sentarme. — Escuché un rumor sobre una informante y decidí mantenerla yo mismo en la sala de seguridad. Lara estuvo encerrada los días previos a la invasión, sin contacto con nada ni nadie. Y, sin embargo, sucedió. Tenemos un traidor entre nosotros. Sería fácil culparla y no tiene forma de defenderse. Y no soy tan estúpido como para caer en la trampa. Sólo porque tengamos una mujer rusa bajo nuestro techo no significa que no haya un traidor entre nosotros.

— ¿Un traidor? —preguntó Emilio.

— ¿Qué se hará? — preguntó Cosimo, un ex ejecutor de setenta años.

— Pietro tiene algunos contactos y esta tarde esperamos alguna información. De lo contrario, mantenga su negocio seguro. Quiero terminar con esto lo más rápido posible. Vamos a cazar a ese bastardo de Yakov y traer la paz a Chicago.

Los hombres negaron con la cabeza y yo les devolví el gesto, poniendo fin a la reunión. Todos empezaron a levantarse a mi alrededor.

Los últimos días han sido caóticos, pero noté un nuevo respeto por los hombres de arriba. Finalmente parecieron aprobar mis acciones ahora que entendieron que sabía cómo responder bien a un ataque.

La muerte de un líder rival se extendió como la pólvora y debemos afrontar las consecuencias. Fue mi prueba de fuego. Sobrevivir a eso me convertiría en el líder que esperaban. Y sobrevivir a eso sin sacrificar a sus familiares fue por lo que luchó todos los días después de la invasión.

Vitto me miró fijamente mientras cada persona salía de la habitación y se detenía frente a mí, esperando que le prestara atención, pero me digné hablar mientras todos los presentes se marchaban.

— Te estás equivocando al pensar que tu esposa no era capaz.

— ¿Crees que no deberías investigar a los demás? ¿Me conformo con culpar a alguien que ni siquiera puede confesar nada? — Respondí en voz baja.

— Estás siendo inocente, tío. Los juegos de poder afectan incluso a los más leales de la familia.

—¿Estás sugiriendo algo, sobrino?

— Incluso antes de Lara teníamos problemas. No sé quién es la persona, pero quiero su ayuda

para encontrarlo — pregunté y sentí que el hombre se tambaleaba, como si se quitara un peso de encima. Parecía seguro de que no desconfiaba de él. Al menos hasta que mi esposa “despertó” del coma.

— ¿Estás seguro de que quieres encargarte de esto con tu esposa inconsciente? También podría tomar el control y…

— Estoy bien, tío — lo interrumpí. — Con tu ayuda acabaremos con todo esto. Volvamos a reinar con más fuerza en la ciudad. ¿Puedo contar con tu lealtad hacia los Mancino?

— Mantengo mis creencias y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa.

—Gracias por eso, tío. — Negué con la cabeza y cerró la puerta sin despedirse.

Sin la venda que no nos hacía desconfiar de Vitto, era fácil ver cómo le encantaba minar nuestra confianza en las reuniones con la alta dirección, señalándonos lo que estaba mal o lo que no estábamos haciendo. Celoso y arrogante como el infierno. Pero como era familia, nunca pensamos en la traición.

Hasta que Lara abrió los ojos. No podía pensar en ella en ese momento. Ella estaba bien, en su habitación, y yo tenía una guerra que resolver.

Repasé mentalmente nuestras cabezas y le di una sonrisa burlona. Mantengo mis creencias. El hombre ni siquiera podía jurar lealtad a su familia. No entendía por qué Vitto no había huido todavía de la ciudad. Tal vez esperó a que Lara muriera y pudiera atacar a la familia una vez más y salirse con la suya.

O tal vez estaba buscando algo, ya que no había logrado que me mataran. Fue mi prueba. Si mi tío atraía a algunos hombres a amotinarse, sería rápidamente aplastado. Incluso antes, con las sospechas, me escuchaban más que a Vitto Firenze. Era marido de una Mancino, ni siquiera heredero del viejo Giuseppe.

Recogí las cosas sobre la mesa, esperando que Pietro regresará con la información lo antes posible. Teníamos una pista sobre un escondite donde algunos rusos se estaban preparando para un nuevo ataque. Mi primo sugirió pedirle ayuda a Lara, pero no quería molestarla. Sabíamos que ella conocía los almacenes de Bratva, pero preferí probar otras formas antes de involucrarla en esta guerra.

Subí las escaleras hacia el dormitorio para tomar una ducha caliente y relajar mis músculos y pasé junto a mi padrastro, quien solo me hizo un gesto de asentimiento. Necesitaba descansar. Desde la invasión sentí el peso sobre mis hombros, apretando cada parte de mi cuerpo. Volví a golpear sacos de boxeo porque no tenía a Lara en mis brazos.

Fue la anticipación, la adrenalina. Días que decidirán todo en nuestras vidas.

Las cosas se resolverían solas de un modo u otro en las próximas semanas. Era una carrera para ver quién llegaba primero: nosotros o ellos. Y la vida de muchas personas dependía de ello.

— Tú… ¿Qué haces aquí?

Lara estaba sentada en mi cama. Pasó los últimos días encerrada en una habitación de invitados, negándose a ver a otras personas. A la mujer se le prohibió caminar por la casa, pero también pidió tiempo para pensar.

El tío Fabrizio y mi padrastro todavía se preguntaban qué hacer con ella después de toda la historia. Me negué a permitir que lastimaran a mi esposa. Mientras intentaba evitar una guerra, se enfrentó a todo lo que había sido y aprendido a lo largo de su vida. Lara Costa nunca existió y se creó con la Bratva por una mentira. Un secuestro.

— ¿Es cierto que están intentando derribarte? — preguntó con su voz profunda, mirándome con sus grandes ojos verdes.

"Quieren una respuesta", suspiré. — El tío Vitto sugirió devolverte a la Bratva.

— ¿Y lo harán?

— No te irás de mi lado, Lara — respondí con firmeza. ¿Cómo podía dudar de eso? — Te hice una promesa y la cumpliré.

— ¡A qué precio, Dom! ¡Mira lo que hice!

Me senté a su lado en silencio y la senté en mi regazo. Bajé la cara mientras ella acariciaba ligeramente mi cabello. Me lo perdí. De nosotros.

— Lastimarte me duele — revelé en voz baja. — Nunca quise tener esta debilidad, y cuando me di cuenta… tú la tenías. Que nadie toque un mechón de tu cabello o mataré a quien lo intente.

— No hay amor en la mafia, Dom. Ya sabes — afirmó con ojos tristes.

— Entonces no sé cómo explicar lo que estoy sintiendo — anuncié de repente y ella me miró sorprendida. — Yo...

Lara me silenció con un beso y luego se alejó y me miró a los ojos. Había tantas cosas sin decir entre nosotros. Le acaricié la mejilla con los dedos y la observé cerrar los ojos por la caricia. Mis labios volvieron a los de ella, tomando los contornos con fuerza, confundido por lo que pasaba por mi cabeza. Lara era mía. Ella no se alejaría de mí. Pero la familia era nuestra principal prioridad, nuestro negocio.

— No puedo creer que me enamoré de tu historia de niña inocente — murmuré contra el cabello de Lara. — Fue muy fácil, ¿no?

— No fue... incluso después de la noche de bodas, dejaste claro que yo era el enemigo.

— Todavía así.

—Nadie espera que una mujer sepa cosas de nuestro mundo. Viste lo que querías ver.

— Me pediste que fuera “tu maestro” — Continué acercándola a mí.

— Conocía la teoría, pero no la práctica — susurró en mis labios — y eso marcó la diferencia.

— ¿Es eso lo que decías sobre aprender a ser una buena esposa?

— Cuando Vasily dijo que planeaba casarse con uno de los Mancino, no sabía que sería el Capo. Pensé que vendrías aquí y conseguirías información... hasta llegar a tu padre.

— Lara, ¿quién te enseñó eso? Quiero la verdad — pregunté aún más enfáticamente, sintiendo que los celos corrían mis venas.

—Nadia y Svetlana. Cuidaban a las “chicas” de Bratva y ocasionalmente se acostaban con Vasily. Me enseñaron a mirarte, a moverme, a hablarte y a complacerte en la cama. Todo fue una gran mentira.

— No lo fue y lo sabes — la corregí. — Hemos pasado por mucho desde ese día que miraste al suelo, te mordiste el labio y fingiste ser virgen con ganas de aprender.

“Yo era virgen”, me corrigió con una risa ronca.

— Que podría robarme el arma en cualquier momento.

— Yo también fui entrenado en eso… desde que era aún más joven. Puedo derrotar a alguien del doble de tu tamaño.

"Lo sé", estuve de acuerdo con una risa. — Eres increíble, Lara.

Aspiré el suave aroma de su piel, dejándome invadir por la suave y dulce esencia, las sensaciones de tenerla tan cerca de mí. La extrañé. Incluso con todo el alboroto por haber traicionado a los Mancino y haber disparado a Vasily.

— Lara — comencé —, cuando todo esto termine, si quieres irte...

— ¿Qué?

— ¿Qué harías cuando todo terminara? ¿Cuándo maté a mi padre? ¿Volverías a la Bratva?

—Yo huiría. Planeaba tomar un bote desde el puerto deportivo e ir a otro estado. Canadá, tal vez. Lejos de esta locura mafiosa.

—¿Aún quieres esto?

— No sé nada más, Dom. La Lara que llegó a esta casa es tan diferente a la que está aquí contigo. Nunca esperé sentir estas cosas, pero aquí estamos los dos.

"Si aún quieres, podemos hacerlo", sugerí. — Mi vida está aquí. Soy Capo. Pero fuiste arrastrada a esta vida. Puedo hacer que esto suceda. Incluso si tuviera que buscar algunas peleas.

—¿Me dejarías ir? — preguntó con voz ahogada.

Asentí, estando de acuerdo. No quería decir nada más, de lo contrario sería egoísta. No quería que ella fuera y tal vez le costaría convencer al ex-Capo o al tío Fabrizio, pero merecía la oportunidad.

Lara me miró a los ojos.

Quería protegerla.

En ese momento lo supe. Si tuviera que elegir entre ser Capo o Lara, me quedaría con ella. Mi vida tenía fecha de caducidad y ninguna de mis responsabilidades pesaba más que lo que me hacía sentir. Estaba jodido por todas las cosas que esa pequeña mentirosa rubia me excitaba.

El suave golpe en la puerta nos sacó de nuestro estupor. Lara intentó bajarse de mi regazo, pero no la dejé, abrazándola contra mí cuando Enrico apareció en la puerta.

— Los resultados del laboratorio están de vuelta.

— ¿Quiere verlos sola...? — Le pregunté y Lara negó con la cabeza.

— Creo que todos necesitamos este final — dijo al mismo tiempo que miraba al ex-Capo y le preguntaba: — ¿Le dijiste a Fabrizio y Eloisa?

— En el camino, igual que Pietro — dijo y me miró antes de anunciar: — Sé que le diste una misión a tu primo, pero él decidió venir de todos modos.

—Yo también vendría—comenté y me levanté de la cama, todavía sosteniendo la cintura de Lara.

Mi padrastro cerró la puerta detrás de él.

— Vino a verme — reveló de repente, señalando con la cabeza hacia el lugar donde el ex-Capo acababa de desaparecer.

—¿Así se enteró de las amenazas?

— Por mucho que necesitabas tiempo, no lo tienes con lo que está pasando. Y puedo ayudarte.

—De ninguna manera, Lara. Ya no te involucras con los rusos", rechacé.

— Si puedes oírme… — preguntó y sacudió la cabeza con impotencia. —Veamos este resultado y hablemos. Te juro que es importante.

— Daría cualquier cosa por tener tiempo a solas contigo, los dos, en esa cama…

— Siempre hemos sido buenos en eso, ¿no? — bromeó y sus ojos brillaron con la misma emoción. — Tu padre dijo que no duermes bien.

— Voy a arrastrarte hasta aquí después de esta reunión. Te voy a cansar tanto que podrías dormir una semana.

— Pero no puedes — me corrigió. — No hasta que todo esto se resuelva.

— Lo sé... — Completé y ella me miró, la sonrisa cayendo en sus ojos.

La tomé entre mis brazos, sintiendo el calor de su cuerpo. La puta falta del olor de esta chica que se había infiltrado en mí. Quería que todos los problemas desaparecieran para poder estar con ella. Incluso si Lara decidiera irse. Sería un puto adiós.

— Quizás no sobreviva esta semana y mi miedo es dejarte, princesa. Ahora que realmente te tengo. Yo soy el objetivo. Es matar o morir.

"Resolveremos esto juntos", prometió antes de separarse de mí y caminar hacia la puerta.

Miré sus rápidos pasos y le di una pequeña sonrisa al ver a Lara dejar salir su energía una vez

más. La mujer que desapareció lentamente después de la invasión pareció finalmente comenzar a regresar.

Cuando entramos a la oficina, mis padres estaban sentados en el sofá, pero no había señales de nadie de la familia Costa. Lara intentó permanecer en silencio, pero después de unos segundos, comenzó a caminar de un lado a otro, mientras el resto de nosotros nos dispersábamos en los asientos de la habitación. La puerta se abrió unos minutos más tarde y Eloisa, Fabrizio y Pietro entraron en la habitación con la mirada expectante.

— Aún no lo hemos abierto — declaró Lara y mi tío negó con la cabeza.

— ¿Dónde está? — Le pregunté a mi padrastro, decidí poner fin a esa agonía. Me entregó un sobre y lo abrí, leyendo el contenido. Maldita sea, era verdad. — El resultado fue positivo, princesa. Ella es la hija de mi tío Fabrizio.

Todo sucedió en el mismo momento: tía Eloisa cayó de rodillas en el suelo, hablando en italiano, mientras mi madre corría hacia ella. Mi tío Fabrizio caminó hacia Lara, sosteniendo su rostro mientras una lágrima solitaria corría por el rostro de mi esposa. Pietro permaneció congelado en su posición y mi padrastro me apretó los hombros, observando todo lo que se desarrollaba frente a nosotros.

Graziela estaba de regreso con la familia.

Lara era una Mancino en todos los sentidos.

Quería volver a matar a Lugonov. Para vengar todo el daño que nos hizo con el secuestro. Quería destruir toda Bratva con mis propias manos por todo lo que le causó a las personas que amo.

Capítulo 24

Lara

Lo odié durante tantos años.

— No podemos invadir su casa — objetó Fabrizio y vi a Dom levantar la cabeza irritado antes de responder:

— ¿La forma en que no tuvieron reparos en invadir el mío?

— Esta es la mansión y los demás puntos importantes. Si todos son golpeados al mismo tiempo, les daremos algo de tranquilidad hasta que se recuperen. Al matar a Yakov, eso termina hoy. Lugonov ya no tiene herederos y la Bratva se desangraba por esta guerra, sin hombres buenos en la máxima jerarquía. Con suerte, tal vez dejen de molestar su negocio y se ocupen más de los suyos.

— Nuestro asunto — sonrió el ex-Capo.

— ¿Crees que podemos hacer algo rápidamente? — preguntó Pietro a Dom, quien nos miró, yendo y viniendo sobre los puntos que marqué en la tableta.

— Mañana por la noche. Con equipos de dos o tres hombres para atacar los negocios y unos cuantos más para entrar a la mansión.

— Quizás los Rizzi puedan ayudar — añadió Enrico.

— Tengo un asunto privado con los rusos. Activarlos sólo llevaría más tiempo – aseguró Domenico.

— Todos lo hacemos — dijo Pietro en tono lúgubre y miró a su padre. — Por fin vamos a atrapar a esos hijos de puta.

— Van a intentar escapar a Las Vegas. Entregaremos a los rusos en bandejas de plata a la familia Nevada — añadió Fabrizio.

Las cabezas se sacudieron como si se estuviera formando un plan. Antes de que pudieran irse, miré a los hombres presentes y dije:

— Iré contigo.

— ¡De ninguna manera! — refunfuñó Dom con mirada seria y yo me encogí de hombros. — Emparejamos.

— No, Dom, lo decidiste y dije que no — respondí. — Tengo un problema con la mafia rusa. Vasily, Yakov y todos los Lugonov me jodieron la vida. Todo sería muy diferente si no me hubieran secuestrado.

— ¡No los enfrentarás! Sé que sabes defenderte, ¡pero eres un blanco fácil!

— Sé lo que estoy haciendo — respondí con voz fría.

— No te encuentres con más de tres soldados y que estén armados hasta los dientes. Eres buena, pequeña, ágil y talentosa. Pero tienen armas que pueden volarte la cabeza, ¡Y NO TE PERDERÉ! — rugió Dom con dureza, elevando el tono de su voz, como si intentara controlarse y fracasará estrepitosamente. — Ya mataste a Vasily, ¿no es suficiente?

— Pasé toda mi vida siendo objeto de burlas dentro de esas paredes. Trajeron al enemigo a la casa pensando que podían obligarme a derrotarlo, pero llevaron el conocimiento a alguien que sabría qué hacer con él.

— ¿Qué estás sugiriendo? — me preguntó Enrico, interrumpiendo nuestra discusión. Pude ver la piel de Dom ponerse roja de ira hacia su padrastro por siquiera considerarse incluido en el plan.

—Ya dije…—intentó mi marido una vez más y lo interrumpí, informando a los demás:

— Puedo guiarte dentro de la mansión de Lugonov. Y un incendio en puntos importantes del mapa. Puedo nombrar al menos el doble si quieres: escondites de armas, almacenes, tiendas de blanqueo de dinero.

— ¿Qué tan bien conoces la mansión? —preguntó Pietro.

— Suficiente para encontrar a ese idiota de Yakov.

— ¿Y no las hermanas? — preguntó Enrique.

— No saben nada, sólo saben cómo gastar el dinero de su padre. No se casó con ninguna de ellas. Con Yakov muerto, la Bratva de Chicago quedará sin líder y se derramará sangre hasta que se tome una decisión. No me importa ninguno de los tres y no tienen ni un gramo de coraje para luchar contra cualquiera que intente apoderarse del grupo.

— ¡Te quedas! — Dom repitió de nuevo. — Es un buen plan, pero contigo ahí no puedo concentrarme.

— Entonces habrá un problema: puedo ir contigo lo sepa o no. No sé si la duda te permitirá concentrarte, pero de una forma u otra ahí estaré.

— Lara — gimió irritado y pude escuchar una risa disimulada de Enrico y Pietro. Fabricio tenía una sonrisa afectuosa en los labios, siguiendo nuestra conversación.

— Te sacaron de aquí, pero no sabían que habían llevado la serpiente al gallinero — bromeó Enrico.

— Me enseñaron una regla valiosa: o aprendes a nadar o te hundes. Y me muero por ahogar a cada uno de esos hijos de puta.

Todos me miraron como si todo estuviera decidido. Negué con la cabeza hacia los hombres cuando sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies. Domenico fue rápido, levantándome y colocándome sobre su espalda, subiendo las escaleras.

— Dom... ¡Bájame! — Intenté protestar, pero él parecía sordo a mis peticiones mientras avanzaba por la casa.

Su pecho tembló y se dio cuenta de que el hombre estaba irritado porque nadie escucharía sus negativas. Sabía que era un buen plan. Pero Dom no quería que me involucrara más. Así como él temía que yo me lastimara, yo quería que nunca más le apuntaran con un arma. Y él era el maldito Capo. Él ordenó, pero parecía sin voz cuando lo desafié frente a sus hombres de confianza.

Cuando la puerta del dormitorio se cerró de golpe, Dom me soltó, respirando pesadamente como si estuviera buscando palabras y no pudiera expresarlas. Me sentí extrañamente tranquila. Entendí. Sin embargo, estaba más allá de nosotros. Una vez que todo esto terminara, podríamos ser nosotros dos por primera vez, pero hasta entonces... estábamos amenazados por todos lados. Sería una breve felicidad hasta otro ataque. Otra muerte. Hasta que estemos separados unos de otros.

— ¡No correrás peligro! — escupió las palabras, pasando la mano con los anillos de plata por su cabeza y revolviendo su cabello.

La camisa estaba envuelta alrededor de su musculoso brazo y fue una de las pocas veces que vi a Domenico sin su aspecto limpio y bien arreglado. En ese momento, no hizo alarde de su figura de jefe poderoso. No era más que un hombre preocupado por su esposa, irritado por no poder someterla a su voluntad.

— ¡Sabes que es necesario! ¡Deja de pensar sólo en ti, Dom!

— Esta vez no te atraparan, pero la próxima... — respondió tragándose mis palabras.

— Lo haré, te lo dije...

— ¿Vas a desobedecer a tu Capo? — escupió la pregunta.

— ¡Voy a enfrentar a mi marido! — Respondí acercándome, mi dedo levantado mientras la respiración pesada de ambos sacudía nuestros pechos, la irritación por su negativa comenzaba a apoderarse de mí.

Sentí como si estuviera cayendo en un abismo, las mariposas en mi estómago crecían a medida que me acercaba. Mis ojos se posaron en los labios de Domenico y extrañé besarlo, tenerlo dentro de mí. Él estaba bajo la misma influencia que yo y se acercó a mí.

Él me besó. Intenso. Salvaje. Hambriento. Los brazos se cerraron tan cerca que sintió la excitación en sus pantalones, las caricias urgentes después de tanto tiempo lejos.

Dom me empujó sobre la cama, colapsando contra mí mientras agarraba su camisa y la abría, sin importarle los botones volando por todas partes. Mis labios estaban hinchados y no podía quitarle los ojos de encima mientras avanzaba hacia mí como un depredador.

El hombre bajó por mi cuello, mordiendo y chupando la piel. Envolví mis piernas alrededor de sus caderas, tratando de acercarme a su erección hinchada y aliviar la tensión entre mis piernas.

Sus manos callosas bajaron mi vestido hasta mi cintura, agarrando mi trasero mientras hundía su polla en mi coño cubierto. Nuestras bocas se encontraron nuevamente, creando la sinfonía de gemidos que tanto extrañaba. Lo necesitaba. De tus provocaciones. La intensidad que sólo él era capaz de darme. Mi piel tembló de deseo, clavando mis uñas en mi espalda tatuada.

— ¿Vas a hacer lo que te digo? — exigió, sosteniendo mi rostro con una mano, obligándome a prestarle atención. Los ojos de un azul profundo me miraron con deseo.

— No — respondí con el mismo tono y él me dio una sonrisa traviesa.

— Mi mujercita rebelde… — comentó y se puso las manos en el cinturón y se abrió el pantalón. Sabía lo que vendría después, empujando mis bragas hacia un lado y mostrándole mi entrada hinchada.

— Mi marido mafioso... — Jadeé cuando la cabeza de su polla encontró mis labios y la hundió toda de una vez, como si necesitáramos esa brutalidad.

Las telas rozaban mi clítoris, la polla se hundía mientras acelerábamos en besos, caricias, lamidas y mordiscos que dejarían marcas. Me dio fuertes bofetadas en el trasero que me hicieron saltar. Dentro y fuera, rápido y visceral. Cualquiera que estuviera fuera de esa puerta podría oírnos. No me importó.

— Me irritas mucho — anunció con sus dedos todavía en mi cara, recorriendo mi cuello.

Tiré de su cabello oscuro, alejando su rostro del mío mientras le abofeteaba. Los ojos azules se iluminaron, unidos por el dolor y el placer.

— No me domines.

— No intentes huir de mí — respondió.

Continuó moviendo sus caderas como loco, con tanta fuerza que la cama se movía con cada nueva embestida. El pequeño nudo de éxtasis se aflojó en mí y mi corazón se aceleró. Domenico continuó sin piedad, martillando dentro y fuera como si necesitáramos exorcizar la ira de toda la situación.

Fue la primera vez que sentí la paz tan cerca y me dejé derrumbar, con puntos negros bailando en mis ojos. El orgasmo me tomó, loco y fuerte. Apasionado. Dom hizo lo mismo, presionando sus labios contra mi cuello de una manera que dejaría una marca. Su marca en mí. Los dedos y la boca. Dolor y placer. Juntos en una explosión.

Ambos terminamos, sin aliento. Pensamientos lejanos mientras el corazón se desaceleraba. Dom se movió un poco, aliviando su peso sobre mí sin intentar alejarse más de lo necesario. Me gustaba él sobre mí, sintiendo su piel pegarse en medio del sudor y la satisfacción post-sexo.

— Nunca te dominaré, princesa — murmuró contra mi cabello y levantó la cabeza para mirarme profundamente — pero la idea de perderte me vuelve loco.

— Y la idea de perderte también me enloquece.

— Protejámonos unos a otros — asintió, como un acuerdo de paz. — No hagas locuras. Sigamos con el plan y acabemos con este idiota. Desde que llegaste ya no me siento tan resignado al pensar en mi muerte.

— ¿Como así?

— Intenté enfrentarlos una vez. Yo tenía diecinueve años. Esa noche, fui de un punto a otro de la Bratva, disparando a quemarropa, masacrando a todo aquel que veía delante de mí. No llegaría a Lugonov, pero me contentó con llevarme todo lo que pudiera. No me importaba cómo terminará.

— ¿Qué pasó?

—Me agarraron y me torturaron. Regresé entero porque no me reconocieron. Pietro y mi padre lograron liberarme. La expresión de enojo en el rostro de Enrico todavía arde en mi memoria. Y durante todos estos años esperé que volviera a suceder. Mi mente estaba tranquila para cuando la muerte me llamara.

—¿Esas son tus cicatrices? Pregunté suavemente, hundiendo mi mano en su pecho tatuado y sintiendo los bultos en su piel.

— La mayoría de ellos. Me tomó un tiempo comprender que era una ira vacía. Quería vengar a mi padre y necesitaba encontrar a los hombres adecuados, no a los soldados", suspiró. — Aprendí a controlar mi temperamento, pero no me olvidé de Lugonov. Estaba destinado a ser el Capo. La muerte es algo que sucede en nuestro mundo. Pero la idea de dejarte me asusta muchísimo... Tengo miedo de que te pase algo.

— No morirás porque no te dejaré... Ya nos hemos vengado, Dom Vasily Lugonov está muerto, y después de terminar con Yakov, las cosas volverán a la normalidad. Olvídate de tus estúpidas ideas sobre el sacrificio. Iré por ti si terminas herido.

— ¿Ah, sí? ¿Como? — me cuestionó con una risa burlona.

No podíamos controlar las cosas, pero yo lo protegería. Domenico tenía ideas retrógradas de que sólo él sería mi protector, pero yo movería cielo y tierra para mantenerlo con vida.

— Voy a conseguir un nuevo marido y él hará todo lo que hacemos. No seré solo tuya porque él conocerá cada parte de mí y...

— Es usted una provocadora, señora Mancino — Domenico me interrumpió con los ojos encendidos de celos, su boca cayendo a la mía en un beso profundo antes de atraerme hacia él una vez más. Y me encantaban esos malditos celos posesivos suyos. — Sabes... No nos casamos por un acuerdo de paz. Siempre teníamos un plan.

— ¿Qué? — Pregunté en shock y me enderecé, enfrentando al mafioso. Sabía de la desconfianza, pero ¿un plan?

— Los Rizzi tomaron la ruta de Las Vegas con nuestra ayuda. Lugonov intentó derrotarlos y acabó con dos familias contra una. Nuestro acuerdo matrimonial implicaba la paz en Chicago. Pero nunca hablamos de Nevada.

— ¿Entonces están detrás de los ataques en Las Vegas?

— También. Necesitábamos agotar los recursos de Vasily. O nos derrotaría o intentaría derrocar a los Rizzi, y aquí había más posibilidades. Llevaba tres décadas o más en el negocio en la ciudad, pero en Las Vegas todo era nuevo. Le propusimos el trato cuando empezó a sonar demasiado desesperado, casi como si quisiera llamar nuestra atención.

— ¿Y qué debería pasar?

— Los ataques cesaron en Chicago, pero pusimos todo nuestro esfuerzo en los Rizzi. —Se encogió de hombros. — Si estuvieras aquí, su plan te involucraba. Sólo teníamos que esperar la oportunidad perfecta para que mi venganza finalmente llegará a él.

— ¿Te casaste conmigo para estar cara a cara con Vasily Lugonov?

—Ver la Bratva reducirse a cenizas. Para acabar con ella como hicieron con mi padre", susurró contra mi piel. — Te puse un anillo en el dedo para hacer todo esto sin perder a un hombre, ser el Capo que estaba destinado a ser y cuidar de los míos. Lugonov obtuvo su merecido. Merecía más dolor después de lo que nos causó.

Me quedé mirando a Dom durante unos segundos, sorprendida por la revelación. No entró en el matrimonio como un llamado a la paz. Los Mancino querían una guerra más limpia, sin muertos ni heridos hasta que Vasily se ahorcó de su propia cuerda. Y sucedió tal como lo predijo Domenico, con una invasión torpe y casi sin pérdidas de soldados.

"Ambos estamos jodidos", respondí riendo.

Vi aparecer una sonrisa sincera en los labios de Domenico, como si no hubiera esperado esa reacción de mi parte. Los ojos azules se encontraron con los míos, la risa se hizo aún más grande. Era raro ver al hombre así, tranquilo y feliz. Me gustaría ser la razón.

— Creo que te amo, princesa — anunció simplemente.

— Sé que te amo — respondí reforzando mis palabras mientras pasaba mi dedo índice por los labios de Domenico. — Me enamoré del hombre sanguinario que nunca sonríe. Quien guarda esas sonrisas para mí. Pasé la mayor parte de mi vida protegiéndome, buscando una venganza que ni siquiera existía. Y aún así, lograste entrar en mi corazón.

— No estoy mejor. Me enamoré de un mentiroso", añadió entre risas, colocando mi mano sobre su pecho. — De la misma manera intensa, sin querer, sin pedir permiso. Ya estaba aquí cuando pensé que me iba a traicionar, que podría matarme. No hay lógica cuando se trata de ti, princesa. Una vez me dijo que en la mafia no hay amor, pero yo sé lo que siento. Yo te amo. Y haría cualquier cosa por ti.

Estiré mi cuello, robándole un ligero beso al mafioso, como si necesitara sellar esa confesión. Puso una mano suave en mi rostro, tan hipnotizado como yo. Dejé escapar la pregunta que me rondaba la cabeza:

— Dom... ¿Qué pasa después?

"Voy a enseñarle algunos modales a mi pequeña esposa mafiosa", se rió entre dientes contra mi piel. — Quizás unas cuantas bofetadas le ayuden a aprender la lección.

— Quizás unas cuantas bofetadas la hagan correrse, pero de la manera correcta — comenté con una sonrisa que se apagó con la intensidad del momento. — Pero en serio... ¿Y luego?

— Tú quédate a mi lado y el resto lo solucionaremos con el tiempo — anunció solemnemente, con sus orbes gris azulados fijos en mis ojos. — Y te demostraré que nunca serás un peón. Ella siempre será la Reina. Mi reina.

Domenico me besó una vez más, esta vez teniendo todo el tiempo del mundo para quitarnos la ropa. Dejó atrás su ira cuando entró en mí por segunda vez. Sabía que no estaba de acuerdo con mi presencia en la misión, pero fue un voto derrotado y se dejó convencer. El Capo estaba al mando, pero también escuchaba a su esposa.

Cuando lo abracé muchas horas después, compartiendo la cama como pocas veces lo hacíamos, juré que haría lo que fuera necesario para empezar de nuevo. Esta vez quería ser la señora Mancino. Quería ser la mujer que Dom merecía. No dejaría ni una palabra más. Sería digna del amor de Domenico. Recibiría todo el amor que siempre merecí.

Capítulo 25

Lara

Nos despertamos al día siguiente y, con Pietro, empezamos a organizar las cosas para la invasión. Ocurriría al final del día. Durante la tarde, Domenico desapareció con su padrastro y regresó con algunas armas y ropa para usar. Fue divertido ver la expresión de sus caras mientras observaban mi experiencia con el armamento.

Después, el mafioso anunció a los hombres que no sólo había despertado "milagrosamente" del coma, sino que también participaría en la acción. Les mostré a los equipos designados un dibujo que hice con las entradas, salidas y puntos de atención de la mansión. Habría un grupo de cinco adentro (incluidos Dom, su primo y yo), cinco afuera y otros esparcidos por toda la ciudad para quemar los negocios de los Lugonov. La Bratva de Chicago sería derrocada esa noche.

Después acompañé a Pietro y Domenico mientras revisaban los puntos de interés de la ciudad con los responsables de los incendios. La parte rusa de la ciudad se convertiría en cenizas, al igual que la organización de Lugonov.

Pasamos el día esperando, entre prepararnos e ignorar lo que sucedería esa noche. Ya eran las nueve de la noche cuando fui a la habitación a cambiarme de ropa, llevaba un leotardo negro traído entre las armas y bajé listo, encontrando a Domenico, Pietro y otros hombres organizando bolsas en la habitación de Enrico.

— ¿Está lista? — me preguntó mi marido, con los ojos fijos en mí. Se quedó mirando mis pantalones ajustados y le pareció divertido que un hombre estuviera cachondo incluso en un momento como ese.

— Todo listo.

— No te olvides del chaleco — reforzó y yo le di una sonrisa divertida.

— Claro que sí, papi...

— Te lo mostraré lo papi cuando regresemos — me susurró al oído y se alejó para volver a ordenar el equipo, ocultando su sonrisa de puta.

— Le gustas — escuché la voz femenina detrás de mí.

— ¡Eloísa! Pensé que se habían ido.

Me volví y encontré a la mujer pequeña y suave, con el pelo tan oscuro como yo en realidad. Todavía parecía enferma, pero desde la noticia de que yo podría ser Graziela, tenía ese aire renovado, como si quisiera pelear más que antes. Mi madre. Todavía era una locura pensar en ella así.

— Nos quedaremos aquí hasta que se acabe. Enrico y Fabrizio estarán en la oficina y Eleonora y yo decidimos orar por ti durante la mañana — dijo con voz seria.

"Estaremos de regreso al amanecer", prometí.

— Sé que no estás preparada para tener una madre y nunca me has necesitado — anunció en un susurro — pero quiero empezar de nuevo. Quiero tener la oportunidad de abrazar a mi niña.

— Me gustaría esto. Pensar que me alejaron de ti. — Se me quebró la voz y levanté la vista, tratando de ocultar mis lágrimas. Era difícil ser fuerte en un momento como ese.

— Protégete, Graziela — preguntó. — Debería llamarla Lara, pero eran tantas cosas…

— Ya tendremos tiempo. Seremos los Mancinos una vez más. Las Costas. Yo no... no sé lo que es tener una familia. Dom me dio un hogar y ahora puedo recuperar a mis padres. Tendremos mucho que hacer después de hoy — dije y le tendí la mano. Eloisa la abrazó

afectuosamente en forma protectora. Materno.

— Por favor regresa. Vuelve una vez más.

— Tus hijos volverán, te lo prometo. Pietro y yo.

Ella me dedicó una sonrisa triste y Domenico asintió, como pidiéndome que lo siguiera. Intercambié un abrazo incómodo con Eloisa y caminé hacia donde estaban, sosteniendo mi equipo.

Bajamos todos al garaje de Enrico. El lugar estaba lleno, con varios autos saliendo en direcciones opuestas, iniciando nuestro plan.

Pietro me entregó una radio y repasamos el itinerario dentro de la mansión por última vez mientras él me acercaba el dispositivo al oído y lo probaba. Neutraliza y sube a la habitación de Yakov. Si fuera lo suficientemente tonto, no estaría en la sala de seguridad y sería más fácil. De lo contrario, podríamos quemar la casa con él dentro.

El conductor de nuestro vehículo nos hizo una señal y nos subimos al auto negro, acelerando por las calles de Chicago. Fuimos los últimos en irnos porque sabíamos que sin importar lo que sucediera, Dom se convertiría en el objetivo. Matar al Capo sería la misión de cualquier luchador de Bratva.

Cuando llegamos, el primer coche ya estaba en la entrada de la casa de Lugonov, atacando a los guardias de seguridad. Se suponía que había diez rusos divididos entre la parte delantera y trasera de la propiedad. No habría tantas dificultades con el calibre de nuestras armas.

Alguien le dio una descarga eléctrica al portón principal en medio de la confusión, la entrada estaba entreabierta. Descendimos a posición de ataque y continuamos a pie hacia el interior, sin encontrar resistencia. Dom susurró que me cuidara y yo le respondí que lo amaba antes de ponerme en una posición defensiva, atenta a nuestro entorno. Pietro disparó al único guardia de seguridad cerca de la puerta principal y me pareció extraño lo vacía que estaba la casa.

— Los hombres vieron salir a algunos guardias de seguridad más temprano. Yakov debió haber ordenado controlar los incendios — especuló por radio Ernesto, uno de los soldados que nos acompañaba.

— ¿Vaciaba la seguridad de su propia casa? — Pregunté con incredulidad. Este idiota obtendría su merecido.

Cuando encontramos la habitación vacía, nos dividimos para hacer un barrido. No había nadie en el primer piso, la oficina estaba vacía y no había ningún guardia de seguridad a la vista. Avanzamos por la escalera principal hasta las habitaciones del segundo piso, cada una a un lado, comunicándonos vía radio. Entré al pasillo de la habitación de las hijas de Vasily y escuché un gemido proveniente de uno de los baños de visitas. Genial, una de las hermanas. Abrí la puerta de par en par y apunté con el arma, frente a una cabeza rubia agachada en el baño, que me mostraba sus manos en forma de misericordia.

— ¿¡Svetlana!?

— ¿Eres responsable de todo? ¿Nos estás matando después de todo lo que hemos hecho por ti? — acusó con su fuerte acento, su mirada más herida que amarga. Quería creer que ella no lo sabía.

— ¿Está bien? — Pregunté más suave.

Tenía debilidad por ella a pesar de que siempre me trataba con frialdad. Cerré la puerta y me agaché junto a ella, con el arma todavía en la mano y sintiendo la mirada irritada de la mujer.

— ¿Me veo bien? ¡Desde que Vasily murió, Yakov quiere quitarme todo! Y ahora esto... ¿Tenía razón cuando te llamó ingrata?

— mintió Lugonov — la interrumpí. “Me alejó de mi familia. He estado aquí todo este tiempo

como su juguete privado.

— No... Nadia te acogió cuando ese italiano te dejó justo después de perder a Katerina. El traidor ordenó que la salvaran, me corrigió moviendo la cabeza como si estuviera diciendo tonterías, con ese aire de reproche al que estaba acostumbrada.

— ¿Quién es Katerina? — Pregunté con confusión antes de alzar aún más la voz cuando la mujer se negó a responder. — ¿Quién?

Svetlana estiró la espalda, todavía agachada, y me lanzó una mirada desafiante. Luego, miró el arma y, como si eso fuera suficiente incentivo, comenzó:

— Nadia tuvo una hija con Vasily. No sé exactamente cómo pasó, pero ella desapareció poco antes de que tú llegaras. Vasily quería deshacerse de ti, pero Nadia no lo permitió. Por eso permaneciste con ella tanto tiempo. Nadia no dejaría que nadie tocara a su pequeña. Nunca le quitaría a la hija de otra persona porque ella misma perdió a Katerina. El italiano aseguró que estaban todos muertos, que la niña no tenía familia.

— ¿Qué italiano?

—Vittorio, Víctor...

—¿Vitto? — Sugerí con odio en mi voz.

— Así es — confirmó y evaluó mi postura amenazadora, mirando una vez más el arma y preguntó en voz baja: — Por favor, no me hagas daño.

— ¿Qué sabes tú de esto, Svetlana? ¿Qué pasó después de que el italiano me dejó aquí?

— ¡Yo ya dije! —protestó.

—Vamos, Svetlana. Me debes esto...

— ¡No sé mucho, Lara, por Dios! — La mujer miró hacia la puerta como esperando un milagro, y luego de unos segundos de silencio, decidió revelar: — Estuve en la mansión ese día. Vasily llegó herido con un corte en la cara y quejándose de cómo el traidor había matado a parte de su familia, lo absurdo que le parecía. Entonces apareció este hombre en la puerta de la mansión con un bebé, diciendo que necesitaba ver a Pakhan.

— ¿Y Nadia?

— En la casa de ella. Dije que se sentía mal por Katerina", suspiró. — Mira, no sé qué pasó después, pero llegaste a la oficina llorando y saliste herida. Vasily te entregó a mí porque yo era una mujer y tú eras un bebé. Dijo que el italiano te disparó. Debería saber qué hacer, pero tú me conoces...

—Tú fuiste quien me entregó a Nadia—susurré para concluir.

— Era tan pequeña y tenía una herida de bala tan grande... Es un milagro que tu brazo haya sanado tan bien y que lo único que quedó fue esta fea cicatriz en tu hombro. Nadia no se apartó de tu lado y Vasily no quería molestarla. Después de Katerina...

— ¿Eso es todo? — cuestioné al sentir el nudo en la garganta. La mujer negó con la cabeza. Sentí la verdad en ella.

De manera retorcida, tuve tres madres. La cariñosa Eloisa, que fue pequeña en mi vida, Nadia y su dolor que se convirtió en amor, y la estricta y sin instinto maternal Svetlana. Debido a que Nadia me rogó que te mantuviera con vida, y cuando pasaron los años, se convirtió en un problema, la voz de Vasily volvió a mí minutos antes de su muerte.

Fueron estas mujeres las que aseguraron mi existencia, incluso cuando personas terribles como Lugonov y Vitto se desviaron de su camino para lastimar a un niño.

— No podemos saber más que eso, Lara. — Svetlana se encogió de hombros antes de declarar en tono más estridente: — Gracias a tu marido, ya no tengo a Vasily. ¡Gracias a él no sabrás toda la verdad!

Me levanté y caminé hacia la puerta, evitando darle la espalda a la mujer. Cuando puse mi mano en el pomo de la puerta, eché un último vistazo antes de hablar:

— Tengo una misión en esta casa, y si sobreviví a la Bratva fue gracias a ti y a Nadia. Hoy pago mi deuda. Quédate aquí hasta que todo termine, ¿me oyes? Nadie va a entrar a este baño.

Svetlana sacudió la cabeza con miedo y cerró la puerta detrás de mí. Sus ojos desesperados quedaron grabados en mi mente. Entonces Vitto fue el responsable. Maldito traidor.

Caminé por el pasillo de regreso a la escalera principal. En el tercer piso estaban las habitaciones de Lugonov y Yakov. Escuché pasos arriba, supe que era alguien de los Mancino por el movimiento de la radio. Los disparos aumentaron afuera, como si finalmente hubiera regresado la seguridad. Nuestro tiempo allí se estaba acabando. Había llegado el momento de buscar al hijo de Vasily.

Capítulo 26

Domenico

Lara, Pietro y Ernesto recorrieron las habitaciones del segundo piso, mientras Silvio y yo subíamos al tercero. Según el mapa de mi esposa, allí se encontraban las habitaciones de Lugonov y Yakov, mucho más grandes que las habitaciones del segundo piso, así como habitaciones seguras para la familia. Al igual que el resto de la casa, todo estaba vacío. Guardias de seguridad afuera, empleados escondidos.

Cuando llegó el primer equipo lograron capturar a algunas personas, pero no eran más que cocineros, limpiadores y todo tipo de personas encargadas de las tareas domésticas. La casa quedó desprotegida debido a un error de cálculo de Yakov.

— Hombres en el perímetro, comencemos de nuevo. — Lo escuché en la radio. Finalmente los rusos se dieron cuenta de lo que estábamos haciendo.

El primer cuarto pareció el de Lugonov. Vacío. Silvio y yo nos separamos, abrimos puerta tras puerta, sabiendo que al otro extremo del pasillo estaría el dormitorio de Yakov. Chicago ardió a través de las ventanas. El sonido de las sirenas de los bomberos invade la noche. La voz de Lara me llamó la atención en la radio. Estaba hablando con alguien de la Bratva. Me puso alerta, pero no parecía tener miedo. La conversación incluso parecía... amistosa.

El micrófono captó el fuerte acento que contaba la historia de mi esposa en esa casa. A pesar de estar bajo y distante, era posible entender las palabras. Me cabreó la forma en que le habló a Lara, como si mi esposa fuera una ingrata por apuntarle con un arma.

— ¿Qué italiano?

—Vittorio, Víctor...

—¿Vitto?

Maldito infierno. Sentí que mi respiración se acelerar al saber que mi tío sería el siguiente. Lo imaginábamos como un traidor, pero no como un secuestrador que dispararía a un niño a sangre fría. No aprovechó la caída de Vasily para planear robar el poder de la familia. Llevaba más de veinte años intentando, sin éxito, derrocarnos. La traición ardía en mi pecho y juré que Vitto Firenze sería el siguiente en mi venganza.

Lara apareció en el pasillo y me apuntó con el arma con alivio cuando me vio parado allí.

— ¿Escuchaste?

"Nosotros nos encargaremos de él", le aseguré. No podía dejar que el odio me llevara o no continuaría como habíamos planeado. — ¿Y ahora?

— Yakov tiene una habitación secreta, pero es mucho menos sofisticada que la tuya. Es una puerta secreta. — Ella sonrió. — Siempre pensó que podría usar el de su padre si fuera necesario. Creo que dejó a sus hermanas allí y se escapó.

— En la habitación de Lugonov no hay nada.

— Debajo de la cama hay una especie de trampilla. Revisemos la habitación de Yakov y regresemos si es necesario.

— Ningún explorador vio movimiento en todo el día. A menos que Yakov tenga una salida secreta, él está aquí", anuncié y Lara asintió en confirmación antes de dirigirse a la habitación al final del pasillo.

Entramos a una gran sala con decoración exagerada de artículos bañados en oro por todas partes. Le hice un gesto a Silvio para que hiciera guardia en el pasillo. A pesar de haber visto a

Yakov sólo de cerca en la boda y brevemente, sabía que era un hombre tatuado, dado a las cadenas y los dientes de oro. Un villano de película mala.

Lara señaló un lugar en la pared. Era una puerta oculta, como la parte trasera del armario que conducía al ascensor en el sótano de mi casa. Tomé la iniciativa y apunté el arma. Mi esposa vino detrás de mí y se dirigió hacia la estructura, golpeando con el pie y tirando la madera hacia atrás. Empezaron a sonar disparos y nos agachamos contra la pared tan pronto como la madera tocó el suelo. Esperamos la primera ráfaga de balas antes de gritar:

— Vamos, Yakov, la casa está rodeada.

— ¡Sal de mi casa, italiano! — gritó y salió corriendo.

El hombre se detuvo cuando encontró a Lara parada con el arma apuntándole. Tenía una mirada desesperada, y por unos segundos se limitó a analizarnos, apuntándole con las armas mientras el ruso sostenía una pistola con ambas manos, sudando nerviosamente.

— No tienes guardias de seguridad, Yakov. No me hagas desperdiciar balas —intentó racionalizar Lara.

— Sabía que ella estaba involucrada en esto — escupió Yakov las palabras, analizando a mi esposa. — la maldita italiana ha vuelto a la casa.

— Es un placer verte, Yakov — saludó de manera fría y burlona. — Fue bueno ver a tu padre tirado en una fosa de sangre. Es bueno pensar en ti de la misma manera.

— ¡PUTA! — él gritó. — Sabía que tener la hija de un traidor sólo nos traería problemas. Nos dijeron que mi padre te había disparado, pero veo que los que son malos son difíciles de acabar.

— Ya deberían estar acostumbrados a las mentiras. — Lara lo fulminó con la mirada y el hombre le puso una mirada enojada, luciendo acorralado. — Siempre supieron que mi padre no era un traidor y lo repitieron hasta quebrarme. Trajeron el problema a la casa.

— ¿Dónde están tus hermanas? — cuestioné, tratando de llamar la atención. El hombre estaba a un paso de dispararle a Lara y yo no iba a dejarlo.

— ¡No interesa!

— En la trampilla de la habitación de tu padre, ¿verdad? Vayamos a ellos — amenazó Lara y el hombre se puso más rojo de irritación, como si estuviera a punto de explotar.

— Ni se te ocurra, italiano — escupió. — Sabía que ese hombre sólo traería mala suerte. Desde que te trajo aquí, los Lugonov no han dejado de debilitarse. Mi padre era un idiota por confiar en un italiano, pero yo... yo...

— Se acabó, Yakov. Baja el arma. Deja de avergonzarte — lo interrumpí, apretando mis dedos en el mango.

Nos estaba molestando y cada segundo que estábamos allí estábamos más expuestos. Si llegara mi momento y actuará como una rata, como Yakov y Vasily, me avergonzaría de mí mismo. Caminaría hacia la muerte con orgullo.

— ¡CÁLLATE! — me gritó blandiendo el arma. — ¡VOY A MATAR AL CAPO!

Todo sucedió casi a cámara lenta después de eso. El gatillo, Lara corriendo hacia el ruso mientras apuntaba a Yakov. Dos explosiones secas. El hombre volando hacia atrás. Lara se desploma a mis pies sujetándose el costado. CARAJO.

—¡LARA! — exclamé mientras caía de rodillas junto a ella, viendo la malla negra tornarse roja en el costado de su torso. Muy rápido. Le pedí que no corriera ningún riesgo y allí estaba otra vez, matando a otro jefe de Bratva.

— ¿Por qué carajo disparaste? ¡Me dispararía!

— No lo dejaría. ¡No podría soportar que te disparara! — ella gimió en respuesta. —Esta es mi guerra. No iba a matar al Capo. No iba a matar a mi marido.

— Eres una idiota, Lara… — murmuré y sentí que se me hacía un nudo en la garganta.

Respiraba con dificultad y su piel se puso pálida rápidamente. La sangre siguió saliendo demasiado rápido, mojando mis dedos. El cuerpo de Yakov yacía a pocos metros de distancia, desfigurado como su padre. La mujer sabía disparar a las cabezas.

— ¿Alguien en la radio? Necesito ayuda, es urgente... Lara resultó herida.

— Estoy yendo. — La voz de Pietro llenó mis oídos.

— No te atrevas a desmayarte, princesa… Te castigaré si te pierdo — La amenacé y ella sonrió con un jadeo, sus manos manchadas de sangre aferrándose a las mías. Ella me dijo esas mismas palabras. La bala se había escapado del chaleco, goteando rojo a nuestro alrededor. Necesitaba atención urgente.

— Estaré muerto.

— Me voy a casar otra vez… Y también la voy a llamar princesa. Y voy a dejarla dormir conmigo y hacer que se corra todas las noches...

— Me juraste lealtad, Dom.

— A mi esposa viva. No mueras princesa… por favor… — Dije la última frase, tocando su frente con la mía cuando el ruido detrás de mí me hizo agarrar la pistola y apuntar. Pedro.

“La están esperando”, anunció. — Ya hay un coche afuera y el médico ha sido avisado.

— ¿Estamos a salvo?

“Ya basta”, aseguró.

Me levanté y levanté a Lara con cuidado mientras mi esposa respiraba superficialmente contra mi pecho. Sentí la sangre manchar mi camisa mientras bajaba las escaleras, tratando de hacerla sufrir lo menos posible. Pasamos junto a Ernesto y Silvio, que todavía estaban dentro de la casa esperando refuerzos.

Cuando llegamos al auto, Lara ya tenía los ojos cerrados. Los hermosos ojos verdes que me moría por ver. Me subí al asiento trasero, todavía apretando la herida, y Pietro se fue por las calles de Chicago. Debería preocuparme por el ataque y saber qué pasó con los incendios y mis hombres, pero en este momento mi prioridad era Lara.

Cuando la atendieran, descubriría lo que le pasó a Bratva.

Pero ahora, sólo ella me importaba a mí.

Menos de cinco minutos después, a toda prisa en el frío amanecer, entramos en una clínica en las afueras del lado sur de la ciudad. Siempre necesitábamos médicos y cirujanos, y éste fue uno de los que se llevó nuestro dinero para mirar hacia otro lado. Nada más abrir la puerta, a Lara la esperaba una camilla con un grupo de enfermeras. La atraparon gritando órdenes y yo me quedé atrás, viéndola desaparecer por la entrada de emergencia.

Durante dos segundos me apoyé contra el coche, sintiendo la mirada preocupada de Pietro. Me miré a través del cristal del lugar, que reflejaba mi imagen. Sangre en la cara, pero en las manos, en todo el cuerpo donde la tela oscura lo revelaba. La sangre de Lara. Mierda, mierda, mierda.

Pateé la llanta del auto y me agaché en el suelo, sujetándome la cabeza. Mi primo tomó mi hombro, me dio un apretón y me levantó hacia él, con los ojos rojos como si él también estuviera tratando de mantener su emoción.

— ¿Hablaste con alguien? — Yo pregunté.

— Le diré a mi padre y a mi tío Enrico, no puedo quedarme... — reveló. — Sé que es mi hermana, pero necesito irme.

—¿Vitto? —cuestioné.

— Sí. Ya escuchaste lo que dijo esa mujer. Le disparó a un bebé para demostrar un punto. Este bastardo debe morir”, declaró con voz fría. — Esperaré a que llegue algo de seguridad e iré tras

ese bastardo. Cualquiera que haya visto a Lara preparándose para la operación puede que se haya movido la lengua. Está intentando salir de la ciudad ahora mismo.

—Pusiste hombres detrás de él, ¿no?

— Pasó el día intentando conseguir un pasaporte falso. Sé exactamente dónde está y tenemos una deuda que cobrar pronto — comentó y volvió a darme una palmada en el hombro. — En cuanto ella salga, tenemos que organizar la venganza. Y ella saldrá... Sabes qué mujer fuerte tienes en tus manos.

—Perdió demasiada sangre.

— Después de que la amenazaste con una nueva esposa, ella volverá para atacarte con un abrecartas. Confío en el potencial de mi hermana. — Me dio una sonrisa impasible y me miró con los mismos ojos verdes que Lara, haciéndome confesar:

— Era ella una vez más, ya sabes...

— ¿Yakov?

— Me iba a disparar y ella se puso delante del arma y le dio al idiota.

— Creo que ella te ama — respondió con un ahogo.

— La voy a matar cuando despierte.

— Por supuesto que no lo harás. Será el marido bueno y amoroso del que todos bromearemos. — Su voz de repente se volvió espesa, como si estuviera tratando de controlar sus emociones. — Y volveremos a ser una familia, sin rusos ni traidores por todas partes.

Un coche con tres hombres Mancino estacionó en la clínica y Pietro se fue. Me senté en las sillas de espera y, al cabo de unos minutos, Fabrizio y Eloisa entraron corriendo, mirándome estupefactos. La mujer vio la sangre en mis manos y volvió a llorar. Mi tía ganó y perdió a Graziela tantas veces y, aun así, siguió poniendo su corazón en ello.

Fui al baño de la clínica y me lavé las manos, observando el líquido pegajoso correr hacia el agua. Tenía una expresión desolada, mis ojos estaban rojos por las lágrimas no derramadas y mi pecho estaba apretado. Necesitaba estar bien. Encerraría a Lara en la casa y ella nunca volvería a ver un arma. Nunca volvería a ponerse en riesgo. Nunca volvería a aplastar mi corazón.

Las dos en punto.

Pasaron dos horas hasta que el médico salió por la puerta con ropa quirúrgica, se detuvo frente a nosotros y anunció:

— Señor Mancino, ella está fuera de peligro. No fue una herida profunda y pudimos extraer la bala con tranquilidad. Solo atravesó la piel y no llegó a ningún órgano. Tu esposa tuvo suerte. Ha perdido sangre y está débil, pero el pronóstico es bueno.

Liberé el aire atrapado en mi garganta, sacudiendo la cabeza hacia el cirujano. Fabrizio me dio unas palmaditas en los hombros y abrazó a Eloisa. Me dejé caer en la silla y me puse las manos en la cara, sintiendo que las lágrimas finalmente fluían.

El Capo lloraba por su esposa. Un hombre se sintió aliviado de no perder a su esposa. Para no perder al amor de tu vida.

***

Media hora después vino a buscarnos una enfermera diciendo que podía ver a Lara. Me llevaron a una habitación con la camilla en el centro. Mi esposa estaba recibiendo algún tipo de medicamento por sus venas, tenía el torso vendado y su respiración era superficial.

Eloisa se cernía sobre su hija, como si tuviera miedo de tocarla, mientras Fabrizio permanecía a mi lado.

— No tuvimos pérdidas — anunció.

— Savio recibió un disparo en la pierna y Lino recibió un rasguño en el hombro. Hubo un contraataque cuando los rusos se dieron cuenta de nuestro plan de quemar la ciudad", explicó. — Pero todos estaban bien. Algunos soldados de Bratva están con nosotros, pero no sé si es necesario hacer algo.

— Los brigadistas de Vasily no tienen fuerzas suficientes. Corría el rumor de que intentarían derrocar a Yakov, pero no tenían un buen liderazgo. Esta noche parece que todo ha terminado.

— Fue más rápido de lo que esperábamos. Lara tenía razón al atacar los puntos de la ciudad. Ni siquiera sabían de dónde veníamos.

"Quema la casa", ordené. — Quema todo lo que puedas. Quiero que la Bratva sea reducida a cenizas en esta ciudad de tal manera que nunca puedan regresar.

— Considere hecho.

— Casi la pierdo, tío — anuncié con un nudo en la garganta, mirando a Lara inconsciente, aferrada al abrazo de Fabrizio.

"Nadie tendrá dudas de que ella es leal a los Mancino", declaró. — Graziela… Lara… siempre fue como un fénix. Ha estado yendo y viniendo del infierno muchas veces. No se dejaría derrotar por un idiota como Yakov.

—Nadie la tocará de ahora en adelante. Espía, soldado, lo que sea... Está jubilada.

— Me resulta difícil quitarle eso — se rió. — A menos que también dejes de correr riesgos.

— Con mucho gusto intentaré evitar exponerme si eso significa que Lara estará protegida. — Le di a mi tío una sonrisa torcida. — Tendremos un período de calma después de todo esto y pienso aprovecharlo.

— Te lo mereces... Ella se lo merece — añadió.

Fabrizio asintió y se acercó a Eloisa, haciéndole compañía mientras observaban a Lara en la camilla.

La pareja se fue al cabo de una hora y yo me quedé allí, cansado, un poco sucio de sangre y pólvora, pero sin poder alejarme de mi esposa. Las llamadas iban y venían – así como un mensaje de Pietro diciendo que nuestro plan había comenzado –, pero no me iría hasta que los ojos verdes me miraran una vez más.

— Te ves horrible. — El susurro llamó mi atención y levanté la cabeza, arrojando mi celular al bolsillo. Levanté la vista y la encontré con una expresión torcida, aturdida por la medicación.

— No eres mejor que yo — comenté y me detuve junto a ella, colocando mi mano en el rostro de la mujer en una suave caricia. — Eres una idiota, Lara. Podría haberse suicidado. ¿Y cómo estaría?

— No iba a ir a ningún lado... No cuando amenazó con poner a otra mujer en mi cama sólo porque te prometí lo mismo.

Exhalé enojado, irritado por la broma. La ira surgió y apreté los labios, conteniendo mi temperamento, y di un paso atrás, como si la pose intentara lastimarme.

— ¡Maldita sea, Lara… no lo sé…! — dije levantando las manos y sintiéndome impotente.

No me gustó la sensación. No me gustó nada allí. Cómo ella eligió por mí. Casi se suicida intentando acabar con Yakov. El ruso me tenía en la mira y se arrojó delante de una bala. Estaba seguro de nuestro amor en ese momento. Nunca lo cambiaría por otro. Me pondría en su lugar para no verla desangrarse.

Era peligroso enamorarse en nuestro mundo, los enemigos sabían que nuestras familias eran nuestros puntos débiles. Pero Lara seguiría luchando. Ella me hizo más fuerte y me dio más razones. Nunca tuve miedo de morir, pero nunca viví realmente. Los Mancino primero, los goles, los enojos... Y cuando ella entró inconsciente a ese hospital, entendí mis prioridades.

Amaba con locura a esa mujer a pesar de las mentiras, a pesar de los secretos. Me dedicaría a ella. Conociéndola. Destruyendo cualquier miedo que nos separara.

Vasili Lugonov ya no existía. Mi venganza (y la de ella) finalmente está completa. Y tendríamos un vacío en nuestras vidas que llenar, que convertir la ira que fluye por mis venas en algo más. Y la quería a mi lado. Con la personalidad que me volvía loca, con la manera valiente, feroz y protectora. Como mi esposa.

Y por eso me irritó el tono burlón en la voz de Lara. Sentir tantas cosas, tan vulnerable y ver que ella no parecía tan conmovida como yo.

— Oye... ven aquí — preguntó extendiendo la mano, esta vez de manera seria y solemne, como si pudiera leer el tormento que pasaba por mi cabeza. — Estoy bien, lo prometo. Simplemente actué sin pensar. Todo salió bien, ¿no?

— Yakov está muerto, los negocios de los rusos fueron incendiados y no perdimos a nadie. También ordené que quemaran la casa. Fue un buen día para los Mancino", dije mientras me sentaba a su lado, entrelazando sus dedos con los míos, todavía esperando que mi corazón se calmara. Nuestros anillos brillaban en la luz difusa del hospital.

— Vendrán días mejores — prometió. — ¿Y las hijas?

— Se llevaron a las mujeres y a los sirvientes. Fabrizio informó por mensaje que gritaban y lloraban sobre su ropa y sus joyas. Ni siquiera extrañaron a Yakov.

— ¿Aún no han descubierto que está muerto? — preguntó y yo negué con la cabeza. En algún momento lo diríamos, pero era mejor ganar tiempo. Lara se puso seria, sus grandes ojos verdes mirándome fijamente y preguntó: — ¿Y Vitto?

— Con Pietro. Después de que resultaste herida, salió a buscar al hombre. ¿Qué dijo esa mujer...?

— No puedo dudar de Svetlana. No tendría que hacerlo… — suspiró, girándose como buscando una posición, incómoda con la herida. Es bueno que ella aprenda a mantenerse alejada de las balas. — ¿Por qué no me dejaste? Me equivoqué por todos ustedes.

— ¡¿Estás loca, mujer?!

— Por más que soy familia, también los traicioné. Yo también hice que toda esta mierda sucediera. Que mi cuerpo desapareciera en medio del fuego no sería un problema.

— Sabes… no puedo deshacerme de ti. Y tenía muchas ganas de hacerlo. Enamorarse de un ruso...

— ¿Pasión? — me interrumpió con una sonrisa en su rostro y ese suave gesto empezó a calmarme. Lara Mancino tenía ese poder en mí.

Ya había declarado mi amor cuando acepté participar en ese plan. Como ella me dijo, estábamos jodidos. De lo que no se dio cuenta fue que estábamos jodidos el uno con el otro. Como una conexión inexplicable. No importaba si casi nos traicionábamos, si era una espía de Bratva. Mataría por ella. Me dejaría matar. La protegería, porque Lara era mía. Porque yo era intensamente suya, sin importarme cómo llegamos allí.

— Bebé — corregí en un susurro y le di un suave beso en los labios a Lara — pero no hables de eso en voz alta. Capo no puede tener sentimientos tan tontos. Puedo protegerte, ser celoso, feroz con mis deseos. Pero el amor es una debilidad.

"No es una debilidad", protestó. — Le disparé a Yakov por ti. Haría cualquier cosa por ti... Te amo, Dom.

—Es mi señora, mi reina. — Tragué fuerte. — Sé que prometí dejarte ir, pero no puedo. Te necesito a mi lado. Prométeme que no te irás.

— No quiero ir a ningún lado — aseguró haciéndome sonreír. — Me quedaré donde se supone

que debo estar. A tu lado.

— Quizás nunca tengamos paz — le advertí y ella negó con la cabeza, su mirada fija en la mía antes de decir las palabras que sellaron todo:

— Pero podemos ser la paz de cada uno en medio de la guerra.

Capítulo 27

Domenico

Empezaba a amanecer y le pedí a Fabrizio que volviera a la clínica. Lara se volvió a dormir y necesitaba partir hacia uno de nuestros cobertizos, donde Pietro y Vitto me esperaban. Conduje por las calles de Chicago escoltado por algunos hombres, pero no ordené a nadie que entrara al lugar. Este era un asunto de familia.

Estábamos allí de nuevo. Un hombre sentado. El olor ocre de orina y sangre de tantos otros que pasaron por el mismo lugar. Mi intención era que nadie se enterara de lo que realmente estábamos haciendo. Aprovechamos la confusión para desaparecer el cuerpo de Vitto y culpar a los rusos. Sería una buena versión para la cúpula. Uno que llevamos a la tumba si fuera posible.

— ¿Estuvo todo bien? — le pregunté a Pietro, quien se limitó a negar con la cabeza. Me envió un mensaje de texto sobre su hermana y parecía más tranquilo ahora que sabía que su esposa estaba fuera de peligro.

Tenía la sangre de Lara en mi ropa –al igual que mi primo– y el olor a pólvora en el leotardo negro que llevaba. La sensación era de haber vivido mil vidas cuando pensé que la perdería. Esa noche había comenzado muchas horas antes.

— Cuando todo esto termine, creo que me tomaré un tiempo para mí.

— ¿Cómo viajar? — Bromeé. — ¿Tú, que nunca has salido de Chicago?

— Dejando a la familia — reveló con expresión seria. — Al menos un rato. Todo lo que pasó con Graziela... Lara —se corrigió— me transformó en el hombre que soy. Un monstruo. Me gusta la sangre, tomarme la justicia por mi mano. Y ahora ella ha regresado y todo fue en vano.

— No seas idiota, Pietro. No fue en vano.

— Al menos hasta que tenga la cabeza clara. De todos modos, nunca abandonas a la mafia.

— Odiamos ese nombre, ¿no? Mafia. Parece sórdido", me reí, "cuando es sólo… un negocio familiar.

— Es serio, Dom. Necesito tiempo, y ahora que las cosas se están calmando y Lara ha regresado, finalmente puedo hacer esto.

Sacudí la cabeza ante esas palabras, intercambiando una mirada de complicidad con mi primo. De Cada asesinato parecía quitarle años a nuestra juventud. A los treinta años, tenía una apariencia más experimentada que la de las personas al borde de la muerte. Lo vimos todo. Hicimos de todo. Y había un límite para cualquier hombre. A Pietro siempre le ha gustado la violencia, traer la redención a través de sus instrumentos. Siempre fue el buen soldado: mejor puntería, mejor voluntad, mejor concentración. Nos las arreglaríamos, porque la familia siempre le daría la bienvenida. No nos abandonamos el uno al otro.

Mis pensamientos volaron cuando vimos movimiento a unos metros de distancia. Vitto se despertó repentinamente y miró sus manos atadas a la silla. Ese hombre se casó con nuestra tía Rosa, tuvo una hija de trece años y era familia. Y, sin embargo, conspiró a nuestras espaldas durante años, tratando de derrocar a los Mancino y apoderarse de su negocio.

Pietro lo miró con expresión maníaca, dispuesto a avanzar hacia él, pero necesitábamos respuestas. Puse mi mano sobre el pecho de mi primo y él dio un largo suspiro antes de regresar a su agradable sonrisa, la expresión de que nada podía sacudirlo. Pietro volvió a su persona. El ejecutor. El hombre que se cobró la vida.

— Hola tío — saludé y me detuve frente a él con los brazos cruzados.

— ¿Aún con las locuras del traidor? ¿Crees que soy yo? Esto va a terminar mal, muchachos. La familia no reacciona bien ante un ataque a uno de los nuestros —amenazó, debatiéndose en su silla.

— ¿Es cierto? ¿Es por eso que ocultaste todo lo que hiciste?

— Yo no lo hice...

Pietro cortó las palabras del hombre colocándole una bolsa en la cabeza, sosteniendo la superficie contra su boca y casi robándole todo el aire al anciano antes de quitársela. Los ojos de Vitto se abrieron, tratando de respirar cuando la bolsa salió, su corazón temblaba con fuerza mientras dejaba que el miedo se filtrara en su expresión. Retorció los dedos, como si buscara una manera de escapar. Estúpido.

— ¿Intentémoslo de nuevo? — Sugerí y tomé una silla para sentarme frente a él. — Y ahora ¿hiciste algo?

— Estás enfermo... — murmuró, todavía sin aliento. — Recuerdo las estupideces que hacían cuando eran jóvenes... Lo que hiciste tú, Domenico. Nadie confiará en ti después de saber que me secuestraste. ¡Que están torturando a un Mancino!

— Vamos, tío, no eres un Mancino. Te casaste con un Mancino, pero nunca será el Capo. No es así como sucede, ya sabes...

— Bueno, tú… — intentó escupir y yo estiré la mano dándole un fuerte bofetón que hizo que la cabeza del viejo rebotara hacia atrás.

— ¿Por qué le entregaste a Graziela a Vasily? — exigí.

Sentí que mis ojos se contraían de rabia y mi mandíbula se endurecía. El mismo enojo proveniente de mi prima. Tal vez mi tío se convertiría en mi saco de boxeo, pero no sabía si Vitto podría soportar una paliza antes de las preguntas. Necesitábamos controlar nuestro temperamento si queríamos la verdad.

—¿De qué estás hablando, muchacho? ¡Todos se volverán contra ti!

— Esa noche murió mucha gente nuestra. Incluyéndote a ti", anuncié. — Dependerá de ti cómo suceda.

— Estás loco, Dom. ¿Qué diablos estás haciendo?

— Vasily entró en la casa, tía Eloisa lo atacó y él le disparó. Pero el bebé no sufrió daños. ¿Qué sucedió?

— Yo no... — La bolsa volvió a caer.

Vi al hombre luchar. Una vez más buscó aire, olía a pánico mientras los ojos de Vitto recorrían el almacén en busca de ayuda cuando Pietro se alejaba. Miró al suelo, con el pecho agitado. Fue la escoria la que destruyó parte de la vida de mi esposa.

— Sabemos la verdad, tío. La pregunta es: ¿por qué dispararle a una niña? ¿Por qué convertirse en informante de los rusos?

— ¡No soy un traidor! — afirmó irritado.

— Cuando me enteré de lo que estabas haciendo me enojé, mucho enojo... Pero ahora no quiero perder el tiempo contigo. ¿Tienes compañeros, tío? ¿Lo sabe la tía Rosa? ¿Lidia, tal vez? — Empecé mencionando el nombre de mi prima. No serviría de nada, pero no necesitaba saberlo.

— ¡Yo no...! ¡JODER, PIETRO! — gritó el hombre.

Pietro perdió la paciencia. Se volvió hacia la mesa y, de un solo golpe, cortó los dedos meñique y anular que sujetaban el costado de la silla. Vitto se miró la mano ensangrentada y luego se giró hacia un lado, vomitando sobre su camisa. El olor a ocre invadió la habitación mientras mi primo parecía listo para seguir cortando al hombre pieza por pieza. Muy enojado.

“Podríamos hacer esto todo el día, dejándolo sangrar aquí como un cerdo. Ya lo sabes — dije con voz tranquila y me crucé de brazos, esperando. El subjefe traidor nunca fue un hombre de lucha. Siempre tuvo contactos que garantizaban su circulación en la ciudad. La violencia no era el punto fuerte de mi tío.

— JODER, ESTÁ BIEN… ESTÁ BIEN — gritó antes de bajar la voz y mirarme. — Le disparé a la chica, ¿es eso lo que querías saber?

— ¿Por qué?

Vito guardó silencio. Pietro se acercó de nuevo a la mesa y encendió la antorcha. Mi tío sabía lo que pasaría. Mi primo iba a cauterizar las heridas con fuego para mantenerlo más tiempo en el galpón. Mi albacea no tenía la misma prisa que yo.

—Va a parar, ¿no? Sólo dispárame, Dom. Termina con esto — gimió mientras veía la llama encender la expresión maníaca de Pietro.

Mi primo hizo un ruido como un gruñido. El hombre acaba de confesar que le disparó a su hermana. No sabía por qué a Vitto le sorprendió su enfado.

— ¿Le disparas a un bebé y quieres clemencia? — cuestioné molesta. — Vamos: ¿encontraste a la tía Eloisa ensangrentada y pensaste que era buena idea matar a Graziela mientras estaba inconsciente?

— No… así no fue como pasó…

— ¿Y cómo sucedió? — Pregunté, sintiendo que el odio se apoderaba de mí. Una niña pequeña herida por la ambición. Vitto se limitó a negar con la cabeza, como si no quisiera continuar: — ¿CÓMO PASÓ?

Cogí la plancha caliente en un extremo de la habitación. Presioné el extremo afilado contra el hombro de mi tío. El mismo hombro en el que se atrevió a lastimar a Lara. Quería que mi ejecutor se calmara, pero yo estaba allí pinchando al hombre como si fuera un pincho de barbacoa. El olor a carne quemada me hizo sentir mejor y los gritos resonaron por todo el almacén. Más vómitos, más gemidos, gritos, súplicas de clemencia.

— Yo juro...

— Vamos, tío, ya sabes las respuestas que debes dar — comentó Pietro, todavía sosteniendo el soplete. La respiración del hombre comenzó a acelerarse sabiendo que por muy sediento de sangre que fuera, mi primo sería incluso peor que yo.

— Todo lo hice solo, te lo juro... No toques a Rosa y Lidia.

— Eso dependerá de lo que digas aquí. Sepa esto.

Vitto frunció el labio con disgusto. La mano sangraba, el olor a vómito llenaba el aire, impregnado del aroma de carne quemada. Estaba seguro de que se cagó en los pantalones porque estaba muy asustado. Era un patético hombre de sesenta años que, durante más de la mitad de su vida, quiso robar lo que no era suyo y mató gente en el camino. Y cuando llegó el momento de pagar, gritó como un niño pidiendo la misericordia que no tenía para con los demás.

Saludé a Pietro. Se dio cuenta de que Vitto estaba a punto de desmayarse. Si usábamos el soplete, el hombre lo apagaba sin responder a nuestras preguntas.

— Ayudé... te juro que ayudé. Vasily llegó un día antes y supo que se trataba de una emboscada. Cancelaron la reunión y hablé con el ruso para sorprenderlos... Pero sabía que estaban listos para recibirlo. Y murió como pensé que moriría: escupió las palabras rápidamente.

— Le tendiste una trampa a tu socio, ¿fue eso? ¿Querías acabar con la Bratva tú mismo?

— Un agente doble… Lo juro… ¡Estaba pensando en la familia! — gimió una vez más.

Eso fue increíble. Cuando no pudo derrotarnos, decidió probar suerte con ambos bandos. Algunos Mancinos podrían morir, como Vasily. Y estaría protegido viendo arder el circo porque

nadie conocería su secreto aparte de Lara. Qué hombre tan bajo.

— ¿Por qué le disparaste a Graziela? — preguntó mi albacea detrás del traidor y llamó la atención de ambos. El anciano tenía una expresión de pánico, como si esperara el próximo movimiento de mi primo.

Con calma, apagó la linterna y se centró en sus objetos favoritos. Desde su banco tomó los alicates y tocó el dedo de nuestro tío, dispuesto a romper algunos huesos más antes de recibir su respuesta. Pietro apretó cada vez más, pero Vitto permaneció en silencio, mirándome a los ojos sentado frente a él.

Yo entendí.

Sabía que cualquier cosa que confesara nos enojaría más que el silencio. Me sentí disgustado por ese hombre. Es una pena tenerlo durante todos los años en nuestra familia. Cuando se escuchó el chasquido de los alicates y mi tío gritó, dejó de mantenerlo en secreto:

— Vasily quería una prueba de confianza. Yo... le sugerí el almuerzo del domingo, pero no pudo hacer lo que le pedí.

— ¿Y qué pediste?

— Termina con esto, Dom, por favor… — gimió el hombre impotente, patéticamente.

— QUÉ. TÚ. ¿PIDIÓ? — rugí y me levanté estirándome, sobre él.

— Mata a Enrico y a cualquier otro niño de la familia.

—Para que tu pudiera hacerte cargo de los Mancino, ¿no? — Le volví a abofetear al anciano. — ¿ES ESO?

— Pero no pudo localizar a Enrico ni a ti... ni a Pietro. Sólo enardeció a la familia contra los rusos. Entonces aparecí con Graziela en brazos exigiéndole que hiciera algo. Atraer a Capo a una emboscada para atrapar a la niña, lo que sea... Él quería sacar a Enrico del camino, y yo quería poder hacerlo.

—¿Qué pasó, Vitto?

— Él se negó — añadió el hombre sin aliento. — Dijo que yo era escoria por involucrar a niños en mi ambición. Una mierda...

— No puedo estar en desacuerdo con Vasily.

— Yo estaba tan enojado. ¡Hice todo y él no pudo corresponder! Coloqué a la niña en la mesa de la oficina y le disparé a quemarropa; el hombre confesó y escuché el ruido antes de verlo. Mi primo cayó con el cuchillo en dos dedos más de la otra mano sólo por esa declaración. — MIERDA...

— ¿Y qué más?

— Dom... — susurró impotente.

— ES LO QUE. ¿MÁS? — Me acerqué observando el patético rostro de Vitto. Tenía lágrimas y la expresión de dolor le retorcía el rostro.

— Vasily me llamó loco. Anuncié que había decidido nuestro futuro por él. Ahora teníamos una guerra y él me necesitaría. Me echaron y cuando recibimos el cuerpo de la niña pensé que el ruso había terminado el trabajo.

— ¿Viste a mi tía llorar por una niña quemada y no dijiste nada? ¿Era eso? ¿UN PUTO TRABAJO?

— Ella está muerta. Deja a la chica en paz — pidió sin aliento.

— Vasily se hizo cargo de la niña — dije, escupiendo cada palabra con irritación. — La llamó Lara y la colocó dentro de nuestra casa. Es mi esposa, Vitto. Intentaste matar a mi esposa.

— Es mi hermana — añadió Pietro irritado.

— No quedará así, Dom — amenazó patéticamente.

— Ve, porque nadie confía en ti. Puede que no les guste al Capo, pero nunca se quedarían a su lado y lo sabes.

Mi tío me miró con puro odio. Él sabía. Estaba acorralado y esos fueron sus últimos minutos. Pietro echó hacia atrás el cuello de Vitto. Ya tuvimos suficiente.

— No lo sabía... Te juro que no sabía que ella era Graziela — suplicó Vitto.

Mi primo me miró fijamente, buscando permiso. Sacudí levemente la cabeza y lo vi degollar al traidor, que cayó hacia adelante. Olor a sangre. Olor a suciedad. Olor a muerte.

Teníamos un último punto.

Ahora había llegado el momento de empezar de nuevo.

Capítulo 28

Lara

Las cosas no terminaron como el final de una película, donde los buenos derrotaron a los malos – y seamos realistas, el negocio de la familia Mancino nos dejó mucho más cerca de los villanos que de los héroes. Mientras estaba en el hospital, Vitto fue asesinado, Pietro desapareció y Dom tuvo que enfrentarse al consejo y explicar su decisión de irrumpir en la casa de los Lugonov.

Me di cuenta de que no era el caballo de Troya de Bratva, la reina que acabaría con un ejército. Yo era un fénix, resurgiendo de las cenizas después de lo que me hicieron... después de un disparo que casi me mata. Después de ser una Lara miedosa y con sed de venganza después de tantos años. Necesitaba saber quién era esta mujer y el tiempo que pasé en el hospital me ayudó a aclararme la cabeza.

Domenico venía todas las noches y dormía profundamente en la cama del hospital, diciendo que allí era donde debía estar. El hombre que casi nunca dormía a mi lado y que ahora se dejaba descansar con toda la confianza del mundo. No se quejó, porque le gustaba la calidez de su abrazo. Porque por primera vez en mi vida comprendí que podía bajar la guardia y simplemente descubrir cómo vivía el resto del mundo. Cómo ya no estaba en una batalla constante en terreno enemigo.

Mis padres me visitaban a diario y pasaban horas conmigo. No podía tratarlos como padres, pero en secreto me encantaba escuchar sus voces sobre pequeñas cosas: historias de la infancia, cómo resultó la vida después de que me fui, lo que olvidé cuando estaba con ellos. Era demasiado joven para recordar algo, pero el tono de su voz tranquilizó mi alma. Como si, en el fondo, ya hubiera escuchado ese timbre en mis primeros años de vida.

La organización pensaba que Vitto fue asesinado durante el contraataque a la Bratva y que murió como un héroe. Rosa y Lidia lloraron por él e incluso se realizó un funeral con honores. Incluso sin cuerpo. Porque Pietro y Dom desaparecieron con lo que quedaba del hombre.

Mi marido me contó todo lo que hicieron y las confesiones, aunque todavía no tenía sentido. Disparar a una niña a cambio de un apoyo que nunca llegó. Prepárate contra Vasily para intentar acabar con el Capo y Pakhan a la vez. Vitto consiguió el final que merecía. Era una locura que incluso Vasily pareciera tener más humanidad que el ex subjefe de Mancino.

O fue Nadia todo el tiempo, me obligué a recordar.

Cuando Svetlana me habló de Katerina, todo hizo clic en mi cabeza. Nadia me crió como a su hija en los primeros años. Ella era mi mundo. Hasta los ocho años sólo conocía la casa de la ex amante de Vasily, pero tampoco reconocía el lado feo de la vida. Ella me cuidaba, cantaba, jugaba y en ocasiones desaparecía, dejándome al cuidado de otras mujeres, como Svetlana. Quizás fue su momento con el jefe de la mafia rusa. Tal vez sólo necesitaba que le recordaran que yo nunca fui suya.

Esa fue la mayor cantidad de respuestas que obtendría. Con todos los involucrados muertos, no sabría con seguridad qué red de intrigas me convirtió en espía de la Bratva. Podría ser tan suave como Eloisa, si no hubiera sido secuestrada, una dama perfecta que nunca fue arañada por el mal del mundo exterior. Pero en lugar de eso luché y luché y nunca dejaría de ser la mujer que mató a dos Bratva Pakhans. Aunque la mayoría de la gente pensaba que era Dom.

Estuvieron dos semanas en el hospital y dos más en casa, con órdenes expresas de no

levantarse. Era una herida superficial, pero que tendría dificultades para sanar si me movía todo el tiempo. Al final del período tenía tanta necesidad de ver la luz que cuando Eloisa se ofreció a llevarme al salón de belleza para devolverle el color natural a mi cabello, lo acepté como si fuera una oferta de algo mucho más. mayor que.

Sonrió a través del espejo cuando todo terminó, como lo hizo Svetlana la primera vez. Pero en lugar de felicitarse por el buen trabajo para Vasily, Eloisa mostró los ojos enrojecidos por las lágrimas no derramadas y reveló que me parecía a su madre, la abuela que nunca conocí. Era curioso cómo nos parecíamos aún más con el cabello castaño oscuro.

La mujer intentó acercarse, con sus sonrisas tímidas y su gran corazón. Tendríamos un largo camino por recorrer.

Más tarde esa tarde, sentada en el jardín, disfruté del atardecer viendo a Toni correr sobre sus cortas piernas. Los guardias de seguridad ya no me miraron con recelo después de enterarse de que el Capo me había disparado y que era la hija perdida de Fabrizio. Dom se propuso anunciarlo a la alta jerarquía después de la invasión de la casa de los Lugonov.

Nadie tendría muchas respuestas sobre mi secuestro, porque tampoco deberíamos saber cómo terminé viviendo con la Bratva durante tantos años. Cómo Vitto traicionó a los Mancino. Pasaría un largo camino antes de que olvidaran que llegué a está casa siendo rusa, pero al menos ya no escucharía los insultos susurrados al encontrarme con los jefes en los pasillos solo para tratarme como un inconveniente.

El trabajo que comenzó con la cabeza de Francesca contra el fregadero pareció consolidarse luego de arrojarme frente a una bala dirigida al cabeza de familia. Quizás Dom los amenazó una vez más. Quizás poco a poco se estaba ganando el respeto.

Estábamos de nuevo en casa. Domenico me preguntó si quería salir de la mansión, pero no tuve problemas con esas paredes. Las personas eran malas, las cosas no. Podrían atacarnos una vez más, intentar invadir nuestra residencia. Y ahí estábamos preparados.

La casa consiguió un sistema de seguridad aún más reforzado, nueva decoración para cubrir la masacre y pudimos empezar de nuevo. Incluso las habitaciones tenían fotos y una decoración más parecida a la de nosotros dos, en lugar de las paredes blancas de cuando llegué.

No dejaría que Vasily arruinara nuestra casa. Pasó demasiado tiempo influyendo en mis pensamientos.

— ¿Cómo te sientes? — La voz de Dom llamó mi atención.

Levanté la cabeza para encontrar su sonrisa torcida, sus ojos azules y su cabello oscuro peinado hacia atrás. Incluso casi seis meses después de la boda, todavía sentía el impacto de ese hombre de traje con los tatuajes que se escapaban de su ropa formal. Mi anillo de bodas brillando en tu dedo. Me encantó verlo con su estilo sobrio y sus diseños salvajes, como una dicotomía que sólo podía vivir dentro del mafioso serio y sanguinario Domenico Mancino.

— Aburrida — respondí y él se sentó a mi lado, depositando un suave beso en mis labios.

— La triste vida de la espía asesina retirada — bromeó.

— Quizás debería aprender algo tonto, como crochet.

— Tanto tú como yo sabemos que cualquier cosa que requiera un poco de paciencia debe ser eliminada de tu lista — añadió con una sonrisa.

— Quizás bebés... Nuestra vida sería menos monótona con niños.

—¿Me estás pidiendo hijos, princesa? — Él me sonrió.

— ¿Crees que no sé que has estado intentando dejarme embarazada desde que entré a esta casa? — Respondí con una risa suave pegada a mis labios.

— Sigamos intentándolo por un bebecito tatuado.

— No creo que así se hagan los tatuajes.

— Sólo sé cómo hacerlos, princesa… — Me subió a su regazo. — Y ahora me muero por llevarte a la cama. Me gustó el cabello. Por increíble que parezca... eres más tú. Creo que dejo de gustarme las rubias.

— Te gusto, idiota. No mujeres de cabello oscuro", le susurré al oído.

— Tal vez necesites ser castigado por hablarle así a tu Capo.

— Serás castigado si miras a otra como me miras a mí — amenacé. — Sé manejar varios tipos de armas y soy rápida...

Dom se puso serio y me acercó a él en un beso hambriento. En las últimas semanas había actuado de esa manera, como si cualquier cosa que dijera disparara todas las posibilidades de lo que podría haber sucedido. Si ambos nos perdiéramos en medio de la guerra de italianos y rusos.

— Mis ojos son tuyos, mi amor. Mi alma es tuya — declaró Dom. — Eres mi dueño.

— Y tú a mí. Total y completamente—suspiré y coloqué mi frente contra la suya, sintiendo fastidiar la cicatriz. La piel todavía se está estirando y tratando de adaptarse.

— A veces pienso en cómo sería — reveló — si me criaran como mi prima.

— ¿Crees que tendríamos algún amor prohibido? — sugerí con curiosidad.

A pesar de la creación, nuestra relación era más distante de lo que él indicaba. Mi madre biológica era prima del difunto padre de Dom. No fue tan escandaloso como parecía bromear.

— Me volvería loco como tú si me hubieran criado como un Mancino. — Me besó en la frente y entrelazó nuestros dedos antes de continuar: — Es difícil creer que Vasily cuidó de ti.

— Lo que hizo fue no importarle — lo corregí. — Tenía una gran mierda entre manos. Una niña secuestrada y una guerra declarada. ¿Imagínate si hubieran descubierto que estaba yo allí? Durante años, dejó que Nadia me cuidara hasta que me necesitaron. Si pudiera adivinar los motivos, creo que sólo me dio como regalo para su amante, como un animal herido. Como si alguien regalase un collar caro o unos bombones.

—Y de alguna manera te dispararon muy pequeña y sobreviviste.

— La cicatriz está aquí, junto con la nueva que adquirí... Las que adquiriste tú. Y tengo los que nadie puede ver.

— ¿Dos rotos hacen uno entero? — preguntó de forma agridulce.

— Dos personas destrozadas se entienden mejor — lo corregí. — Quizás otra mujer en mi lugar se acobardaría. El primo Mancino, de crianza suave, se encogería ante ti. Muchos hombres lo harían, pero no voy a huir, lo prometo Dom.

"Me he estado preguntando si quieres calificarte como Mancino", sugirió, con ojos curiosos.

— ¿Un tatuaje? — Lo miré con curiosidad. — Pero las mujeres no pueden...

— Eres un soldado. Dispara mejor, seduce mejor -se rió— y es tu familia. El tatuaje no debe estar en un lugar visible, pero se puede hacer. Después de lo que pasó para volver con nosotros, es una señal de que realmente quiere ser Mancino.

— ¿No es suficiente ser la esposa del Capo?

— Puede ser. —Se encogió de hombros. — Sólo quería hacerte feliz, tener un lugar al que perteneces después de todo el drama de tu secuestro.

"Tengo un lugar al que pertenezco", sonreí. — Tú.

Dom me dio una sonrisa tímida y suavemente me acercó aún más.

— No digas estas cosas en voz alta. Todavía no puedo tocarte.

— Ahora puedes ser creativo — bromeé y él me abrió los ojos con sorpresa, como si estuviera feliz de esperar.

Deseé a ese hombre cada vez que veía más de un pie de tatuaje. Necesitaba alivio. Y siempre

me dejó necesitado de su cariño. No habíamos hecho el amor desde nuestra pelea así que no participaría en la misión en la mansión de Lugonov.

— ¿Qué tan creativo? — cuestionó, sus ojos brillando de deseo.

— Si vas muy despacio y asegúrate de que no me mueva mucho.

"Hacer el amor lentamente", concluyó.

— Pensé en algo que pudiera mantenerme en el lugar... como cuerdas.

Domenico se levantó de un salto y me sentó en su regazo con una mezcla de delicadeza y urgencia. Me reí a carcajadas cuando entró a la casa y subió los escalones de dos en dos, recibiendo una mirada curiosa de los guardias de seguridad.

— ¿Por qué siempre eres tan tentadora, princesa? — preguntó, su erección se aferraba a mí, y supe que, a pesar de tener cuidado, sería rápido.

Cuando me colocó en la cama y, con los ojos muy abiertos, levantó mis muñecas, sonreí. Dolor y placer. Violencia y catarsis. Dom me entendió. Nunca tendría una vida normal y él fue capaz de darme eso. Como mi rey. Como el hombre que finalmente me dio un hogar.

Epílogo

Lara

Lo haríamos una vez más.

El último año ha sido un repleto de pequeñas cosas que hicieron que las semanas y los meses pasaran rápido. Con la Bratva reducida a cenizas, nuevos grupos intentaron invadir los puntos dejados atrás. La sangre continuó derramándose hasta que finalmente terminó la partición. Los Mancinos se adueñaron de gran parte de lo que quedó atrás, pero los irlandeses y los hombres del club de motociclistas también ocuparon algo de espacio, respetando el territorio, como siempre debió ser.

Caímos en un momento de calma, pero Domenico salió victorioso del otro lado: la alta dirección pensaba que era un hombre fuerte, tenía más apoyo de los soldados y capitanes por haber acabado con la mafia rusa en Chicago, y la familia empezó a respetarme. Cualquiera que estuviera en la frecuencia de radio la noche del asesinato de Yakov sabía que yo recibí una bala por Dom y me enfrenté a la Bratva al lado de mi marido.

En la primera fiesta después de todo lo sucedido, recibí sonrisas y palabras amistosas, y fue tan surrealista que esperaba que la primera persona anunciara que era una broma cruel y me llamara “puta rusa”. No pasó. Con el paso de las semanas, gané más espacio en las reuniones de mujeres y fui realmente escuchada, elogiada y seguida. Incluso Francesca mantuvo las distancias y pareció estar de acuerdo con algunas de mis declaraciones.

Domenico ordenó a Silvio y Ernesto que me acompañaran a todos lados. Ese día habían demostrado ser dignos de confianza y la locura de Paolo parecía un asunto olvidado. Mi marido nunca volvió a hablar de sus sospechas. Él creyó en mí. Sabía que nunca lo traicionaría. De eso ni siquiera era capaz porque sólo él despertaba mi locura.

Poco a poco, y con la revelación de que yo era hija de Fabrizio y Eloisa, se produjo un caso de amnesia colectiva: ya nadie hablaba de cómo llegué a la familia. De todos ellos, Domenico salvó a la hija de su tío de las garras de la Bratva y se enamoró en el proceso. Escuché esta historia contada con una sonrisa en mi rostro. Finalmente demostré mi valor, a pesar de que la gente había olvidado la forma tumultuosa en que sucedió todo.

Y luego me saqué el DIU y a los pocos meses estaba esperando un bebé. Fue una experiencia surrealista. Siempre quise que me cuidaran y ahora tendría a alguien a quien cuidar. En el fondo tenía miedo de ser mala madre por todo lo que pasó, pero tenía una gran familia a mi lado. Estaba Dom. Estábamos abrazados en la cama, desnudos después de hacer el amor y listos para dormir. Me quejaba de estar cansada todo el tiempo, pero la falta de entrenamiento y la lesión me quitaron la poca resistencia que tenía. Como esposa del Capo, fueron meses sin libertad por miedo al secuestro hasta que las cosas se resolvieron.

— Quizás deberías hacerte una prueba de embarazo, princesa…

— ¿Crees? — No lo había pensado.

— Esos pechos están más grandes — respondió entre risas, apretando mi pecho suavemente y haciéndome gemir por la sensibilidad.

— ¿Qué pasa si estoy aumentando de peso? Ahora que les agrado, los empleados se acuerdan de prepararme la comida — comenté en tono de broma y Dom me miró molesto. Odiaba recordar la época en que la gente tenía miedo y estaba enojada y me evitaba como a la peste.

— ¿Y si no? — preguntó y me tomó entre sus brazos para cerrar mis ojos de inmediato.

Escuché retumbar la luz de Domenico al mismo tiempo que comencé a revisar mi ciclo, cada síntoma y me convencí de que necesitaba un examen.

Hice eso mientras mi esposo dormía profundamente. Solía decir que tenía problemas para dormir, que pasaba horas con el saco de boxeo en el gimnasio, pero desde que empezamos a dormir juntos todas las noches parecía estar curado. Siempre fue el primero en dormir, tan dedicado y confiado.

A la mañana siguiente, les pedí que me hicieran una prueba en la farmacia, que resultó positiva. Cuando se lo dije a Dom, él simplemente me dio una de sus muchas sonrisas sinceras guardadas sólo para mí. El idiota lo logró, lograr su objetivo de dejarme embarazada y se enorgulleció de mostrar su virilidad.

Y luego, cuando se lo contamos a la familia, Enrico sugirió que nos volviéramos a casar para que no hubiera dudas sobre nuestra relación. Él y yo estábamos tratando de empezar de nuevo. Ya no teníamos motivos para molestarnos y el año pasado fue un intento de establecer relaciones con la familia, excepto con Pietro, que desapareció poco después del asesinato de Vitto.

Vivíamos en territorio gris, donde Graziela Costa tenía un certificado de defunción y Lara Costa no existía legalmente, lo que anularía nuestro matrimonio. Todos se regocijaron como una forma de unir a la familia, como en los viejos tiempos. Mientras Eleonora y Eloisa me ayudaron con la boda, Domenico resolvió toda la situación con mis documentos a tiempo para realizar una ceremonia sin un embarazo avanzado.

Tres meses después, con una pequeña barriga de veinte semanas, me esperaba en una de las pequeñas habitaciones de Santa Zenaida. La misma iglesia que la primera vez. Llevaba un sencillo vestido blanco (muy alejado de la pavlova de encaje que llevaba antes) y un delicado velo.

Entraría solo porque lo necesitaba. Lugonov me entregó a ese altar con falsos pretextos. Ahora me ofrecí a Domenico, con el corazón abierto, dispuesta a tener todo un futuro por delante con él a mi lado.

La puerta se abrió y vi aparecer a un hombre inesperado a través del espejo. Él sonrió y me giré susurrando su nombre:

— ¡Pietro! Yo pensé...

— Nunca me perdería la boda de mi hermana pequeña. Y la de Dom. Sacudió la cabeza y, por primera vez desde que lo conocí, el hombre me dio una sonrisa sincera que llegó a sus ojos.

Pietro tenía demonios, tantos como yo o Domenico, pero una vez más estaba ahí para la familia. Tal vez volvería a desaparecer como un fantasma, de la misma manera que lo hizo después de la muerte de Yakov, pero ese día, estaríamos todos juntos una vez más.

— Nosotros no... Yo no... — Lo intenté. Me sentí más abierta y emocional después del año que había pasado. Resignada a lo que me pasó. Y con las hormonas volviéndose locas por el embarazo.

— Nunca tuvimos tiempo de forjar una amistad, una relación de hermano y hermana. Todavía va a tomar un tiempo... Y no puedo regresar ahora. Pero debes saber que estoy orgulloso de ti, de lo leal y valiente que eres... y de cómo empuñas un arma como nadie más.

— ¿Y cómo puedo derrotar a un hombre que me dobla en tamaño? — Sugerí y él sonrió, pensando en nuestro enfrentamiento en la biblioteca.

"Eso también", suspiró. — Me alegro por ti, Lara Mancino. Encontró su hogar, su paz.

—Tú también lo encontrarás, Pietro —dije. — Todos necesitamos tiempo para digerir lo sucedido. Algunos más que otros.

Él asintió, entendiendo mis palabras. Quizás el hombre encontraría algo o a alguien y volvería

con nosotros. Domenico era consciente de dónde estaba y sabía que su presencia en la boda no era fortuita. Mi hermano siempre sería la mano derecha de mi marido, sin importar dónde estuviera.

— Necesito ocupar mi lugar como padrino, te veré en el altar, hermanita — anunció y tomó mi mano con cariño, besando mi mejilla antes de caminar hacia la puerta. — Sabes… No asistí a tu primera boda. Estaba persiguiendo a algunos de los hombres de Lugonov que hablaban de cierta mujer italiana. Pensamos que era un intento de secuestro.

Él dio una sonrisa ahogada. Incluso en el altar, los hombres de Bratva se aseguraron de resaltar que yo no era parte de ellos. Me tomó un tiempo aceptarlo, pero era una italiana orgullosa. Moriría por los Mancino. Lucharía hasta el final por Dom.

— Eso es lo que cuenta... Eso era teatro.

— Ah, Lara... Tú y Dom llegaron aquí porque nada de eso era teatro — concluyó el hombre y me guiñó un ojo antes de irse.

Unos minutos más tarde, alguien llamó a la puerta y esta vez fue Fabrizio, quien sonrió diciendo que estaba muy hermosa. Ambos fortalecimos nuestra relación con el paso del tiempo. Él – y Eloisa – sentían curiosidad por mí y por las cosas que me gustaban, querían hacerme compañía y compartir todo lo que no podían. Era extraño ser el centro de atención, pero era un bálsamo para el tipo de vida que tenía antes de llegar allí. Antes necesitaba atención, ahora necesitaba dividir mi tiempo entre personas que realmente deseaban mi presencia.

Mi padre me acompañó hasta la entrada de la iglesia y abrió la puerta. El hombre me besó en la frente y me vio caminar por el pasillo, los bancos llenos de familiares, con Enrico, Eleonora y Eloisa sentados al frente. Pietro a un lado del altar mirando en mi dirección. Y al final, con la mirada fija, estaba Domenico. Sus manos frente a su cuerpo, otro de sus trajes azul marino que contrasta con su mirada grisácea. Tatuajes grandes y musculosos que se ven a través de su traje. Y apasionado, intenso y feroz.

Sostuve su mirada, sabiendo que este hombre me amaba y protegía, y continuaría haciéndolo hasta el último segundo de su vida. Que yo haría lo mismo por él. Le sonreí al mafioso mientras extendía la mano y entrelazaba nuestros dedos. Dom llevó mi mano a su boca y me dio un suave beso, haciéndome estremecer. Sus ojos se entrecerraron, analizándome de una manera única de nosotros. El hombre sabía el efecto que tenía en mí incluso en la casa de Dios. Bribón.

El sacerdote comenzó la ceremonia y yo escuché el sermón pensando que las palabras eran hermosas. A mí no me importaba mucho la iglesia, pero para los Mancino era importante, y el hombre de la túnica hablaba de amor, respeto, lealtad. Eso nos convenía a mí y a Domenico. Cuando terminó y nos declaró marido y mujer una vez más, Dom me agarró los costados de la cara, presionándome contra él en un beso profundo e incluso un poco escandaloso.

La gente celebró a nuestro alrededor, riendo y aplaudiendo, y saludándonos. La fiesta sería en nuestro jardín, una recepción para más de cien personas y uno de los primeros grandes acontecimientos de los Mancino después de toda la situación con la Bratva. No quité los ojos de Dom y seguí al séquito hasta nuestro auto, siendo levada hacia la casa en el sur de Chicago.

— Esta vez te besé como quería — me confesó Domenico al oído cuando se sentó a mi lado en el auto. Ernesto levantó el divisor para darnos privacidad con una sonrisa en su rostro. —Y no huiste de mí.

— La primera vez que te vi quedé encantado con tus ojos... tu tatuaje... tú... Pero necesitaba ser una virgen tímida — le susurré de vuelta.

— Ojalá fuéramos solo nosotros dos y no todo el grupo.

— Será divertido. Es diferente celebrar con quienes nos aman... Y de eso se trató esta boda. El

acuerdo está muerto, mi amor — respondí y le di al hombre un suave beso en los labios. Mi marido una vez más. — Ahora son sólo el señor y la señora Mancino.

Pasamos el resto del viaje intercambiando besos y ligeras caricias, y cuando llegamos a casa, nos recibió una fiesta como nunca antes había tenido. Durante horas bailamos, comimos, conversamos y recibimos cariño de familiares. Bailó conmigo delante de todos y yo temblé en sus manos, sintiendo el deseo crecer dentro de mí. Domenico siempre tuvo ese efecto. Nos balanceamos al ritmo de la canción, prestándonos atención el uno al otro mientras él me hacía girar por la pista de baile, muy atento a cada uno de mis movimientos. Compartimos un beso y escuchamos los aplausos, todos los ojos puestos en nosotros dos.

— Tengo una sorpresa — le susurré al oído y me alejé. Domenico apretó la mandíbula, sabía que estaba emocionado.

— ¿Qué estás haciendo?

— Nos vemos en nuestra habitación en… treinta minutos.

Corrí escaleras arriba, dejando al hombre nuevamente parado en el centro de la habitación. Quería reírme como una tonta cuando cogí el aparato una vez más. Los mismos tacones altos, el delicado encaje, el liguero blanco de la lencería de la noche de bodas. Cuando terminé, escuché la puerta abrirse y giré mi cuerpo para ver la mirada hambrienta:

— ¡Pedí media hora! — Me quejé.

Estuvimos allí una vez más, pero esta vez la habitación era nuestra. Nuestras fotos. Nuestras cosas. Nuestra historia. Su cálida mirada se posó en la pieza, apreciándola de arriba a abajo y haciendo que mi cuerpo se iluminara ante el examinando minuciosamente.

— No pude, princesa... — Se acercó. — Quería pasar un tiempo contigo y aproveché la primera oportunidad.

— Tengo algo que preguntar — comencé y Dom me dio una mirada depredadora. — ¿Serás mi alumno?

— ¿Un juego más, mi amor? Antes me pediste ser tu maestro...

— Antes no tenía idea de lo que quería hacer contigo... Lo que quería que hicieras conmigo — le expliqué y aparté la chaqueta del cuerpo de Domenico.

Sus pupilas se dilataron, su respiración se aceleró y me dejó conducir. Le arranqué la ropa, dejándolo desnudo frente a mí. Dom simplemente cedió a cada uno de mis movimientos, con curiosidad por saber qué haría a continuación.

Lo empujé sobre la cama y su respiración se aceleró, sus músculos rígidos contra mi mano. Me subí encima de él mientras mis dedos recorrían la lencería, provocándome la piel de gallina con cada toque. Bajé mi rostro hacia el suyo, lo besé en los labios, sondeé sus contornos con mi lengua y presioné mis dedos en su brazo. Domenico me acercó más a él, empujando sus caderas desnudas contra mí, su pronunciada erección protegida sólo por la tela de su ropa interior.

La sensación contra mis pliegues hinchados me estaba volviendo loco, así que me acomodé en el regazo del mafioso, empujando la pieza hacia un lado, y me hundí sobre su erección, sintiéndolo llenarme por completo.

— Joder, mi amor... — gimió cuando comencé a moverme en su regazo, cabalgando a mi ritmo.

Dentro y fuera, la piel raspando mi clítoris, la presión de la polla enterrada en el ida y vuelta de mis caderas. Salté al regazo de Domenico, más rápido y más fuerte, gimiendo cada vez que lo empujaba hacia mí. El hombre apretaba mi trasero, acercándome a él, como si estuviera loco. Yo también sentí esa urgencia, meciéndome cada vez más, sintiendo la tensión dentro de mí.

El éxtasis llegó y me hizo gritar cuando Domenico me acercó a él y derramó hasta la última

gota en mí. Dejé que mi rostro descansara sobre su pecho, esperando que mi respiración se calmara. Sus dedos avanzaron sobre mi cuero cabelludo, dando un ligero masaje mientras yo seguía allí escuchando los fuertes ruidos del corazón de Dom.

— Si hubiera hecho eso la primera noche, haría cualquier cosa por ti — bromeó.

— Si hubiera hecho eso la primera noche, entregaría mi corazón en ese mismo momento — respondí.

—Pero cumplió—me corrigió. — Excepto que tú también tienes el mío, princesa. No lo olvides.

Sonreí contra su pecho, sintiendo sus brazos apretarme alrededor, protectoramente. Era lo que siempre quise y finalmente había conseguido. Estaba satisfecho y listo para empezar de nuevo, como el fénix que sabía que era.

Epílogo

Domenico

Cinco años después

— ¿Tienes un espacio para mí? — Pregunté desde la puerta del baño y Lara sonrió desde su posición en la bañera.

Me quité la camisa y los pantalones, desnudo frente a mi esposa mientras ella se ajustaba, haciendo espacio detrás de ella. Me senté detrás de ella, acerqué el cuerpo de Lara contra mí y le di un suave beso en el cuello antes de cubrir sus senos con mis manos y dejar escapar un gemido de satisfacción.

Me encantó ese ángulo, porque pude ver el tatuaje que se hizo. Un león como el mío y el apellido en las costillas. A la señora Mancino le agarró gusto a los tatuajes y sabía que después de que naciera el bebé, tendría más en su piel, donde sólo ella y yo podíamos verlo.

"Tendremos que bajar en cualquier momento", me advirtió.

— Es una tontería — murmuré contra su oreja, haciendo una suave caricia con mi lengua en su lóbulo y la sentí estremecerse bajo mi tacto. — Todo está bajo control y los niños están con nuestros padres.

Tuvimos hijos. A Lara le quitaron el DIU tan pronto como se sintió lo suficientemente segura y dijo que quería formar una familia. No me sentí engañado por la mentira. porque conocía las razones, pasó toda una vida cuando llegó por las razones equivocadas. A todos nos tomó un tiempo entender todo lo que pasó, pero al menos perdonamos nuestro pasado. Le confié mi vida. La conocía como la palma de mi mano y ella era dueña de todos mis secretos. Ya no tenía dudas sobre su amor y mi amor a cambio.

Me gustaba la idea de los niños, así que unos meses después esperaba a Graziela -el nombre que tantos Mancino anhelaban— y un año después, Cesare.

Ya había tiempo suficiente para que las cosas se calmaran después de la muerte de Yakov. Tuvimos un período turbulento hasta que nos dimos cuenta de que la Bratva Lugonov fue absorbida y desmembrada. Todavía compartimos espacio con algunos otros grupos, pero nada tan amenazante para nuestro poder como la época de Vasily.

Algunos soldados rusos fueron a Las Vegas, mientras que otros se unieron a familias de otros estados. La última noticia que supimos sobre Olga, Ivana y Natasha fue que se habían casado con brigadistas en Moscú y continuaban su vida como herederas rusas en compañía de su madre, con la protección de la familia Ivanov, un grupo local. Nuestros exploradores las acompañaron, pero a las mujeres les importaba poco Chicago mientras tuvieran dinero para gastar.

Lara todavía participó en una acción u otra, para mi locura. Mi objetivo en la vida era mantenerla embarazada para evitar que mi valiente esposa se involucrara en nuevos tiroteos. Organizó proyectos benéficos, eventos entre mujeres y decidió enseñarles a protegerse. Mi esposa mantuvo la iniciativa de mi tía Eloisa, quien desde el regreso de Lara pareció tomar fuerzas y mejorar su salud, queriendo acompañar a su hija a dondequiera que fuera.

Mejoró aún más cuando apareció una versión más moderada de Pietro dos años después de su partida. Lo supe todo el tiempo que estuve en Las Vegas como luchador clandestino de los Rizzi, pero no pude decírselo ni siquiera al tío Fabrizio y a la tía Eloisa por petición de mi primo. La pareja disfrutó su tiempo con Lara y luego con Graziela, hasta que mi albacea regresó a la

familia con una nueva incorporación. Al igual que yo, Pietro pareció adaptarse al matrimonio, a pesar de que las cosas entre él y la mujer que trajo de Nevada tuvieron un comienzo difícil.

Lo que importaba era que estábamos todos juntos, felices... Y que Lara estaba esperando otro hijo. Una segunda niña que se llamaría Fabrizia, para locura de mi tío.

Una de mis manos se deslizó hasta el vientre de Lara y bajó hasta su coño. Ella rebotó en mi polla sin darse cuenta, bailando en mi regazo mientras yo crecía entre sus piernas. Mi boca bajó por su hombro, ella presionó el costado de la bañera y levantó una de sus piernas. Me encantaba cuando ella estaba a mi merced, con los ojos cerrados y dejándose llevar.

Mis dedos se movieron hacia adentro y hacia afuera y ella rodó más, forzando un ritmo que sabía que la estaba volviendo loca. Mis labios continuaron provocándola, al igual que mis manos sobre sus pechos llenos que flotaban en el agua, tan duros y suculentos. Lara levantó la mano, apretando mi cabello y acercándome a ella, gimiendo cada vez que mis dedos se hundían en sus pliegues, su clítoris hinchado pidiendo un toque rápido.

— Siéntate sobre mí, princesa — le dije al oído y ella se limitó a negar con la cabeza, tan perdida en las sensaciones.

Quité mi mano de sus tetas para sostener mi polla al mismo tiempo que Lara se acomodaba en la bañera y se hundía sobre mi erección de una sola vez, hundiéndose en mi polla. Estaba tan cerca de ella, volviéndome loco por empujar mi semen profundamente en su coño.

— Joder, Dom... — gimió, controlando la penetración mientras yo seguía jugando con su clítoris.

Lara intentó darse la vuelta, agarrando torpemente mi boca. No había nada de lento en ese beso, en ese encuentro de cuerpos, martilleándose con intensidad, en busca de satisfacción. Sus dedos apretaron mi cabello y me mordí los labios, dejándolos sensibles. Nos acostumbramos a eso. A ella le gustaban sus trofeos en mi cuerpo. Yo también.

— Necesito más, Dom... más... — preguntó y la empujé hacia adelante.

Lara comprendió rápidamente lo que quería y se arrodilló, sujetándose de los barrotes de la bañera mientras yo la cubría, empujando mis caderas con ella a cuatro patas. Más rápido, más fuerte, haciendo que mi columna arda y mis ojos se pongan en blanco. Ella siempre me llevó a ese lugar de paz, de confusión, de mi corazón latiendo solo por ella desde el primer maldito minuto.

— Joder, princesa... Hazme venir... Tómame entero — Le susurré al oído y sentí que Lara me apretaba aún más fuerte, rodando y rechinando mis caderas. Ella lo era todo. Era la jodida razón por la que existía. La mujer me tenía en sus manos.

— Dom... — gimió suavemente antes de tensarse aún más, exhalando con fuerza, con los ojos bien cerrados.

Lara llegó al éxtasis y me llevó con ella.

Se me erizó la piel y con un último empujón me vacié dentro de ella, mi semen la llenó hasta que se filtró. Mi corazón amenazó con salirse de mi boca cuando se me escapó un gemido bajo y salvaje. El shock, el tacto, el placer. Siempre fue así.

La abracé hacia mí, dejando que nuestra respiración se calmara. Lara giró su cuerpo y besó mi hombro. El tatuaje que tenía con su nombre. Le encantaba estar en mi cuerpo. Mi esposa tenía una sonrisa de satisfacción en los labios a pesar del desastre que hicimos en la bañera. La miré en silencio, pasando mi mano por el cabello oscuro que tanto amaba.

"Voy a necesitar otra ducha", dijo sin aliento.

— Yo también necesitaba una ducha — dije y besé su mejilla. — Podemos hacerlo juntos.

— Nunca bajaremos si esto continúa así.

—Nadie te ordenó hechizarme, princesa. Si este fuera un matrimonio de conveniencia, deberías odiarme.

— Nunca te odiaría, Dom. Eres demasiado hermoso para ignorar — confesó antes de girarse hacia mí y sonreír. La vida era buena.

***

Tuve que hundirme en ella una vez más antes de dejarla prepararse. Cesare y Graziela estaban felices con Fabrizio, Eloisa, Eleonora y Enrico, y con dos niños en casa, solo teníamos unas horas para nosotros solos. Era demasiado adicto a mi esposa para no disfrutarlo.

Pietro y yo pasamos la mañana analizando inversiones. Llegamos a la conclusión de que para que los Mancinos crecieran necesitábamos hablar con peces más grandes. Las empresas fantasma crecerían más. Nuestros negocios incluían protección, drogas, usura y juegos de azar, y nos dimos cuenta de que el mercado de valores sería un gran lugar para ganar dinero.

En los últimos años, hemos triplicado nuestras ganancias y nuestra red de negocios se ha extendido por todo Chicago. Incluso podríamos ir más lejos, pero era mejor garantizar la seguridad de la familia, en lugar de buscar peleas en otros territorios. Vasily Lugonov nos traumatizó bastante.

Mientras estábamos fuera, Lara organizó un almuerzo dominical en nuestra casa. Nos sentimos con fuerzas para volver a los eventos familiares, casi siempre realizados en casa de mi padrastro. Pero con cada embarazo avanzado, terminaron en mi patio trasero. Mi esposa estaba más relajada que cuando nos casamos y rara vez alguien recordaba la forma en que se unió a la familia. Para todos, ella era la hija perdida del Consigliere y era respetada como tal.

A los seis meses, Lara tenía la barriga pequeña. Era una madre leona que hacía todo por Cesare y Graziela. Poco a poco se fue descubriendo en el papel y empezó a hacer todas las cosas que quería hacer cuando no podía para la Bratva. Incluso de vez en cuando salíamos a navegar. Le regalé un barco que estaba en el puerto deportivo de Burnham Harbor. Ella lo llamó Nadia.

El tema del tiempo que Lara vivió con la Bratva fue complicado. A nadie le gustaba hablar de eso, pero de vez en cuando compartía algunos buenos recuerdos sobre la mujer. De una forma u otra, estaba protegida y agradecía que gracias a Svetlana y Nadia mi esposa sobreviviera a Vitto. Tanto es así que todos fingimos no ver cuando Lara hizo entregar al ex amante de Vasily la muñeca llena de joyas que trajo de la casa de Lugonov. La mujer tenía una buena vida en Nueva York y hasta que no se acercara a mi familia la dejaríamos vivir.

— ¡¡¡Papá!!!

Graziela me llamó y saltó a mi regazo tan pronto como me vio aparecer afuera con Lara. La niña mostró el cabello oscuro de los Mancinos y mis ojos. La próxima princesa de la mafia, y mataría a cualquiera que la hiciera sufrir. Entendí menos a Vitto después de lo sucedido. Tenía una hija con la que no podía vivir a causa de sus crímenes. Y todavía lloraban por él, incluso cinco años después. Era mejor que debilitarnos por una traición familiar como esa. Nadie sabía lo que hicimos y el secreto moriría con nosotros. Hicimos lo necesario para asegurar la felicidad de la familia.

— ¡Estos niños no paran de correr! — dijo mi madre sin aliento cuando Cesare agarró las piernas de Lara.

— Tienen demasiada energía para gastar. Ni Toni puede con ellos — comentó Lara mientras señalaba al corgi de patas cortas. — ¡Y todavía estamos esperando uno más!

— ¿Son tres hijos más difíciles que nuestra vida anterior? — Pregunté y mi esposa me respondió con el ceño fruncido.

Mi padrastro llamó a los niños y Graziela se levantó de mi regazo y corrió detrás de Enrico y el perro. Fue divertido de ver. Tan normal que no parecía que fuéramos una familia peligrosa en Chicago, nuestro nombre susurró con miedo.

— ¿Deberíamos ir tras ello? — preguntó y la abracé, pasando una mano protectora por su vientre. — El almuerzo debería servirse ahora.

— Déjalos, es divertido verlos... Y me gusta tener a mi pequeña esposa para mí solo por un tiempo.

— Pero lo tienes todas las noches — añadió con una sonrisa traviesa. — Ya sabes cómo me deja el embarazo.

— Créeme… lo sé — Respondí depositando un suave beso en sus labios. — ¿una verdad por una verdad?

—Empieza tú —me dijo ella.

— Creo que me enamoré de tu foto. Te vi y todo cambió — declaré y ella me dedicó una sonrisa tonta. Ya lo había confesado cientos de veces. Ella me tuvo en sus manos desde el primer minuto.

— Destruiste todos mis planes como un tractor — anunció.

— ¿Se supone que eso es un cumplido?

— Ya sabes: estuve años obsesionada con la venganza hasta que me casé con un hombre corpulento y tatuado y quise posponer todo para pasar más tiempo con él. Todas sus espinas, sus partes duras.

"Sé que amas mis partes difíciles", me burlé.

— Es en serio. —Me dio una bofetada cariñosa. — De ti aprendí lo que es la familia. Amor, lealtad, honor... No esperaba nada de eso cuando entré a esa iglesia, ocultando el efecto que tuvo en mí.

— Fue hecho para mí, y no hay manera de que te encontrara si las cosas fueran diferentes. Sólo pertenezco a una mujer.

— Y yo a ti — susurró en su forma vulnerable que rara vez estaba acostumbrado a ver.

Besé sus labios, esta vez más profundamente, y me quedé allí, abrazándola y escuchando el ruido a nuestro alrededor. Vi a todos en la familia hablando en una escena tan familiar que años antes no hubiéramos podido compartirla.

Eran tiempos de paz y me adapté a la posición de Capo. Atrás quedaron la desconfianza y la falta de apoyo. Nunca estaríamos completamente tranquilos, sino que la vida se ajustaría a nuestros planes. La protegería a ella y a nuestros hijos hasta mi último aliento. Y supe que ella haría lo mismo. Nunca olvidaré el momento en que la vi tirada sobre su propia sangre sólo para defenderme.

Cualquier mujer que hiciera la mitad de las cosas que hizo Lara moriría, pero yo no podía lastimarla. Ella siempre tendría oportunidades, una tras otra. Porque la otra opción era estar sin ella y no podría. Algo dentro de mí la reconoció antes de que me diera cuenta.

Fue un amor fuerte y feroz, distorsionado por el dolor y la sangre en nuestras manos.

Pero nuestro. Sólo nuestro. Y eso fue suficiente. Para siempre.

FIN